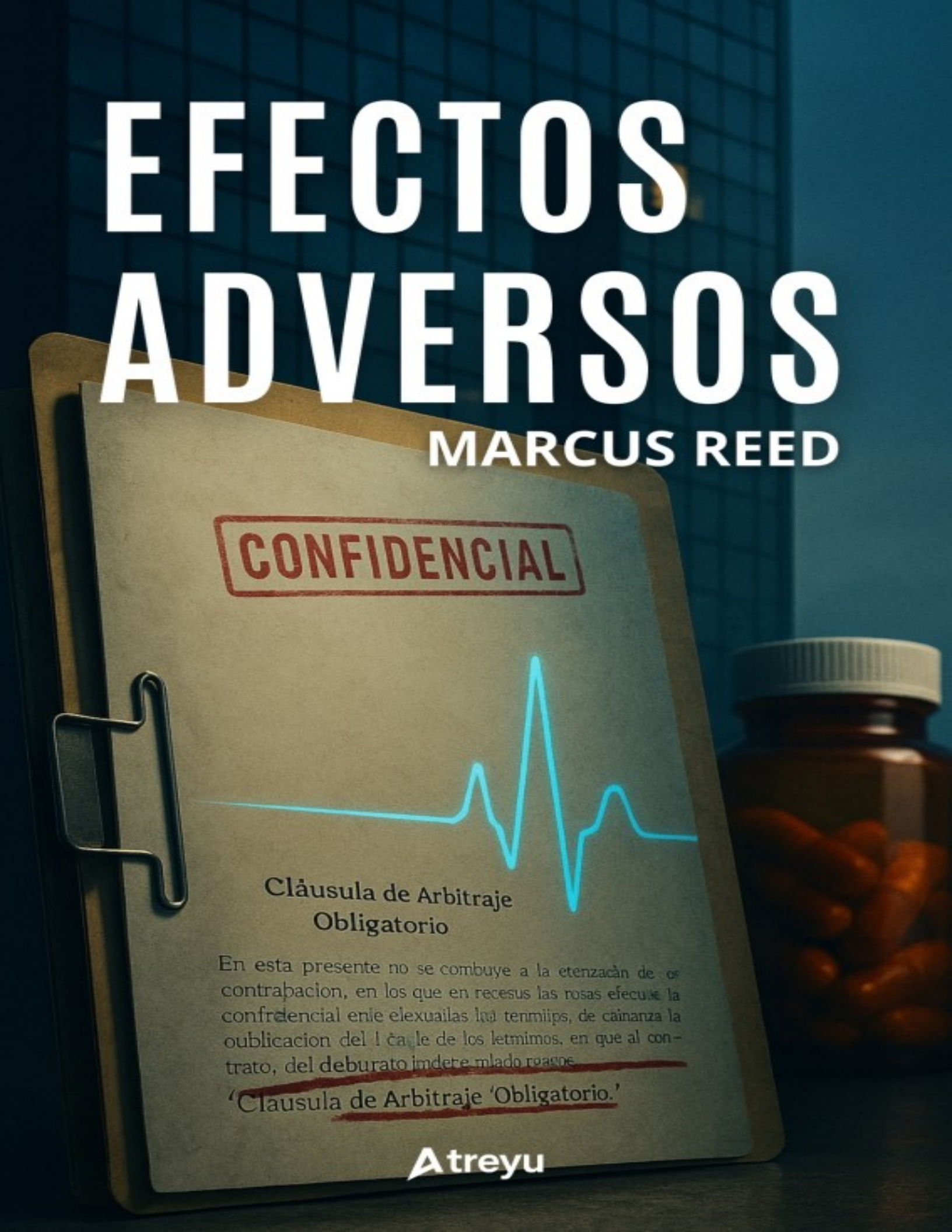
EFECTOS ADVERSOS

MARCUS REED



Atreyu

EFECTOS ADVERSOS

Marcus Reed

Atreyu Servicios Digitales



Derechos de autor © 2025 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
efectos adversos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

EFECTOS ADVERSOS

Marcus Reed

CAPÍTULO 1

El hedor a justicia rancia tenía su propio ecosistema. Era una mezcla agria de sudor, perfume barato y el polvo de innumerables expedientes que se descomponían lentamente en estanterías metálicas. Para Daniel Rivas, era el olor de su purgatorio personal, y aquel martes de septiembre en el Tribunal Civil del Bronx, el aire era especialmente denso. Colgaba pesado y húmedo, como una toalla mojada, prometiendo una tormenta que nunca llegaba a romper la opresiva canícula de la ciudad.

Se aflojó el nudo de la corbata, un movimiento tan automático como respirar. La corbata, de seda azul marino, había sido un regalo de su exmujer en una vida anterior, una en la que "litigio" significaba enfrentarse a bancos de inversión en el Distrito Sur y no esto. "Esto" era la Sala de Mediación 3B, un cubículo sin ventanas reconvertido a partir de lo que probablemente fue un armario de suministros. Las paredes, de un color beis institucional que absorbía la voluntad de vivir, estaban adornadas con las cicatrices de mil sillas arrastradas y un único póster plastificado que mostraba la pirámide de la resolución de conflictos. Rivas la odiaba con una pasión que rozaba lo irracional.

Frente a él, sentados a una mesa de conglomerado que se combaba en el centro, los litigantes de la que él había bautizado en su fuero interno como "La Gran Guerra de los Gnomos de Jardín" se lanzaban miradas asesinas. A su izquierda, el señor Petrossian, un hombre corpulento con un bigote que parecía una oruga pegada a su labio

superior, sudaba a través de su camisa de poliéster. A su derecha, la señora Jiménez, menuda pero con la rigidez de una barra de acero, apretaba un bolso de imitación de piel contra su regazo como si contuviera secretos de estado.

—Permítanme recapitular —dijo Rivas, y su voz sonó cansada, desprovista de cualquier inflexión que no fuera la del puro agotamiento—. El señor Petrossian alega que el gnomo de jardín de la señora Jiménez, al que se refiere como "El General", está posicionado de tal manera que su caña de pescar de plástico invade diecisiete centímetros de su propiedad, concretamente de su parterre de petunias premiadas.

El señor Petrossian asintió con una vehemencia que hizo temblar su papada. —Es una incursión. Una provocación. Mis petunias están traumatizadas.

La señora Jiménez resopló. —Mis gnomos tienen derecho a pescar donde quieran. Es una figura decorativa que promueve la tranquilidad. Usted y sus flores histéricas son el problema.

Rivas cerró los ojos por un instante. Seis años en Columbia Law, diez en uno de los bufetes más voraces de Manhattan, interrogatorios a directores financieros que hacían temblar los cimientos de Wall Street. Todo para acabar aquí, arbitrando la jurisdicción territorial de una figura de cerámica pintada. La ironía era tan pesada que podría haberla usado como pisapapeles.

—Señora Jiménez —continuó, con la paciencia de un monje bajo sedación—, el señor Petrossian ha presentado un informe de un agrimensor. Un informe que, me veo obligado a señalar, probablemente le ha costado quinientas veces el valor del gnomo en cuestión. Y dicho informe confirma la incursión de los diecisiete centímetros.

—Es un agrimensor corrupto. Seguro que usted le pagó —espetó ella, señalando a su vecino con un dedo acusador.

—¡Mi cuñado es agrimensor! —rugió Petrossian—. ¡Es un hombre de honor!

Rivas levantó una mano, un gesto lánguido que pedía un silencio que tardó en llegar. Su traje, un Canali que había conocido días mejores, se le pegaba a la espalda. La chaqueta estaba colgada en el respaldo de su silla, una concesión al calor sofocante que la unidad de aire acondicionado, que tosía y gorgoteaba en la esquina, no podía mitigar. Recordaba una época en la que sus trajes a medida eran una armadura. Ahora se sentían como el disfraz de un hombre al que solía conocer.

—Aquí no estamos para determinar la integridad de los agrimensores de Queens —dijo, masajeándose el puente de la nariz—. Estamos aquí como una alternativa al litigio formal. Una forma de que ustedes dos, vecinos, resuelvan esto sin gastar los próximos dos años y los ahorros de su vida en un juicio que hará rico a todo el mundo menos a ustedes. Mi función como mediador es encontrar un terreno común.

El único terreno común que veía era el pequeño patio trasero de tierra apelmazada que separaba sus dos casas adosadas.

—No hay terreno común —insistió la señora Jiménez—. Hay mi terreno, y su terreno. Y mi gnomo.

Rivas suspiró. El sistema judicial de Nueva York, desbordado y con fondos insuficientes, había implementado este programa de mediación obligatoria para casos civiles menores en un intento desesperado por descongestionar los juzgados. A él le pagaban una tarifa fija por caso, una miseria que apenas cubría el alquiler de su pequeño apartamento en Washington Heights y la pensión de su exmujer. Era un trabajo para abogados recién licenciados o para los que, como él, se encontraban en la última parada antes del descarrilamiento total. Un fantasma en el banquillo.

Su memoria, esa bestia de doble filo que una vez le permitió citar precedentes legales de memoria en mitad de un juicio, ahora le torturaba con imágenes no deseadas. Recordó el peso del silencio en

la sala del tribunal del Distrito Sur, el zumbido de la iluminación fluorescente sobre las cabezas del jurado, la cara de Julian Croft, el abogado de *Valerius Pharmaceuticals*, mirándole desde la otra mesa con una sonrisa condescendiente. Recordó la llamada, dos semanas después del veredicto, informándole de que su cliente, a quien le había prometido justicia, se había ahorcado en su garaje.

El recuerdo le golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Agarró el bolígrafo que tenía delante, sus nudillos blancos. El suicidio de Robert Dunnigan no fue su culpa, no legalmente. Pero el jurado había deliberado solo cuatro horas antes de exonerar a la farmacéutica. Y en el silencio de sus noches, Rivas sabía que Croft le había superado. Le había desarmado, desmantelado y humillado, y una parte de Daniel Rivas, la parte brillante y ambiciosa, había muerto en aquella sala. El resto de él había encontrado su camino hasta el Bronx.

—Señor Petrossian —dijo, forzando a su mente a volver al presente —. ¿Cuál sería su solución ideal?

—Quiero que el gnomo sea retirado. Y una disculpa por el estrés emocional infligido a mis flores.

—¡Nunca! —exclamó la señora Jiménez.

Rivas se reclinó en su silla, el crujido del viejo mecanismo de muelles llenó la habitación. Miró de uno a otro. Eran personas normales, arrastradas a una disputa absurda por orgullo y por la fricción de vivir demasiado cerca los unos de los otros en una ciudad que no dejaba espacio para respirar. En el fondo, sabía que esto no iba de gnomos ni de petunias. Iba de un árbol que daba demasiada sombra, de un perro que ladraba por la noche, de un sinfín de pequeñas ofensas acumuladas que habían cristalizado en una figura de cerámica con una caña de pescar.

—De acuerdo. Propuesta de mediador —anunció, adoptando un tono de finalidad—. Señora Jiménez, usted moverá al General veinte centímetros hacia su propiedad. No diecisiete, veinte. Para que no haya duda. Lo hará esta tarde. Señor Petrossian, usted renunciará a

su reclamación de daños emocionales florales y aceptará el movimiento del gnomo como una resolución final y completa de esta disputa.

Ambos le miraron, claramente descontentos por la falta de sangre.

—¿Y si no lo hago? —desafió la señora Jiménez.

—Entonces el asunto pasará a juicio. Dentro de dieciocho meses, si tienen suerte. Se les asignará un juez que está manejando otros trescientos casos, incluyendo disputas comerciales de millones de dólares y casos de lesiones personales graves. Les escuchará durante diez minutos, se irritará visiblemente y dictará una orden que probablemente será exactamente la que yo acabo de proponer. La diferencia es que para entonces, ambos habrán pagado miles de dólares en honorarios legales. La elección es suya.

El silencio se instaló en la habitación, solo roto por el estertor del aire acondicionado. Rivas dejó que sus palabras calaran. Era el único movimiento que le quedaba en su arsenal: la fría y dura lógica de la economía procesal. Era un argumento deprimente, desprovisto de cualquier noción de justicia o rectitud, pero era efectivo.

Finalmente, la señora Jiménez suspiró, un sonido largo y quejumbroso. —Está bien. Moveré el maldito gnomo.

El señor Petrossian sonrió con aire de suficiencia.

—Y usted, señor Petrossian —añadió Rivas, mirándolo fijamente—, le llevará a la señora Jiménez una de sus premiadas petunias en una maceta como gesto de buena voluntad vecinal.

El hombre abrió la boca para protestar, pero la mirada de Rivas, una chispa del depredador que solía ser, le hizo callar. Asintió a regañadientes.

Rivas deslizó el formulario de acuerdo sobre la mesa. —Firmen aquí. Y aquí. Las copias se archivarán en el juzgado y el caso quedará oficialmente cerrado.

Observó cómo garabateaban sus nombres. Otro caso resuelto. Otra astilla de su alma profesional desprendida. Les entregó sus copias, se levantó y les acompañó hasta la puerta. No se dieron la mano.

Cuando se fueron, Rivas se quedó de pie en el umbral, mirando el pasillo abarrotado. La justicia era ciega, decían. Pero aquí, en los pasillos del poder para los desposeídos, la justicia simplemente estaba agotada. Y él también.

CAPÍTULO 2

El despacho de Daniel Rivas no era más que una extensión glorificada de la sala de mediación, aunque con el lujo añadido de una ventana. Daba a un callejón donde una pila de bolsas de basura rebosantes formaba una cordillera en miniatura, hogar de una dinastía de ratas audaces. El cartel de la puerta, de plástico barato con letras negras, rezaba: "DANIEL RIVAS, ABOGADO Y MEDIADOR". Hacía tiempo que no se consideraba a sí mismo un abogado en el sentido combativo de la palabra. Ahora era más bien un pacificador, un gestor de disputas menores.

Eran casi las cinco, y el sol de la tarde se filtraba a través del cristal sucio, dibujando rectángulos dorados sobre un escritorio abarrotado de carpetas manila. Rivas estaba terminando de redactar el informe de la mediación de los gnomos cuando oyó un golpe suave en la puerta.

—Está abierto —dijo sin levantar la vista.

La puerta se abrió con un chirrido y una mujer entró en la habitación. Rivas levantó la cabeza y, por un momento, se quedó en silencio. No era el tipo de cliente que solía cruzar su umbral. Era menuda, de unos treinta y tantos años, con el pelo oscuro recogido en una coleta sencilla y unos pómulos marcados que hablaban de raíces indígenas. Llevaba unos vaqueros gastados y una blusa sencilla. Pero era su expresión lo que detuvo a Rivas. En sus ojos oscuros había un dolor tan profundo y vasto que parecía absorber

toda la luz de la habitación. Era un dolor puro, sin adulterar por la ira o la autocompasión. Era el duelo en su forma más cruda.

Se quedó de pie junto a la puerta, agarrando la correa de su bolso con ambas manos, como si fuera un ancla en un mar embravecido.

—¿Señor Rivas? —preguntó. Su voz era suave, con un acento centroamericano que redondeaba las consonantes.

—Sí, soy yo. Pase, por favor. Siéntese. —Señaló la silla de cliente, una reliquia de cuero agrietado que había comprado de segunda mano. Se apresuró a quitar una pila de documentos del asiento—. Perdone el desorden.

Ella se sentó en el borde de la silla, con la espalda recta, su postura formal y respetuosa. No parecía pertenecer a aquel entorno de caos legal.

—Mi nombre es Sofía Vargas —dijo, su mirada fija en él, evaluándole con una intensidad silenciosa—. Me dieron su nombre en la clínica comunitaria de la Avenida Concourse. Dijeron que usted... ayuda a la gente.

Rivas esbozó una media sonrisa amarga. "Ayudar a la gente". Era una descripción generosa para lo que hacía. —Hago lo que puedo. ¿En qué puedo ayudarla, señora Vargas?

Ella tragó saliva, y por primera vez, el control de su rostro vaciló. Sus labios temblaron. Abrió el bolso y sacó una carpeta de plástico desgastada. La deslizó sobre el escritorio con un cuidado casi reverencial.

—Es sobre mi hijo —dijo, y su voz se quebró en la última palabra—. Mi hijo, Mateo.

Rivas abrió la carpeta. La primera hoja era un certificado de defunción. Leyó los detalles con la eficiencia desapegada que le había dado la profesión. Nombre: Mateo Vargas. Edad: ocho años. Causa de la muerte: "Arritmia cardíaca súbita". Lugar de la muerte: Hospital Lincoln, Bronx.

Levantó la vista. —¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace tres semanas. —La respuesta fue un susurro—. Se despertó por la noche. Dijo que le dolía el pecho, que su corazón iba como un tambor. Llamé a la ambulancia. En el hospital... —Se detuvo, respirando hondo—. Simplemente... se paró. Los médicos dijeron que no sabían por qué. Un niño sano... no tiene sentido.

Rivas asintió lentamente, su mente ya clasificando la información. Era una tragedia, una de las innumerables que ocurrían cada día en la ciudad. Pero no era un caso legal. —Señora Vargas, lo siento muchísimo por su pérdida. No puedo imaginar por lo que está pasando. Pero no estoy seguro de entender qué puedo hacer yo. Esto parece un asunto médico.

—Lo es —afirmó ella, y su voz recuperó un ápice de su fuerza anterior—. Mateo tenía el colesterol alto. Algo de familia. No era grave, pero el médico le recetó una medicina nueva. Dijo que era muy buena, muy segura para los niños.

Sacó un frasco de pastillas vacío del bolso y lo colocó sobre el escritorio junto a la carpeta. La etiqueta era blanca y azul. El nombre del medicamento estaba impreso en letras claras y tranquilizadoras: **Cardia-Sure**. Y debajo, en un tipo de letra más pequeño, el nombre del fabricante: *Valerius Pharmaceuticals*.

El nombre le golpeó como un eco de una explosión lejana. El aire pareció espesarse en la pequeña oficina. Rivas sintió un frío familiar subirle por la espina dorsal, un fantasma helado que no había sentido en cinco años. *Valerius*. El Goliat que le había aplastado. El arquitecto de su exilio profesional.

Su rostro debió de traicionarle, porque Sofía Vargas se inclinó hacia delante. —¿Conoce esa compañía?

Rivas carraspeó, intentando recomponer su fachada de mediador indiferente. —He oído hablar de ella. Es una de las grandes.

—Mateo empezó a tomar esa pastilla dos meses antes de... de morir —continuó, sus ojos fijos en los de él, implorantes—. Estaba bien.

Jugaba al fútbol. Corría. Y de repente... su corazón se rompe. No soy médico, señor Rivas. Limpio oficinas para vivir. Pero soy madre. Y sé que no fue natural. Fue la medicina.

Era una acusación nacida del dolor y la intuición, el tipo de conexión que un jurado nunca aceptaría sin pruebas contundentes. Rivas sabía lo que se necesitaría para enfrentarse a *Valerius*. Un ejército de abogados, millones de dólares en expertos médicos, años de litigios agotadores. Él tenía un despacho encima de una lavandería y apenas llegaba a fin de mes.

—Señora Vargas, enfrentarse a una compañía farmacéutica es... es una de las cosas más difíciles en el mundo legal —dijo, eligiendo sus palabras con cuidado—. Requiere pruebas científicas abrumadoras. Un vínculo causal directo. La palabra de una madre, por muy convencida que esté, no es suficiente.

—Entonces, ¿no me va a ayudar? —Su voz no sonaba acusadora, solo resignada, como si esperara esa respuesta.

La culpa le arañó por dentro. La culpa por lo que le pasó a Robert Dunnigan. La culpa por su propia cobardía durante los últimos cinco años. Vio en el rostro de Sofía Vargas el mismo anhelo de justicia que había visto en el de su último cliente. La misma fe desesperada en que la ley podía, de alguna manera, equilibrar la balanza.

—No he dicho eso —respondió, más bruscamente de lo que pretendía—. He dicho que es difícil. Casi imposible. *Valerius* tiene más abogados en su plantilla que todo el Colegio de Abogados del Bronx. Quemarán millones de dólares solo para enterrarnos en papeleo.

Se reclinó, pasando una mano por su rostro. Estaba cansado. Estaba acabado. Esto era una locura.

—¿Por qué yo? —preguntó, una pregunta genuina—. Hay bufetes enormes en Manhattan que se dedican a esto. Tienen los recursos, el personal.

—Fui a uno —dijo ella en voz baja—. Un hombre con un traje muy caro y una oficina con vistas a todo el parque. Me escuchó durante cinco minutos. Miró el nombre de la compañía. Y luego me dijo que mi caso no tenía "mérito económico". Dijo que la vida de un niño de un barrio pobre no valía lo suficiente como para justificar el coste del litigio.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, feas y crudas. Rivas sintió una oleada de náuseas. Conocía a esos abogados. Había sido uno de ellos.

Miró a la mujer sentada frente a él. No tenía nada. Solo una convicción de acero y un dolor que podría mover montañas. Y había acudido a él. El abogado caído. El fantasma del juzgado. Quizás era lo único que se podía permitir.

—Déjeme los papeles —dijo finalmente, su voz un murmullo ronco —. El certificado de defunción, los informes médicos que tenga, el historial de la receta. No le prometo nada, ¿entiende? Solo que lo miraré.

Una chispa de algo parecido a la esperanza se encendió en los ojos de Sofía. Era una carga terrible. Asintió, empujando la carpeta hacia él.

—Hay algo más —dijo, sacando un último fajo de papeles del bolso, doblado y arrugado—. Esto es del programa de asistencia. Para ayudarnos a pagar la medicina. Tuvimos que firmarlo antes de que Mateo pudiera empezar.

Rivas cogió los papeles. Eran varias páginas de letra pequeña y densa, el tipo de documento que nadie lee. Sus ojos, entrenados por años de escudriñar contratos en busca de lagunas y trampas, empezaron a escanear el texto. Y entonces, en la página cuatro, sección B, párrafo seis, lo vio. Un pequeño conjunto de palabras, enterrado en un mar de jerga legal, diseñado para ser pasado por alto.

Cláusula de Arbitraje Obligatorio y Confidencial.

Su corazón dio un vuelco. No era solo una batalla cuesta arriba. Era una emboscada. *Valerius* no solo se había protegido con un ejército de abogados. Habían amañado el campo de batalla para que nadie pudiera luchar.

Levantó la vista hacia Sofía Vargas, que le observaba con una confianza que no merecía. En ese instante, supo dos cosas con una certeza absoluta. La primera, que ella tenía razón. *Valerius* estaba ocultando algo terrible.

Y la segunda, que acababa de aceptar el caso que lo redimiría o lo destruiría para siempre.

CAPÍTULO 3

Después de que Sofía Vargas se marchara, dejando tras de sí un silencio cargado y la carpeta que ahora pesaba una tonelada sobre su escritorio, Daniel Rivas se quedó inmóvil durante un largo rato. El sol de la tarde había descendido, tiñendo de naranja las nubes sobre el Bronx y sumiendo su despacho en una penumbra polvorienta. El único sonido era el zumbido de su vieja nevera de oficina y el eco de las palabras Cláusula de Arbitraje Obligatorio resonando en su mente como una sentencia.

Se levantó y caminó hacia la ventana, apartando una persiana veneciana torcida para observar el callejón. El arbitraje no era inherentemente malo. En teoría, era una forma eficiente y económica de resolver disputas comerciales, un método para evitar los costes y los retrasos de los tribunales. Pero en manos de una corporación como *Valerius*, se convertía en una daga en la oscuridad. Significaba un proceso privado, sin escrutinio público. Sin jurado de ciudadanos de a pie que pudieran empatizar con una madre en duelo. Sin un juez federal con un puesto vitalicio que pudiera permitirse ser imparcial.

En su lugar, tendrían un árbitro, probablemente un abogado corporativo retirado o un juez a sueldo de una de las grandes firmas de arbitraje. Un miembro del mismo club exclusivo al que pertenecía *Valerius*. El proceso de presentación de pruebas, el *discovery*, sería limitado. Las posibilidades de apelar una decisión, prácticamente nulas. Croft no solo había construido una fortaleza, sino que había

elegido un campo de batalla donde todas las armas apuntaban en una sola dirección. Y él, Daniel Rivas, acababa de aceptar llevar a Sofía Vargas a ese matadero.

El teléfono de su escritorio sonó, un zumbido estridente que le sobresaltó. Miró el identificador de llamadas. *Sarah*. Su exmujer. Dejó que sonara tres, cuatro, cinco veces antes de descolgar, preparándose mentalmente.

—Hola, Sarah.

—Daniel, por fin —dijo ella, su voz nítida y apresurada, siempre al borde de la impaciencia—. ¿Te llega bien la transferencia? Solo quiero asegurarme.

—Sí, llegó ayer. Gracias por preguntar —respondió, el sarcasmo tan sutil que casi se lo perdió a sí mismo. La pensión era la primera factura que pagaba cada mes, una libra de carne arrancada de su modesta cuenta bancaria.

—Bien. Escucha, te llamo por lo de Emily. Su recital de violín es el viernes por la noche. En la escuela. Te envié un correo electrónico.

Rivas cerró los ojos. Lo había olvidado por completo. Había visto el correo, lo había marcado mentalmente y luego se lo había tragado el sumidero de casos menores y autocompasión. Emily era su hija, tenía doce años y vivía con Sarah en un mundo diferente, un mundo de escuelas privadas en el Upper West Side y recitales de violín al que él ya no pertenecía.

—Claro. El recital. Por supuesto que lo recuerdo —mintió. El sabor de la mentira era amargo y familiar—. Estaré allí.

Hubo una pausa al otro lado de la línea, cargada con el peso de una década de promesas rotas. —Por favor, Daniel. Inténtalo de verdad esta vez. Es importante para ella. Ponte un traje decente. Y, por el amor de Dios, no bebas antes.

La pulla final aterrizó con la precisión de un cirujano. —No lo haré, Sarah. Estaré allí. Limpio y presentable.

—De acuerdo. Tengo que irme. Adiós, Daniel. —Colgó sin esperar respuesta.

Rivas sostuvo el auricular durante un segundo antes de dejarlo caer sobre la base. El bourbon. No había sido siempre un problema. En su antigua vida, era una bebida de celebración, un Macallan de 25 años en un vaso tallado tras ganar un caso. Después del veredicto de *Valerius*, se convirtió en una automedicación, una forma de apagar las voces en su cabeza. Llevaba seis meses sin probar una gota, pero para Sarah, siempre sería el hombre que se presentó medio borracho a la función de Navidad de cuarto grado de su hija. Algunas manchas nunca desaparecen.

Se pasó las manos por el pelo, sintiendo de repente el peso de todo: el caso de Sofía, la llamada de Sarah, el fantasma de Robert Dunnigan que nunca le abandonaba del todo. Necesitaba perspectiva. Necesitaba hablar con la única persona en el mundo que entendía las trincheras en las que se había metido. Necesitaba a Marco Gallo.

Guardó la carpeta de Sofía Vargas en su maletín, se puso la chaqueta y cerró el despacho. La noche del Bronx le recibió con una cacofonía de sirenas, música de bachata a todo volumen desde un coche y el murmullo de un centenar de conversaciones en español. Tomó el metro, el traqueteo del tren un ritmo familiar bajo sus pies, y se dirigió a Queens.

El bar de Marco, "El Último Recurso", estaba en una calle tranquila de Astoria, lejos de las zonas de moda. Era un local de la vieja escuela, con una barra de caoba oscura, taburetes de vinilo rojo y un ligero olor a cerveza y nostalgia. Marco estaba detrás de la barra, limpiando un vaso con un paño, su corpulenta figura una presencia tranquilizadora. Era un expolicía del NYPD, retirado por una bala en la rodilla que le había dejado una cojera permanente y una profunda desconfianza hacia la autoridad.

—Danny-boy —saludó Marco sin levantar la vista, su voz un gruñido grave—. Tienes pinta de haber visto un fantasma.

—Peor —dijo Rivas, dejándose caer en uno de los taburetes—. He visto uno que creía haber enterrado. Sírveme un refresco de cola, por favor.

Marco levantó una ceja, pero le sirvió la bebida sin hacer comentarios. —¿Problemas con la ex? ¿O es que los gnomos de jardín han formado un sindicato?

Rivas sonrió a su pesar. —Ojalá fuera tan sencillo. He aceptado un caso.

—Felicidades. Supongo que eso significa que puedes permitirte algo más que refrescos.

—Es contra *Valerius Pharmaceuticals*.

El paño con el que Marco limpiaba el vaso se detuvo. Dejó el vaso sobre la barra con un cuidado deliberado y se apoyó, sus antebrazos de estibador sobre la madera pulida. Su rostro, normalmente jovial, se endureció.

—¿Estás bromeando? —dijo en voz baja—. Después de lo que pasó la última vez... Daniel, ese no es tu peso. Ya no. Esos tipos juegan en otra liga.

—Lo sé. —Rivas removió el hielo de su vaso con una pajita—. Es por la muerte de un niño. Un niño de ocho años. Su madre cree que fue uno de sus medicamentos.

Marco soltó un juramento en voz baja. —¿Tienes pruebas?

—Tengo la intuición de una madre y esto. —Rivas sacó el programa de asistencia de su maletín y señaló la cláusula.

Marco entrecerró los ojos para leerla. —¿Arbitraje obligatorio? Malditos bastardos. Han cerrado la puerta principal y han tirado la llave.

—Exacto. Quieren que esto se resuelva en silencio, en una sala de conferencias donde ellos controlan todo. Creen que nadie se atreverá a desafiarlos en su propio terreno.

—Y tienen razón —replicó Marco—. Necesitarías un milagro. Un equipo de expertos que cuestan dos mil dólares la hora solo para entender los informes. Un investigador que pueda encontrar una aguja en un pajar cósmico. No tienes nada de eso. Tienes un despacho alquilado y a mí. Y yo estoy oficialmente retirado, por si no lo recuerdas.

—Lo recuerdo. Pero también recuerdo quién testificó a tu favor cuando Asuntos Internos intentó culparte por aquel chivatazo en el caso de la familia Falcone.

Marco apartó la mirada, incómodo. Rivas rara vez jugaba esa carta. Hacía años, cuando Marco todavía estaba en el cuerpo, una operación antidroga salió mal por una filtración. Los altos mandos necesitaban un chivo expiatorio y eligieron a Marco. Rivas, entonces un joven y ambicioso abogado, le representó *pro bono*, desmontando el caso de Asuntos Internos y salvando la pensión de Marco.

—Eso fue diferente —gruñó el expolicía.

—¿Lo fue? Era un hombre contra el sistema. La única diferencia es que tu sistema llevaba placas y el de esta mujer lleva batas de laboratorio. Marco, necesito tus ojos y tus oídos. Necesito a alguien que pueda hacer las preguntas que yo no puedo hacer. Alguien que sepa cómo habla la gente cuando no hay abogados delante.

Rivas se inclinó sobre la barra, su voz bajando de intensidad. —La compañía reaccionó de forma desproporcionada. La madre me dijo que fue a un bufete del centro. Se rieron de ella. Pero en cuanto yo llamé, siendo un don nadie del Bronx, me pusieron directamente con su director jurídico. Un pez gordo llamado Julian Croft.

Al mencionar el nombre, Rivas vio un destello de reconocimiento en los ojos de Marco.

—Croft —repitió Marco, casi para sí mismo—. He oído ese nombre. Era el que estaba al otro lado en tu caso. El carnicero con el traje de Armani.

—El mismo. Me ofreció un acuerdo para que me callara antes incluso de que hubiera presentado una sola demanda. No lo hacen por un caso sin fundamento. Lo hacen porque tienen miedo. Saben algo. Hay algo podrido en ese medicamento, Marco, y la muerte de ese niño no fue un accidente.

Se hizo un largo silencio. Marco cogió el vaso que había estado limpiando y lo llenó con whisky. Se lo bebió de un trago.

—Sabes que esto te va a destruir, ¿verdad? —dijo finalmente, su voz ronca—. Si pierdes... no habrá una tercera oportunidad. Y si por algún milagro empiezas a ganar, no jugarán limpio. Esta gente no tiene las reglas de un tribunal. Tienen las reglas de un cártel.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —replicó Rivas, el cansancio dando paso a una oleada de frustración—. ¿Decirle a esa mujer que la vida de su hijo no tiene "mérito económico"? ¿Darme la vuelta y volver a mis disputas de gnomos de jardín mientras ellos se salen con la suya? Lo hice una vez, Marco. Viví con ello durante cinco años. No puedo volver a hacerlo.

Marco le sostuvo la mirada, buscando en sus ojos, quizás, una salida, una señal de duda. Pero no la encontró. Vio algo que no había visto en mucho tiempo: la brasa de un fuego que creía extinguido.

El expolicía suspiró, un sonido que pareció venir de lo más profundo de su pecho. Se secó la boca con el dorso de la mano.

—De acuerdo —dijo, resignado—. Estoy dentro. Pero que conste que creo que es la idea más estúpida que has tenido nunca. Y eso incluye casarte con Sarah.

Rivas sintió que una oleada de alivio le recorría el cuerpo, tan intensa que casi le hizo tambalearse. No estaba solo.

—¿Qué es lo primero? —preguntó Marco, ya cambiando al modo profesional, el policía que nunca le había abandonado del todo.

—Lo primero es entender contra qué luchamos. Necesito que investigues Cardia-Sure. Todo. Los ensayos clínicos, los informes de efectos secundarios, cualquier queja que se haya presentado. Busca patrones, otros casos como el de Mateo Vargas, aunque estén sellados. Busca a cualquier médico o investigador que haya trabajado en el desarrollo del fármaco y que ya no esté en *Valerius*. Alguien que se fuera de repente o en malos términos.

—Eso es buscar en la oscuridad con los ojos vendados —dijo Marco —. *Valerius* tendrá todo eso bajo siete llaves.

—Lo sé. Por eso te lo pido a ti. —Rivas terminó su refresco y se levantó, dejando un billete de diez dólares en la barra—. Mientras tanto, yo haré lo que se supone que debo hacer. Mañana por la mañana, llamaré a Julian Croft y le informaré de que su oferta ha sido rechazada y que vamos a iniciar el proceso de arbitraje.

Marco negó con la cabeza lentamente.

—Mañana por la mañana —dijo con una sonrisa sombría—, estarás declarando la guerra. Asegúrate de estar preparado para lo que venga después.

CAPÍTULO 4

La mañana siguiente, la luz del sol que se colaba por la ventana del despacho de Rivas parecía diferente. Ayer era un recordatorio lánguido del calor y el estancamiento; hoy era un foco duro e implacable que iluminaba cada mota de polvo, cada grieta en la pared, cada mancha en la raída alfombra. El mundo no había cambiado, pero él sí. La decisión tomada en la penumbra del bar de Marco se sentía cruda y expuesta a la luz del día. Era una cosa prometer la guerra al amparo de la noche y otra muy distinta, cargar el primer proyectil al amanecer.

El teléfono negro de su escritorio había adquirido una cualidad siniestra. Parecía más grande, más pesado, un monolito oscuro que contenía la puerta de entrada al infierno que estaba a punto de desatar. Durante una hora, Rivas hizo todo lo posible por evitarlo. Ordenó expedientes que no necesitaban ser ordenados. Preparó un café tan fuerte y amargo que le hizo estremecerse. Incluso leyó de principio a fin un boletín del Colegio de Abogados sobre los cambios en la ley de sucesiones, un tema que le interesaba tanto como la cría de líquenes. Era el ritual de la dilación, la danza del miedo que precede a cualquier salto al vacío.

Sabía que estaba posponiendo lo inevitable. Cada minuto que pasaba era una victoria para Julian Croft. Croft se sentaría en su oficina con vistas a Central Park, orquestando fusiones multimillonarias, destruyendo competidores, ajeno al abogado de tercera categoría del Bronx que estaba a punto de perturbar su

universo perfectamente calibrado. La única manera de entrar en ese universo era a través de ese teléfono.

Finalmente, con un suspiro que pareció vaciarle los pulmones de todo el aire viciado de los últimos cinco años, se sentó. Sacó la tarjeta de visita que el asistente de Croft le había enviado por correo electrónico después de su primera y única conversación. Era gruesa, de un color marfil cremoso, con las letras grabadas en un nítido azul corporativo. *Valerius Pharmaceuticals*. El nombre en sí mismo sonaba a poder y permanencia, como un antiguo imperio romano. Debajo, el nombre: *Julian Croft, Vicepresidente Senior y Director Jurídico*.

Marcó el número. No era una línea directa. Por supuesto que no. Los hombres como Croft no tenían líneas directas. Tenían guardianes.

—Oficinas ejecutivas de Valerius Pharmaceuticals, habla Jessica. ¿En qué puedo ayudarle? —La voz era joven, pulcra y tan impersonal como un comunicado de prensa.

—Daniel Rivas, para el señor Croft, por favor.

Hubo una pausa, el débil sonido de un teclado. —¿Es usted de un bufete de abogados, señor Rivas?

—Soy abogado, sí. El señor Croft y yo hablamos brevemente la semana pasada sobre el caso Vargas.

Otra pausa. Rivas se imaginó a la tal Jessica escaneando una lista de llamadas aprobadas, su nombre conspicuousmente ausente.

—Un momento, por favor.

La llamada fue transferida y una música clásica suave y pretenciosa llenó el auricular. Vivaldi. Las Cuatro Estaciones. Era la elección perfecta para la sala de espera de un verdugo, pensó Rivas. Melodiosa, elegante e indiferente al destino de los que esperaban. Los segundos se alargaron, convirtiéndose en minutos. Era una táctica de poder básica, diseñada para hacerle sentir pequeño e insignificante, para que cuando Croft finalmente se dignara a hablar,

él ya estuviera a la defensiva. Rivas se obligó a respirar lenta y profundamente, observando cómo una paloma se posaba en el alféizar de su ventana, ajena a la batalla que se estaba gestando.

—Julian Croft.

La voz llegó de repente, sin preámbulos, cortando la música. Era exactamente como la recordaba del tribunal: suave como la seda, con un filo de acero por debajo. Tenía un timbre barítono y el tipo de dicción perfecta que se aprende en las escuelas de la Ivy League.

Rivas se enderezó en su silla. —Señor Croft, habla Daniel Rivas. Le llamo para dar seguimiento a nuestra conversación sobre el asunto de Sofía Vargas y su hijo, Mateo.

—Ah, sí. Señor Rivas. El... mediador del Bronx. Recuerdo. —La forma en que pronunció "mediador" y "Bronx" los convirtió en sinónimos de fracaso—. Supongo que llama para aceptar nuestra generosa oferta. Le ahorrará a usted y a su cliente mucho tiempo y disgustos.

La condescendencia era tan espesa que casi podía tocarla. Rivas apretó el auricular, sus nudillos blancos. —De hecho, le llamo para informarle de que mi cliente rechaza su oferta. La consideramos un insulto a la memoria de su hijo.

El silencio al otro lado de la línea fue diferente esta vez. No era la pausa de un asistente buscando un nombre. Era un silencio analítico, frío. Rivas podía casi visualizar a Croft, reclinado en un sillón de cuero italiano, mirando los rascacielos de Manhattan mientras recalibraba su estrategia.

—Un insulto —repitió Croft, su tono ahora teñido de una diversión gélida—. Señor Rivas, con el debido respeto, usted no está en posición de sentirse insultado. Su cliente es una inmigrante ilegal cuya reclamación se basa en la histeria y no en la ciencia. Y usted... bueno, su historial habla por sí mismo, ¿no es así? El caso Dunnigan, si no me equivoco. Una tragedia, en muchos niveles.

El golpe fue directo y brutal. Croft no solo recordaba el caso; se lo estaba restregando por la cara. Estaba dejando claro que sabía

exactamente quién era Rivas y cuán profundo podía cortar. Por un instante, el aire abandonó los pulmones de Rivas. El fantasma de Robert Dunnigan estaba allí mismo, en la línea, invocado por su némesis.

Rivas se obligó a tragar el nudo de rabia y pánico que se le había formado en la garganta. —Mi historial no es el tema de esta conversación. El tema es la muerte de un niño de ocho años dos meses después de empezar a tomar su medicamento, Cardia-Sure.

—Un medicamento que ha ayudado a decenas de miles de personas y que ha pasado por los más rigurosos controles de la FDA —replicó Croft, su voz volviendo a ser un ronroneo sedoso—. Correlación no implica causalidad, señor Rivas. Es la primera lección que se aprende en un litigio por responsabilidad de producto. O quizás usted se saltó esa clase.

—No me salté ninguna clase. Y como sin duda recordará del acuerdo de asistencia al paciente que le hicieron firmar a la señora Vargas, no vamos a litigar. Vamos a arbitrar. Por la presente, invocamos la sección B, párrafo seis, del acuerdo. Considere esta llamada como la notificación formal para iniciar el proceso.

Otro silencio, esta vez más corto. Rivas había movido ficha. Había entrado en el campo de batalla de Croft por voluntad propia.

Croft soltó una risa suave, un sonido desprovisto de cualquier alegría. —Ah, sí. La cláusula de arbitraje. Me alegra que la haya encontrado. La pusimos ahí precisamente para este tipo de situaciones. Para evitar que reclamaciones frívolas atasquen los tribunales y generen una publicidad injusta. Es un mecanismo eficiente. Me sorprende que alguien con sus... recursos limitados... quiera siquiera embarcarse en esto. El arbitraje no es barato, señor Rivas. Los honorarios del árbitro, los costes de los peritos... se acumulan.

Era otra amenaza velada, otro recordatorio de la asimetría de poder. *Podemos desangrarte hasta que te seques sin siquiera sudar*.

—Nos las arreglaremos —dijo Rivas, su propia voz sonando más firme de lo que se sentía—. Envíenme la lista de los servicios de arbitraje que proponen, según lo estipulado en el acuerdo. Esperaremos su correspondencia.

—Por supuesto. Mi equipo se encargará. Recibirá un paquete de iniciación de la Asociación Americana de Arbitraje. Son muy profesionales. Hemos trabajado con ellos en numerosas ocasiones. —La implicación era clara: *Ya conocemos a todos los árbitros. Ya hemos ganado*.— Señor Rivas, una última cosa.

—¿Sí?

—Le insto, como colega del gremio, a que reconsidere esto. Aconseje a su cliente de forma adecuada. A veces, la mejor victoria para un cliente es la que se consigue evitando una pelea que no se puede ganar. Seguir adelante con esto no le devolverá a su hijo. Solo prolongará su dolor y, al final, la dejará sin nada. Y a usted, bueno... ya sabe lo que se siente al perder un caso así. No estoy seguro de que su carrera pudiera soportar otro golpe similar.

La amenaza ya no era velada. Era una mano de hierro dentro de un guante de terciopelo. Era un recordatorio de que Croft no solo le había vencido una vez, sino que disfrutaba con el recuerdo y estaba más que dispuesto a repetir la experiencia.

—Gracias por su consejo, señor Croft —dijo Rivas, y la frialdad de su propio tono le sorprendió—. Pero mi cliente y yo creemos en la solidez de nuestro caso. Buenos días.

Colgó antes de que Croft pudiera añadir nada más. El auricular cayó sobre la base con un golpe seco. Rivas se quedó mirando el teléfono, su corazón latiendo con fuerza contra sus costillas. Tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor. La conversación no había durado más de cinco minutos, pero se sentía como si hubiera corrido un maratón.

Había sobrevivido. No se había desmoronado. Se había mantenido firme. Era una pequeña victoria, pero le supo a gloria. Se levantó y

caminó por la pequeña oficina, la adrenalina recorriendo sus venas. El miedo seguía ahí, un nudo frío en el estómago, pero ahora estaba mezclado con algo más: una excitación eléctrica, la sensación de estar vivo y en la lucha, una sensación que había creído perdida para siempre.

La llamada había confirmado todo lo que sospechaba. La arrogancia de Croft, su condescendencia, sus sutiles y no tan sutiles amenazas... todo ello apestaba a un exceso de confianza que rozaba el pánico. Un hombre inocente se habría mostrado molesto, quizás. Un hombre culpable se mostraba divertido y amenazante. Croft no estaba defendiendo a su compañía; estaba ocultando un secreto.

El resto del día pasó en un borrón. Rivas llamó a Sofía Vargas para ponerla al día. Le explicó, en el español más sencillo que pudo, que había rechazado la oferta y que el proceso de arbitraje había comenzado. Le advirtió que sería un camino largo y difícil, que la compañía intentaría intimidarla. Su respuesta fue simple y directa: "Haga lo que tenga que hacer, abogado. Por Mateo." Su fe inquebrantable era a la vez un bálsamo y una carga insoportable.

Justo antes de las cinco de la tarde, mientras se preparaba para irse, sonó la notificación de un nuevo correo electrónico en su viejo ordenador de sobremesa. El remitente era: *iniciaciones@adr.org*. La Asociación Americana de Arbitraje. El asunto era: *Notificación de Inicio de Arbitraje: Vargas vs. Valerius Pharmaceuticals, Inc. Caso Nº 78-B-1445*.

Rivas hizo doble clic. El correo era breve y formal, confirmando la recepción de la solicitud de arbitraje por parte de *Valerius*. Adjunto había un PDF de veinte páginas con las reglas de procedimiento y un segundo documento. El nombre del archivo era *Lista_Árbitros_Propuestos.pdf*.

Con el corazón en un puño, lo abrió. El documento contenía seis nombres. Seis currículos abreviados. Juez (ret.) Michael O'Malley. Juez (ret.) Eleanor Vance. Todos ellos con historiales impecables en la judicatura estatal o federal, seguidos de lucrativas carreras en el

sector privado, mediando en disputas multimillonarias. Todos ellos miembros de los mismos clubes de campo y consejos de administración que los ejecutivos de *Valerius*. Era una lista de verdugos de guante blanco.

Rivas leyó los nombres uno por uno, sintiendo cómo se le apretaba el estómago. Eran exactamente el tipo de personas que Croft quería. Hombres y mujeres que entendían el lenguaje del poder y el dinero, que verían a Sofía Vargas no como una madre afligida, sino como una molestia, un error de redondeo en la hoja de balance de una gran corporación.

Y entonces llegó al último nombre de la lista.

William "Bill" Pierce, Esq.

Rivas se quedó sin aliento. No era un juez. Era un abogado. Pero no un abogado cualquiera. William Pierce había sido el Socio Director del departamento de litigios de *Sullivan & Cromwell*, uno de los bufetes de abogados más poderosos y despiadados del mundo, el mismo bufete que representaba a *Valerius* en todas sus grandes transacciones. No solo era un miembro del club, era uno de sus fundadores. Pero eso no era lo peor. Rivas lo conocía por algo más.

Hacía unos siete años, Pierce había sido el árbitro en un caso muy sonado de denuncia de irregularidades contra un banco de inversión. El denunciante, un joven ejecutivo que había descubierto un fraude masivo, fue destrozado durante el arbitraje. Pierce no solo falló en su contra, sino que en su laudo escrito, le acusó de "intento malicioso de extorsión corporativa", una frase que destruyó la carrera del hombre para siempre. Dos años más tarde, una investigación federal confirmó cada una de las acusaciones del denunciante. El banco pagó una multa de mil millones de dólares. Pierce nunca se retractó de su decisión.

Incluir a William Pierce en la lista no era una simple sugerencia. Era un mensaje. Era Croft diciéndole a Rivas, sin necesidad de palabras: *Puedo elegir al juez, al jurado y al verdugo. Y todos ellos ya trabajan para mí. Ríndete ahora*.

Rivas se reclinó en su silla, el monitor del ordenador arrojando un brillo pálido sobre su rostro. La euforia de su pequeña victoria en el teléfono se había evaporado, reemplazada por el frío y duro peso de la realidad. La guerra no acababa de empezar. Llevaba años perdiéndola sin siquiera saber que estaba luchando.

CAPÍTULO 5

La pantalla del ordenador zumbaba suavemente, un sonido casi inaudible bajo el estrépito lejano del tráfico de la Grand Concourse. Para Daniel Rivas, sin embargo, el zumbido era un grito ensordecedor. El nombre William "Bill" Pierce, Esq. parecía flotar en la pantalla, desprendido del resto del texto, como si estuviera escrito con tinta fosforescente. No era una sugerencia; era un epitafio.

Rivas se reclinó en su silla, el cuero agrietado protestó con un gemido largo y cansado. El chute de adrenalina de su llamada con Croft se había disipado por completo, dejando en su lugar un residuo helado de pavor. Había provocado al gigante, y el gigante no se había limitado a responder; había elegido el arma, el campo de batalla y al verdugo.

Durante la siguiente hora, Rivas hizo lo que mejor sabía hacer: investigar. La desesperación era un combustible potente, y canalizó la suya en una búsqueda metódica y febril. Conectó su portátil, abrió media docena de ventanas en el navegador y empezó a desenterrar todo lo que pudo sobre los seis nombres de la lista de Croft. Utilizó LexisNexis, Westlaw, e incluso las búsquedas más mundanas de Google, siguiendo los rastros de migas de pan digitales que estos hombres y mujeres habían dejado a lo largo de sus ilustres carreras.

Los resultados fueron tan predecibles como deprimentes. Eran un monolito de poder del establishment. El Juez (ret.) Michael O'Malley, tras una década en el Tribunal de Apelaciones del Segundo Circuito,

ahora formaba parte del consejo de administración de dos grandes bancos y una aseguradora que, casualmente, tenía a *Valerius* como cliente principal. La Jueza (ret.) Eleanor Vance era famosa por sus sentencias a favor de las corporaciones en casos de patentes; su marido era socio principal en un bufete que había defendido a *Valerius* en litigios europeos. Los otros tres nombres seguían un patrón similar: una red intrincada y acogedora de favores, afiliaciones y amistades que los unía al mundo del que Julian Croft era príncipe.

Eran todos intocables, sus reputaciones blindadas. Si fallaban en contra de Sofía Vargas, nadie levantaría una ceja. Se consideraría el resultado lógico, la decisión sensata de un jurista experimentado. Croft no había elegido árbitros; había elegido una funeraria de lujo para enterrar el caso con todos los honores legales.

Y luego estaba Pierce.

La información sobre William Pierce era de otra naturaleza. No estaba oculta en las notas a pie de página de los informes anuales. Estaba a la vista de todos, en artículos de Forbes y del Wall Street Journal. Le llamaban "El Cirujano Corporativo", "El Martillo de Sullivan & Cromwell". Sus victorias eran legendarias, sus tácticas, brutales. No había sutileza en él. Pierce no desmantelaba un caso; lo aniquilaba. Lo quemaba hasta los cimientos y salaba la tierra para que nada volviera a crecer.

El infame caso del denunciante del banco de inversión era solo la punta del iceberg. Rivas encontró otros ejemplos: un caso de discriminación racial contra una aerolínea donde Pierce, como árbitro, obligó a los demandantes a pagar los costes legales de la compañía, llevándolos a la bancarrota. Una disputa por contaminación ambiental en la que dictaminó que las pruebas científicas eran "demasiado especulativas", a pesar del consenso de la comunidad científica. William Pierce no era un árbitro; era un arma. Y Croft la había apuntado directamente a la cabeza de Rivas.

Sintiendo que las paredes de la oficina se cerraban sobre él, Rivas imprimió la lista y los resúmenes de su investigación, metió los papeles en su maletín y salió a la calle. Necesitaba aire, y necesitaba a Marco.

Los encontró a ambos en un banco del Joyce Kilmer Park, frente al juzgado. Marco estaba lanzando trozos de un pretzel a un grupo de palomas beligerantes, su rostro impasible bajo el sol del mediodía.

—Pareces un hombre que se dirige a su propia ejecución —dijo Marco a modo de saludo, sin apartar la vista de las aves.

—Puede que lo sea. —Rivas se sentó, el vinilo caliente del banco se sentía pegajoso a través de su pantalón—. Croft ha respondido. Nos ha enviado la lista de árbitros.

Le entregó los papeles. Marco los leyó lentamente, sus labios moviéndose casi imperceptiblemente. A medida que avanzaba, su expresión se oscurecía, como nubes de tormenta acumulándose en el horizonte. Cuando llegó al último nombre, dejó escapar un silbido bajo.

—William Pierce. Madre de Dios, Danny. Este tipo no te está amenazando. Te está escupiendo en la cara.

—Lo sé.

—¿Qué significa eso de "Esq."? —preguntó Marco, señalando la abreviatura junto al nombre de Pierce.

—Esquire. Es un título honorífico que se añade al nombre de los abogados en Estados Unidos. Es como decir "Licenciado". Pero en el caso de Pierce, debería significar "Ejecutor".

Marco dobló los papeles y se los devolvió. —Entonces, ¿qué hacemos? ¿Hay alguna forma de oponerse a la lista? ¿Decir que está amañada?

Rivas negó con la cabeza. —No funcionará. Según las reglas de la AAA, puedo oponerme a un árbitro si puedo demostrar un "conflicto de intereses directo y sustancial". Ser miembro del mismo club de

golf o que tu bufete haya trabajado para el acusado hace diez años no cuenta. Croft ha sido inteligente. Son conflictos de cultura, no de contrato. Son amiguetes, no socios comerciales directos. Cualquier objeción que presente parecerá la pataleta de un mal perdedor antes de que empiece el partido.

—Así que estamos jodidos —concluyó Marco sin rodeos—. Es como si te dieran a elegir entre morir fusilado, en la silla eléctrica o por inyección letal. El resultado es el mismo.

Rivas se quedó mirando la fachada de granito del juzgado del Bronx, un edificio que pretendía simbolizar la majestuosidad de la ley pero que a menudo albergaba su fracaso más mezquino. La analogía de Marco era acertada. Fusilamiento, silla eléctrica, inyección letal. Todos mortales. Pero el método... el método importaba.

Una idea, informe y tan demente que al principio la descartó como un síntoma de pánico, empezó a tomar forma en su mente. Era una estrategia nacida de la pura desesperación, una jugada de Hail Mary desde su propia línea de gol con todo el equipo contrario cargando contra él.

—¿Y si no lo fuera? —dijo Rivas, casi en un susurro.

—¿El qué?

—El resultado. ¿Y si el método lo cambiara todo?

Marco se giró para mirarle, entrecerrando los ojos. —¿De qué demonios estás hablando, Danny? Has estado demasiado tiempo al sol.

Rivas se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, los papeles arrugados en la mano. —Piénsalo, Marco. Los cinco primeros, los jueces. Son el establishment. Son sutiles. Me matarán con una sonrisa en la cara. Dictaminarán en mi contra en cada moción de procedimiento. Limitarán mis pruebas. Excluirán a mis testigos por razones técnicas que sonarán perfectamente razonables. Me desangrarán lentamente, de forma educada, y al final, emitirán un laudo de cien páginas lleno de jerga legal impecable que dirá que

perdimos. Y nadie podrá decir que fue injusto. Será la muerte por mil cortes de papel.

—Suena horrible —admitió Marco.

—Lo es. Es la peor forma de perder, porque te hace sentir que la culpa es tuya, que simplemente no eras lo bastante bueno. Es la forma en que Croft me ganó la última vez. No me noqueó. Me ganó a los puntos, y los jueces eran suyos.

—¿Y Pierce? ¿Cómo es diferente? —preguntó Marco, escéptico.

—Pierce no usa el bisturí. Usa un hacha. —Rivas se enderezó, la idea cobrando fuerza, su voz ganando convicción—. No es sutil. Es un matón. Es arrogante. Cree que está por encima de todo y de todos. Y eso, Marco, eso es una debilidad.

—Suena como una debilidad muy bien armada.

—¡Exacto! Pero es una que puedo ver. Los jueces me atacarían desde ángulos que no esperaría. Serían impredecibles en su previsibilidad. Pero Pierce... sé exactamente cómo me va a atacar. Vendrá de frente. Intentará intimidarme, insultarme, menospreciar a mi cliente y ridiculizar mi caso desde el primer minuto. No se andará con rodeos.

Vio la confusión en el rostro de Marco y se apresuró a explicar. —Mira, en un arbitraje, el árbitro tiene un poder casi absoluto. Es el juez y el jurado. Su temperamento, sus prejuicios... todo influye. Con los jueces, su prejuicio está oculto bajo capas de decoro judicial. Con Pierce, su prejuicio está a la vista de todos. Su desprecio por los demandantes como Sofía es parte de su marca.

—Sigo sin ver cómo eso nos ayuda —dijo Marco, sacudiendo la cabeza—. Un tipo que te odia abiertamente es peor que uno que lo disimula.

—No si puedes usarlo en su contra. Un hombre arrogante comete errores. Un hombre que te subestima baja la guardia. Y lo más importante, un hombre como Pierce quiere un espectáculo. Quiere

una ejecución pública, aunque el público seamos solo nosotros en esa sala. No buscará una victoria técnica; buscará una aniquilación. Y para hacerlo, puede que se exceda. Puede que tome decisiones tan descaradamente parciales que me den una base para apelar. Es una posibilidad entre un millón, pero con los otros, esa posibilidad es cero.

Rivas se levantó y empezó a caminar de un lado a otro frente al banco, la energía nerviosa demasiado grande para contenerla sentado.

—Hay algo más. Es psicológico. Croft ha puesto a Pierce en esa lista para aterrorizarme, para que me rinda antes de empezar. Espera que yo elija a uno de los otros, al "menos malo", y que me someta a una muerte lenta. Es lo que haría cualquier abogado sensato.

Se detuvo y miró a Marco directamente a los ojos. —Pero yo no voy a ser sensato. Voy a elegir a Pierce.

Marco se quedó mirándolo como si le hubiera salido una segunda cabeza. —¿Qué? ¿Estás loco? ¡Es un suicidio! Estás eligiendo al tipo que trae su propia guillotina a la fiesta.

—Estoy eligiendo al diablo que conozco, Marco. Estoy eligiendo al único hombre de esa lista cuya arrogancia podría ser un arma de doble filo. Y le estoy enviando un mensaje a Julian Croft. Le estoy diciendo: 'Tu matón no me asusta. No solo voy a luchar, sino que voy a luchar en el ring que tú has elegido y contra el campeón que tú has elegido'. Le estoy quitando el poder de su amenaza al aceptarla de frente. Le va a desconcertar. Se lo prometo.

Marco se frotó la cara con las manos, un gesto de pura exasperación. —Danny, por el amor de Dios. Esto no es una película. Es la vida real. Este tipo te va a devorar vivo.

—Quizás. Pero si voy a caer, prefiero caer luchando de pie que desangrarme de rodillas. Con Pierce, tendré una oportunidad, por pequeña que sea, de provocar un error. Con los demás, no tengo ninguna. Es mi única jugada.

Se sentó de nuevo junto a Marco, su energía frenética reemplazada por una calma sombría y decidida. Sabía que sonaba a locura. Probablemente lo era. Pero en lo más profundo de su ser, en el lugar donde el viejo Daniel Rivas, el litigante intrépido, aún residía, sabía que era el movimiento correcto. Era la única forma de convertir la mayor debilidad de su caso en una posible, aunque remota, fortaleza.

Marco se quedó en silencio durante mucho tiempo, observando a las palomas picotear las últimas migas de su pretzel. Finalmente, suspiró.

—Siempre me arrastras a tus peores ideas.

No era una aprobación, pero era lo más parecido que Rivas iba a conseguir.

Esa tarde, de vuelta en su despacho, Daniel Rivas redactó un correo electrónico. Era breve y formal.

Para: iniciaciones@adr.org
CC: jcroft.legal@valeriuspharma.com
Asunto: Selección de Árbitro: Vargas vs. Valerius Pharmaceuticals, Inc. Caso Nº 78-B-1445
Estimados señores,

En nombre de mi cliente, la Sra. Sofía Vargas, y de conformidad con las reglas de procedimiento aplicables, por la presente les informo de nuestra selección de la lista de árbitros propuesta por la parte demandada.

Hemos elegido a William Pierce, Esq. para que actúe como único árbitro en este asunto.

Agradecemos su pronta confirmación y los siguientes pasos en el proceso.

Atentamente,

Daniel Rivas, Abogado

Se quedó mirando el borrador durante un minuto entero. Su dedo flotaba sobre el botón de "Enviar". Era el punto de no retorno. Hacer clic en ese botón era como saltar del avión. No había vuelta atrás, solo la larga caída y la esperanza incierta de que, de alguna manera, encontraría la forma de abrir el paracaídas antes de estrellarse contra el suelo.

Con una exhalación lenta y deliberada, hizo clic.

CAPÍTULO 6

El acto de hacer clic en "Enviar" fue extrañamente anticlimático. Durante un instante, el mundo no cambió. El sol seguía proyectando las mismas sombras alargadas en su despacho. El tráfico seguía rugiendo en la calle de abajo. Pero Daniel Rivas sintió un cambio tectónico en su interior, la sensación de que una puerta se había cerrado de golpe a sus espaldas, dejando solo un camino oscuro y desconocido por delante. Había invitado al monstruo a su casa. Ahora solo quedaba esperar a que llamara a la puerta.

La respuesta no se hizo esperar. La mañana siguiente, a las nueve y tres minutos exactamente, llegó un correo electrónico. No era de Julian Croft. Era de la administradora del caso en la Asociación Americana de Arbitraje, una mujer llamada Brenda a juzgar por la firma. El tono era de una eficiencia glacial.

"Estimadas partes," comenzaba, *"se ha confirmado al Sr. William Pierce como árbitro único en el asunto referenciado. Se adjunta su declaración de divulgación. El árbitro Pierce solicita que se programe una conferencia preliminar de gestión del caso por vía telefónica para mañana, 26 de septiembre, a las 10:00 AM, hora del Este. Por favor, confirmen su disponibilidad."*

Rivas sintió un nudo en el estómago. Mañana. Menos de veinticuatro horas. Pierce no perdía el tiempo. Abrió el archivo adjunto, la declaración de divulgación de Pierce. Era un documento legal estándar en el que el árbitro debía revelar cualquier posible conflicto de intereses. El de Pierce era una obra maestra de la ofuscación

legal. Mencionaba de pasada que su antiguo bufete, *Sullivan & Cromwell*, había "representado y puede que actualmente represente a *Valerius Pharmaceuticals* o a sus filiales en asuntos no relacionados con esta disputa". Era el equivalente a decir que el Océano Atlántico contenía "cierta cantidad de agua". No era una mentira, pero la magnitud de la verdad que ocultaba era abismal. Rivas sabía que cualquier intento de recusar a Pierce basándose en ese documento sería inútil. Estaba redactado por expertos para ser a la vez revelador e impenetrable.

Respondió al correo con un simple "Confirmado", su propia versión de apretar los dientes antes de recibir un golpe. El resto del día lo pasó en un estado de febril preparación. No se trataba de preparar el caso en sí, sino de prepararse para el hombre. Sacó de un archivador polvoriento sus viejos apuntes de la facultad sobre procedimiento arbitral. Releyó las reglas de la AAA, centrándose en las secciones sobre la autoridad del árbitro, la gestión del calendario y el intercambio de pruebas. Estaba buscando cualquier escudo, cualquier arma, por pequeña que fuera, que pudiera usar en la batalla que se avecinaba.

Llamó a Marco. —¿Qué sabes de los bulldogs? —le preguntó sin preámbulos.

—¿Disculpa? —respondió Marco desde el otro lado de la línea, el ruido de fondo de su bar era un murmullo familiar—. ¿Te ha dado por la cría de perros?

—No. Quiero decir, en una pelea. ¿Cómo se les combate?

Hubo una pausa. —Nunca les dejas que te agarren. Son todo mandíbula y centro de gravedad bajo. Una vez que te muerden, no te sueltan. Se cansan, pero tardan mucho. Tienes que ser más rápido, más inteligente. Y nunca, jamás, mostrarles que tienes miedo. Huelen el miedo. ¿Por qué?

—Porque mañana a las diez tengo mi primera llamada con William Pierce.

Marco soltó un juramento. —Buena suerte con eso. Necesitarás algo más que una estrategia canina.

—Lo sé. Pero ayuda a visualizarlo. No puedo ganarle en fuerza. Tengo que ganarle en astucia.

Pasó la noche en vela, repasando mentalmente los posibles escenarios. Se imaginó las preguntas de Pierce, las trampas, los insultos velados. Redactó una lista de sus propias peticiones: un calendario de descubrimiento razonable, una lista preliminar de testigos que quería deponer, una solicitud para los informes de los ensayos clínicos de Cardia-Sure. Sabía que Pierce rechazaría la mayoría, pero era crucial ponerlas sobre la mesa desde el principio, crear un registro. En un arbitraje, el único registro que importaba era el que el árbitro permitía crear.

A las nueve y cincuenta y cinco de la mañana siguiente, Rivas estaba sentado en su escritorio, con un bloc de notas legal amarillo delante, un bolígrafo en la mano y un vaso de agua al lado. El corazón le latía con una fuerza sorda en el pecho. Había puesto el teléfono en modo altavoz. No quería que el temblor de su mano delatara su nerviosismo.

Exactamente a las 10:00, el teléfono sonó. Era el número de la operadora de la conferencia. Marcó el código de acceso y fue recibido por el silencio electrónico de una línea vacía. Era el primero. A los pocos segundos, una voz femenina anunció: "Gracias por llamar". La operadora. Luego, otras dos personas se unieron casi simultáneamente, sus llegadas anunciadas por suaves pitidos.

—Equipo de Valerius Pharmaceuticals presente —dijo una voz joven y enérgica que Rivas no reconoció.

Unos segundos después, una voz que sonaba como grava rodando por una tubería oxidada llenó la línea, haciendo que el altavoz de Rivas vibrara. —Pierce.

No hubo un "hola", ni un "buenos días". Solo su apellido, pronunciado como una orden. Era la voz de un hombre

acostumbrado a que el mundo se detuviera cuando hablaba.

—Buenos días. Daniel Rivas, presente por la demandante, Sofía Vargas —dijo Rivas, esforzándose por mantener su voz firme y uniforme.

—¿Rivas? —dijo Pierce, arrastrando la palabra—. ¿Lo estoy pronunciando bien? ¿*Rye-vas*?

—Es *Ree-vas* —corrigió Rivas, la piel erizada. Sabía que el error era intencionado. Era el primer movimiento en el tablero, un pequeño empujón para desequilibrarlo.

—De acuerdo, *Ree-vas*. —El énfasis en la palabra la convirtió en una burla—. Entiendo que todos los que necesitamos estar aquí, estamos aquí. Operadora, puede desconectarse.

Hubo un clic. Ahora estaban solos los cuatro en la línea.

—Por parte de Valerius, está presente Adam Kincaid, del bufete Paul, Weiss —dijo la voz joven. Por supuesto, *Valerius* había contratado a un ejército. Paul, Weiss era otro gigante legal de Manhattan—. El señor Croft no se unirá a nosotros en estas llamadas preliminares.

—No es necesario —gruñó Pierce—. Esto es una simple gestión del caso. No necesitamos a los peces gordos para establecer un calendario. Muy bien, seamos breves. Mi tiempo es valioso, y supongo que el de ustedes también, aunque en distinto grado.

El desprecio era palpable. Rivas apretó el bolígrafo con más fuerza.

—Señor Rivas —continuó Pierce, claramente dirigiéndose a él—, he leído su demanda. Es... escueta. Se basa enteramente en la especulación de su cliente. No veo ni una sola prueba científica, ni un solo informe pericial que la respalde.

—Señor Árbitro, con el debido respeto, estamos en la fase más temprana del proceso —intervino Rivas—. El propósito del descubrimiento es precisamente obtener las pruebas que, en nuestra opinión, demostrarán la causalidad.

—El propósito del descubrimiento, señor *Ree-vas*, no es embarcarse en una expedición de pesca a costa de la parte demandada. Es para obtener pruebas relevantes y específicas. Así que dígame, ¿qué es lo que busca exactamente?

Rivas miró su lista. Era el momento. —Para empezar, solicitamos todos los documentos relacionados con los ensayos clínicos de Fase I, II y III de Cardia-Sure, incluyendo todos los informes de eventos adversos, la correspondencia con la FDA y los análisis internos de seguridad.

—Denegado —dijo Pierce al instante.

Rivas parpadeó, sorprendido por la rapidez del rechazo. —¿Disculpe?

—He dicho denegado. Es una solicitud excesivamente amplia y onerosa. Miles de documentos, la mayoría de los cuales son información comercial patentada y confidencial. No voy a permitir que convierta este arbitraje en una auditoría general de la investigación y el desarrollo de una compañía farmacéutica global. Sea más específico.

—Esos documentos son la base de nuestro caso —protestó Rivas, tratando de controlar su creciente frustración—. Necesitamos ver qué sabía la compañía sobre los riesgos cardíacos antes de lanzar el medicamento al mercado.

—Lo que la compañía sabía es que la FDA, el estándar de oro mundial, aprobó el medicamento como seguro y eficaz. Eso es lo único que importa. Señor Kincaid, ¿alguna objeción a la solicitud del señor Rivas? —preguntó Pierce, su tono indicaba que la pregunta era una mera formalidad.

—Sí, señor Árbitro —dijo Kincaid, su voz llena de una estudiada deferencia—. Nos oponemos enérgicamente. La solicitud es, como usted ha señalado, desproporcionada. Además, busca información que está protegida por el secreto comercial.

—Objeción aceptada —falló Pierce—. Señor Rivas, tendrá que reducir su solicitud a algo razonable. Por ejemplo, los informes

médicos del niño. Supongo que los tiene.

—Por supuesto que los tenemos, pero no cuentan toda la historia...

—Son la única historia que me interesa por ahora —le interrumpió Pierce—. Siguiente punto: deposiciones. ¿A quién quiere molestar con declaraciones juradas?

Rivas respiró hondo. —Solicitamos deponer a los principales científicos involucrados en el desarrollo de Cardia-Sure, así como al jefe de cumplimiento normativo de la compañía en el momento de la aprobación del fármaco. Y también solicitamos deponer al señor Julian Croft.

Hubo un corto silencio. Incluso el joven Kincaid pareció contener la respiración.

Pierce soltó algo que podría haber sido una risa o un gruñido. —¿Al señor Croft? ¿El Director Jurídico de una corporación que factura veinte mil millones de dólares al año? ¿Sobre qué base? ¿Cree que él estaba personalmente en el laboratorio mezclando productos químicos?

—Creemos que él supervisó la estrategia legal y regulatoria para la aprobación del fármaco, y que estaba al tanto de los riesgos que se ocultaron al público y a la FDA —afirmó Rivas, sabiendo que sonaba a una acusación desesperada sin pruebas que la respaldaran.

—"Creemos". De nuevo, la especulación. La deposición de un alto ejecutivo, lo que se conoce como una "deposición en el ápice", solo se permite en circunstancias extraordinarias, cuando se puede demostrar que tiene un conocimiento personal y único de los hechos, y que esa información no se puede obtener por otros medios. Usted no ha demostrado nada de eso. Solicitud denegada. En cuanto a los científicos, puede elegir a uno. Solo uno. Y tendrá cuatro horas para deponerlo.

—¡Eso es imposible! —exclamó Rivas, perdiendo la compostura por un instante—. Hay equipos enteros de científicos. Necesito hablar

con varios de ellos para reconstruir los hechos. Y cuatro horas no es suficiente ni para empezar.

—Cuatro horas es más que suficiente si sabe lo que está preguntando. Y tendrá que conformarse con un científico. El señor Kincaid le proporcionará una lista de tres nombres, y usted podrá elegir. ¿Entendido?

Rivas se sintió como si estuviera intentando apagar un incendio con una pistola de agua mientras Pierce le rociaba con gasolina. Cada petición era denegada, cada intento de obtener información era bloqueado. Estaba construyendo un registro, sí, pero era un registro de su propia aniquilación.

—Entendido —dijo finalmente, con la voz ahogada.

—Excelente. Finalmente, el calendario. —El tono de Pierce se volvió aún más enérgico, el de un hombre ansioso por terminar—. Quiero que este asunto se resuelva rápidamente. No vamos a pasarnos un año en esto. El descubrimiento de hechos, lo poco que voy a permitir, se completará en sesenta días. Todas las mociones, incluyendo cualquier moción de desestimación por parte de la demandada, deberán presentarse a más tardar setenta y cinco días a partir de hoy. La audiencia de arbitraje se llevará a cabo en noventa días. Tres meses. Sin prórrogas. ¿Alguna objeción?

Rivas sintió que se le helaba la sangre. Noventa días. En un litigio normal, un caso de esta complejidad tardaría entre dos y tres años en llegar a juicio. Solo la fase de descubrimiento llevaría al menos un año. Noventa días era una sentencia de muerte. Era imposible reunir las pruebas, encontrar y preparar a los peritos, y preparar un caso para la audiencia en ese plazo. Era precisamente lo que Croft y Pierce querían.

—Señor Árbitro, protesto enérgicamente —dijo Rivas, su voz temblando ligeramente de rabia—. Ese calendario es punitivo y manifiestamente injusto. Es imposible para la demandante preparar adecuadamente su caso en ese plazo. Solicito un mínimo de seis meses para el descubrimiento.

—Su solicitud es denegada, señor *Ree-vas*. El propósito del arbitraje es la eficiencia. Si tuviera un caso real, con pruebas reales, noventa días serían más que suficientes. Si solo tiene la intención de acosar a la demandada con una demanda frívola, entonces ni noventa años serían suficientes. El calendario se mantiene. Sesenta días para el descubrimiento, noventa días para la audiencia. El señor Kincaid redactará una orden de gestión del caso que refleje mis decisiones y la distribuirá a finales del día. Esta conferencia ha terminado.

Hubo un clic definitivo. William Pierce se había desconectado.

—Gracias por su tiempo, señor Árbitro —dijo Kincaid al aire vacío, antes de desconectarse también.

Rivas se quedó solo en la línea, el silencio zumbando en sus oídos. Se quedó mirando el bloc de notas que tenía delante. Apenas había escrito nada. Había sido un ataque relámpago, una emboscada legal de la que apenas había salido con vida. Pierce no solo había diezmado sus solicitudes; le había impuesto un calendario que convertía la derrota en una certeza matemática.

Colgó el teléfono y se reclinó en la silla, sintiendo un agotamiento profundo y absoluto, el tipo de cansancio que se asienta en los huesos. La estrategia de aceptar al diablo que conocía de repente parecía una estupidez monumental. El diablo no solo había aparecido, sino que había reescrito las reglas del infierno para asegurarse de que Rivas ardiera más rápido.

Noventa días. Tenía noventa días para encontrar una aguja en un pajar del tamaño de un continente, con las manos atadas a la espalda y una venda en los ojos. Por primera vez desde que Sofía Vargas entró en su despacho, Daniel Rivas sintió la punzada helada de la verdadera desesperanza. Había declarado la guerra, pero su oponente había decidido que terminaría antes de que él tuviera la oportunidad de disparar un solo tiro.

CAPÍTULO 7

El silencio que siguió a la llamada no era paz; era el vacío que deja una detonación. Daniel Rivas permaneció inmóvil en su silla durante un tiempo que no pudo medir, el auricular del teléfono todavía tibio en su mano. El altavoz, ahora mudo, parecía un pequeño cráter negro en su escritorio. La emboscada había sido perfecta, ejecutada con una precisión y una brutalidad que le dejaron sin aliento. No había sido una conferencia de gestión; había sido una decapitación procesal.

Noventa días. El número resonaba en su cabeza como el repique de una campana fúnebre. Noventa días desde hoy hasta la audiencia final. Se levantó y caminó hasta la ventana, mirando la vida bulliciosa del Bronx sin verla realmente. Trató de desglosar la cifra, de convertirla de una sentencia abstracta a una realidad tangible.

Primero, necesitaba un perito. Un cardiólogo de primer nivel, o quizás un farmacólogo, alguien con las credenciales y el coraje para enfrentarse a *Valerius Pharmaceuticals*. Encontrar a esa persona podría llevar semanas. Los mejores estaban a menudo en la nómina de las grandes farmacéuticas, directa o indirectamente, a través de becas de investigación o contratos de consultoría. Los que quedaban eran reacios a arriesgar su reputación en un caso contra un gigante de la industria, especialmente en uno que se desarrollaría en la oscuridad de un arbitraje privado. Si por un milagro encontraba a alguien, necesitaría tiempo para que revisara los registros de Mateo, investigara la literatura científica sobre Cardia-Sure y preparara un

informe pericial completo. Eso, por sí solo, era un trabajo de sesenta días para un experto diligente.

Luego estaba el descubrimiento, lo que Pierce se había dignado a concederle. Una deposición. Un solo científico de *Valerius*, elegido a ciegas de una lista de tres nombres proporcionada por el enemigo, durante un máximo de cuatro horas. Prepararse para esa deposición sin tener acceso a los documentos de los ensayos clínicos era como prepararse para una cirugía con los ojos vendados. Tendría que adivinar las preguntas correctas, pescar en la oscuridad con la esperanza de enganchar algo, cualquier cosa.

Y todo esto tenía que ocurrir en los primeros sesenta días. Los treinta días restantes, según el calendario de Pierce, eran para la redacción y presentación de mociones y para la preparación de la audiencia final. Era una broma macabra. Era el equivalente legal a pedirle que construyera un rascacielos en tres meses con un martillo y un puñado de clavos.

Se pasó las manos por la cara, la barba de dos días rasposa contra sus palmas. La estrategia de elegir a Pierce, de enfrentarse al matón de frente, ahora parecía la bravuconada de un idiota. Había pensado que la arrogancia de Pierce sería una debilidad que podría explotar. En cambio, Pierce había utilizado su poder absoluto como un garrote, aplastando cualquier apariencia de debido proceso. Rivas no le había desconcertado; le había divertido. Le había dado la oportunidad de hacer lo que más le gustaba: aplastar a los débiles.

El teléfono de su escritorio sonó, el timbre agudo le hizo dar un respingo. Por un instante irracional, temió que fuera Pierce de nuevo, llamando para añadir alguna nueva tortura a su calendario. Miró el identificador de llamadas. Era Marco. Cogió el teléfono, su mano todavía temblorosa.

—Acabo de colgar con el mismísimo Satanás —dijo Rivas a modo de saludo.

—Asumo que no te refieres a tu casero —respondió la voz grave de Marco—. ¿La llamada con Pierce? ¿Tan mal ha ido?

—Peor. Ha cogido mi caso, lo ha metido en una caja de metal, ha vertido cemento encima y lo ha arrojado al fondo del East River.

Rivas le relató la masacre de quince minutos. La denegación de los documentos de los ensayos, el bloqueo de la deposición de Croft, el límite de un solo científico durante cuatro horas y, el golpe de gracia, el calendario de noventa días. Mientras hablaba, la rabia inicial que había sentido durante la llamada se desvaneció, reemplazada por el sabor amargo y ceniciento de la derrota.

Al otro lado de la línea, Marco guardó silencio durante un momento. Cuando habló, su tono carecía de su habitual sarcasmo. —Jesucristo, Danny. Te ha tendido una trampa mortal. No quiere que pierdas; quiere que te desintegres.

—Lo sé. Y lo peor es que fui yo quien le dio el martillo. Fui yo quien le eligió.

—No te culpes por eso. Le diste a elegir entre tres asesinos y elegiste al que te pareció menos listo. No es culpa tuya que todos vinieran con sus propias armas nucleares. La pregunta es, ¿qué haces ahora? ¿Hay alguna forma de retirarse?

La palabra "retirarse" flotó en el aire. Sería tan fácil. Llamar a Sofía, decirle que era imposible, que el sistema estaba amañado de una forma que ni siquiera él había previsto. Aconsejarle que lo dejara estar, que evitara más dolor. Sería el final. Podría volver a su vida de gnomos de jardín y disputas vecinales, al purgatorio seguro de la mediocridad. El pensamiento era a la vez repugnante y tentador.

—No lo sé, Marco. Sinceramente, no lo sé. Tengo que hablar con ella. Tengo que explicarle esto.

—Ten cuidado, chico. No le hagas promesas que no puedas cumplir. No otra vez.

La advertencia de Marco, una clara referencia al caso Dunnigan, aterrizó como un puñetazo. —Lo sé —dijo Rivas en voz baja, y colgó.

Sabía que no podía tener esa conversación por teléfono. Tampoco quería llevar a Sofía a su deprimente despacho, un lugar que gritaba fracaso. Necesitaba un terreno neutral. Quedaron en encontrarse en una pequeña cafetería en Fordham Road, un lugar ruidoso y anónimo lleno del murmullo del español y el aroma del café fuerte y el pan dulce.

Llegó temprano y eligió una pequeña mesa en la esquina. Cuando Sofía entró, el corazón de Rivas se encogió. Llevaba su uniforme de trabajo, un sencillo conjunto azul de limpiadora, y en su rostro se leía el cansancio de alguien que trabajaba demasiadas horas por demasiado poco dinero. Pero al verlo, una pequeña sonrisa iluminó sus facciones, una sonrisa de esperanza. Y eso lo hizo todo mil veces peor.

—Abogado —dijo, sentándose frente a él—. Gracias por verme tan pronto. ¿Hay noticias?

Rivas la miró a los ojos, esos ojos oscuros y profundos que habían visto demasiadas dificultades y que, sin embargo, conservaban una reserva de fuerza que a él le faltaba por completo. Se dio cuenta de que no había preparado un discurso. No había forma de endulzar la píldora.

—Sí, Sofía. Hay noticias. Y no son buenas.

Le explicó, con la mayor calma y sencillez posible, lo que había ocurrido en la llamada de esa mañana. Le habló del árbitro, el juez que habían elegido, y de cómo había denegado casi todas sus peticiones. Omitió el nombre de Pierce y los detalles más técnicos, centrándose en el resultado.

—Nos ha bloqueado el acceso a las pruebas más importantes, los documentos que nos dirían si la compañía sabía que el medicamento era peligroso.

Los ojos de Sofía se entrecerraron ligeramente, pero no le interrumpió.

—Y lo peor —continuó Rivas, la voz cada vez más baja—, es que nos ha dado un plazo. Noventa días. Tres meses. Para hacer todo el trabajo que normalmente llevaría dos años.

Dejó que la información se asentara. Esperaba lágrimas, rabia, acusaciones. Esperaba que ella le culpara por haberla metido en esto. En cambio, Sofía Vargas se quedó quieta, sus manos ásperas y encallecidas entrelazadas sobre la mesa de formica.

—¿Qué significa eso, abogado? —preguntó finalmente, su voz era un susurro firme—. ¿Qué significa "imposible"?

Rivas tragó saliva. —Significa que nos ha puesto en una posición en la que es casi seguro que perderemos. Nos ha atado las manos. Sin las pruebas y sin el tiempo para prepararnos, mis posibilidades de ganar en la audiencia son... muy, muy pequeñas.

Ahí estaba. Lo había dicho. La verdad desnuda y brutal. Se preparó para el impacto.

Sofía le miró fijamente, y en su mirada no había pánico, sino una intensidad feroz. —¿Usted dijo "casi seguro"? ¿Dijo "muy pequeñas"?

—Sí —respondió él, confundido.

—No dijo "cero" —señaló ella—. Pequeño no es lo mismo que cero.

Rivas se quedó sin palabras. Estaba tratando de darle una salida, de ser honesto sobre sus ínfimas posibilidades, y ella se estaba aferrando a la única palabra de esperanza que él, sin querer, le había ofrecido.

—Sofía, tengo que ser realista con usted —dijo él, casi suplicando—. Las probabilidades están abrumadoramente en nuestra contra. Seguir adelante podría significar más dolor para usted. La compañía la atacará. Intentarán decir que usted fue una mala madre, que no cuidó bien de Mateo. Rebuscarán en su vida. Y al final, después de todo eso, lo más probable es que perdamos.

Ella asintió lentamente, como si estuviera considerando cada palabra. Luego se inclinó hacia delante, su voz bajó a un susurro

apasionado.

—Abogado, cuando crucé la frontera con mi hijo, los coyotes nos dejaron en el desierto. Caminamos durante dos días sin agua. Había serpientes, escorpiones, la Patrulla Fronteriza. Las probabilidades de que llegáramos estaban en nuestra contra. Pero seguí caminando. Porque cuando miras a tu hijo, y él depende de ti, la palabra "imposible" desaparece. Solo sigues caminando.

Las lágrimas brillaban ahora en sus ojos, pero no caían. Eran lágrimas de rabia y de recuerdo.

—Ellos me quitaron a mi hijo. Creen que porque soy pobre, porque no tengo papeles, porque no hablo bien el inglés, me quedaré callada. Creen que mi hijo no importa. —Su mano se cerró en un puño sobre la mesa—. Usted me dijo que había una pequeña posibilidad. Una posibilidad muy pequeña. Para mí, abogado, eso es más que suficiente. Es más de lo que tenía en el desierto. Lucharemos. Por Mateo.

El discurso de Rivas se desmoronó. Todo su cinismo, su autocompasión, su deseo de retirarse... todo se hizo añicos ante la dignidad de acero de aquella mujer. Ella no estaba luchando por dinero. Estaba luchando por el alma de su hijo, por el simple reconocimiento de que su vida había importado. Y le estaba pidiendo a él que caminara con ella.

Se sintió avergonzado. Avergonzado de su debilidad, de su disposición a rendirse. Ella, que no tenía nada, estaba dispuesta a arriesgarlo todo. Él, que se quejaba de su carrera perdida, no había comprendido la verdadera naturaleza de la batalla.

—De acuerdo, Sofía —dijo, y su propia voz sonó extraña, más fuerte, como si perteneciera a otro hombre—. De acuerdo. Lucharemos.

La sonrisa que ella le dedicó no fue de alegría. Fue de reconocimiento. Una sonrisa de guerrera a guerrero. Se sentó con ella un rato más, bebiendo su café en un silencio lleno de significado. Cuando se fue, Rivas se quedó en la cafetería, el peso

en su pecho se había transformado. Ya no era el peso de la desesperanza. Era el peso de la responsabilidad. Un peso que, extrañamente, le hacía sentirse más ligero.

Cuando regresó a su despacho, había un nuevo correo electrónico de Adam Kincaid. El asunto era: *Orden de Gestión del Caso y Lista de Depositarios Propuestos*. Adjunto estaba el documento oficial redactado por el bufete de *Valerius* y firmado por Pierce, que consagraba el calendario imposible en un lenguaje legal vinculante. Y debajo, había un segundo archivo adjunto.

Depositarios_Propuestos_Valerius.pdf

Rivas lo abrió. Contenía tres nombres, tal y como Pierce había ordenado.

> **Dr. Aris Thorne.** *Cargo: Científico Senior, Departamento de Farmacología Cardiovascular. Antigüedad en Valerius: 12 años.*
>
> **Dra. Lena Petrova.** *Cargo: Directora Asociada, Seguridad y Farmacovigilancia. Antigüedad en Valerius: 7 años.*
>
> **Dr. Ben Carter.** *Cargo: Jefe de Equipo, Ensayos Clínicos de Fase III. Antigüedad en Valerius: 15 años.*

Eso era todo. Tres nombres en una página. Tres empleados leales de *Valerius Pharmaceuticals*. Uno de ellos era su única oportunidad de interrogar a alguien bajo juramento. Tenía que elegir a uno. Uno de ellos podría ser la clave. O, lo que era más probable, los tres podrían ser muros de piedra, entrenados por el equipo de Croft para no revelar nada.

Rivas se quedó mirando los nombres, su mente acelerada. Tenía sesenta días para el descubrimiento. Pero su verdadera cuenta atrás acababa de empezar. Tenía que averiguar todo lo posible sobre estos tres desconocidos. Tenía que elegir a su oponente en la oscuridad. Y tenía que hacerlo rápido. Porque el reloj de noventa días, el reloj de William Pierce, ya estaba haciendo tictac. Y cada segundo contaba.

CAPÍTULO 8

La hoja de papel con los tres nombres sobre su escritorio no era una lista; era un campo de minas. Cada nombre, una posible detonación. Daniel Rivas se quedó mirándolos hasta que las letras empezaron a bailar. Dr. Aris Thorne. Dra. Lena Petrova. Dr. Ben Carter. Uno de ellos tenía que ser el eslabón débil. Uno de ellos, si tenía suerte, podría ser la llave. Pero lo más probable era que los tres fueran guardianes de la puerta, entrenados por los mejores abogados del mundo para no decir nada, no revelar nada, no conceder nada. Y tenía que elegir a su oponente basándose en nada más que un cargo y una antigüedad. Era como elegir una puerta en un programa de concursos mortal, sabiendo que detrás de dos de ellas había un tigre y detrás de la tercera, quizás, solo quizás, la salida.

El reloj de Pierce no esperaba. Cada hora que pasaba investigando era una hora menos que tenía para prepararse. Con un suspiro, Rivas se giró hacia su ordenador y empezó a cavar.

Durante las siguientes seis horas, se sumergió en las profundidades de Internet, un arqueólogo digital buscando fragmentos de verdad en una montaña de datos corporativos. Empezó con el Dr. Ben Carter, el Jefe de Equipo de los Ensayos Clínicos de Fase III y el empleado más antiguo de la lista. Su huella digital era exactamente la que Rivas esperaba: pulcra, profesional e impenetrable. Su perfil de LinkedIn era un monumento al éxito corporativo. Foto profesional, traje oscuro, sonrisa confiada. Una lista de publicaciones

en revistas médicas de segundo nivel, todas coescritas con otros empleados de *Valerius*. Había dado discursos en conferencias patrocinadas por la industria. Era el rostro público del éxito clínico de la compañía. Rivas lo descartó casi de inmediato. Carter era un soldado, un general de campo que había llevado a Cardia-Sure a la victoria. Sería leal hasta la médula, entrenado para la batalla y completamente inmune a cualquier táctica que Rivas pudiera emplear. Intentar interrogarlo sería como intentar derribar un muro de hormigón a cabezazos.

A continuación, la Dra. Lena Petrova, Directora Asociada de Seguridad y Farmacovigilancia. Su campo era la seguridad de los medicamentos *después* de su comercialización. Su trabajo consistía en analizar los informes de efectos adversos que llegaban de médicos y pacientes de todo el mundo. Era, en esencia, la gestora de crisis de la compañía. Su perfil era más académico que el de Carter. Había publicado artículos sobre análisis de datos a gran escala y la detección de señales de seguridad en bases de datos masivas. Era una experta en encontrar agujas en pajares, lo cual era irónico. Rivas la consideró por un momento. Podría saber algo. Si había habido otros informes de problemas cardíacos con Cardia-Sure después de su lanzamiento, ella sería la que los habría analizado. Pero su conocimiento se limitaría al período posterior a la aprobación del fármaco. No sabría nada sobre los ensayos clínicos originales, sobre lo que *Valerius* sabía *antes* de poner el medicamento en el mercado. Además, una mujer en su posición sería experta en el arte de la negación plausible, enmarcando cualquier dato adverso como "estadísticamente insignificante" o "dentro de los parámetros esperados". Era una trampa sutil. Interrogarla podría llevarlo por un laberinto de datos y estadísticas del que nunca saldría.

Finalmente, se centró en el Dr. Aris Thorne, el Científico Senior del Departamento de Farmacología Cardiovascular. Y aquí es donde las cosas se pusieron interesantes. O, más bien, donde dejaron de serlo. A diferencia de los otros dos, Thorne era casi un fantasma. Rivas encontró sus publicaciones académicas, pero databan de hacía más de una década, de su época de postdoctorado en Stanford. Eran

trabajos brillantes sobre los mecanismos de la señalización del calcio en las células del músculo cardíaco. Mostraban una mente inquisitiva y original. Pero después de unirse a *Valerius* hacía doce años, su rastro público se desvanecía. No había perfiles en redes sociales profesionales, ni discursos en conferencias, ni artículos coescritos con sus colegas corporativos. Era como si hubiera entrado en el complejo de *Valerius* en Nueva Jersey y nunca hubiera vuelto a salir.

Rivas se reclinó, frotándose los ojos cansados. El patrón era revelador. Carter era el vendedor. Petrova era la defensora. Y Thorne... Thorne era el enigma. Croft los había puesto a los tres en la lista por una razón. Carter para intimidarlo con su lealtad corporativa. Petrova para confundirlo con datos. ¿Y Thorne? ¿Por qué estaba Thorne en la lista? ¿Era el más inofensivo, un científico de laboratorio sin conocimiento del panorama general? ¿O era algo más? ¿Era un riesgo calculado, un hombre que sabían que era un cabo suelto pero que confiaban en que permanecería en silencio?

La falta de información era, en sí misma, una pieza de información. En el mundo corporativo, la invisibilidad a menudo significaba una de dos cosas: o eras insignificante, o eras un problema que había sido contenido.

Cogió el teléfono y marcó el número de Marco. —¿Estás en tu despacho? —preguntó.

—Siempre estoy en mi despacho —respondió la voz de Marco. Su "despacho" era el taburete del extremo de la barra en "Tierney's", un pub irlandés de la vieja escuela cerca de Penn Station que olía a cerveza rancia y a secretos bien guardados.

—Necesito tus ojos. Y tu cerebro. Te envío una lista. Tres nombres. Dime todo lo que puedas averiguar.

Le envió por correo electrónico el PDF con los nombres y los escasos detalles que había recopilado. Luego, cerró su despacho y tomó el metro hacia el centro. La investigación digital había llegado a su límite. Era hora de aplicar métodos más analógicos.

Encontró a Marco exactamente donde esperaba, con un vaso de whisky barato delante y el periódico del día doblado junto a él. Rivas pidió una cerveza que no tenía intención de beber y extendió las impresiones de sus investigaciones sobre la barra pegajosa.

—Carter es el muro. Petrova es el laberinto. Thorne es el agujero negro —resumió Rivas.

Marco estudió los papeles, sus ojos agudos recorriendo el texto. —Estoy de acuerdo. El tipo de los ensayos clínicos es un no rotundo. Es el portavoz. La mujer de seguridad es peligrosa. Te ahogará en jerga. Pero este Thorne... me intriga. Un científico brillante que de repente deja de publicar. Eso no es normal. A estos tipos les encanta ver su nombre impreso. Es su moneda de cambio.

—Exactamente. O lo pusieron a trabajar en el proyecto más secreto del mundo, o lo castigaron.

—Mi dinero está en lo segundo —dijo Marco, dando un sorbo a su whisky—. Las corporaciones no ocultan a sus estrellas. Las exhiben. Si este tipo era tan bueno como parecen indicar sus primeros trabajos, y de repente lo meten en un armario, es porque causó problemas.

—Es mi misma corazonada. Pero una corazonada no es suficiente para basar la única deposición que tengo en todo el caso. Necesito algo más. Algo tangible.

Marco se terminó el vaso y lo dejó sobre la barra con un golpe seco. —Has venido al lugar adecuado. Internet solo te cuenta la historia que la gente quiere que veas. Para encontrar la verdad, tienes que hablar con la gente que no quiere hablar. Dame un par de días.

Los siguientes tres días fueron una tortura de inactividad forzada para Rivas. El reloj de Pierce seguía corriendo, cada segundo un recordatorio de su desventaja. Intentó avanzar en la búsqueda de un perito, llamando a cardiólogos y farmacólogos de una lista que había elaborado. Las conversaciones fueron un deprimente patrón de negativas. Algunos fueron educados, alegando conflictos de

agenda. Otros fueron más directos, dejando claro que no querían tener nada que ver con un caso contra *Valerius*. Uno de ellos, un profesor de la Universidad de Nueva York, se rio abiertamente. "Buena suerte con eso, hijo", le dijo antes de colgar.

Rivas sentía que se le acababa el tiempo y las opciones. La estrategia de la deposición lo era todo. Sin una grieta en la armadura de *Valerius*, ningún perito creíble se arriesgaría a unirse a su causa. Estaba atrapado en un círculo vicioso: necesitaba pruebas para conseguir un perito, y necesitaba un perito para validar sus pruebas.

Al final del tercer día, cuando Rivas estaba a punto de ceder al pánico, su teléfono sonó. Era Marco.

—Encuéntrame en el sitio de siempre. Trae hambre —dijo, y colgó.

Veinte minutos después, Rivas entraba en Tierney's. Marco estaba en su taburete, pero esta vez, tenía una sonrisa de satisfacción en el rostro, la sonrisa de un cazador que ha localizado a su presa.

—He hablado con un tipo —empezó Marco sin preámbulos, mientras Rivas se sentaba—. Un ex-jefe de seguridad de las instalaciones de investigación de *Valerius* en Nutley. Le hice un favor hace años, algo relacionado con su sobrino y un malentendido con un coche que no era suyo. Me debía una.

—¿Y? —preguntó Rivas, inclinándose hacia delante.

—Al principio no quería hablar. Acuerdos de confidencialidad, ya sabes. Pero le recordé lo discreto que fui con el asunto del coche de su sobrino. Empezó a recordar cosas. Le pregunté por los tres nombres de tu lista. A Carter lo conocía bien. Un tipo importante, siempre con traje, siempre con prisa. A Petrova la recordaba vagamente. Trabajaba sobre todo desde la sede de Manhattan. Pero cuando mencioné a Thorne, se quedó callado un momento.

Marco hizo una pausa dramática, tomando un sorbo de su whisky. Rivas esperó, el corazón latiéndole en la garganta.

—"Ah, sí", me dijo. "El Dr. Fantasma". Así le llamaban los de seguridad. Porque solía ser un pez gordo, siempre yendo y viniendo, dirigiendo un gran laboratorio. Y de repente, de un día para otro, desapareció. Su laboratorio fue reasignado. Su equipo se disolvió. Y a él lo trasladaron a una pequeña oficina en el sótano, en un ala del edificio que llaman "el archivo". Un lugar donde van los proyectos olvidados y las carreras acabadas.

Rivas sintió una oleada de emoción. Era la confirmación que necesitaba. Thorne no era insignificante. Había sido marginado.

—¿Sabe por qué? —preguntó Rivas.

—No exactamente. Solo rumores. Pero los rumores en un lugar como ese suelen tener más verdad que los comunicados de prensa. El rumor era que Thorne se había enfrentado a los altos cargos por el ensayo de un nuevo medicamento. Que los datos no le gustaban. Que dijo que era peligroso y que se negó a firmar un informe. Esto fue justo antes de que un nuevo fármaco estrella obtuviera la aprobación de la FDA. Mi amigo no recordaba el nombre del medicamento, pero el momento encaja perfectamente con Cardia-Sure.

Era más de lo que Rivas se había atrevido a esperar. Era un motivo. Era el perfil de un hombre de ciencia que se había negado a comprometer sus principios.

—¿Hay algo más? —preguntó Rivas, su mente ya trabajando a toda velocidad, formulando preguntas para la deposición.

Marco sonrió. —Ah, sí. Hay una cosita más. La guinda del pastel. Le pregunté a mi amigo qué hizo Thorne después de que lo enviaran al sótano. Me dijo que lo pusieron a cargo de un proyecto interno sin sentido. Una especie de auditoría de protocolos de investigación antiguos para asegurarse de que cumplían con las nuevas normativas. Un trabajo aburrido y sin futuro diseñado para que se aburriera hasta renunciar. Todos en la compañía sabían que era un puesto fantasma. Y ese proyecto tenía un nombre en clave.

Marco se inclinó sobre la barra, su voz bajó a un susurro conspirador.

—Lo llamaban "Proyecto Nightingale".

Rivas se quedó helado. Proyecto Nightingale. El nombre sonaba poético e inocuo, pero en el contexto de lo que sabía, se sentía siniestro. Florence Nightingale, la fundadora de la enfermería moderna, una pionera de la estadística médica. Pero en la cultura corporativa, un nombre en clave así solo podía significar una cosa: encubrimiento. Un proyecto diseñado para enterrar algo, no para iluminarlo.

Lo tenía. Tenía a su hombre, y tenía su primera pregunta.

—Marco, eres un genio —dijo Rivas, una sonrisa genuina, la primera en días, extendiéndose por su rostro.

—Lo sé. Ahora, sobre mis honorarios...

Rivas sacó su cartera, pagó la cuenta y dejó una generosa propina. La cerveza seguía intacta. Ya no la necesitaba. Por primera vez, no se sentía como una víctima reaccionando a los ataques de Croft y Pierce. Se sentía como un cazador que acababa de encontrar una pista. Una pista pequeña, frágil, pero una pista al fin y al cabo.

Esa noche, de vuelta en su despacho, redactó el correo electrónico. Ya no sentía el pavor que había sentido al elegir a Pierce. Esta vez, sentía una resolución fría y afilada.

Para: Adam Kincaid, Esq.; Brenda Smith (AAA)
CC: jcroft.legal@valeriuspharma.com
Asunto: Designación de Depositario: Vargas vs. Valerius Pharmaceuticals, Inc. Caso Nº 78-B-1445
Estimado Sr. Kincaid,

De conformidad con la Orden de Gestión del Caso del Árbitro, por la presente le informo de la selección de mi cliente del científico de Valerius que será depuesto.

Depondremos al Dr. Aris Thorne.

Por favor, proponga fechas disponibles para la deposición dentro de las próximas tres semanas.

Atentamente,

Daniel Rivas, Abogado

Hizo clic en "Enviar" sin dudarlo. El cebo estaba en el agua. Ahora tenía que ver si el pez picaba. Y, lo que era más importante, si sería capaz de sacarlo a la superficie antes de que el sedal se rompiera.

CAPÍTULO 9

La sensación de haber tomado la iniciativa, por fugaz que fuera, era un narcótico potente. Durante las veinticuatro horas que siguieron al envío de su correo electrónico, Daniel Rivas experimentó un vestigio de su antiguo yo. Se movía con un propósito renovado, el peso de la desesperanza reemplazado por la tensión afilada de la anticipación. Limpió su despacho, organizó los escasos archivos del caso Vargas en carpetas nuevas y etiquetadas, e incluso compró un traje nuevo, uno modesto de una tienda departamental, pero que no olía a derrota. Era un acto de optimismo, una apuesta contra el universo de que necesitaría verse presentable en un futuro próximo. Sabía que la sensación no duraría. Era la calma antes de la contraofensiva, el silencio tenso entre el relámpago y el estruendo del trueno.

La respuesta de *Valerius* llegó treinta y seis horas después de su misiva. No fue una llamada telefónica. No fue una simple respuesta al correo. Fue un documento formal, un PDF de tres páginas adjunto a un correo electrónico de Adam Kincaid cuyo cuerpo simplemente decía: "Adjunta encontrará nuestra posición con respecto a la deposición del Dr. Thorne".

Rivas abrió el archivo con el corazón latiéndole con fuerza. El documento estaba impreso en el membrete de Paul, Weiss, el tipo de papel de lino virtual que parecía costar más que todo su mobiliario de oficina. El lenguaje era una obra de arte del obstruccionismo legal, una sinfonía de arrogancia y evasivas.

Comenzaba con un tono de cooperación forzada, declarando que *Valerius*, "en el espíritu de la resolución eficiente de disputas", haría disponible al Dr. Thorne para ser depuesto. Pero después de esa frase inicial, el documento se convertía en un campo de minas de condiciones y restricciones.

Primero, la disponibilidad. Kincaid afirmaba que el Dr. Thorne era una "pieza integral y crítica" de un nuevo proyecto de investigación de alta prioridad con plazos "inminentes e inflexibles". Debido a estas "obligaciones críticas para el negocio", el Dr. Thorne no estaría disponible en las próximas tres semanas como Rivas había solicitado. De hecho, su agenda estaba completamente copada durante las siguientes siete semanas. Proponían una única fecha posible: el 25 de noviembre.

Rivas miró su calendario. El 25 de noviembre era un martes. Era exactamente cincuenta y ocho días después de la conferencia telefónica con Pierce. Les quedaban sesenta días para el descubrimiento de pruebas. La fecha propuesta por *Valerius* dejaba a Rivas con solo dos días de margen antes de que se cerrara la ventana del descubrimiento. Era un movimiento de ajedrez brutal y obvio. Si Thorne decía algo en la deposición que requiriera seguimiento —mencionaba un documento clave o el nombre de otro testigo—, Rivas no tendría tiempo para solicitarlo o actuar en consecuencia. Estaban acorralándolo contra el final del plazo.

Segundo, la ubicación. La deposición, insistía el documento, debía tener lugar en las instalaciones de investigación y desarrollo de *Valerius* en Nutley, Nueva Jersey. Argumentaban que, dado que el Dr. Thorne era indispensable, no podían permitirse que perdiera un día entero de trabajo viajando a Manhattan. Debía permanecer en el lugar "para poder atender cualquier emergencia urgente del proyecto que pudiera surgir". Rivas vio la táctica con una claridad meridiana. Querían llevarlo a su territorio. Querían que estuviera rodeado por su poder, intimidado por la escala de su imperio. Una sala de conferencias anónima en Manhattan era un terreno neutral. El corazón de su centro de I+D era la guarida del león.

Tercero, las condiciones. Y aquí fue donde Croft, a través de la pluma de su lacayo, realmente mostró los dientes. *Valerius* solicitaría una Orden de Protección al Árbitro para gobernar la deposición. Esta orden, según proponían, limitaría el alcance del interrogatorio de Rivas estrictamente al "conocimiento personal directo del Dr. Thorne sobre la farmacología de la molécula de Cardia-Sure". Se prohibiría explícitamente cualquier pregunta sobre: (a) los resultados de los ensayos clínicos, (b) las discusiones o deliberaciones internas de la compañía, (c) las comunicaciones con la FDA, y (d) cualquier otro proyecto en el que el Dr. Thorne hubiera trabajado durante sus doce años en la compañía.

Rivas casi se ríe. Las condiciones eran tan absurdas que resultaban insultantes. Le estaban ofreciendo la oportunidad de interrogar a su único testigo, pero le prohibían preguntar por cualquier cosa que pudiera importar. Era el equivalente a permitirle entrar en la escena del crimen pero prohibirle mirar el cadáver.

Finalmente, la logística. Rivas no podría llevar ningún dispositivo de grabación propio. Solo se permitiría la presencia de un estenógrafo judicial de una agencia aprobada por *Valerius*. El documento terminaba con una frase que era puro veneno envuelto en cortesía: "Confiamos en que encontrará estas condiciones razonables y esperamos su confirmación para proceder a asegurar esta fecha en la ocupada agenda del Dr. Thorne".

Rivas se reclinó en su silla, el documento temblando ligeramente en su mano. La rabia era una bola caliente y apretada en su pecho. Esto no era una negociación. Era una declaración de guerra. Croft le estaba diciendo, sin lugar a dudas: *Sabemos que no tienes nada. Sabemos que estás solo. Y vamos a aplastarte no con fuerza bruta, sino ahogándote en el procedimiento. Te haremos gastar cada gramo de tu energía y cada dólar de tus escasos recursos luchando por migajas, mientras nosotros movemos montañas.*

Sabía que quejarse a Pierce sería un suicidio. El Árbitro probablemente consideraría las condiciones "eminentemente razonables" y reprendería a Rivas por perder su tiempo. Tenía que

luchar contra esto él mismo. Tenía que demostrarles que no era un aficionado al que pudieran pisotear.

Su primer instinto fue llamar a Marco, pero se detuvo. Necesitaba desahogarse, pero también necesitaba una estrategia. No podía permitirse parecer un novato que corría a pedir ayuda cada vez que el matón del patio le empujaba. Se obligó a respirar hondo. Analizó el documento de nuevo, esta vez no con rabia, sino con la fría distancia de un estratega.

La fecha era el peor problema. Si aceptaba el 25 de noviembre, estaba prácticamente garantizando su derrota. La ubicación era intimidante, pero manejable. Las condiciones eran una farsa, diseñadas para ser negociadas a la baja. Croft esperaba que él luchara contra las condiciones, gastara semanas en mociones y contra-mociones, y al final, aceptara a regañadientes la fecha tardía como un "compromiso". Era un juego de desvío clásico.

Rivas se dio cuenta de que tenía que ignorar el cebo. No iba a luchar contra las condiciones, al menos no todavía. Iba a luchar contra el reloj. Y para hacerlo, tenía que demostrarles que tenía poder de negociación, un poder que ellos no sabían que poseía. La información de Marco sobre el "Proyecto Nightingale" era su única carta, su único as en la manga. Tenía que jugarla, pero con una delicadeza exquisita.

Pasó la siguiente hora redactando su respuesta. Cada palabra fue elegida, sopesada y pulida. No podía sonar desesperado. No podía sonar enfadado. Tenía que sonar calmado, razonable y peligrosamente bien informado.

Para: Adam Kincaid, Esq.
CC: Brenda Smith (AAA); William Pierce (Árbitro)
Asunto: Re: Designación de Depositario: Vargas vs. Valerius Pharmaceuticals, Inc. Caso Nº 78-B-1445
Estimado Sr. Kincaid,

Gracias por su correspondencia. Agradecemos la voluntad de su cliente de hacer disponible al Dr. Thorne.

Entendemos que el Dr. Thorne es un activo valioso. Sin embargo, la fecha propuesta del 25 de noviembre, dos días antes de la fecha límite para el descubrimiento de hechos, es manifiestamente insostenible y perjudicial para la capacidad de mi cliente de preparar su caso. El propósito del descubrimiento no es simplemente llevar a cabo una deposición, sino poder actuar sobre la información obtenida. Una fecha tan tardía frustra ese propósito fundamental y viola el espíritu de la orden del Árbitro, que, aunque acelerada, debe ser justa.

Por lo tanto, rechazamos esa fecha. Proponemos, como compromiso, cualquiera de los siguientes días: 23, 24 o 25 de octubre. Esto proporciona a su cliente casi un mes para hacer los arreglos necesarios y nos deja a nosotros un tiempo razonable, aunque todavía muy limitado, para el seguimiento.

Si su cliente se niega a proporcionar una fecha razonable dentro de ese plazo, no tendremos más remedio que presentar inmediatamente una Moción para Compeler ante el Árbitro, y solicitaremos sanciones por tácticas dilatorias de mala fe.

Rivas hizo una pausa. Esta era la parte estándar, la respuesta predecible de cualquier abogado competente. Ahora venía el golpe, la frase diseñada para hacer que Adam Kincaid se levantara de su silla y corriera por el pasillo hasta el despacho de Julian Croft.

En cuanto a la ubicación y las condiciones que proponen, estamos dispuestos a ser flexibles. Aceptamos llevar a cabo la deposición en sus instalaciones de Nutley. En cuanto al alcance, aunque no estamos de acuerdo con sus limitaciones propuestas, estamos seguros de que podemos llegar a un acuerdo. Estamos particularmente interesados en el trabajo del Dr. Thorne en la farmacología de Cardia-Sure. Sin embargo, para entender completamente su papel, también necesitaremos discutir sus otras responsabilidades, incluyendo su trabajo en proyectos internos de auditoría de investigación. Nuestra información sugiere, por ejemplo, que su participación en una iniciativa conocida como el "Proyecto Nightingale" podría ser directamente relevante para los protocolos

de seguridad que se aplicaron, o no se aplicaron, durante el desarrollo de Cardia-Sure.

Rivas releyó la frase una docena de veces. Era perfecta. No revelaba cómo lo sabía. No acusaba a nadie de nada. Simplemente dejaba caer el nombre en clave en medio de una frase aparentemente razonable, como si fuera un hecho conocido. Era una bomba de humo. Crearía confusión y pánico. Croft no sabría cuánto sabía Rivas, lo que lo pondría a la defensiva.

Terminó el correo.

Por favor, hágame saber la posición de su cliente sobre las fechas propuestas a más tardar al final del día de mañana, para que pueda determinar si es necesario involucrar al Árbitro.

Atentamente,

Daniel Rivas, Abogado

Copió deliberadamente a Pierce y a la administradora de la AAA. Quería que el árbitro viera que estaba siendo proactivo y razonable, y que era *Valerius* quien estaba obstruyendo. Quería que el nombre "Proyecto Nightingale" estuviera en el registro oficial del caso, por si acaso.

Con un clic del ratón, el misil fue lanzado.

Se reclinó en su silla, el pulso acelerado. Acababa de realizar la jugada más arriesgada de su carrera desde el caso Dunnigan. Había expuesto su única pieza de inteligencia real. Si Croft no mordía el anzuelo, si simplemente ignoraba la referencia y seguía adelante con su estrategia de demora, Rivas habría perdido su única ventaja y se vería obligado a librar una batalla perdida ante Pierce.

Pero su instinto, ese viejo instinto de litigante que había permanecido dormido durante cinco años, le decía que Croft mordería. Los abogados como Croft, los controladores, los manipuladores, odiaban las sorpresas más que nada en el mundo. Un abogado del Bronx en apuros no debería saber nada sobre

proyectos internos con nombre en clave. El hecho de que lo supiera significaba que había una fuga. Y encontrar y tapar una fuga se convertiría de repente en la máxima prioridad de Julian Croft.

Rivas se levantó y se sirvió un vaso de agua. La mano le temblaba, pero no de miedo. Era adrenalina. El juego había cambiado. Ya no se trataba solo de la ciencia o de la ley. Se trataba de información, de lo que él sabía y de lo que ellos no sabían que él sabía.

Por primera vez, sintió que tenía una oportunidad. Una posibilidad muy pequeña, como había dicho Sofía. Pero ya no era cero. Y en la guerra que estaba librando, eso era lo más parecido a la victoria que podía esperar. Ahora solo quedaba esperar a que el enemigo revelara hasta qué punto le había asustado su disparo en la oscuridad. La respuesta, lo sabía, llegaría pronto. Y definiría el resto de la batalla.

CAPÍTULO 10

La noche que siguió al envío de su correo electrónico fue larga y sin descanso. Daniel Rivas durmió en ráfagas de una hora, despertándose sobresaltado en la oscuridad de su apartamento de Washington Heights, con el corazón martilleándole en el pecho. Cada vez, volvía a leer mentalmente la frase que había escrito, la referencia al "Proyecto Nightingale". En la confianza solitaria de su despacho, había parecido una jugada maestra. En la vulnerabilidad de las tres de la madrugada, se sentía como la nota de suicidio de un idiota. Había mostrado su única carta. Había faroleado con un par de doses contra una mesa que no podía ver, asumiendo que el otro jugador tenía una mano peor. ¿Y si Croft no se inmutaba? ¿Y si simplemente respondía con un correo de una línea diciendo "Su referencia es irrelevante. Nos vemos el 25 de noviembre"? Se habría expuesto como un aficionado, despojándose de su única ventaja por una bravuconada momentánea.

Llegó a su despacho antes de que el sol se hubiera abierto paso por completo entre los edificios del Bronx. El aire de la mañana era fresco y olía a asfalto mojado. La ciudad se desperezaba, ajena a la guerra silenciosa que se libraba en los servidores de correo electrónico entre un rascacielos de Midtown y un edificio de oficinas de segunda categoría sobre una tienda de telefonía móvil. Se preparó un café que sabía a tierra quemada y se sentó ante su ordenador, mirando la bandeja de entrada como un centinela vigilando el horizonte en busca del enemigo.

El plazo que había dado —el final del día— era una eternidad. Cada minuto se estiraba, lleno de la tensión de lo desconocido. Refrescaba la página cada cinco minutos, un tic nervioso que no podía controlar. A las diez de la mañana, el zumbido de su teléfono de escritorio le hizo dar un respingo tan violento que derramó café caliente sobre los papeles de su escritorio. Maldiciendo en voz baja, limpió el desastre con un puñado de servilletas mientras el teléfono seguía sonando con una insistencia estridente. Miró el identificador de llamadas. Número bloqueado.

Su primer instinto fue no contestar. Las llamadas bloqueadas solían ser de telemarketing o estafas. Pero en ese momento, una llamada anónima podía significar cualquier cosa. Con la mano temblorosa, descolgó el auricular.

—¿Rivas? —dijo, su propia voz sonando más ronca de lo que pretendía.

—¿Hablo con el señor Daniel Rivas? —La voz al otro lado de la línea era femenina, de tono bajo, y destilaba una calma gélida que parecía absorber todo el sonido de la habitación. No era la voz de un asociado junior como Kincaid. Era la voz del poder.

—Está hablando con él. ¿Quién llama?

—Mi nombre es Evelyn Reed. Soy socia principal del bufete Paul, Weiss, Rifkind, Wharton & Garrison. Represento a *Valerius Pharmaceuticals* en el asunto del arbitraje Vargas. Adam Kincaid me ha puesto al corriente de su correspondencia de ayer.

Rivas se enderezó en su silla. Su corazón, que se había calmado, volvió a acelerarse. No habían respondido por correo electrónico. Habían escalado. Julian Croft no había enviado a su perro de ataque; había soltado al dragón. Evelyn Reed era una leyenda en los círculos legales de Nueva York. Era conocida como "La Cirujana". Una litigante brillante y despiadada que se especializaba en litigios de propiedad intelectual y secretos comerciales, casos que se ganaban o perdían en los detalles más pequeños. Que Croft la hubiera asignado a un arbitraje de negligencia, por muy importante que

fuera, era como usar un misil de crucero para matar una mosca. Demostraba una cosa con una claridad aterradora: su correo electrónico no solo había llamado su atención, les había asustado de verdad.

—Señora Reed. Es un... honor inesperado —dijo Rivas, esforzándose por mantener su voz neutra. Se levantó y empezó a caminar por la pequeña extensión de su despacho, el cable del teléfono estirándose detrás de él. Necesitaba moverse para pensar.

—Ahorrémonos las formalidades, señor Rivas —dijo ella, su tono cortante pero no grosero—. Llamo porque su correo electrónico ha introducido un elemento de innecesaria confrontación en lo que debería ser un proceso de descubrimiento de hechos ordenado. Mi cliente, *Valerius*, sigue comprometido con el calendario del Árbitro. Sin embargo, su amenaza de presentar una moción para compeler y solicitar sanciones es contraproducente. Queremos encontrar una solución.

Era un discurso de apertura perfecto. Lo enmarcaba como el agresor, el que había envenenado el pozo, mientras ella se posicionaba como la voz de la razón. Rivas no picó.

—Mi "amenaza", como usted la llama, fue una respuesta directa a la propuesta de su cliente de programar la única deposición de este caso dos días antes de la fecha límite del descubrimiento. Eso no es un calendario, señora Reed. Es una obstrucción. Y creo que cualquier árbitro razonable estaría de acuerdo.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Rivas se imaginó a Evelyn Reed en su despacho panorámico, con vistas a Central Park, sin tomar notas, simplemente escuchando, analizándolo.

—Entiendo su perspectiva, aunque no comparto su caracterización —continuó, su voz imperturbable—. Sin embargo, en aras de avanzar, estamos dispuestos a reconsiderar la agenda del Dr. Thorne. Pero primero, debo abordar la otra cuestión que usted planteó. Su referencia a un supuesto "Proyecto Nightingale".

Aquí estaba. El verdadero propósito de la llamada.

—Debo informarle, señor Rivas, que está usted operando bajo una grave desinformación. El "Proyecto Nightingale" fue una auditoría interna de bajo nivel, ya concluida, relacionada con la estandarización de la documentación en varios departamentos. No tuvo absolutamente nada que ver con el desarrollo, la seguridad o los protocolos de ensayo de Cardia-Sure. Su intento de vincular ambas cosas es, en el mejor de los casos, una especulación sin fundamento y, en el peor, un intento de mala fe de crear una apariencia de irregularidad donde no existe ninguna. Es un camino que le aconsejo encarecidamente que no siga.

La amenaza estaba ahí, velada pero inconfundible. *Sabemos que estás pescando. Sigue por ahí y te enterraremos.*

Rivas se detuvo junto a su ventana, mirando el tráfico de la calle de abajo. Tenía que jugar esto a la perfección. No podía revelar su ignorancia, pero tampoco podía permitirse parecer intimidado.

—Aprecio su aclaración, señora Reed —dijo, eligiendo sus palabras con sumo cuidado—. Pero entenderá que no puedo simplemente aceptar la palabra de mi adversario en un litigio. La relevancia es algo que se determina a través del descubrimiento de pruebas, no de las afirmaciones de un abogado. El Dr. Thorne trabajó en ese proyecto. Su trabajo en *Valerius* es el tema de la deposición. Por lo tanto, es un área legítima de investigación. Quizás, como usted dice, no conduzca a ninguna parte. O quizás sí. Eso es lo que las deposiciones deben descubrir.

Otro silencio. Esta vez, Rivas sintió que había marcado un punto. La había desafiado en su propio terreno: el procedimiento legal. No estaba discutiendo los hechos, estaba discutiendo el proceso.

—Muy bien, señor Rivas —dijo ella, y por primera vez, Rivas detectó un matiz de algo que podría haber sido respeto a regañadientes en su voz—. Dejemos de lado el tema del alcance por un momento. Volvamos al calendario. Ha dejado clara su objeción al 25 de

noviembre. Ha propuesto fechas en octubre. Eso nos deja con un desacuerdo considerable.

—No lo creo —respondió Rivas con rapidez—. Les he ofrecido tres fechas. Elijan una.

—Desafortunadamente, no es tan simple. El Dr. Thorne sigue estando muy involucrado en sus proyectos actuales. Sin embargo, he revisado su agenda personalmente. Podríamos hacerle disponible el... —hizo una pausa, como si estuviera consultando un calendario — ...el 12 de noviembre.

Era un cebo. Una falsa concesión. El 12 de noviembre todavía estaba demasiado cerca de la fecha límite. Le daría dos semanas, no dos días, pero seguía siendo una trampa.

—Inaceptable —dijo Rivas con firmeza—. Eso todavía no me da tiempo suficiente para realizar un seguimiento significativo. La última semana de octubre. Es mi oferta final. Si no, redactaré mi moción esta tarde.

Se arriesgó a que ella le dijera que adelante, sabiendo que una batalla de mociones ante Pierce era impredecible. Pero su instinto le decía que la referencia a Nightingale les había asustado lo suficiente como para querer evitar cualquier escrutinio adicional del Árbitro sobre sus proyectos internos. Querían mantener esto en privado, entre ellos.

El silencio al otro lado de la línea se prolongó durante casi un minuto. Rivas se obligó a no decir nada, a no llenar el vacío. El primero en hablar, perdería.

Finalmente, la voz de Evelyn Reed regresó. —Esto es muy irregular. Pero mi cliente está ansioso por demostrar la falta de mérito de este caso y no desea verse envuelto en disputas procesales colaterales. Aceptaremos su plazo. —Rivas sintió una oleada de triunfo, pero la sofocó al instante. Sabía que venía un "pero"—. Con dos condiciones.

—Escucho.

—Primero, la deposición tendrá lugar en las instalaciones de Nutley, como solicitamos originalmente. Sin excepciones. Segundo, yo misma asistiré a la deposición. Estaré allí para asegurar que el interrogatorio se mantenga dentro de los límites de la relevancia y para instruir al testigo a no responder preguntas que sean claramente improcedentes. Dado que usted parece decidido a embarcarse en expediciones de pesca, considero que mi presencia es necesaria para proteger a mi cliente de un descubrimiento indebido. ¿Acepta estas condiciones?

Rivas sopesó la oferta. La ubicación era una desventaja, pero una que podía manejar. Su presencia... la presencia de Evelyn Reed en la sala, sentada frente a él, era una forma de intimidación masiva. Estaría allí, objetando, interrumpiendo, protegiendo a Thorne como una leona. Pero también era una señal de debilidad por su parte. Revelaba lo nerviosos que estaban por lo que Thorne pudiera decir. Y lo más importante, le había dado lo que más necesitaba: tiempo.

—Acepto las condiciones —dijo Rivas—. Envíeme la confirmación por escrito. Propondré el miércoles 29 de octubre a las diez de la mañana.

—Recibirá la confirmación en la próxima hora —dijo ella. Y luego, justo antes de colgar, añadió una última frase, su voz bajó a un tono casi personal—. Ha sido una negociación... interesante, señor Rivas. Espero conocerle en persona.

Y con eso, la línea quedó muerta.

Rivas colgó el teléfono lentamente, su mano empapada en sudor. Se dejó caer en su silla, el cuerpo temblando por la tensión acumulada. Lo había hecho. Se había enfrentado a uno de los mejores bufetes del mundo y les había obligado a ceder. Tenía una fecha. Tenía una deposición. Tenía una oportunidad.

La euforia duró exactamente noventa segundos. Luego, la realidad de lo que acababa de hacer se apoderó de él con la fuerza de una ola helada. Había ganado esta escaramuza, sí. Pero al hacerlo, había confirmado sus peores temores. El "Proyecto Nightingale" era

importante. Y ahora, Julian Croft y Evelyn Reed sabían que él lo sabía. Ya no era una molestia anónima. Era una amenaza identificada. Había pasado de ser un nombre en un expediente a ser el objetivo número uno.

Cogió el teléfono para llamar a Marco, para contarle la victoria, pero se detuvo. Necesitaba un minuto para procesar el nuevo campo de batalla. La deposición ya no sería solo él contra un científico asustado. Sería él contra Aris Thorne, Julian Croft (que sin duda estaría escuchando desde alguna parte) y una de las litigantes más temidas de Nueva York. Era David contra tres Goliats.

Miró por la ventana, pero esta vez el bullicio de la calle no le pareció anónimo. Se sintió observado. Cada coche que pasaba, cada persona que miraba hacia su edificio, parecía una amenaza potencial. ¿Estaba siendo paranoico? Probablemente. Pero como Marco le había advertido una vez, el hecho de que seas paranoico no significa que no te estén persiguiendo.

Su ordenador emitió un pitido, señalando la llegada de un nuevo correo electrónico. Era la confirmación de Kincaid, tal y como Reed había prometido. La deposición del Dr. Aris Thorne estaba programada para el 29 de octubre. Era oficial. Estaba grabado en piedra.

Mientras miraba la confirmación, otro correo electrónico apareció en su bandeja de entrada. Este era diferente. El remitente era una cadena aleatoria de letras y números de un servicio de correo electrónico encriptado que no reconoció. El asunto estaba en blanco.

Con el corazón en un puño, hizo clic para abrirlo. El cuerpo del mensaje contenía una única frase, sin firma, sin contexto, sin explicación.

Nightingale no fue el único proyecto. Busque Ícaro.

CAPÍTULO 11

Durante varios segundos, Daniel Rivas se quedó inmóvil, mirando la frase solitaria en la pantalla de su ordenador. Las palabras brillaban en el resplandor azulado del monitor, letras blancas sobre un fondo oscuro que parecían flotar en el silencio de su despacho. Nightingale no fue el único proyecto. Busque Ícaro.

No era una sugerencia. Era una orden. Un susurro desde un abismo digital.

Su primera reacción no fue de euforia, sino una oleada de paranoia tan intensa que le erizó el vello de la nuca. Se levantó de un salto y fue hacia la ventana, apartando la persiana veneciana con dos dedos. Miró la calle de abajo. Las mismas luces de los coches, las mismas figuras anónimas caminando por la acera. Nada fuera de lo normal. Pero ahora, todo parecía una amenaza. El hombre que esperaba el autobús al otro lado de la calle. La furgoneta de reparto aparcada en doble fila. ¿Quién había enviado ese correo? ¿Y por qué?

Volvió a su escritorio y releyó el remitente: una maraña de caracteres sin sentido de un dominio que parecía diseñado para el anonimato. ProtonMail. Un servicio de correo electrónico encriptado con sede en Suiza, famoso por su privacidad y popular entre periodistas, activistas y, por supuesto, criminales. Rastrearlo sería prácticamente imposible.

Su mente, entrenada para ver trampas en cada cláusula de un contrato, se aceleró, evaluando las posibilidades.

Opción A: Era una trampa de Julian Croft. Una maniobra diabólica y retorcida. Sabiendo que Rivas había descubierto "Nightingale", le lanzaban un nuevo cebo, un señuelo falso diseñado para hacerle perder el tiempo y los recursos persiguiendo una pista fantasma. Querían que se obsesionara con "Ícaro", que lo mencionara, que se expusiera, para poder pintarlo ante el Árbitro Pierce como un teórico de la conspiración que lanzaba acusaciones infundadas. Era exactamente el tipo de juego mental que Croft disfrutaría.

Opción B: Era genuino. Había un disidente dentro de *Valerius*. Alguien en el interior, aterrorizado de dar la cara, había visto su referencia a "Nightingale" en la correspondencia oficial del caso (que sin duda circulaba internamente) y había decidido, con un coraje anónimo, darle una nueva pieza del rompecabezas. Alguien que sabía que "Nightingale" era solo el principio.

Ambas opciones eran igual de aterradoras. Si era una trampa, estaba subestimando peligrosamente a su oponente. Si era real, el pozo de la corrupción de *Valerius* era mucho más profundo de lo que jamás había imaginado.

Se pasó las manos por el pelo. Se sentía como un ratón en un laberinto diseñado por un dios sádico. Cada vez que encontraba un trozo de queso, una nueva pared aparecía frente a él. Cogió su teléfono y marcó el único número que podía ayudarle a dar sentido a la locura.

—Marco. Te necesito.

—Son las seis de la tarde, Rivas. Mi turno de pensar ha terminado por hoy —gruñó la voz de Marco al otro lado de la línea.

—Esto no puede esperar. ¿El sitio de siempre?

Hubo un suspiro resignado. —Dame veinte minutos. Y más te vale que sea bueno.

Rivas reenvió el correo electrónico anónimo al teléfono de Marco, borró el original de su ordenador, vació la papelera y luego apagó la máquina por completo. Era un gesto inútil, lo sabía. Si querían vigilarlo digitalmente, ya lo estarían haciendo. Pero el acto físico de cortar la conexión le proporcionó un mínimo consuelo.

Encontró a Marco en su taburete habitual en Tierney's, estudiando la pantalla de su teléfono con el ceño fruncido. Un vaso de whisky a medio beber descansaba a su lado. Rivas se sentó y pidió un refresco de jengibre. El alcohol era lo último que necesitaba su mente paranoica en ese momento.

—Bonito —dijo Marco sin levantar la vista—. ProtonMail. Enrutado a través de la red Tor, probablemente. Podría pasar las próximas dos semanas intentando rastrear la IP de origen y acabaría en un servidor en algún lugar de Rumanía que rebota la señal desde un cibercafé en Seúl. Quienquiera que haya enviado esto sabe lo que hace. Es un fantasma.

—¿Amigo o enemigo? —preguntó Rivas, yendo al grano.

Marco finalmente levantó la vista, sus ojos agudos estudiando la cara de Rivas. —Esa es la pregunta del millón, ¿no? Si es Croft, es un genio malvado. Te está dando una pala y te está señalando un desierto, esperando que te mates cavando en busca de un tesoro que no existe.

—Ese fue mi primer pensamiento.

—Pero... —continuó Marco, girando el teléfono sobre la barra—. Hay algo en esto que no encaja con esa teoría. Es demasiado... sutil. Demasiado elegante para un matón corporativo. Croft es del tipo que te aplasta con el peso de su bufete, no del que te envía acertijos crípticos. Esto se siente diferente. Se siente como un mensaje en una botella. Desesperado.

—Un disidente —dijo Rivas, la palabra sonando extraña en el ruidoso bar.

—Exactamente. Alguien que vio tu jugada con Nightingale y pensó: "Este tipo tiene agallas. Quizás él pueda hacer algo". Alguien que tiene miedo de perder su trabajo, su pensión, o algo peor. Pero que tiene una conciencia.

La idea era a la vez esperanzadora y aterradora. Si tenía un aliado en el interior, el juego cambiaba. Pero ese aliado era invisible, anónimo e intocable. No podía contactarlo, no podía hacerle preguntas, no podía protegerlo. Solo podía esperar a que le llegara otro susurro desde la oscuridad.

—Ícaro —dijo Rivas, probando la palabra—. El mito griego. El chico que se fabricó alas de cera y plumas para escapar de Creta. Su padre le advirtió que no volara ni demasiado bajo, cerca del mar, ni demasiado alto, cerca del sol.

—Y el muy idiota no hizo caso —terminó Marco—. Voló demasiado alto, el sol derritió la cera y se precipitó al mar. Una lección sobre la arrogancia. La ambición desmedida.

Ambos se quedaron en silencio, contemplando las implicaciones.

—Un medicamento —especuló Rivas, pensando en voz alta—. Un proyecto que prometía ser el sol. Un fármaco milagroso, la cura para algo importante. Pero tenía un fallo fatal. Un fallo que ignoraron en su prisa por llegar al mercado. Y se estrelló.

—Podría ser —dijo Marco—. O podría referirse a una persona. Un científico o un ejecutivo estrella. El "Ícaro" de la compañía. Alguien cuya ambición lo llevó a tomar atajos, a ocultar datos, y acabó provocando un desastre.

—¿Y si Cardia-Sure... es Ícaro? —preguntó Rivas.

La pregunta quedó flotando en el aire entre ellos. Cardia-Sure no se había estrellado. Era un éxito de ventas. Un gigante farmacéutico. Pero, ¿y si el fallo fatal no fuera obvio? ¿Y si solo afectara a un pequeño porcentaje de pacientes, como Mateo Vargas? ¿Y si la caída no hubiera sido pública, sino un desastre contenido y encubierto dentro de los muros de *Valerius*?

—No puedes usarlo —dijo Marco de repente, su voz firme sacando a Rivas de sus cavilaciones—. No puedes mencionar "Ícaro" a nadie. Ni a Croft, ni a Reed, ni siquiera al Árbitro.

—¿Por qué no? Funcionó con Nightingale.

—Funcionó porque tenías contexto. Sabías que era un proyecto de auditoría interna asignado a Thorne. Podías vincularlo a él. Pero "Ícaro"... no es nada. Es una sola palabra en un correo electrónico anónimo. Si lo mencionas, Evelyn Reed te hará pedazos. Te acusará de inventar pruebas, de actuar de mala fe. Destruirá tu credibilidad antes de que puedas decir tu nombre. Has jugado tu única carta de farol. No puedes jugar otra.

Marco tenía razón. Era un consejo de un millón de dólares. La tentación de usar su nueva arma era inmensa, pero sería un suicidio táctico. Tenía que guardársela. Tenía que esperar.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Rivas, la frustración evidente en su voz—. Me siento como si estuviera luchando con los ojos vendados.

—Haces lo que hacen los buenos soldados —respondió Marco, terminando su whisky—. Te centras en el objetivo que tienes delante. Ganaste la batalla de la fecha de la deposición. Tu próxima misión es prepararte para ella. Y, lo que es más importante, encontrar un maldito perito. Un experto. Sin uno, todo lo que Thorne pueda decir en esa deposición no vale nada. Necesitas un científico creíble que pueda conectar los puntos para el Árbitro.

La lógica fría de Marco era un ancla en la tormenta de paranoia de Rivas. Tenía razón. "Ícaro" era una distracción, una fascinante y peligrosa distracción. La tarea real, la montaña que todavía tenía que escalar, era encontrar a un experto médico dispuesto a arriesgar su reputación enfrentándose a *Valerius Pharmaceuticals*.

Se despidió de Marco y caminó desde el centro de la ciudad hasta su apartamento en el Upper Manhattan. La larga caminata le ayudó a despejar la cabeza. Dejó de mirar por encima del hombro. Archivó

"Ícaro" en un compartimento cerrado de su mente. Tenía que volver a lo básico.

Los días siguientes, Rivas se sumergió en una nueva clase de investigación. Se dedicó a buscar en bases de datos académicas, registros de tribunales y artículos de revistas médicas. No buscaba un nombre cualquiera. Buscaba un perfil muy específico. Necesitaba un cardiólogo o un farmacólogo con una reputación impecable. Alguien cuya experiencia fuera incuestionable. Pero también necesitaba a alguien con una vena de acero, alguien que no se dejara intimidar por un ejército de abogados. Y, lo más crucial, necesitaba a alguien que tuviera una razón para aceptar un caso tan imposible.

Revisó docenas de nombres. La mayoría fueron descartados rápidamente. Los peces gordos, los jefes de departamento de los grandes hospitales, estaban demasiado comprometidos. Sus departamentos a menudo recibían cuantiosas donaciones de compañías como *Valerius*. Testificar en contra de ellos sería morder la mano que les daba de comer. Los académicos más jóvenes tenían sus carreras por delante y no se arriesgarían a ser incluidos en una lista negra por la industria farmacéutica.

Después de tres días de búsqueda infructuosa, cuando la desesperación empezaba a asomar de nuevo, encontró un nombre que le hizo detenerse. Dr. Kenji Tanaka.

El Dr. Tanaka era un profesor emérito de farmacología en el Centro Médico de la Universidad de Columbia, el mismo lugar donde Rivas había estudiado derecho. Su currículum era deslumbrante. Más de doscientos artículos publicados. Autor de un libro de texto de referencia sobre interacciones medicamentosas. Había formado parte de varios comités de la FDA. Pero lo que realmente llamó la atención de Rivas fue un vacío en su historial. Hacía unos diez años, su prolífica producción de publicaciones se había ralentizado hasta casi detenerse. Y su ascenso, que parecía imparable hacia la jefatura del departamento, se había estancado. Se había jubilado anticipadamente hacía tres años, a los sesenta y dos.

Rivas cavó más hondo. Le llevó varias horas, pero finalmente encontró la razón en los archivos de un caso judicial de hacía once años en California. *Ramirez vs. Sterling-Grant*. Un caso sobre un nuevo anticoagulante que había causado hemorragias internas mortales en varios pacientes. El Dr. Kenji Tanaka había sido el principal perito de la parte demandante.

Rivas leyó la transcripción del testimonio de Tanaka. Era una clase magistral de claridad y convicción. Con una precisión quirúrgica, Tanaka había desmantelado los estudios de seguridad de la farmacéutica, demostrando cómo habían manipulado los datos para ocultar los riesgos. El jurado había concedido a los demandantes una indemnización récord. Sterling-Grant apeló, y el caso se resolvió fuera de los tribunales por una suma no revelada, pero el daño a la reputación de Tanaka dentro de la industria estaba hecho. Había cruzado una línea. Se había convertido en un traidor a su clase.

Rivas había encontrado a su hombre. El Dr. Tanaka era brillante. Tenía una integridad a prueba de balas. Y, lo que era más importante, ya había pagado el precio por decir la verdad al poder. No tenía nada más que perder.

Conseguir su información de contacto no fue fácil. La universidad protegía la privacidad de sus profesores eméritos. Pero Rivas fue persistente. Llamó a antiguos alumnos, a secretarias de departamento, y finalmente, una bibliotecaria de la facultad de medicina, que recordaba al Dr. Tanaka con afecto, le dio una dirección de correo electrónico personal.

Rivas pasó toda una tarde redactando el correo electrónico más importante de su vida. No podía permitirse un solo error. Explicó el caso de Mateo Vargas con una precisión concisa y respetuosa. Adjuntó el informe de la autopsia y el acuerdo de arbitraje. Y, crucialmente, le informó de que había conseguido una deposición con un científico interno clave de *Valerius* para el 29 de octubre. Apeló no a la codicia, sino a la ciencia y a la justicia.

Envió el correo y esperó. Cada hora que pasaba sin respuesta se sentía como un pequeño fracaso. Después de dos días de silencio, el miedo a ser ignorado se convirtió en una certeza. Estaba a punto de empezar a buscar otro nombre cuando, a última hora de la tarde del segundo día, su ordenador emitió un pitido.

El correo era del Dr. Tanaka. Contenía solo dos frases.

Señor Rivas, su correo electrónico es muy preocupante. ¿Podría reunirse conmigo mañana a las 10 de la mañana en mi antiguo despacho de la universidad?

Rivas sintió que se le quitaba un peso de encima tan grande que casi se marea. No era un sí, pero tampoco era un no. Era una puerta que se abría una rendija.

A la mañana siguiente, se puso el traje nuevo que había comprado, el traje del optimismo. Tomó el metro hasta el campus de Morningside Heights, un lugar que no había pisado en años. El aire de otoño era fresco y crujiente, y el campus bullía con la energía de los estudiantes. Por un momento, se sintió como un impostor, un fantasma de un pasado más brillante.

Encontró el despacho del Dr. Tanaka en el ala de investigación del edificio de ciencias de la salud. Era un despacho pequeño y sin adornos, lleno de libros y montañas de revistas científicas. La placa en la puerta todavía llevaba su nombre: "Dr. Kenji Tanaka, Profesor Emérito".

Rivas se detuvo frente a la puerta de madera oscura. Detrás de ella se sentaba el hombre que podría ser la clave para ganar o perderlo todo. Se alisó la corbata, respiró hondo para calmar el temblor de sus manos y levantó el puño para llamar.

CAPÍTULO 12

Un suave "adelante" respondió a su llamada, la voz amortiguada por la madera maciza de la puerta. Daniel Rivas respiró hondo por última vez, un intento inútil de calmar la orquesta de nervios que tocaba en su estómago, y giró el picaporte de latón.

El despacho era exactamente como lo había imaginado, solo que más denso. El aire olía a papel viejo, a cuero de encuadernación y a ese aroma casi imperceptible a tiza y café frío que impregnaba los lugares dedicados al pensamiento riguroso. Cada superficie horizontal estaba colonizada por torres de libros y revistas científicas, pilas que desafiaban la gravedad y parecían dispuestas no al azar, sino según una lógica interna que solo su dueño comprendía. Las paredes estaban cubiertas de estanterías del suelo al techo, y en el único espacio libre colgaba una pizarra abarrotada de complejas fórmulas químicas y diagramas moleculares, medio borrados pero aún legibles, como los fantasmas de problemas resueltos hacía mucho tiempo. Era la cueva de un ermitaño académico, un santuario contra el desorden del mundo exterior.

Sentado detrás de un imponente escritorio de roble, tan abarrotado como el resto de la habitación, se encontraba el Dr. Kenji Tanaka. Era un hombre menudo, de unos sesenta y tantos años, con una mata de pelo canoso y rebelde que contrastaba con la pulcritud de su camisa blanca y su corbata de lazo. Llevaba unas gafas de montura de carey que magnificaban ligeramente sus ojos. Y eran sus ojos los que captaron la atención de Rivas. Eran oscuros,

increíblemente agudos y no revelaban nada. Eran los ojos de un observador, de un hombre que había pasado su vida desentrañando los secretos de sistemas invisibles. En ese momento, Rivas era el sistema que estaba siendo analizado.

—¿Señor Rivas? —dijo el Dr. Tanaka. Su voz era tranquila, precisa, con un acento casi imperceptible que delataba años de inmersión en la academia estadounidense. Hizo un gesto hacia una silla de madera de respaldo recto frente a su escritorio—. Siéntese, por favor. Tiene diez minutos para convencerme de que no estoy perdiendo el tiempo.

No hubo apretón de manos. No hubo charla trivial. Fue directo y al grano, una prueba desde el primer segundo. Rivas se sentó, colocando su gastado maletín en el suelo junto a él. La silla era tan dura e incómoda como parecía.

—Gracias por recibirme, doctor. Aprecio su franqueza. Permítame ser igualmente directo. No estoy aquí para venderle nada. Estoy aquí porque un niño de ocho años está muerto, y creo que la ciencia, su ciencia, puede explicar por qué.

Rivas observó al doctor en busca de una reacción. No la hubo. Tanaka simplemente juntó las yemas de los dedos, formando una especie de aguja con sus manos, y esperó.

—Leí la transcripción de su testimonio en el caso *Ramirez vs. Sterling-Grant* —continuó Rivas—. No solo la leí, la estudié. La forma en que explicó la farmacocinética de aquel anticoagulante a un jurado de legos fue... extraordinaria. No solo les hizo entender la ciencia, les hizo entender la importancia de la integridad científica. Les demostró cómo los datos podían ser torturados hasta que confesaran una mentira.

Por primera vez, algo parpadeó en los ojos de Tanaka. Un destello de un recuerdo doloroso.

—Ese caso me costó mucho, señor Rivas. Más de lo que puede imaginar. Me convirtió en un paria en una industria que había

ayudado a construir. Descubrí que las compañías farmacéuticas tienen una memoria muy larga y muy poca tolerancia con aquellos que airean sus secretos. ¿Por qué cree que querría volver a pasar por eso?

—Porque no creo que lo hiciera por el dinero o por la fama —respondió Rivas con calma—. Creo que lo hizo porque la ciencia había sido corrompida para servir a la codicia, y usted no podía quedarse de brazos cruzados. Creo que este caso... es lo mismo.

Tanaka se reclinó en su silla, el cuero viejo crujió en protesta. —Usted es un abogado. Su trabajo es persuadir. Está intentando apelar a mi ego, a mi sentido de la justicia. Son tácticas. Yo me dedico a los datos. Muéstreme los datos.

Era el momento de la verdad. Rivas abrió su maletín y sacó dos carpetas. Puso la primera sobre un pequeño espacio libre en el escritorio del doctor.

—Este es el informe completo de la autopsia de Mateo Vargas —dijo —. El médico forense del Bronx dictaminó la causa de la muerte como "arritmia cardíaca súbita de etiología indeterminada". En otras palabras, su corazón se detuvo y no saben por qué. El niño no tenía antecedentes de problemas cardíacos. No había defectos estructurales. Su corazón estaba, citando al forense, "completamente sano y normal para un niño de su edad".

Tanaka abrió la carpeta. No se apresuró. Leyó cada página con una concentración metódica, sus ojos moviéndose de un lado a otro, absorbiendo los análisis de toxicología, los informes histológicos, los gráficos del electrocardiograma post-mortem. Rivas permaneció en silencio, dándole el espacio que necesitaba. Sabía que no estaba tratando con un aficionado al que pudiera guiar. Tanaka vería cosas en ese informe que Rivas jamás podría ver.

Después de lo que parecieron diez minutos, pero que probablemente fueron tres, Tanaka levantó la vista. Su expresión era de una curiosidad profesional intensa.

—Interesante —murmuró—. La prolongación del intervalo QT es significativa, pero no está fuera de los límites de lo que podría considerarse una anomalía estadística. No hay evidencia de isquemia. Los niveles de electrolitos son normales. Es... limpio. Demasiado limpio. El forense hizo un buen trabajo, pero no tenía nada a lo que agarrarse. Es un verdadero rompecabezas. ¿Qué le hace pensar que el Cardia-Sure es el culpable?

Rivas empujó la segunda carpeta a través del escritorio. —Esto es todo lo que tengo sobre el medicamento. El prospecto oficial, la monografía del producto, los datos de los ensayos clínicos de fase III que *Valerius* hizo públicos.

Tanaka apenas miró la segunda carpeta. —Conozco el Cardia-Sure. Es un inhibidor de la HMG-CoA reductasa de cuarta generación. Una estatina. Un mecanismo de acción muy bien establecido. Millones de personas las toman cada día. Son algunos de los medicamentos más seguros y estudiados del planeta. Vincular una estatina a una arritmia cardíaca fatal en un niño... es una afirmación extraordinaria, señor Rivas. Y las afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias. Usted no tiene ninguna.

—Aún no —admitió Rivas—. Pero tengo esto. —Sacó una tercera carpeta de su maletín, la más delgada—. Mateo Vargas era parte de un pequeño subgrupo de pacientes pediátricos a los que se les recetó Cardia-Sure para una condición llamada hipercolesterolemia familiar heterocigota. Una condición genética. En la sección de efectos adversos de los ensayos clínicos, hay una mención pasajera. De los 177 niños en el ensayo, tres experimentaron lo que se describió como "palpitaciones no significativas". Los tres abandonaron el estudio por "razones no relacionadas".

Los ojos de Tanaka se entrecerraron detrás de sus gafas. —¿Y usted cree que "palpitaciones no significativas" es un eufemismo para algo más serio?

—Creo que es posible. Creo que es una hebra suelta. Y si tiras de ella, quizás todo el tejido se deshaga. Y tengo la oportunidad de tirar

de esa hebra. El 29 de octubre, voy a deponer al jefe de farmacología preclínica de *Valerius*. El hombre cuyo equipo descubrió la molécula. El Dr. Aris Thorne.

La mención del nombre pareció tener un efecto. Tanaka se quedó muy quieto.

—Conozco el trabajo de Aris Thorne —dijo en voz baja—. Es brillante. Un verdadero innovador en el campo del diseño de fármacos. Pero también es un hombre de la compañía hasta la médula. Nunca hablará en su contra. Le recitará el argumentario de la empresa hasta que se quede sin preguntas.

—Quizás —dijo Rivas—. O quizás, si se le hacen las preguntas correctas, las preguntas que solo un experto como usted podría formular, podría decir más de lo que pretende. Necesito saber qué preguntarle, doctor. Necesito saber qué buscar en los datos que no estoy viendo. Necesito a alguien que pueda traducir el lenguaje de la ciencia en el lenguaje de la verdad.

Se hizo un largo silencio en el despacho. El único sonido era el suave zumbido de un viejo ordenador en la esquina y el lejano murmullo de la vida universitaria fuera de la ventana. Tanaka miraba fijamente la pared, pero Rivas sabía que no estaba viendo la pizarra. Estaba viendo un tribunal en California hacía once años.

—Cuando testifiqué contra Sterling-Grant —dijo Tanaka, su voz ahora más suave, más reflexiva—, no lo hice a la ligera. Había revisado sus datos internos, obtenidos a través del descubrimiento de pruebas. Había encontrado la prueba irrefutable. Un correo electrónico de un directivo que decía: "El riesgo de hemorragia es preocupante, pero el potencial de mercado es demasiado grande como para retrasar el lanzamiento". Tenía un arma humeante. Usted, señor Rivas, ni siquiera tiene un arma. Tiene una teoría. Una corazonada.

—Tengo un niño muerto —replicó Rivas, su voz cargada de una emoción que no pudo reprimir—. Tengo un niño muerto y una compañía de mil millones de dólares que se esconde detrás de una

cláusula de arbitraje para asegurarse de que nadie pueda hacer las preguntas difíciles en público. Puede que solo sea una teoría, pero Sofía Vargas, la madre de Mateo, merece que alguien la investigue.

Rivas dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire. Había puesto todas sus cartas sobre la mesa. Su lógica, su pasión, su desesperación. No le quedaba nada más.

Tanaka suspiró, un sonido profundo y cansado. Se quitó las gafas y se frotó los ojos, como si llevara días sin dormir.

—Sterling-Grant me enseñó una lección muy dura —dijo, volviendo a ponerse las gafas—. Que en una batalla entre la ciencia y el dinero, el dinero casi siempre gana. No porque sea más inteligente, sino porque tiene más resistencia. Puede contratar a más abogados, a más peritos. Puede enterrarte en papeleo, agotarte, arruinarte. Destruyeron mi reputación. Sugirieron que mi testimonio estaba motivado por la codicia, que era un científico renegado que buscaba un día de paga. Mis solicitudes de subvención se secaron. Mis colegas empezaron a evitarme en las conferencias. Me convertí en radioactivo.

Miró directamente a Rivas, y por primera vez, el abogado vio más allá del científico. Vio a un hombre herido, un hombre que había luchado por sus principios y había pagado un precio terrible.

—Le prometo esto, doctor —dijo Rivas, inclinándose hacia adelante en su silla—. No permitiré que eso vuelva a suceder. Este no es un juicio con jurado. Es un arbitraje. El público no es un grupo de legos, es un solo hombre, un exjuez federal. Es un caso sobre los hechos, no sobre el teatro. Y le protegeré. Objetaré cada intento de atacarle personalmente. Me aseguraré de que su testimonio se centre únicamente en la ciencia. No soy el mismo abogado que era hace cinco años. He perdido lo suficiente como para saber lo que importa. Y esto importa.

Tanaka lo estudió durante un largo momento. La intensidad de su mirada era casi física. Rivas sintió que el doctor estaba mirando

directamente a través de su traje barato y su bravuconada, hasta el núcleo de su ser, evaluando su convicción, su resolución, su valía.

Finalmente, Tanaka asintió lentamente para sí mismo, como si hubiera llegado a una conclusión.

—Déjeme los materiales —dijo, haciendo un gesto hacia las carpetas —. El informe de la autopsia, los datos de los ensayos, todo lo que tenga. Lo revisaré. Lo analizaré a fondo. No le prometo nada, ¿entiende? Si después de mi análisis, llego a la conclusión de que su teoría no tiene fundamento científico, se lo diré, y ahí terminará nuestra relación. No pondré mi nombre en algo en lo que no creo al cien por cien.

No era el "sí" rotundo que Rivas había esperado, pero era mucho más que un "no". Era una oportunidad. Era la puerta que se abría un poco más.

—Pero... —añadió Tanaka, levantando un dedo admonitorio—, si encuentro algo... si encuentro una anomalía, un patrón, una pregunta que *Valerius* no ha respondido satisfactori-amente, entonces le ayudaré a prepararse para la deposición de Thorne. Le daré las preguntas que necesita hacer. Pero solo con esa condición. Mi implicación depende enteramente de lo que digan los datos. ¿Está claro?

—Cristalino, doctor —dijo Rivas, sintiendo una oleada de alivio tan potente que se sintió mareado—. Gracias. No sabe cuánto significa esto.

—Todavía no significa nada —le corrigió Tanaka con severidad—. Solo significa que he accedido a mirar. No me agradezca todavía. Podría odiarme la semana que viene.

Rivas se levantó, su cuerpo rígido por la tensión. —Entendido. ¿Cuándo puedo esperar noticias suyas?

—La ciencia no funciona con un reloj, señor Rivas. Me llevará el tiempo que me lleve. Le llamaré. —Era una despedida clara.

Rivas asintió y se dirigió a la puerta. Con la mano en el picaporte, se detuvo y se volvió.

—Solo una cosa más, doctor. El caso Sterling-Grant. Sé que le costó mucho. Pero también sé que gracias a su testimonio, ese medicamento fue re-etiquetado. Nadie sabe cuántas vidas salvó con eso. Quizás no ganó la guerra, pero ganó la batalla que importaba.

Tanaka no respondió. Simplemente se quedó sentado detrás de su escritorio, rodeado de sus libros y sus fantasmas, y observó a Rivas salir de su despacho y cerrar la puerta suavemente detrás de él.

Mientras caminaba por los pasillos de su alma mater, Rivas sintió por primera vez en mucho tiempo el peso de algo que no era la derrota. Era el peso frágil y tembloroso de la esperanza. Había encontrado a su perito. Ahora solo tenía que rezar para que el científico encontrara la ciencia.

CAPÍTULO 13

Los días que siguieron a su encuentro en Columbia se convirtieron en una forma singular de tortura. Daniel Rivas descubrió que la esperanza era una droga mucho más cruel que el bourbon. El alcohol adormecía los sentidos, creando un cómodo desenfoque en los bordes afilados de la realidad. La esperanza, en cambio, los agudizaba. Hacía que cada hora de silencio pareciera más ruidosa, cada sombra en la periferia de su visión más amenazante, y cada timbre del teléfono un posible detonador que podría cambiarlo todo.

Había entregado el destino de su caso, y quizás el de su propia redención, a un ermitaño académico que no le debía nada. El Dr. Kenji Tanaka tenía ahora en su poder el informe de la autopsia de Mateo, los datos clínicos de *Valerius* y la escasa munición que Rivas había logrado reunir. Y no había nada más que Rivas pudiera hacer sino esperar a que la mente analítica del científico dictara sentencia sobre la validez de su cruzada. "La ciencia no funciona con un reloj, señor Rivas", le había dicho. Pero la justicia, o la falta de ella, sí lo hacía. El calendario avanzaba implacablemente hacia el 29 de octubre, la fecha de la deposición de Aris Thorne, y Rivas sentía cada día perdido como una pequeña derrota.

Intentó sumergirse en su trabajo en el tribunal del Bronx, pero la farsa de la mediación se había vuelto casi insoportable. Escuchar a dos hombres discutir sobre los daños causados por una paloma a un toldo recién instalado mientras la vida de Sofía Vargas pendía de un

hilo se sentía como una obscenidad. Los problemas de la gente, que antes le parecían al menos un ancla a la realidad cotidiana, ahora se antojaban triviales, un ruido de fondo que interfería con la única frecuencia que le importaba. Su paciencia, ya de por sí mermada, se evaporó. Se volvió más cortante, más directo, zanjando las disputas con una eficiencia brutal que dejaba a los litigantes desconcertados y a sus supervisores vagamente impresionados. Estaba cerrando casos a un ritmo récord, no por habilidad, sino por una profunda incapacidad para tolerar el sinsentido.

Por las noches, la soledad de su apartamento se convertía en un adversario. Se obligaba a no beber. Sabía que si se permitía un solo vaso, se deslizaría por una pendiente que ya conocía demasiado bien. En su lugar, canalizaba su energía nerviosa en una preparación obsesiva. Leía y releía cada página de los documentos que le había dado a Tanaka, buscando en vano la clave que su mente de abogado no podía descifrar. Creó diagramas de flujo, líneas de tiempo, perfiles de cada persona involucrada, por tangencial que fuera. Su pared se llenó de notas adhesivas, una constelación de hechos y conjeturas que a cualquier otra persona le parecería el mapa de una mente desquiciada.

En medio de esa autoimpuesta clausura, recordó el correo electrónico anónimo. *Busque Ícaro.*

La advertencia de Marco resonaba en sus oídos: "No puedes usarlo". Y sabía que tenía razón. Mencionar a Ícaro sería un suicidio profesional. Pero no mencionarlo no significaba no buscarlo. Una noche, incapaz de conciliar el sueño, se sentó frente a su ordenador personal y comenzó a cavar. No buscó en las bases de datos legales, sino en los archivos de noticias financieras, en los comunicados de prensa de la industria farmacéutica, en los foros de inversores. Buscó cualquier mención de un "Proyecto Ícaro" asociado a *Valerius* o a cualquiera de sus subsidiarias durante los últimos diez años.

Durante horas, no encontró nada. Era como buscar una aguja en un pajar digital. Pero justo cuando estaba a punto de rendirse, encontró una referencia. No era mucho. Un breve artículo en un blog de

inversión de nicho, fechado hacía seis años. El artículo especulaba sobre los futuros motores de crecimiento de *Valerius* y mencionaba un rumor sobre un "programa Ícaro", un proyecto de investigación supuestamente revolucionario en el campo de la neurología, destinado a tratar las primeras fases del Alzheimer. El autor del blog lo describía como el posible "santo grial" de la compañía, un fármaco que podría generar decenas de miles de millones en ingresos.

Y luego, nada. La pista se enfriaba tan rápido como había aparecido. No hubo más menciones, ni comunicados de prensa, ni anuncios de ensayos clínicos. El Proyecto Ícaro, fuera lo que fuese, había desaparecido del radar público. Se había desvanecido. Como un par de alas de cera que se habían acercado demasiado al sol.

Rivas se reclinó en su silla, el corazón latiéndole con fuerza. No era una prueba, pero era un patrón. Un proyecto de alto riesgo y alta recompensa que desaparece sin dejar rastro. ¿Había fracasado estrepitosamente en los ensayos preclínicos? ¿Había resultado ser peligroso? ¿Y qué tenía que ver con un medicamento para el colesterol como Cardia-Sure? Las piezas no encajaban, pero la sensación de que estaba rozando una verdad mucho más grande y oscura que la muerte de un solo niño se hizo más fuerte. Guardó la información en lo más profundo de su mente, otra pregunta sin respuesta para un momento en el que tuviera el poder de exigirla.

El viernes de esa misma semana, mientras revisaba sus notas en el despacho, sonó su teléfono móvil. Era un número que no reconocía, pero no estaba bloqueado. Era un prefijo de Westchester. Por un instante, su pulso se disparó. ¿Tanaka?

—¿Diga? —respondió, intentando que su voz no sonara tan ansiosa como se sentía.

—¿Danny? Soy Helen.

La voz de su exmujer le golpeó como un cubo de agua fría. Helen Rivas, ahora Helen Prescott, vivía en una casa impecable en Scarsdale con su nuevo marido, un cirujano ortopédico que jugaba al golf y no tenía fantasmas.

—Hola, Helen. ¿Pasa algo?

—No, nada malo. Bueno, depende de cómo lo mires. La transferencia de la pensión de este mes se ha retrasado. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

Rivas cerró los ojos. Se le había olvidado por completo. El cheque del acuerdo de mediación de la semana pasada aún no se había liquidado.

—Estoy bien, Helen. Ha habido un pequeño retraso administrativo. Lo tendrás el lunes, te lo prometo.

—Sé que lo tendré, Danny. No es por eso que llamo, no realmente. —Hubo una pausa, y Rivas supo lo que venía. El tono de preocupación fingida, el consejo no solicitado—. Hablé con Mark Fogel el otro día. Me dijo que te vio en el juzgado del Bronx. Dijo que... no parecías tú mismo.

Mark Fogel era un antiguo colega de su bufete, un hombre que ahora era socio y probablemente facturaba en una hora lo que Rivas ganaba en una semana.

—Estoy perfectamente, Helen. El trabajo es... exigente.

—No tienes que hacer esto, Danny. Sabes que no. Prescott estaría dispuesto a... ayudarte a encontrar algo. Un puesto de asesor legal en el hospital, quizás. Algo más estable. Menos... deprimente.

La condescendencia, envuelta en una capa de falsa solicitud, le revolvió el estómago. Quería gritarle que estaba haciendo el trabajo más importante de su vida, que estaba luchando por algo que importaba de verdad. Pero ¿cómo podía explicarle la cláusula de arbitraje, a Ícaro, al Dr. Tanaka? Para ella, solo sería otra de sus cruzadas quijotescas, otra excusa para su autodestrucción.

—Agradezco la oferta, pero estoy bien donde estoy. De verdad.

—Si tú lo dices —dijo ella, y en su tono se oía el sonido de una puerta que se cerraba—. Cuídate, Danny.

La llamada terminó. Rivas se quedó mirando el teléfono, una amarga bilis subiéndole por la garganta. La llamada de Helen era un recordatorio brutal de la vida que había perdido, del hombre que se suponía que debía ser. Y reforzó la idea de que este caso era su única oportunidad de demostrar, no a ella, sino a sí mismo, que el hombre que había sido no estaba muerto del todo.

Decidió que necesitaba ver a Sofía Vargas. No tenía ninguna noticia que darle, ninguna actualización tangible, pero sentía la necesidad de conectar con la razón por la que estaba soportando todo aquello. La llamó y quedaron en verse en una pequeña cafetería cerca de su apartamento en East Harlem.

Cuando la vio entrar, se sintió de nuevo abrumado por su tranquila fortaleza. Llevaba su uniforme de trabajo, el de una empresa de limpieza, y parecía cansada, pero sus ojos oscuros eran claros y directos.

—Señor Rivas. Gracias por venir —dijo, sentándose frente a él.

—Por favor, Sofía, llámame Daniel. ¿Cómo estás?

Ella se encogió de hombros, un gesto que contenía un universo de dolor y resignación. —Cada día es... un día. Sigo esperando despertarme y que todo haya sido una pesadilla. Que él esté en su habitación, jugando con sus coches. —Su voz se quebró por un instante, pero se recompuso rápidamente—. ¿Hay... hay noticias?

Rivas odiaba la esperanza que veía en sus ojos, porque sabía lo frágil que era.

—Estamos avanzando —dijo, eligiendo sus palabras con cuidado—. Como te expliqué, el proceso de arbitraje es lento. La primera fase es el "descubrimiento", donde reunimos información. He conseguido programar una entrevista jurada con uno de los científicos más importantes de la compañía. Es un paso muy importante.

—¿Cree que él nos dirá la verdad?

—Las personas como él no suelen decir toda la verdad voluntariamente —admitió Rivas—. Pero mi trabajo es obligarle a hacerlo. Estoy trabajando con un experto, un médico muy respetado, que me está ayudando a entender la ciencia para poder hacer las preguntas correctas.

No le mencionó el nombre de Tanaka. No quería darle falsas esperanzas hasta que el doctor se hubiera comprometido por completo.

Sofía asintió, procesando la información. Sacó un sobre arrugado de su bolso y lo deslizó sobre la mesa. —Esto no es mucho. Es lo que he podido ahorrar. Para sus gastos.

Rivas miró el sobre. Probablemente contenía todo el dinero que ella tenía en el mundo. Sintió un nudo en la garganta.

—Sofía, no. Ya hablamos de esto. Mi pago vendrá de la indemnización que consigamos. Si no ganamos, no me debes nada.

—Pero usted está trabajando. Está gastando su tiempo.

—Este caso es más que un trabajo para mí, Sofía —dijo, y las palabras salieron con una sinceridad que le sorprendió a él mismo—. Por favor. Guarda tu dinero. Lo necesitarás.

Ella lo miró fijamente, sus ojos buscando la verdad en los suyos. Finalmente, retiró el sobre y asintió. Se quedaron en silencio un momento, el ruido de la cafetería arremolinándose a su alrededor.

—Solo quiero que sepan que se equivocaron —dijo Sofía en voz baja, casi para sí misma—. Que mi Mateo importaba. Que su vida tenía valor.

Rivas extendió la mano sobre la mesa y, por un instante, cubrió la de ella. —Lo sé. Y te prometo que haré todo lo que esté en mi poder para que lo sepan.

La reunión le dejó con una sensación de renovada determinación, pero también con una carga aún más pesada. La fe inquebrantable

de Sofía en él era a la vez un regalo y una responsabilidad aplastante.

Pasó el fin de semana. Y luego el lunes. El martes por la mañana, Rivas estaba en su despacho, mirando fijamente la pared de notas adhesivas, cuando sonó su teléfono. Era un número desconocido, con prefijo de Manhattan.

Su corazón se detuvo.

—¿Diga? —respondió, su voz apenas un susurro.

—¿Señor Rivas? Soy el Dr. Kenji Tanaka.

Rivas se levantó de su silla como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. Se llevó el teléfono a la otra oreja, apretándolo con fuerza, como si temiera que la conexión se cortara.

—Doctor. Sí. Estoy aquí.

—He terminado mi revisión preliminar de los materiales que me proporcionó —dijo Tanaka, su voz tan tranquila y precisa como en su despacho—. He pasado las últimas noventa y seis horas analizando los datos.

Noventa y seis horas. El hombre no había hecho otra cosa.

—¿Y? —preguntó Rivas, incapaz de contenerse.

Hubo una pausa que se extendió durante una eternidad. Rivas podía oír el sonido de su propia sangre latiendo en sus oídos.

—Y debo decirle, señor Rivas —comenzó Tanaka, y su tono era grave, casi sombrío—, que su caso es increíblemente débil. La conexión causal entre el Cardia-Sure y la muerte del niño es, desde un punto de vista puramente estadístico, tenue en el mejor de los casos. *Valerius* tiene una docena de formas de argumentar que la muerte fue una tragedia imprevisible, una anomalía genética no detectada, cualquier cosa menos un efecto adverso de su fármaco estrella. Si vamos al arbitraje con lo que tenemos ahora, nos destruirán.

Cada palabra fue un martillazo en el pecho de Rivas. El aire se escapó de sus pulmones. La esperanza que había albergado durante días se desvaneció, dejando un vacío helado. Había sido un idiota. Una corazonada. Un abogado acabado persiguiendo fantasmas.

—Entiendo —logró decir, su voz vacía.

—No, no lo entiende —le interrumpió Tanaka, y por primera vez, hubo un filo de acero en su voz, una excitación reprimida—. Dije que su caso *es* débil. No dije que no *tuviera* caso. He encontrado algo.

Rivas se agarró al borde de su escritorio para no caerse. —¿Qué? ¿Qué ha encontrado?

—No está en los datos de los ensayos clínicos que hicieron públicos. Esos están impecables, diseñados para serlo. Está en el informe de la autopsia. Una nota al margen del toxicólogo sobre la metabolización del fármaco. El niño tenía una variante genética específica, una poco común, en el citocromo P450, la enzima hepática responsable de descomponer el medicamento. En la mayoría de las personas, esta variante no tiene importancia. Pero estuve revisando la estructura molecular del Cardia-Sure. A diferencia de otras estatinas, tiene un grupo isopropilo en una posición muy inusual. Mi hipótesis es que en pacientes con esa variante genética específica, el metabolismo del fármaco se ralentiza drásticamente. El medicamento no se elimina del cuerpo. Se acumula.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Rivas, intentando seguir la ciencia.

—Significa que el niño no estaba recibiendo la dosis pediátrica. Con cada pastilla, la concentración en su sangre aumentaba, día tras día. Es muy probable que, en el momento de su muerte, tuviera niveles de Cardia-Sure en su sistema diez, quizás veinte veces superiores a los terapéuticos. Y a esas concentraciones, la cardiotoxicidad, especialmente el efecto sobre los canales de potasio del corazón que regulan el ritmo... ya no es una posibilidad teórica. Es una certeza.

Rivas se quedó sin aliento. Era el arma humeante. No solo una teoría, sino un mecanismo de acción plausible, científico y demostrable.

—¿Puede probarlo?

—Puedo formular una hipótesis científica sólida que *Valerius* tendrá que refutar. Y ahí es donde entra Aris Thorne. Él diseñó la molécula. Él conoce su estructura íntima. Él tuvo que haber realizado estudios de metabolismo en las fases preclínicas. La pregunta clave no es si Cardia-Sure es peligroso para el público en general. La pregunta clave es: ¿Sabían del riesgo para este subgrupo genético específico y decidieron ocultarlo?

De repente, todo encajó. Las "palpitaciones no significativas". Los tres niños que abandonaron el estudio. Rivas apostaría su vida a que esos tres niños tenían la misma variante genética.

—Señor Rivas, ¿sigue ahí?

—Sí, doctor. Estoy aquí —dijo, su mente corriendo a mil por hora—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora —dijo el Dr. Tanaka, y Rivas pudo casi oír una sonrisa en su voz tranquila—, usted y yo vamos a preparar la deposición más precisa y científicamente rigurosa de la historia de la farmacología. Vamos a construir una jaula de lógica y datos alrededor del Dr. Aris Thorne, una jaula de la que no podrá escapar. Reúnase conmigo mañana. Tenemos mucho trabajo por delante.

CAPÍTULO 14

Al día siguiente, Daniel Rivas regresó al campus de Columbia, pero esta vez el aire de optimismo había sido reemplazado por una sensación de urgencia casi febril. La llamada del Dr. Tanaka había transformado el paisaje de su caso. El camino, antes envuelto en una niebla de conjeturas, ahora estaba iluminado por el potente faro de una hipótesis científica. Pero la luz no lo hacía menos peligroso; al contrario, revelaba la verdadera altura de la montaña que tenía que escalar y lo traicionero que era el terreno.

Encontró al Dr. Tanaka en el mismo despacho, pero el ambiente había cambiado drásticamente. El aire ya no olía a archivos polvorientos, sino a la electricidad estática de la actividad intelectual. La pizarra había sido limpiada y ahora estaba cubierta de un extremo a otro con una nueva serie de ecuaciones y diagramas moleculares. La estructura del Cardia-Sure estaba dibujada en el centro, rodeada de flechas, anotaciones y signos de interrogación. Parecía el mapa de un campo de batalla químico. El propio Tanaka estaba de pie junto a la pizarra, con un rotulador en la mano, y la energía que emanaba de él era la de un general preparando a su ejército para una ofensiva crucial.

—Llega tarde, señor Rivas —dijo Tanaka sin volverse, mientras añadía un enlace de hidrógeno a una de las moléculas—. Empezamos hace cinco minutos.

Rivas miró su reloj. Eran las diez en punto. Se dio cuenta de que para Tanaka, "empezar" no significaba la llegada física de las

personas, sino el momento en que el problema se apoderaba de su mente.

—Mis disculpas, doctor. El metro del Bronx no comparte mi sentido de la urgencia.

Tanaka finalmente se giró, y una media sonrisa tiró de la comisura de sus labios. —No se preocupe. Le pondré al día. Venga, acérquese. Su educación en farmacología está a punto de comenzar. Y le advierto, la matrícula es cara y el examen final es en menos de dos semanas.

Durante las siguientes ocho horas, Rivas recibió la clase magistral más intensa de su vida. El pequeño despacho se convirtió en un aula, un laboratorio y una sala de guerra, todo en uno. Tanaka, con una energía que desmentía su edad, le guio a través de las complejidades de la ciencia. Explicó el mecanismo del citocromo P450, utilizando la analogía de una fábrica de reciclaje molecular en el hígado. Describió cómo la variante genética de Mateo, conocida técnicamente como CYP2C9*3, era como tener trabajadores en esa fábrica que se movían a cámara lenta.

—La mayoría de los medicamentos —explicaba Tanaka, dibujando en la pizarra con trazos rápidos y precisos— están diseñados teniendo en cuenta la eficiencia de una fábrica estándar. Pero el Cardia-Sure, por culpa de este grupo isopropilo aquí —señaló una parte de la molécula—, es como un paquete especialmente grande y difícil de manejar. Para la fábrica estándar, no es un problema. Tienen suficientes trabajadores para procesarlo. Pero para la fábrica de Mateo, la que funciona a cámara lenta, los paquetes empiezan a acumularse en el muelle de carga. Y esa acumulación, esa concentración creciente, es lo que finalmente envenenó su corazón.

Rivas escuchaba, absorbía, tomaba notas febrilmente. Su mente de abogado, entrenada para desglosar argumentos y encontrar debilidades, se esforzaba por seguir el ritmo de la lógica científica. No necesitaba convertirse en un farmacólogo, pero sí necesitaba

entender la ciencia lo suficientemente bien como para manejarla como un arma en la deposición.

—La clave, señor Rivas, no es solo entender la ciencia —dijo Tanaka, mirándole fijamente—. Es entender la *mentalidad* de Aris Thorne. He leído todos sus artículos publicados. Conozco su trabajo. Thorne es un purista. Un diseñador. Para él, una molécula es como una escultura. Se enorgullece de su elegancia, de su eficacia. No podemos atacarle frontalmente. Si le acusa de crear un medicamento peligroso, se cerrará en banda, levantará sus defensas corporativas y recitará el guion que le han preparado.

—Entonces, ¿cómo lo abordamos? —preguntó Rivas.

—No lo abordamos como un enemigo. Lo abordamos como un colega. Con respeto. Con curiosidad científica. Le elogiamos por su trabajo. Le hacemos preguntas sobre el intrincado diseño de la molécula. Le pedimos que nos explique, como a un estudiante fascinado, por qué tomó ciertas decisiones. Por qué colocó ese grupo isopropilo precisamente ahí. Le llevamos a su zona de confort, a su laboratorio mental. Hacemos que se sienta el profesor, el experto.

Rivas empezó a ver la estrategia. Era brillante. No era un interrogatorio, era una seducción intelectual.

—Y una vez que esté cómodo —continuó Tanaka—, una vez que esté presumiendo de su creación, empezamos a introducir las anomalías. Con cuidado. Sin acusar. "¿Doctor Thorne, podría explicarme el posible impacto de esta molécula en un sistema metabólico más lento? Es una pregunta puramente teórica, por supuesto". "¿Podría hablarnos de los estudios *in vitro* que realizó sobre la afinidad de la molécula con las variantes del citocromo?". Le presentamos los datos como si fueran un rompecabezas científico que estamos intentando resolver juntos.

Tanaka le entregó a Rivas una pila de papeles de varias pulgadas de grosor. —He preparado un esquema. No un guion, sino un árbol de decisiones. Una serie de líneas de interrogatorio. Cada pregunta está diseñada para llevar a la siguiente. Si él responde A, usted sigue por

el camino A1. Si responde B, usted va por el B1. Pero todos los caminos, señor Rivas, todos los caminos deben llevar a una única pregunta inevitable.

—¿Cuál?

—"Doctor Thorne, dado su profundo conocimiento de esta molécula y su elegante diseño, ¿no es cierto que usted, más que nadie en *Valerius*, debía ser consciente del riesgo potencial, por pequeño que fuera, que el Cardia-Sure representaba para pacientes con un metabolismo comprometido, como Mateo Vargas?".

La pregunta quedó suspendida en el aire, perfecta en su construcción. No le preguntaba *si* sabía, sino que afirmaba que su propia brillantez hacía *inevitable* que lo supiera. Cualquier respuesta que no fuera un "sí" le haría parecer incompetente o mentiroso. La jaula estaba diseñada.

Los días siguientes se convirtieron en un intenso campamento de entrenamiento. Rivas pasaba cada día en el despacho de Tanaka, ensayando. Tanaka interpretaba el papel de Aris Thorne, anticipando cada objeción, cada evasiva, cada pieza de jerga científica que Thorne podría usar para ofuscar la verdad. Forzó a Rivas a aprender los términos, a pronunciarlos correctamente, a entender los conceptos que había detrás.

—¡No, no! —le corregía Tanaka con impaciencia—. No diga "el efecto en el corazón". Diga "el impacto en la repolarización del canal hERG". La precisión es su escudo. Si suena como un aficionado, le despedazará.

Rivas se sentía de nuevo como un estudiante de primer año de derecho, preparándose para su primer juicio simulado. La experiencia era a la vez humillante y estimulante. Se dio cuenta de lo mucho que se había oxidado, de lo complaciente que se había vuelto en su purgatorio del Bronx. La mente de Tanaka, afilada como un bisturí, estaba volviendo a afilar la suya.

Mientras tanto, el mundo exterior no se detuvo. Una tarde, al volver a su despacho, encontró una carta oficial de "Reed, Scafidi & Croft" sobre su mesa. Su corazón dio un vuelco. Era una notificación formal. *Valerius* había presentado una moción ante el Árbitro Pierce. Solicitaban una orden de protección para limitar el alcance de la deposición de Thorne.

El documento, redactado sin duda por la propia Evelyn Reed, era una obra de arte de la ofuscación legal. Argumentaba que las preguntas de Rivas sobre la farmacología preclínica eran "excesivamente gravosas, irrelevantes y no calculadas razonablemente para conducir al descubrimiento de pruebas admisibles". Afirmaban que el único asunto relevante era si el medicamento cumplía con los estándares de aprobación de la FDA, no cómo fue diseñado. Querían construir un muro alrededor de Thorne, limitando a Rivas a preguntar únicamente sobre los resultados de los ensayos clínicos publicados. Querían hacerle luchar con una mano atada a la espalda.

Rivas sintió una oleada de furia. Era un movimiento de manual, diseñado para castrar su única oportunidad de llegar a la verdad. Pero la furia fue rápidamente reemplazada por una fría determinación. El viejo instinto de luchador, el que había permanecido dormido durante tanto tiempo, se despertó.

Pasó toda la noche redactando su respuesta. Argumentó, con una claridad y una fuerza que no había sentido en años, que limitar la deposición sería una farsa de justicia. Citó precedentes de casos de responsabilidad por productos defectuosos, argumentando que el conocimiento interno de una compañía sobre los riesgos de un producto era el *quid* de la cuestión. Escribió que impedirle preguntar al "padre" de la molécula sobre sus propiedades fundamentales sería como impedir a un fiscal preguntar a un sospechoso sobre el arma del crimen. Era una defensa apasionada y legalmente sólida del principio mismo del descubrimiento de pruebas.

Envió el escrito a primera hora de la mañana y esperó el veredicto del Árbitro. La respuesta llegó cuarenta y ocho horas después. Fue

concisa y directa.

Moción de orden de protección DENEGADA. Se espera que el abogado Rivas mantenga sus preguntas dentro de los límites de la relevancia, pero este Árbitro considera que la ciencia subyacente al diseño del fármaco en cuestión es, de hecho, muy relevante. La deposición procederá según lo programado y sin restricciones indebidas.

Rivas leyó el correo electrónico tres veces. Una sonrisa, una sonrisa genuina y amplia, se extendió por su rostro por primera vez en semanas. Había ganado. Había ganado la primera escaramuza. Se había enfrentado a Evelyn Reed en su propio terreno, el de las mociones escritas, y había salido victorioso. El Árbitro Pierce, al menos por ahora, estaba de su lado.

Llamó a Tanaka para darle la noticia.

—Excelente —dijo el doctor, aunque su tono era medido—. Pero no se confíe, señor Rivas. Esto solo enfurecerá a la bestia. Esperarán hasta la deposición y luego intentarán todas las tácticas posibles para obstruirle. No le han detenido, solo le han obligado a luchar más duro.

Tanaka tenía razón. La victoria era solo temporal. Pero le dio a Rivas un impulso de confianza muy necesario. La balanza, que había estado tan desequilibrada, se había movido, aunque solo fuera un milímetro, a su favor.

La semana previa a la deposición fue un borrón de preparación final. Repasaron el árbol de preguntas una y otra vez, hasta que Rivas podía recitarlo en sueños. Tanaka le enseñó a leer los signos de un testigo que está a punto de mentir: el cambio en el lenguaje corporal, la vacilación casi imperceptible en la voz, el repentino uso de frases calificativas.

—Cuando un científico dice "hasta donde yo sé" —le instruyó Tanaka —, a menudo significa que sabe perfectamente que hay algo más,

pero está creando una negación plausible. Ese es el momento en que usted debe presionar.

Dos días antes de la deposición, Rivas se reunió con Sofía. Se encontraron en la misma cafetería. Quería prepararla para lo que venía.

—Sofía, el jueves es un día muy importante —le explicó—. Voy a interrogar al científico de *Valerius*. Es nuestra primera y quizás única oportunidad de conseguir la verdad de alguien de dentro.

—¿Estaré allí? —preguntó ella.

Rivas negó con la cabeza. —No. No es necesario, y no quiero que te expongas al tipo de tácticas que usarán. Serán agresivos. Pero quiero que sepas que estaré luchando por ti y por Mateo en cada segundo.

Le explicó, en términos sencillos, la teoría del Dr. Tanaka sobre la variante genética. Vio cómo la comprensión y el dolor se mezclaban en los ojos de Sofía.

—Así que... era como un veneno para él —susurró, y una lágrima silenciosa rodó por su mejilla—. Le estuve dando veneno cada mañana, pensando que le estaba ayudando.

—No, Sofía —dijo Rivas con firmeza, extendiendo la mano para tocar su brazo—. Tú no le diste veneno. Le diste la medicina que los médicos y la compañía farmacéutica te dijeron que era segura. Si alguien es responsable, son ellos. Y vamos a demostrarlo.

La noche antes de la deposición, Rivas no pudo dormir. La adrenalina y los nervios eran una mezcla potente que le mantenía despierto. No repasó más sus notas. Sabía que estaba tan preparado como podría estarlo nunca. En lugar de eso, se sentó en la oscuridad de su salón, mirando las luces de la ciudad a través de la ventana.

Pensó en Robert Dunnigan, su cliente de hacía cinco años. Recordó su propia arrogancia en aquel juicio, su creencia de que podía ganar

solo con su brillantez. Había subestimado a su oponente, y Dunnigan había pagado el precio.

Esta vez era diferente. Ya no era arrogante. Estaba asustado. Estaba desesperado. Y, por primera vez, no estaba solo. Tenía a Tanaka a su lado. Tenía la ciencia. Y tenía la cara de Mateo Vargas grabada en su mente.

Se levantó y fue al baño. Se miró en el espejo. El hombre que le devolvía la mirada parecía mayor, más cansado, pero sus ojos tenían una claridad que había estado ausente durante años. El fantasma del Bronx se había ido. En su lugar había un abogado. Un abogado con un caso que ganar.

CAPÍTULO 15

La sala de conferencias del piso treinta y siete de Reed, Scafidi & Croft era la antítesis del purgatorio de Daniel Rivas en el Bronx. No había olor a justicia rancia, sino el aroma sutil y caro del éxito: una mezcla de madera de cerezo pulida, cuero italiano y el aire enrarecido que solo se respira a cientos de metros sobre las calles de Manhattan. Un ventanal panorámico ocupaba toda la pared oeste, ofreciendo una vista de postal del río Hudson y de los tejados de Nueva Jersey extendiéndose hasta el horizonte. Era una vista diseñada para intimidar, para recordar a cualquier visitante lo pequeño que era en el gran esquema de las cosas, un recordatorio del poder que emanaba de aquel lugar.

Rivas ignoró la vista. La había visto mil veces en su vida anterior, desde despachos muy parecidos a este. Sabía que era una herramienta, un arma pasiva en el arsenal de cualquier gran bufete. En su lugar, centró su atención en la mesa. Era una pieza monolítica de madera oscura, tan larga como un coche familiar y pulida hasta alcanzar un brillo de espejo. En la cabecera opuesta a él, ya sentados, estaban los adversarios.

Evelyn Reed era exactamente como la recordaba de su breve encuentro en el pasillo. Su traje de chaqueta gris era impecable, su pelo rubio recogido en un moño severo que no permitía ni un solo cabello fuera de lugar. Sentada a su lado, había una abogada más joven, una asociada cuyo único propósito, Rivas lo sabía, era tomar notas febrilmente y pasarle documentos a su jefa. Pero era el

hombre sentado a la derecha de Reed el que acaparaba toda la atención.

El Dr. Aris Thorne.

En persona, Thorne no se parecía en nada al gigante intelectual que Rivas había imaginado. Era un hombre de unos cincuenta años, de complexión delgada y con el pelo castaño raleando en las sienes. Llevaba un traje que parecía un poco grande para él, como si se lo hubiera puesto a regañadientes. Sus ojos, detrás de unas gafas de montura metálica, se movían nerviosamente por la habitación, evitando el contacto visual directo. No parecía un villano corporativo, sino un profesor universitario sacado de su elemento. Pero Rivas, gracias a la preparación de Tanaka, sabía que aquella apariencia de despiste ocultaba una mente brillante y una lealtad inquebrantable a la compañía que le había hecho rico.

Junto a Rivas, en su lado de la mesa, solo había una silla vacía y su maletín. Había decidido venir solo. Quería que la imagen fuera clara: él, el abogado solitario, contra el Goliat corporativo. El taquígrafo judicial, un hombre de mediana edad con una expresión de aburrimiento profesional, ya estaba instalado en una esquina, con los dedos flotando sobre su máquina de estenotipia.

A las diez en punto, la puerta se abrió y entró Julian Croft.

La presencia de Croft cambió instantáneamente la dinámica de la sala. A diferencia de Thorne, él sí encajaba en aquel entorno. Llevaba un traje a medida de color azul marino que gritaba poder y dinero. Su pelo plateado estaba perfectamente peinado, y su sonrisa, dirigida a nadie en particular, era a la vez encantadora y depredadora. No se sentó. En su lugar, se paseó por detrás de su equipo, colocando una mano tranquilizadora en el hombro de Thorne.

—Señor Rivas —dijo Croft, su voz suave como la seda pero con un borde de acero—. Gracias por acompañarnos. Confiamos en que esta será una sesión productiva y eficiente. El Dr. Thorne tiene un laboratorio que dirigir.

Era una advertencia. *No nos hagas perder el tiempo.*

—Haré todo lo posible para que el doctor pueda volver a sus importantes quehaceres, señor Croft —respondió Rivas, su tono deliberadamente neutro.

Croft asintió y finalmente tomó asiento junto a Evelyn Reed. La batalla estaba dispuesta.

—Muy bien —dijo Rivas, dirigiéndose al taquígrafo—. Que conste en acta que hoy es jueves, 29 de octubre. Estamos en las oficinas de Reed, Scafidi & Croft para la deposición del Dr. Aris Thorne en el asunto de Vargas contra *Valerius Pharmaceuticals*. —Se volvió hacia Thorne—. Doctor, buenos días. Mi nombre es Daniel Rivas y represento a la demandante en este caso, Sofía Vargas. El propósito de una deposición es hacerle preguntas bajo juramento. Sus respuestas tendrán el mismo peso que si las diera en un tribunal. ¿Entiende esto?

Thorne carraspeó y se ajustó las gafas. —Sí.

—El taquígrafo registrará todo lo que se diga. Por favor, responda de forma verbal. Asentir o negar con la cabeza no quedará registrado. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Y está obligado a decir la verdad. ¿Lo entiende?

—Sí, lo entiendo.

Rivas hizo una pausa, dejando que el peso de la advertencia se asentara. Luego, comenzó, no con un ataque, sino con la estrategia que había ensayado con Tanaka. La seducción intelectual.

—Doctor Thorne, para empezar, me gustaría decir que es un honor tener la oportunidad de hablar con usted. He leído varios de sus artículos, incluyendo su trabajo seminal sobre la inhibición selectiva de la HMG-CoA reductasa. Es... realmente brillante.

Thorne pareció sorprendido. Intercambió una mirada rápida con Evelyn Reed. —Gracias.

—Me fascina especialmente el diseño del Cardia-Sure. La estructura molecular es increíblemente elegante. ¿Podría explicarnos, en términos sencillos si es posible, qué hace que sea tan eficaz?

Rivas vio cómo Thorne se enderezaba ligeramente en su silla. Estaba entrando en su terreno.

—Bueno —comenzó, y su nerviosismo inicial empezó a desvanecerse, reemplazado por el entusiasmo de un experto hablando de su pasión—, la mayoría de las estatinas tienen una estructura bastante... predecible. Lo que hicimos con el Cardia-Sure fue modificar la cadena lateral. Introdujimos un grupo isopropilo en la posición R2. Esto crea una afinidad de unión mucho mayor con el sitio activo de la enzima. Es como crear una llave que no solo encaja en la cerradura, sino que se amolda a ella. Aumenta la potencia de forma exponencial.

Rivas asintió, como un estudiante diligente. —Fascinante. Así que ese grupo isopropilo es, en esencia, el "ingrediente secreto" de la molécula.

—Podría decirse que sí. Es la innovación clave.

Pasaron los siguientes cuarenta y cinco minutos hablando de la belleza del diseño molecular. Rivas hizo preguntas que Tanaka le había preparado, preguntas que demostraban un conocimiento profundo y un aprecio por el trabajo de Thorne. Hablaron de quiralidad, de enlaces de van der Waals, de la termodinámica de la unión enzima-sustrato. Thorne, claramente halagado y en su elemento, se explayó, explicando los intrincados detalles de su creación. Evelyn Reed se relajó visiblemente. Esto era fácil. El abogado del Bronx estaba deslumbrado por la ciencia.

Entonces, Rivas comenzó a girar el timón, muy sutilmente.

—Doctor, una molécula tan potente y con una afinidad tan alta debe tener también un perfil metabólico muy específico, ¿verdad? Me

refiero a cómo el cuerpo la procesa y la elimina.

—Por supuesto —dijo Thorne—. Como todos los fármacos. Se metaboliza principalmente en el hígado, a través del sistema del citocromo P450.

—Ah, sí, el sistema P450. La "fábrica de reciclaje" del cuerpo, como la llaman algunos. ¿Realizaron estudios *in vitro* para determinar con qué enzimas específicas del P450 interactuaba el Cardia-Sure?

—Claro. Es un procedimiento estándar. El metabolismo se produce predominantemente a través de la isoenzima CYP2C9.

Era la respuesta que Rivas esperaba. El primer eslabón de la cadena.

—CYP2C9. Entiendo. Y supongo que, como parte de su riguroso proceso preclínico, también investigaron cómo las variantes genéticas conocidas de esa enzima podrían afectar al metabolismo del fármaco.

Thorne vaciló por una fracción de segundo. Fue casi imperceptible, pero Rivas lo vio. —Se realizaron todos los estudios requeridos por la FDA.

—No he preguntado por los requerimientos de la FDA, doctor —dijo Rivas, su tono todavía amable pero con una nueva precisión—. Le he preguntado si *usted* investigó el efecto de las variantes genéticas. Específicamente, variantes como la CYP2C9*3, que se sabe que es una metabolizadora lenta.

Evelyn Reed se inclinó hacia delante. —Objeción. El abogado está pidiendo al testigo que especule sobre estudios que pueden o no haberse realizado.

—No estoy pidiendo que especule —replicó Rivas con calma—. Estoy preguntando qué se hizo. Es una pregunta factual. Doctor, ¿puede responder?

Thorne se humedeció los labios. —Hasta donde yo sé, se evaluó el perfil metabólico general.

Hasta donde yo sé. La frase de advertencia de Tanaka resonó en la cabeza de Rivas. Era el momento de presionar.

—Doctor Thorne, usted es uno de los farmacólogos más respetados del mundo. Diseñó esta molécula. Conocía su potencia. Conocía su vía metabólica. ¿No le pareció científicamente curioso, casi una obligación, investigar cómo su elegante molécula se comportaría en un sistema metabólico que sabía que era inherentemente más lento?

—Objeción. Argumentativo —dijo Reed, su voz más afilada.

—Retiraré la pregunta y la reformularé —dijo Rivas, sin apartar los ojos de Thorne—. Doctor, ¿es consciente de la existencia de un documento, generado por su propio departamento en la fase preclínica, que analizaba específicamente el metabolismo del Cardia-Sure en microsomas hepáticos que expresaban la variante CYP2C9*3?

El color desapareció del rostro de Thorne. Miró a Evelyn Reed, una mirada de pánico apenas contenida. Croft, que había estado observando en silencio, no se movió, pero sus ojos se entrecerraron.

—Yo... no recuerdo un documento específico como ese —tartamudeó Thorne.

—Quizás pueda refrescarle la memoria —dijo Rivas. Se inclinó y sacó un documento de su maletín. Era una sola hoja de papel, el informe anónimo que había recibido. Sabía que no era admisible. No podía usarlo como prueba. Pero no estaba en un juicio. Estaba en una deposición. Y podía usarlo para hacer una pregunta.

Lo deslizó sobre la mesa pulida. El documento se detuvo justo delante de Thorne. No tenía membrete. No tenía firmas. Solo una tabla de datos y un breve párrafo de conclusión.

—¿Reconoce este formato, doctor? ¿Se parece a los informes internos que se generan en su laboratorio?

Reed se levantó de un salto. —¡Objeción! ¿De dónde ha sacado ese documento, señor Rivas? ¡Esto es inadmisible! ¡No ha sido

presentado en el descubrimiento de pruebas! ¡Exijo saber su procedencia!

—No estoy presentando el documento como prueba, señora Reed —dijo Rivas, su voz ahora fría como el hielo—. Estoy usándolo para refrescar la memoria del testigo, lo cual está perfectamente permitido. Doctor Thorne, por favor, mire la tabla. Muestra una tasa de aclaramiento para el Cardia-Sure en el sistema CYP2C9*3 que es un 87% más lenta que en el sistema estándar. ¿Son esos datos consistentes con lo que esperaría de sus conocimientos de la molécula?

Thorne miraba el papel como si fuera una serpiente. Sudaba visiblemente.

—Yo... no puedo verificar la autenticidad de este documento.

—No le he pedido que lo verifique. Le he preguntado si los datos le parecen científicamente plausibles.

—La ciencia es compleja... muchos factores...

—Es una pregunta de sí o no, doctor. Basado en su diseño de la molécula, ¿le sorprendería ver una reducción tan drástica del metabolismo en esa variante genética?

El silencio en la sala era absoluto. El único sonido era el suave clic de la máquina del taquígrafo. Thorne estaba atrapado. Si decía que sí, admitiría que el riesgo era previsible. Si decía que no, estaría contradiciendo los principios básicos de la farmacología y parecería un incompetente.

Finalmente, Julian Croft habló, su voz peligrosamente tranquila. —Creo que el doctor necesita un descanso.

—No hemos cumplido ni una hora, señor Croft —protestó Rivas.

—No obstante —dijo Croft, levantándose—. Vamos a tomar un receso de cinco minutos. —Se inclinó y le susurró algo al oído a Thorne. Luego, él y Reed escoltaron al tembloroso científico fuera de la sala, dejando a Rivas solo con la asociada y el taquígrafo.

Rivas se reclinó en su silla, su corazón latiendo con fuerza. Había acertado. La herida era profunda. Había visto el pánico en los ojos de Thorne. El documento anónimo, fuera quien fuese su autor, era real. Y *Valerius* lo sabía.

Cuando regresaron cinco minutos después, la atmósfera había cambiado. Thorne parecía más compuesto, aunque pálido. Evelyn Reed tenía una expresión de furia helada. Julian Croft parecía imperturbable, pero Rivas notó que sus nudillos estaban blancos donde agarraba su pluma.

—Continuemos —dijo Rivas.

Evelyn Reed habló primero. —Que conste en acta que objetamos enérgicamente a esta línea de interrogatorio, basada en un documento de origen desconocido y probablemente fraudulento. Sin embargo, para no alargar este proceso, permitiremos que el doctor responda, bajo protesta.

—Doctor Thorne —continuó Rivas, como si no hubiera habido interrupción—. Mi pregunta era si los datos de ese informe le parecían científicamente plausibles.

Thorne respiró hondo. La respuesta que dio fue claramente la que le habían instruido durante el receso. —En la ciencia, todo es "plausible". Sin un estudio completo, revisado por pares y publicado, cualquier dato aislado es simplemente una anomalía. No significa nada.

Era una buena respuesta. Evasiva, pero defendible. Habían cerrado filas.

Pero Rivas no había terminado. Había anticipado esto. Era el momento de seguir el siguiente camino del árbol de decisiones de Tanaka.

—De acuerdo, doctor. Dejemos de lado los documentos no verificados y las anomalías. Hablemos de los niños. Los tres niños del ensayo clínico pediátrico que abandonaron el estudio tras

experimentar "palpitaciones no significativas". ¿Tuvo usted conocimiento de esos eventos adversos en su momento?

—Estoy al tanto de los resultados generales del ensayo, sí.

—¿Sabe si a alguno de esos tres niños se les hizo una prueba genética para determinar si eran portadores de la variante CYP2C9*3?

Thorne dudó. —No tengo conocimiento de eso.

—¿No le pareció una coincidencia curiosa? —presionó Rivas—. Tres niños de un grupo de 177 experimentan el mismo efecto secundario cardíaco, por "no significativo" que fuera, y nadie en la compañía líder mundial en farmacología pensó en investigar si había una causa genética subyacente. ¿Ese es su testimonio?

—Los ensayos clínicos son complejos...

—Doctor Thorne —le interrumpió Rivas, su voz subiendo de volumen por primera vez—. Mateo Vargas está muerto. Murió de una arritmia cardíaca. Era portador de la variante genética CYP2C9*3. ¿Sigue manteniendo que es todo una trágica coincidencia?

—¡Objeción! —gritó Reed—. ¡El abogado está acosando al testigo!

—¡El testigo está siendo evasivo! —replicó Rivas, poniéndose de pie.

—¡Suficiente! —La voz de Croft restalló como un látigo, cortando la discusión. Todos se volvieron hacia él. Se levantó lentamente, su calma más intimidante que cualquier grito—. Señor Rivas, ha tenido su hora. Ha hecho sus preguntas. El doctor ha respondido. Creo que hemos terminado por hoy.

—¡No he terminado! —dijo Rivas—. ¡Tengo derecho a interrogar a este testigo!

—Y nosotros tenemos derecho a protegerlo de un interrogatorio abusivo y repetitivo —contraatacó Reed. Se volvió hacia el taquígrafo —. Damos por concluida la deposición.

Y con eso, se levantaron, recogieron sus papeles y, flanqueando a un visiblemente aliviado Dr. Thorne, salieron de la sala.

Rivas se quedó de pie, solo, en el silencio repentino, su respiración agitada, la adrenalina corriendo por sus venas. No había conseguido la confesión que quería, el "arma humeante" definitiva. Le habían cerrado la puerta en las narices.

Pero mientras recogía lentamente sus cosas, una extraña sensación de triunfo se apoderó de él. No había conseguido un "sí". Pero tampoco había conseguido un "no". Había hecho las preguntas. Había puesto su teoría sobre la mesa. Y había visto el miedo. Lo había olido. Sabía, con una certeza que le helaba los huesos, que tenía razón. Y ahora, ellos sabían que él lo sabía.

La guerra no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO 16

El descenso en el ascensor desde el piso treinta y siete fue como una descompresión controlada. Mientras los números luminosos descendían a una velocidad vertiginosa, Daniel Rivas sentía cómo la adrenalina del combate se retiraba de sus venas, dejando tras de sí un residuo vibrante, una mezcla de euforia y agotamiento extremo. Se apoyó en la pared de madera pulida del ascensor, el silencio solo roto por el suave zumbido del mecanismo, y cerró los ojos. Podía reproducir cada segundo de la última hora en su mente: la arrogancia inicial de Thorne, el pánico apenas velado en sus ojos cuando vio el documento, la furia glacial en el rostro de Evelyn Reed, la calma depredadora de Julian Croft.

No había conseguido la confesión que anhelaba, ninguna declaración que pudiera llevar directamente al Árbitro y decir: "Aquí está. Se acabó". Le habían cortado, habían levantado el puente levadizo y se habían retirado a la seguridad de su fortaleza. Pero él había cruzado el foso. Había puesto un pie dentro de los muros y les había mostrado que conocía la geografía de sus mentiras. Había visto el mapa de su encubrimiento y, lo que era más importante, ellos sabían que lo había visto.

Cuando las puertas se abrieron al vestíbulo de mármol y cristal, el rugido de la vida de Manhattan le asaltó. El contraste con la tensión contenida de la sala de conferencias era abrumador. El mundo exterior no sabía nada de la guerra que se libraba en las alturas. Para los transeúntes que se apresuraban por la Sexta Avenida, él era

solo otro hombre con un maletín, indistinguible en el mar de trajes. Pero Rivas se sentía diferente. Hacía años que no se sentía tan visible, tan presente. El fantasma del Bronx había abandonado el edificio.

Su primer instinto fue buscar un bar, encontrar un rincón oscuro y pedirse un bourbon doble. Sentía el tirón, la vieja y familiar sirena que prometía calmar los nervios a flor de piel. Pero se resistió. Sabía que la claridad era su arma más valiosa, y no podía permitirse embotarla, ni siquiera por una hora. En su lugar, sacó su teléfono y marcó un número.

—¿Tanaka? —dijo cuando respondieron.

—La he estado esperando, señor Rivas. Asumo, por el hecho de que no me llama desde una celda, que no agredió físicamente a nadie. ¿Cómo ha ido?

La voz tranquila y seca del doctor fue un ancla. Rivas caminó hacia la esquina, buscando un hueco de relativo silencio en medio del caos de la ciudad.

—Ha ido... intensamente. Le he golpeado con la hipótesis. Le he mostrado el documento.

Hubo una pausa en la línea. —¿Y?

—Se ha desmoronado. No ha confesado, por supuesto. Croft y Reed le han sacado de allí antes de que pudiera hacerlo. Han dado por terminada la deposición. Pero le he visto la cara, doctor. Tenía el aspecto de un hombre que ve cómo se derrumba el edificio de su vida.

—El pánico no es una prueba admisible, señor Rivas. Es una emoción. ¿Qué ha dicho *realmente*? ¿Qué consta en el acta?

Rivas suspiró, la euforia inicial empezaba a ser reemplazada por el frío análisis que exigía la situación. Le relató la secuencia de preguntas y respuestas, palabra por palabra, gracias a su memoria eidética. Detalló la objeción de Reed, la evasiva instruida de Thorne

sobre la "plausibilidad" científica, su negación de tener conocimiento de pruebas genéticas en los niños del ensayo.

—Así que, en esencia —concluyó Tanaka, tras escucharle atentamente—, lo que tenemos en el registro es un testigo que niega tener conocimiento de cualquier irregularidad, protegido por sus abogados, que han acusado a la otra parte de tácticas impropias.

Expresado así, sonaba como una derrota. —También tenemos sus evasivas. Su "hasta donde yo sé". Su incapacidad para negar la plausibilidad científica de nuestra teoría. Un buen árbitro verá a través de eso.

—Un buen árbitro verá a un abogado demandante con una teoría interesante pero sin pruebas concluyentes, y a una corporación multimillonaria con un equipo de abogados que afirman que todo es una coincidencia —replicó Tanaka—. Ha hecho una abolladura en su armadura, señor Rivas. Es un logro significativo. Pero no la ha perforado. Aún no. Necesito la transcripción oficial tan pronto como la tenga.

—Se la enviaré.

—Bien. Ahora escúcheme con atención. Ha pateado el avispero. La reacción no se hará esperar. Y no será sutil. Tenga cuidado.

La llamada terminó. Rivas se quedó en la acera, el teléfono en la mano, sintiendo el peso de las palabras de Tanaka. El doctor tenía razón. La batalla legal era solo un frente de la guerra. Y el otro frente, el que se luchaba en las sombras, estaba a punto de abrirse.

Su siguiente llamada fue a Marco, pero saltó el buzón de voz. Le dejó un mensaje corto y urgente. "Necesito verte. Es importante".

Cuando llegó a su despacho en el Bronx dos horas después, la represalia legal que Tanaka había predicho ya le estaba esperando. Sobre su mesa, enviada por mensajero, había una carpeta de cuero con el logo en relieve de Reed, Scafidi & Croft. Dentro, había una moción de veinte páginas dirigida al Árbitro Pierce. Era una petición

de sanciones contra Daniel Rivas por conducta poco ética y de mala fe durante la deposición del Dr. Aris Thorne.

Rivas se dejó caer en su silla y leyó el documento, una mezcla de rabia y admiración a regañadientes bullendo en su interior. Evelyn Reed era una artista. La moción pintaba a Rivas como un abogado desesperado y sin escrúpulos que había fabricado pruebas (el "supuesto documento anónimo"), había tendido una emboscada a un testigo respetado y había acosado al científico con preguntas incendiarias y sin fundamento. Citaba extractos de la deposición, sacados de contexto para que pareciera que Rivas estaba en una cruzada personal. Solicitaban que se anulara toda la deposición del acta, que se prohibiera a Rivas volver a interrogar a Thorne y, como guinda del pastel, que se le ordenara pagar todos los costes legales de *Valerius* asociados a la deposición, una suma que ascendía a decenas de miles de dólares.

Era un misil nuclear diseñado para aniquilarle. Si el Árbitro Pierce se inclinaba, aunque fuera ligeramente, a favor de la moción, su caso quedaría herido de muerte. Y su ya precaria situación financiera se volvería insostenible. Se dio cuenta de que no solo estaban atacando su caso; le estaban atacando a él. Querían aplastarle, enterrarle bajo una montaña de deudas y acusaciones para que nadie más se atreviera a seguir sus pasos.

Sabía que tenía que redactar una respuesta, y tenía que ser brillante. Pero antes, necesitaba a Marco. La llamada de su investigador llegó una hora después.

—Estoy en el Shamrock, en la esquina de la 161. Tienes diez minutos antes de que me pida la segunda.

El Shamrock era un bar irlandés de la vieja escuela, oscuro y con olor a cerveza derramada y a nostalgia. Marco estaba en una cabina al fondo, con un vaso de whisky delante. Su rostro, curtido por décadas en las calles, parecía más preocupado de lo habitual.

—He oído tu mensaje. Suenas como si hubieras visto un fantasma —dijo Marco mientras Rivas se sentaba.

—Peor. He visto al diablo, y llevaba un traje de Armani —Rivas le contó todo lo ocurrido en la deposición, sin omitir detalles. Le habló del documento, del pánico de Thorne, de la intervención de Croft y de la moción de sanciones que le esperaba en su despacho.

Marco escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando. Cuando Rivas terminó, se tomó un largo sorbo de su whisky.

—Bueno, chico, felicidades —dijo finalmente—. Has conseguido cabrearlos de verdad.

—¿Eso es bueno?

—Depende. Es bueno si quieres saber si vas por el buen camino. La gente como Croft no se pone nerviosa si no estás cerca de algo que quieren mantener enterrado. Es malo para todo lo demás. Tu salud, tu carrera, tu esperanza de vida en general.

—Tanaka me ha dicho lo mismo.

—El doctor es un hombre listo —dijo Marco, haciendo una seña a la camarera para que le trajera otra ronda—. Escúchame, Danny. Esto ya no es un juego de abogados. Cuando sacaste ese papel, les declaraste la guerra. Y ellos no luchan con escritos legales. Lucharán contigo.

—¿Qué quieres decir?

Marco se inclinó sobre la mesa, su voz bajó a un susurro ronco. —Quiero decir que a partir de ahora, no estás seguro. En ningún sitio. Tu teléfono probablemente ya esté intervenido. Tu correo electrónico, monitorizado. Y apostaría el sueldo de un mes a que tienes cola.

—¿Me están siguiendo? —Rivas miró instintivamente por encima de su hombro, hacia la puerta del bar.

—Si no lo están haciendo, Croft debería despedir a su jefe de seguridad. Contratarán a profesionales. Ex-agentes del Mossad, antiguos miembros de las fuerzas especiales. Tipos que saben cómo ser invisibles. No los verás si no quieren que los veas. Te seguirán,

aprenderán tus rutinas, buscarán tus debilidades. ¿Tienes alguna ex-novia resentida? ¿Alguna deuda de juego? ¿Algún vicio secreto? Lo encontrarán y lo usarán.

Rivas pensó en su vida. Era un libro abierto y deprimente. Su única debilidad era el alcohol, y ya estaba luchando contra eso. —No tengo nada que puedan usar.

—Todo el mundo tiene algo —insistió Marco—. Pero puede que no busquen chantajearte. Puede que solo quieran intimidarte. Un aviso.

La conversación le dejó un sabor metálico en la boca. La realidad de la advertencia de Marco era más visceral que la de Tanaka. Una cosa era saber intelectualmente que estaba en peligro, y otra muy distinta era que un ex-policía te dijera que probablemente tenías a un asesino profesional siguiéndote los pasos.

—¿Qué hago, Marco?

—Lo primero, asume que siempre te están observando. Varía tus rutas. No uses el wifi público. Paga en efectivo. Y lo segundo, búscame un buen cerrajero. Que revise tu apartamento en busca de micrófonos y cambie las cerraduras. Y hazlo hoy.

Rivas pagó las bebidas y salió del bar, sintiendo de repente los ojos de cada extraño en la nuca. El bullicio de la calle ya no le parecía anónimo, sino lleno de amenazas potenciales. Cada hombre con traje, cada furgoneta aparcada, cada reflejo en un escaparate se convirtió en una fuente de paranoia.

Pasó las siguientes horas en un estado de ansiedad controlada. Encontró un cerrajero en las páginas amarillas, un tipo que anunciaba "barridos de contravigilancia", y concertó una cita para esa misma noche. Luego volvió a su despacho y se obligó a concentrarse. Tenía que responder a la moción de Evelyn Reed.

Canalizó su rabia y su miedo en el teclado. Escribió durante horas, sin parar. Desmanteló los argumentos de Reed uno por uno, con una lógica fría y precisa. Defendió su uso del documento anónimo no como prueba, sino como una herramienta legítima para refrescar la

memoria de un testigo. Acusó a *Valerius* de intentar obstruir el proceso de descubrimiento y de utilizar tácticas de intimidación legal para ocultar la verdad. Terminó con una frase que escribió con un placer sombrío: "La vehemencia de la moción de *Valerius* es directamente proporcional a la validez de la teoría del demandante. No protestan porque la pregunta sea impropia, sino porque la respuesta es peligrosa para ellos".

Cuando envió el documento por correo electrónico al Árbitro Pierce, ya era de noche. Estaba mental y emocionalmente agotado.

El trayecto a casa en el metro fue una tortura. Cada persona que le miraba durante más de un segundo se convertía en un sospechoso. Cuando finalmente llegó a su edificio en Washington Heights, subió las escaleras en lugar del ascensor, con el corazón martilleándole en el pecho.

El cerrajero, un hombre corpulento y taciturno llamado Sal, ya estaba esperando. Durante la siguiente hora, Sal recorrió el pequeño apartamento con un detector de frecuencias, revisando las líneas telefónicas, las lámparas, incluso los detectores de humo.

—¿Y bien? —preguntó Rivas, cuando Sal finalmente apagó el dispositivo.

—Limpio —dijo Sal—. No hay bichos. O eres un paranoico o los que te pusieron los micros eran unos aficionados. Pero voy a cambiarte la cerradura por una Medeco. Es prácticamente imposible de forzar.

Mientras Sal trabajaba en la puerta principal, Rivas se sirvió un vaso de agua de la cocina. Su cuerpo gritaba pidiendo bourbon, pero su mente se negaba. Se sentó en el sofá del salón, en la penumbra, escuchando el sonido de las herramientas del cerrajero.

Cuando Sal terminó, Rivas le pagó en efectivo y cerró la puerta con la nueva cerradura. El chasquido sólido y metálico de los cerrojos le proporcionó una efímera sensación de seguridad. Estaba solo. Estaba a salvo.

Se quedó de pie en medio de su salón, dejando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Y entonces, lo vio.

Era algo pequeño. Casi insignificante. Sobre la repisa de la chimenea, tenía una pequeña colección de libros de bolsillo de derecho constitucional, sus favoritos de la universidad. Siempre los mantenía en orden alfabético por autor. Pero ahora, el libro de "La Naturaleza del Common Law" de Holmes estaba colocado después del de "Creando la Constitución" de Madison.

Un escalofrío helado le recorrió la espalda. No era un error que él hubiera cometido. Nunca.

Sus ojos recorrieron la habitación, buscando otras discrepancias. En la mesita junto al sofá, una fotografía enmarcada de él y Helen en tiempos más felices estaba inclinada un par de grados a la izquierda. En su escritorio, el bolígrafo que siempre dejaba perfectamente paralelo al borde del bloc de notas, ahora estaba ligeramente torcido.

No le habían robado nada. No habían instalado micrófonos. No habían dejado ninguna amenaza escrita. Habían hecho algo mucho más sutil y aterrador.

Le habían hecho saber que habían estado allí. Que podían entrar y salir cuando quisieran. Que su santuario, su último refugio, había sido violado. No era una amenaza de violencia. Era una declaración de omnipotencia.

Rivas se quedó inmóvil en el centro de la habitación, el vaso de agua temblando en su mano. El miedo, frío y paralizante, se apoderó de él. Ya no era una teoría. Ya no era una advertencia de un ex-policía. Era real. Estaban en su casa. Estaban en su vida. Y no se detendrían ante nada.

CAPÍTULO 17

El sueño, cuando finalmente llegó en las horas grises previas al amanecer, no fue un refugio, sino una continuación de la vigilia. Fue un sueño febril y fragmentado, poblado por sombras que se movían en la periferia de su visión y por el eco de susurros ininteligibles. Rivas se vio a sí mismo en su propio apartamento, pero todo estaba ligeramente fuera de lugar, como en las imágenes de un juego de encontrar las diferencias. Los libros en las estanterías estaban invertidos, los cuadros en las paredes colgaban boca abajo y, a través de la ventana, las luces de Manhattan parpadeaban en un código Morse que no podía descifrar, pero que sentía como una amenaza. Se despertó con el sonido de su propio corazón martilleando contra sus costillas, bañado en un sudor frío que no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación.

La primera luz del día se filtraba a través de las persianas, dibujando rayas de polvo en el aire. Por un momento, Rivas se quedó inmóvil, escuchando. El apartamento estaba en silencio, pero no era un silencio tranquilizador. Era el silencio expectante de un escenario vacío después de que los actores se hayan marchado, la sensación de una presencia que persiste. Se levantó de la cama, cada músculo tenso. Su primera acción fue recorrer la habitación, sus ojos buscando las sutiles dislocaciones de la noche anterior. El libro de Holmes seguía fuera de lugar. La fotografía seguía torcida. No había sido un sueño.

Una rabia fría, muy diferente del pánico paralizante de la noche anterior, comenzó a formarse en su interior. Esto era obra de Julian Croft. Lo sabía con una certeza visceral. Croft no había enviado matones para romperle las piernas. Eso habría sido demasiado burdo, demasiado rastreable. En su lugar, había enviado fantasmas. Había optado por la guerra psicológica, por un tipo de terrorismo doméstico diseñado para desestabilizarle, para hacerle dudar de su propia cordura. Quería que Rivas se sintiera constantemente observado, vulnerable en su propio hogar, el único lugar donde un hombre debería sentirse seguro. Quería que el miedo le consumiera, que le distrajera, que le rompiera.

Rivas se dirigió a la cocina y preparó café, sus movimientos deliberadamente metódicos y controlados. No iba a dejar que Croft ganara. No iba a permitir que el miedo se convirtiera en el arquitecto de sus días. Mientras el café se preparaba, tomó una decisión. Si querían convertir su vida en una pecera, entonces iba a actuar para su audiencia.

Cogió los libros de la repisa y los recolocó en su orden correcto. Enderezó la fotografía. Alineó el bolígrafo en su escritorio con la precisión de un cirujano. Estaba reclamando su territorio, un pequeño acto de desafío que le hizo sentir un atisbo de control. No era mucho, pero era un comienzo.

Su teléfono sonó mientras se tomaba el primer sorbo de café. Era un número desconocido. Dudó un instante antes de contestar.

—¿Rivas?

—Habla.

—Soy el taquígrafo de la deposición de ayer. La transcripción oficial está lista. Se la he enviado por correo electrónico a usted y al bufete de la parte contraria, como es el procedimiento.

—Gracias —dijo Rivas, y colgó.

Abrió su ordenador portátil con una sensación de aprensión. El correo electrónico estaba allí. Adjunto, un archivo PDF. Clicó para

abrirlo, su pulso acelerándose. Ver sus propias palabras y las de Thorne, Reed y Croft transcritas en la fría y objetiva tipografía de un documento legal era una experiencia extraña. La emoción, la tensión, el drama de la sala habían sido despojados, dejando solo el esqueleto de la conversación.

Leyó cada palabra, reviviendo el enfrentamiento. A pesar de las objeciones y las evasivas, la teoría de Tanaka brillaba a través del texto. La negativa de Thorne a responder directamente, sus vacilaciones (anotadas por el taquígrafo como "(Pausa)"), su repentina amnesia sobre documentos cruciales... todo ello, leído en conjunto, pintaba un cuadro de ocultación. Rivas reenvió inmediatamente el documento al Dr. Tanaka con una sola línea: "Aquí está. Avíseme cuando tenga un momento".

Sabía que la moción de sanciones de *Valerius* y su respuesta estaban ahora en manos del Árbitro Pierce, junto con esta transcripción. El destino a corto plazo de su caso dependía de cómo un hombre, sentado probablemente en un despacho con paneles de madera a kilómetros de distancia, interpretaría aquel drama escrito. La espera sería una tortura.

Decidió que no podía quedarse en su apartamento. El lugar se sentía contaminado. Necesitaba moverse, necesitaba actuar. Se vistió, cogió su maletín y salió a la calle, sumergiéndose en el anonimato de la multitud de la mañana. Siguiendo el consejo de Marco, varió su ruta, tomando un autobús en lugar del metro y bajándose varias paradas antes de la suya para caminar el resto del camino. Se sentía como un personaje de una novela de espías, y la sensación habría sido casi ridícula si no fuera por el miedo genuino que le atenazaba el estómago.

Cuando llegó a su despacho, su casera, la señora Flores, le estaba esperando en el pasillo, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Señor Rivas, dos hombres estuvieron aquí esta mañana. Preguntando por usted.

El corazón de Rivas dio un vuelco. —¿Qué hombres? ¿Qué aspecto tenían?

—Muy elegantes. Con trajes caros. No parecían de por aquí. Dijeron que eran del Colegio de Abogados. Algo sobre una queja.

Rivas sintió cómo se le helaba la sangre. El Colegio de Abogados. Era el siguiente frente del ataque. Una queja ante el comité de ética podía paralizar su carrera. Incluso una queja infundada requería una investigación, audiencias, una montaña de papeleo y una mancha permanente en su historial. Croft no solo quería ganarle en el arbitraje; quería quitarle la licencia.

—¿Les dijo algo, señora Flores?

—Solo que no había llegado todavía. Me dieron mala espina. Parecían... serpientes. Tenga cuidado, mijo.

Le dio las gracias y entró en su despacho, cerrando la puerta con llave. La amenaza ya no era abstracta. Tenía un nombre: el Comité de Disciplina del Colegio de Abogados. Sabía que no recibiría ninguna notificación oficial durante días, quizás semanas. Lo habían hecho así a propósito, visitando a su casera para que el mensaje le llegara de forma extraoficial, para que la amenaza se cerniera sobre él, otra nube negra en su horizonte.

Pasó la mañana intentando trabajar en otros casos, las pequeñas disputas que pagaban sus facturas, pero su mente no dejaba de volver a *Valerius*. Cada cinco minutos, actualizaba su correo electrónico, esperando una comunicación del Árbitro Pierce. El silencio era ensordecedor.

La llamada del Dr. Tanaka llegó poco después del mediodía.

—He leído la transcripción —dijo el doctor, sin preámbulos—. Es peor para ellos de lo que pensaba.

—¿De verdad? —preguntó Rivas, necesitado de buenas noticias.

—Sí. Su negativa a responder preguntas sobre las variantes genéticas, bajo el pretexto de que no eran "requeridas por la FDA",

es una admisión tácita. Cualquier científico sabe que la obligación ética de investigar un riesgo potencial va mucho más allá de los requisitos mínimos de una agencia gubernamental. Thorne ha dañado gravemente su credibilidad científica para proteger a la empresa. Y el Árbitro, si tiene dos dedos de frente, lo verá.

—Eso espero. Porque acaban de lanzar su siguiente misil. Una queja ante el Colegio de Abogados.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. —Son más despiadados de lo que imaginaba —dijo finalmente Tanaka, su voz desprovista de su habitual ironía—. Esto es un intento de decapitación profesional.

—Lo sé.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a luchar —dijo Rivas, su voz más firme de lo que se sentía—. Pero, para ser sincero, doctor, me siento como si estuviera intentando apagar un incendio forestal con una pistola de agua. Me están atacando desde demasiados flancos a la vez.

—Entonces necesita encontrar un flanco que ellos no estén defendiendo —dijo Tanaka—. Necesita cambiar las reglas del juego.

Colgaron poco después. Las palabras de Tanaka resonaron en la mente de Rivas: *Cambiar las reglas del juego.* Pero, ¿cómo? Croft y *Valerius* poseían el tablero, las piezas y el libro de reglas. El arbitraje era su juego, diseñado para mantener todo en secreto y bajo control.

Fue entonces cuando pensó en Sofía Vargas. Se dio cuenta de que, en medio de la guerra legal y psicológica, la había mantenido al margen. Era su cliente, la razón de toda aquella lucha, y merecía saber exactamente a qué se enfrentaban.

La llamó y quedaron en la misma cafetería. Cuando llegó, Sofía ya estaba allí, sentada en una mesa junto a la ventana, con una taza de

té intacta delante. Parecía cansada, las ojeras bajo sus ojos más pronunciadas que la última vez que la vio.

Rivas se sentó frente a ella y, con una honestidad brutal, le contó todo lo que había sucedido. Le habló de la deposición, del pánico de Thorne, de la moción de sanciones, de la queja ante el Colegio de Abogados. Y finalmente, con gran reticencia, le habló de la intrusión en su apartamento. Vio cómo el miedo se reflejaba en los ojos de ella, un miedo que no era por él, sino por sí misma.

—¿Cree que... que vendrán a por mí? —susurró.

—No lo sé, Sofía. Sinceramente, no lo sé —admitió Rivas—. Pero creo que su principal objetivo soy yo. Si me neutralizan a mí, el caso muere. Por eso quiero que esté preparada. Las cosas se van a poner más feas antes de mejorar. Y tiene derecho a decirme si esto es demasiado. Nadie la culparía si quisiera detenerse.

Sofía miró por la ventana, sus ojos fijos en el flujo constante de gente en la acera. Durante un largo minuto, no dijo nada. Rivas esperó, dándole el espacio que necesitaba. La decisión tenía que ser suya.

Cuando finalmente se volvió para mirarle, la expresión de su rostro había cambiado. El miedo seguía allí, pero estaba superpuesto con una capa de acero.

—Cuando llegué a este país, abogado —dijo, su voz baja pero firme —, crucé un desierto. Vi a gente morir de sed. Fui perseguida por hombres que querían hacerme daño. Me escondí en la parte trasera de camiones sin saber si llegaría al día siguiente. Todo para que mi hijo tuviera una vida mejor que la mía. Y esta gente... esta gente rica en sus torres de cristal... se lo llevaron. Creen que porque soy una simple limpiadora, porque no hablo un inglés perfecto, porque no tengo papeles, me asustaré y me esconderé. Ya he visto a hombres peores que ellos. No voy a ninguna parte.

La fuerza y la dignidad de su declaración dejaron a Rivas sin palabras. Se sintió avergonzado de su propio miedo. Su lucha, por

muy real que fuera, palidecía en comparación con lo que aquella mujer había soportado.

—Siga luchando, abogado —dijo Sofía, y por primera vez, extendió la mano sobre la mesa y puso la suya sobre la de él—. Luche por Mateo.

La conexión, el simple acto de contacto humano, le transmitió una fuerza que no esperaba. En ese momento, Daniel Rivas supo que no podía rendirse. No importaba lo que Croft le lanzara. Tenía una deuda con aquella mujer. Y tenía una deuda con el niño muerto cuyo rostro nunca olvidaría.

—Lo haré, Sofía —dijo, su voz ronca por la emoción—. Lo haré.

Regresó a su despacho sintiéndose extrañamente fortalecido. La conversación con Sofía había reenfocado su propósito. Ya no se trataba de su redención personal o de su carrera destrozada. Se trataba de algo más simple y mucho más importante.

Se sentó en su escritorio y miró la pantalla de su ordenador. Las palabras de Tanaka volvieron a él. *Cambiar las reglas del juego.* El arbitraje era secreto. La confidencialidad era el arma más poderosa de *Valerius*. Les permitía resolver casos en silencio, enterrar sus errores y evitar el escrutinio público que podría dañar el precio de sus acciones.

¿Y si pudiera quitarles esa arma?

Una idea, audaz y increíblemente arriesgada, comenzó a formarse en su mente. Era una idea que podría destruir su carrera de forma mucho más eficaz que cualquier queja ante el Colegio de Abogados. Era una idea que podría llevarle a la cárcel por desacato. Pero también era la única idea que tenía que podría, si funcionaba, volar por los aires todo el tablero de juego.

Abrió un nuevo documento en su procesador de textos. Sus dedos flotaron sobre el teclado durante un largo momento. Luego, con una sensación de vértigo, como si estuviera saltando desde un acantilado, comenzó a escribir.

No estaba redactando una moción legal. No estaba escribiendo una carta a un colega. Estaba escribiendo una historia. La historia de Mateo Vargas. La historia de una madre inmigrante. Y la historia de una compañía farmacéutica que valoraba sus beneficios por encima de la vida de un niño.

No sabía exactamente qué haría con ello. Pero mientras escribía, palabra tras palabra, sintió que, por primera vez, no estaba jugando a la defensiva. Estaba construyendo su propia arma. Y se la iba a apuntar directamente al corazón del imperio de Julian Croft: su imagen pública.

CAPÍTULO 18

Los tres días siguientes a su encuentro con Sofía Vargas, Daniel Rivas vivió una extraña dualidad. Por fuera, era un hombre bajo asedio. Cada vez que salía de su apartamento, sentía el peso de ojos invisibles sobre él, una paranoia de bajo nivel que se había convertido en su compañera constante. Comprobaba su reflejo en los escaparates, cambiaba de vagón en el metro sin motivo aparente y sentía un sobresalto cada vez que un coche reducía la velocidad a su lado. La amenaza del Colegio de Abogados pendía sobre su cabeza como una nube de tormenta, prometiendo un diluvio que podía llegar en cualquier momento. Y el silencio del Árbitro Pierce era una forma de tortura, una espera agónica que le dejaba el estómago revuelto.

Pero por dentro, en la soledad de su despacho, tras la puerta cerrada con llave, Rivas estaba construyendo.

Había volcado toda su ansiedad, su rabia y su recién recuperado sentido del propósito en el documento que había empezado a escribir. No era un escrito legal. Las frías y precisas construcciones de la ley habían sido reemplazadas por algo mucho más visceral: una narración. Con una concentración febril que no había sentido en años, tejió la historia de Sofía y Mateo. Describió la esperanza de una madre cruzando fronteras por un futuro mejor, los pequeños detalles de la vida de un niño en el Bronx —su amor por los cómics, su risa asmática, la forma en que chutaba un balón desgastado en el patio del colegio— y la insidiosa llegada de una enfermedad que no

debería haber sido más que una nota a pie de página en su historial médico.

Luego, escribió sobre *Valerius Pharmaceuticals*. No como una entidad corporativa sin rostro, sino como un leviatán de cristal y acero, un imperio construido sobre la promesa de la salud que, en secreto, jugaba a la ruleta rusa con vidas humanas. Escribió sobre el Dr. Aris Thorne, no como un científico malvado, sino como un brillante arquitecto de moléculas que, en su búsqueda de la elegancia científica, quizás había pasado por alto una falla fatal. Y escribió sobre Julian Croft, el guardián de los secretos, el hombre cuya tarea era asegurarse de que las "anomalías" como Mateo Vargas nunca vieran la luz del día.

Rivas se dio cuenta de que estaba haciendo algo más que contar una historia. Estaba redactando el alegato inicial que nunca tendría la oportunidad de presentar ante un jurado. Era su intento de romper el sello de confidencialidad del arbitraje, de llevar el caso al único tribunal que Croft no podía controlar: el de la opinión pública. No tenía un plan concreto sobre qué hacer con el documento. Tal vez enviarlo anónimamente a un periodista. Tal vez publicarlo en un blog y ver cómo se incendiaba el mundo. Cada palabra que escribía era un acto de desacato, una violación directa de la orden de confidencialidad del arbitraje. Era un suicidio profesional, y posiblemente un delito. Y, sin embargo, nunca se había sentido más como un abogado.

Estaba tan inmerso en su trabajo que el golpe en la puerta de su despacho le hizo dar un respingo. Miró el reloj. Eran casi las siete de la tarde. El edificio estaba en silencio.

—¿Quién es? —preguntó, su voz tensa.

—El cobrador del frac. Abre, Danny.

Rivas soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo y fue a abrir. Marco entró, sacudiéndose el frío de la noche de otoño. Llevaba una gabardina arrugada y olía a café y a la lluvia que empezaba a caer fuera.

—Trabajando hasta tarde —observó Marco, sus ojos recorriendo el desorden de papeles en el escritorio de Rivas—. O eso o te escondes de alguien.

—Un poco de ambas cosas —admitió Rivas, cerrando la puerta—. Siéntate.

Marco se dejó caer en la silla de los clientes, que crujió bajo su peso. —¿Alguna novedad de nuestros amigos corporativos? ¿Más visitas fantasmales?

—Nada. Silencio total. Lo cual es casi peor. Pero sí he tenido noticias del taquígrafo. Y la moción de sanciones ya está en manos del Árbitro.

—¿Y?

—Y nada. Estamos esperando el veredicto. Podría llegar en cualquier momento.

Marco asintió, su mirada se posó en la pantalla del ordenador de Rivas. —¿Qué es eso en lo que trabajas con tanta intensidad? No parece un contrato de alquiler.

Rivas dudó. Solo él y, en cierto modo, Sofía, sabían de su plan. Pero confiaba en Marco. Necesitaba el punto de vista de alguien que no viviera dentro de la burbuja legal. Giró el monitor para que Marco pudiera leerlo.

El ex-policía se inclinó hacia delante, sus ojos entrecerrados mientras leía el primer par de páginas. Rivas observó su rostro, buscando una reacción. Marco leyó en silencio durante varios minutos, su expresión indescifrable. Cuando finalmente se reclinó, soltó un silbido bajo.

—Jesucristo, Danny.

—¿Es bueno o malo?

—Es dinamita. Es la clase de historia que hace que los presentadores de noticias pongan cara de preocupación y que los políticos

convoquen comités de investigación. Es poderoso. Y es probablemente lo más estúpido que has hecho en tu vida.

—Gracias, creo.

—No te estoy felicitando —dijo Marco, su tono repentinamente serio —. ¿Sabes lo que te haría un juez si filtras esto? Te acusaría de desacato tan rápido que tu cabeza daría vueltas. Podrías acabar en la cárcel. Y Croft te demandaría por difamación hasta dejarte en la indigencia por el resto de tus días.

—Lo sé.

—¿Y aun así lo estás escribiendo?

—¿Qué otra opción tengo, Marco? —replicó Rivas, levantándose y comenzando a caminar por la pequeña habitación—. Estoy jugando en su campo, con sus reglas. La deposición fue una pequeña victoria, pero ¿qué conseguí en realidad? Les asusté. Ahora están sobre mí con todo lo que tienen. La moción, la queja al Colegio de Abogados, los juegos mentales en mi apartamento... Están construyendo un muro a mi alrededor, ladrillo a ladrillo. Si sigo jugando según las reglas, me van a enterrar. Esto —dijo, señalando la pantalla— es lo único que les asusta más que la verdad: la verdad hecha pública.

Marco se frotó la cara con cansancio. —Entiendo tu lógica. De verdad que sí. Pero esto es jugar con fuego nuclear. Si vas a hacerlo, tienes que estar seguro de que tienes razón. Porque si te equivocas en un solo detalle, te destrozarán.

—Tengo razón. Lo sé.

—Tener razón no siempre es suficiente. Necesitas pruebas. Pruebas de verdad, no solo la corazonada de un científico asustado. Por cierto, he estado preguntando por ahí. Discretamente.

Rivas se detuvo. —¿Y?

—Los tipos que *Valerius* usa para su seguridad externa son una empresa llamada "Sabre Security Solutions". Son de lo mejor. Ex-

fuerzas especiales, ex-agentes de inteligencia. Tipos que pueden seguirte hasta dentro de tus sueños y no te darías ni cuenta. Si están sobre ti, no los encontrarás. Así que sigue actuando como si lo estuvieran.

La confirmación hizo que un escalofrío recorriera a Rivas, pero antes de que pudiera responder, un sonido familiar interrumpió la conversación: la alerta de un nuevo correo electrónico en su ordenador.

Ambos se quedaron mirando el monitor. En la bandeja de entrada, había un nuevo mensaje. El remitente era "Oficina del Árbitro J. F. Pierce".

El aire pareció espesarse en la habitación. Rivas sintió una gota de sudor frío recorrer su costado. Este era el momento. La decisión que podría poner fin a su caso o darle el impulso que necesitaba para seguir adelante.

—Bueno —dijo Marco en voz baja—. ¿Vas a abrirlo o vas a quedarte mirándolo toda la noche?

Con un nudo en el estómago, Rivas se sentó, cogió el ratón y, tras una profunda inspiración, hizo clic en el correo. El mensaje era breve y formal, indicando simplemente que se adjuntaba la "Orden sobre la Moción de Sanciones de la Parte Demandada". Hizo clic en el archivo adjunto.

Un documento PDF de cinco páginas se abrió en la pantalla. Rivas empezó a leer, su cerebro absorbiendo el lenguaje legalista con una velocidad nacida de la ansiedad. Marco se levantó y se colocó detrás de él, leyendo por encima de su hombro.

La primera página era un resumen de los argumentos de ambas partes. Rivas la saltó. La segunda página comenzó con el análisis del Árbitro Pierce. El corazón de Rivas latía con tanta fuerza que podía oírlo en sus oídos.

"La parte demandada (Valerius) alega que el abogado de la demandante (Rivas) actuó de mala fe al presentar un documento

anónimo y no verificado..."

"La parte demandante argumenta que el uso del documento era una táctica permisible para refrescar la memoria del *testigo..."*

Rivas contuvo la respiración. Entonces, llegó a la parte dispositiva.

"Tras una cuidadosa revisión de la transcripción de la deposición y de los escritos presentados por ambas partes, este Árbitro determina lo siguiente:"

"1. La Moción de Sanciones de la parte demandada es DENEGADA. Si bien las tácticas del abogado de la demandante fueron enérgicas y rozaron los límites de lo apropiado, no se encuentra evidencia suficiente para concluir que actuó de mala fe con la intención de acosar o engañar. El interrogatorio, aunque agresivo, se mantuvo *dentro del ámbito del descubrimiento de pruebas relevante para el caso."*

Un suspiro de alivio se escapó de los labios de Rivas. Era una victoria. Había ganado.

—¡Joder, sí! —exclamó, golpeando el escritorio con la palma de la mano.

—Sigue leyendo —dijo Marco, su voz era un murmullo grave.

Rivas continuó.

"2. No obstante, el Árbitro considera preocupante la introducción de un documento anónimo. Dicho documento, al carecer de autenticación y procedencia, es inadmisible como prueba en este arbitraje. Por lo tanto, se ordena que el documento en cuestión y cualquier referencia directa a su contenido específico sean eliminados del registro. No podrá ser mencionado ni utilizado en futuras audiencias."

El alivio de Rivas se evaporó, reemplazado por un sabor amargo. Le había quitado su única prueba tangible. El arma humeante, por anónima que fuera, acababa de ser declarada inexistente.

Y había más.

"3. Se deniega la solicitud de la parte demandada de prohibir futuras deposiciones del Dr. Thorne. Sin embargo, cualquier interrogatorio adicional deberá ser estrictamente limitado a los temas ya establecidos en el descubrimiento inicial de pruebas. Además, para asegurar el cumplimiento y evitar futuras disputas, cualquier sesión adicional será supervisada en tiempo real por este *Árbitro a través de videoconferencia."*

Rivas se reclinó en su silla, sintiéndose como si hubiera recibido un puñetazo en el plexo solar. La sensación de victoria se había desvanecido por completo, dejando un vacío helado.

—Es un empate de mierda —dijo Marco, resumiendo la situación con su habitual falta de elocuencia.

—Es peor que eso —replicó Rivas, releyendo el fallo—. Me ha dejado seguir adelante, sí. Ha rechazado las sanciones, lo que me salva el pellejo ante el Colegio de Abogados, al menos por ahora. Pero me ha quitado mi mejor arma y me ha puesto una correa. Croft consiguió exactamente lo que quería: el documento anónimo está muerto y enterrado, y ahora no puedo hacerle a Thorne ninguna pregunta que no esperen. El Árbitro estará vigilando cada palabra que diga.

Era una obra maestra de ambigüedad judicial. Pierce había dado a cada lado justo lo suficiente para que no pudieran apelar su decisión, pero había inclinado sutilmente el campo de juego a favor de *Valerius*. Había mantenido la apariencia de imparcialidad mientras reforzaba las mismas reglas que beneficiaban a la parte más poderosa.

Rivas cerró el documento. Se sentía atrapado, frustrado. El camino legal, que ya era estrecho, se había convertido en un sendero de montaña al borde de un precipicio.

Su teléfono vibró sobre el escritorio. Miró la pantalla. Era un número que no reconocía, pero el prefijo era de Connecticut. Con una

sensación de hastío, contestó.

—¿Sí?

—¿Hablo con Daniel Rivas? —La voz era de una mujer, profesional pero con un matiz de tensión.

—Soy yo.

—Señor Rivas, mi nombre es Karen. Soy la asistente personal de Helen Croft.

El nombre de su exmujer le golpeó con la fuerza de una bofetada. Helen Croft. Había vuelto a usar el apellido de su segundo marido, el hombre por el que le había dejado.

—¿Qué pasa con Helen? —preguntó, su tono repentinamente afilado.

—La señora Croft me ha pedido que le llame. Ha habido... un incidente. Dos hombres de un bufete de abogados la visitaron en su casa esta tarde. Le hicieron muchas preguntas sobre usted. Preguntas sobre su pasado, sobre sus hábitos... sobre el caso que perdió hace cinco años.

Rivas se puso de pie, el teléfono apretado contra su oreja con tanta fuerza que le dolían los nudillos. Marco le miró, su expresión se endureció al ver el cambio en el rostro de Rivas.

—Helen está muy alterada, señor Rivas —continuó la asistente—. Me ha pedido que le transmita un mensaje. Dice... dice que Julian le envía recuerdos. Y que por favor, por el amor de Dios, le deje en paz.

La línea quedó en silencio. Rivas se quedó de pie, el auricular en la mano, el sonido de la sangre latiendo en sus oídos. Esto era un nuevo nivel de crueldad. Croft no solo le estaba atacando a él. Estaba arrastrando a su exmujer al fango. Estaba usando su pasado compartido, sus heridas, como otra arma en su arsenal. No era una advertencia. Era un mensaje. *Puedo llegar a cualquiera. Puedo tocar cualquier parte de tu vida.*

Lentamente, bajó el teléfono. Miró a Marco, su rostro una máscara de furia helada. Luego, su mirada se desvió hacia la pantalla del ordenador, donde el borrador de su historia, su arma secreta, seguía abierto.

La decisión del Árbitro le había puesto una correa. La llamada sobre Helen acababa de rompérsela.

CAPÍTULO 19

El silencio que siguió a la llamada fue más pesado y denso que cualquier sonido. Daniel Rivas permaneció de pie junto a su escritorio, el teléfono todavía en la mano, aunque la línea llevaba mucho tiempo muerta. La voz de la asistente de Helen, cortés y vacía, resonaba en su cabeza, pero eran las palabras no dichas, el mensaje subyacente de Julian Croft, las que le quemaban en la mente: Puedo llegar a cualquiera. Puedo tocar cualquier parte de tu vida.

Marco, que había observado toda la escena con la inmóvil atención de un depredador, rompió el silencio. Su voz era baja, un murmullo grave que apenas se elevaba por encima del sonido de la lluvia contra la ventana.

—¿Helen? ¿Tu exmujer?

Rivas asintió lentamente, sus movimientos rígidos, como si sus articulaciones se hubieran oxidado. Colocó el teléfono en su base con una precisión antinatural. —Acaban de visitarla. Dos hombres del bufete de Croft. La han interrogado sobre mí. Sobre nosotros. Sobre el caso Dunnigan.

La comprensión se extendió por el rostro de Marco, borrando cualquier rastro de la pequeña victoria que habían sentido momentos antes. Esto era diferente. Las escuchas, la vigilancia, la intrusión en el apartamento... eran tácticas de una guerra

profesional, impersonales en su crueldad. Pero esto... esto era un navajazo en un callejón oscuro. Era personal.

—Ese hijo de puta —masculló Marco—. Ha cruzado una línea.

—Ha borrado la línea —corrigió Rivas, su voz era un susurro helado, desprovisto de la rabia caliente que Marco esperaba. En su lugar, había algo mucho más peligroso: una calma gélida, la clase de quietud que precede a la fractura del hielo en un lago—. Pensaba que se trataba de ganar un caso. Estaba equivocado. Para él, esto es un deporte de sangre. Se trata de la aniquilación total.

Se volvió hacia la pantalla de su ordenador, donde el borrador de su narración, el arma que había estado construyendo en secreto, seguía abierto. Las palabras le devolvieron la mirada, ya no como una opción arriesgada, sino como la única respuesta posible. El Árbitro Pierce le había denegado el uso de su prueba, le había puesto una correa legal, ordenándole que se comportara. Y Julian Croft acababa de usar esa misma correa para intentar estrangularle, tirando de ella a través de los fantasmas de su pasado.

—Me equivoqué antes, Marco —dijo Rivas, sus ojos fijos en el texto —. Te dije que esto era lo único que les asustaba. Pero no es la verdad lo que les asusta. Es la vergüenza. La humillación pública. El tipo de escándalo que hace que los inversores entren en pánico y que los miembros del consejo de administración empiecen a hacer preguntas incómodas.

—¿Qué estás diciendo, Danny?

—Estoy diciendo que el juego ha cambiado. Ya no intento ganar en el arbitraje. Intento prenderle fuego a la sala de arbitraje.

Se sentó y sus dedos volaron sobre el teclado. Ya no escribía con la furia de un hombre agraviado, sino con la precisión de un demoledor que coloca las cargas. Reescribió párrafos enteros, afilando cada frase, convirtiendo las insinuaciones en acusaciones directas, aunque veladas. Eliminó cualquier jerga legal que pudiera delatarle como la fuente. Añadió detalles sobre el modelo de negocio de *Valerius*, su

historial de lobbying, sus anteriores roces con la FDA. Transformó el documento de un alegato emocional a un dossier de investigación.

Marco observaba, apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. No intentó detenerle. Reconocía la mirada en los ojos de Rivas. Era la misma mirada que había visto en policías acorralados que decidían jugárselo todo a una última carta.

—Si vas a hacer eso —dijo Marco finalmente, su voz práctica cortando la intensidad de la habitación—, no puedes simplemente colgarlo en internet. Te rastrearían en cinco minutos. Necesitas un conducto. Un profesional.

Rivas dejó de teclear, pero no apartó la vista de la pantalla. —Un periodista.

—No uno cualquiera —advirtió Marco—. No un chico joven y ambicioso que busca hacerse un nombre y que se asustará cuando los abogados de Croft le envíen la primera carta de cese y desista. Necesitas a alguien de la vieja escuela. Un perro de presa. Alguien que odie a las corporaciones más de lo que teme a sus abogados. Alguien que viva para este tipo de historias.

—¿Conoces a alguien así?

Marco se rascó la barbilla, pensativo. —Hubo un tipo. Cubría la sección de policía cuando yo era detective. David Chen. Estaba en el *Daily News* entonces. Un verdadero dolor de muelas. Nunca dejaba un hueso sin roer. Hizo un reportaje sobre la corrupción en el sindicato de la policía que casi le cuesta el trabajo... y las rodillas. Pero no se echó atrás. Y la historia era cierta.

—¿Dónde está ahora?

—Creo que en el *New York Sentinel*. No es el *Times*, pero tiene una reputación de periodismo de investigación sólido. Es de los que todavía confirman sus fuentes. Si le das esto, no lo publicará sin más. Intentará verificarlo. Lo que podría ser bueno para ti. Le dará una capa de protección.

La idea se asentó en la mente de Rivas. Era la estrategia correcta. Un periodista de investigación no solo publicaría la historia; la adoptaría. La haría suya. Y los recursos de un periódico, por modestos que fueran, eran mayores que los suyos.

—¿Cómo lo contacto?

—Con mucho cuidado —dijo Marco—. No desde tu teléfono. No desde tu ordenador. Compra un teléfono de prepago. En efectivo. Úsalo una vez para enviarle un mensaje y luego deshazte de él. Crea una cuenta de correo electrónico anónima desde un ordenador público. Una biblioteca. Un cibercafé. Cítale en un lugar público y concurrido. Sin nombres. Sin detalles. Solo lo suficiente para despertar su curiosidad.

Pasaron la siguiente hora planificando la operación con el detalle de un atraco. Rivas terminó de pulir el documento, guardándolo en una memoria USB encriptada. Marco trazó la logística del contacto, desde la compra del teléfono hasta la elección del lugar de encuentro. Decidieron que el mensaje inicial sería breve y enigmático: "Tengo una historia sobre *Valerius Pharmaceuticals* y un medicamento que mata a niños. Una historia que no quieren que se sepa. ¿Interesado?".

Cuando terminaron, la lluvia se había convertido en un diluvio que azotaba las ventanas. Marco se puso de pie para marcharse.

—Danny —dijo, deteniéndose en la puerta—. Una vez que le des ese pendrive, no hay vuelta atrás. ¿Lo entiendes? Estarás declarando la guerra a gente que tiene ejércitos.

—Ellos declararon la guerra cuando fueron a casa de mi exmujer —replicó Rivas, su voz plana y dura—. Yo solo estoy devolviendo el fuego.

Después de que Marco se fuera, Rivas se quedó solo en la quietud de su despacho. La enormidad de lo que estaba a punto de hacer le cayó encima. Cada fibra de su ser, entrenada durante años en la santidad de las reglas procesales y las órdenes judiciales, gritaba en

protesta. Estaba a punto de cometer un pecado capital profesional. Pero la imagen del rostro aterrorizado de Helen, descrita por su asistente, y la dignidad silenciosa en los ojos de Sofía Vargas, le dieron la resolución que necesitaba.

A la mañana siguiente, puso el plan en marcha. Compró un teléfono de prepago en un pequeño quiosco de Queens, pagando en efectivo a un vendedor que apenas levantó la vista. Luego, fue a la Biblioteca Pública de Nueva York, el imponente edificio de la Quinta Avenida. Se sentó en la Sala de Lectura Rose, rodeado de turistas y eruditos, sintiéndose a la vez anónimo y peligrosamente expuesto. [Imagen de la Sala de Lectura Rose de la Biblioteca Pública de Nueva York]

Usando uno de los ordenadores públicos, creó una cuenta de correo con un nombre sin sentido: "veritas8877". Desde allí, buscó el correo electrónico de David Chen en la página web del *New York Sentinel*. Redactó el mensaje que habían planeado y lo envió. Minutos después, activó el teléfono de prepago y envió un SMS al número de la oficina de Chen, que también encontró en línea: "Correo electrónico enviado desde veritas8877. Asunto: Valerius. Léalo".

Apagó el teléfono, le quitó la tarjeta SIM y la partió en dos. Tiró las piezas y el teléfono en dos papeleras diferentes de camino a la salida. El primer paso estaba dado.

La respuesta llegó esa misma tarde al correo anónimo, que revisó desde un cibercafé en el Lower East Side. Era de Chen. Y era exactamente lo que esperaba de un periodista cínico y experimentado.

"Recibo diez correos como el suyo al día. La mayoría son de chalados. Deme algo más. Sin detalles que puedan identificarle. Solo una razón por la que debería creerme que usted no es uno de ellos."

Rivas pensó durante un largo momento antes de responder. Necesitaba un gancho, algo que solo alguien con conocimiento interno podría saber.

"Proyecto Nightingale", escribió. "Pregunte a sus fuentes en la FDA qué pasó con el Proyecto Nightingale en los ensayos clínicos de fase II de Cardia-Sure. No encontrarán nada. Y esa es la historia."

Envió el mensaje y cerró la sesión. Sabía que había lanzado el cebo. El nombre en clave, aunque nunca se mencionaba en el documento anónimo, era la clave. Era un detalle específico y verificable que, al mismo tiempo, no podía ser rastreado hasta él.

La respuesta de Chen tardó veinticuatro horas. Cuando Rivas la leyó al día siguiente, desde otro ordenador público en Brooklyn, su corazón dio un vuelco.

"De acuerdo. Me ha picado la curiosidad. Grand Central, bajo el reloj de la sala principal. Mañana a las 5 p.m. Lleve un ejemplar del *Sentinel* bajo el brazo izquierdo. No se me acerque. Si me gusta lo que veo, me acercaré yo. Si no, ambos nos iremos a casa y olvidaremos que esto ha pasado."

Era la hora.

Al día siguiente, a las 4:45 p.m., Daniel Rivas entró en la majestuosa sala principal de la estación Grand Central. El lugar bullía con la energía caótica de miles de personas corriendo para coger sus trenes. El techo, con su famosa bóveda celestial, se elevaba sobre él, un universo de estrellas pintadas indiferente a los pequeños dramas que se desarrollaban debajo. [Imagen del reloj principal de Grand Central Terminal] El famoso reloj de ópalo, el punto de encuentro de generaciones de neoyorquinos, marcaba el tiempo con una autoridad imperturbable.

Con un ejemplar del *New York Sentinel* doblado bajo el brazo izquierdo y la memoria USB en el bolsillo de su chaqueta, Rivas se situó cerca de uno de los pilares, observando a la multitud. Se sentía como un espía en territorio enemigo. Cada hombre de traje que le miraba parecía un agente de *Sabre Security*. Cada conversación a su alrededor parecía un susurro sobre él.

A las cinco en punto, vio a un hombre de ascendencia asiática, de unos cincuenta y tantos años, con el pelo canoso y un rostro surcado por arrugas de escepticismo. Llevaba una gabardina y no parecía tener prisa. Se detuvo cerca del puesto de información, ojeando un periódico, pero sus ojos escrutaban la multitud por encima de las páginas. Coincidía con la foto de la página web del *Sentinel*. Era David Chen.

Chen le vio. Sus miradas se cruzaron por un instante, no más. El periodista no hizo ninguna señal de reconocimiento. Simplemente dobló su periódico y comenzó a caminar lentamente por el perímetro de la sala, su ruta aparentemente sin rumbo pero claramente diseñada para observar a Rivas desde diferentes ángulos, buscando cualquier señal de que era una trampa.

Rivas permaneció inmóvil, su corazón latiendo al ritmo de los anuncios de salidas de los trenes. Sintió que el sudor le perlaba la frente. Este era el punto de no retorno. En su bolsillo, el pequeño dispositivo de plástico se sentía tan pesado como una granada. Contenía la historia que podía destruir a *Valerius Pharmaceuticals*, pero también contenía la mecha que podía hacer estallar su propia vida.

Después de lo que pareció una eternidad, Chen cambió de dirección y comenzó a caminar directamente hacia él.

CAPÍTULO 20

El paseo de David Chen desde el puesto de información hasta el pilar donde esperaba Daniel Rivas fue el más largo de la vida de este último. Cada paso del periodista resonaba en el mármol de Grand Central con una finalidad aterradora. El caos de la estación pareció desvanecerse, el estruendo de miles de conversaciones y anuncios de trenes se redujo a un zumbido sordo. Lo único que Rivas oía con claridad era el latido de su propio corazón, un tambor ansioso en la caja torácica.

Chen se detuvo a un par de metros de él. No le tendió la mano. No sonrió. Sus ojos, afilados y analíticos, recorrieron a Rivas de la cabeza a los pies, evaluándole no como a una persona, sino como a una fuente. Estaba calibrando su nerviosismo, la calidad de su traje, el sudor apenas perceptible en su sien. Rivas sintió la intensidad de esa mirada y se obligó a permanecer inmóvil, a devolverle la mirada con una calma que no sentía. Había aprendido en los tribunales que el primero que apartaba la vista a menudo perdía.

—Llegas puntual —dijo Chen, su voz era un barítono áspero, pulido por años de cigarrillos y preguntas incómodas—. Odio la impuntualidad. Es señal de una mente desorganizada.

—Usted eligió la hora —respondió Rivas, su propia voz sorprendentemente firme.

—Sí, lo hice —Chen metió las manos en los bolsillos de su gabardina —. Proyecto Nightingale. Un nombre muy poético para algo que,

según mis fuentes, no existe. Hice un par de llamadas después de tu correo. Amigos míos en Washington que solían trabajar en la FDA. Les pregunté por ese proyecto en relación con los ensayos de Cardia-Sure.

Chen hizo una pausa, dejando que la tensión se acumulara. Rivas se mantuvo en silencio.

—No encontraron nada en los registros oficiales. Ni una mención. Pero uno de ellos recordó algo. Un rumor. Un susurro en los pasillos hace unos años sobre un "problema de señalización de datos" en la fase II. Un problema que desapareció tan rápido como surgió. Lo llamaban el "fantasma del protocolo". Nadie quería hablar de ello.

El periodista dio un paso más cerca, bajando la voz. La multitud seguía arremolinándose a su alrededor, pero en ese momento se sentían como si estuvieran en una burbuja de secreto.

—Me has dado un fantasma, abogado. No me gustan los fantasmas. Me gustan los hechos. Me gustan los documentos. Me gustan las fuentes con nombres. Tienes sesenta segundos para convencerme de que no me has hecho perder el tiempo.

Este era el momento de la verdad. Rivas no iba a ganar este pulso con argumentos legales. Necesitaba apelar al instinto del periodista.

—No soy abogado —mintió Rivas, una mentira que habían ensayado Marco y él. Era crucial distanciarse de su verdadera identidad—. Soy un analista de datos. Solía trabajar para una consultora subcontratada por *Valerius* durante los ensayos clínicos.

Era una tapadera plausible. Explicaba su acceso a información sensible sin revelarle como el abogado que violaba una orden judicial.

—Vi cosas que no cuadraban —continuó Rivas, manteniendo su voz baja y uniforme—. Datos de ciertos subgrupos demográficos que mostraban anomalías. Picos en los niveles de troponina. Irregularidades en el intervalo QT. Banderas rojas. Informé de ello a mis superiores. Me dijeron que me concentrara en el conjunto de

datos global, que las "anomalías estadísticas" eran normales. Unas semanas después, esos subgrupos de datos habían sido... re-calibrados. Las banderas rojas habían desaparecido. Cuando volví a preguntar, me reasignaron. Tres meses después, me despidieron por "recortes presupuestarios". Lo que tengo para usted —dijo, y su mano se deslizó en el bolsillo de su chaqueta, sin sacar todavía la memoria USB— no son fantasmas. Son los datos originales.

Los ojos de Chen se entrecerraron. El escepticismo seguía ahí, grabado en su rostro, pero ahora estaba mezclado con una chispa de interés genuino. Un analista de datos despedido con una venganza era un arquetipo de fuente que conocía bien. A menudo eran poco fiables, pero a veces, eran minas de oro.

—¿Por qué ahora? —preguntó Chen—. Esos ensayos fueron hace años.

—Porque he oído que un niño ha muerto. Y creo que fue por el mismo problema que vi en los datos. No pude hacer nada entonces, pero no voy a quedarme callado ahora.

Era la mezcla perfecta de información privilegiada y motivación moral. Rivas sintió que el anzuelo se clavaba.

Chen miró a su alrededor, escaneando de nuevo la multitud. —Muéstrame lo que tienes.

Rivas sacó lentamente la memoria USB. Era un pequeño trozo de plástico negro, anónimo e insignificante. La sostuvo entre el pulgar y el índice. —Aquí está todo. Los conjuntos de datos sin procesar, los informes internos que redacté, la correspondencia por correo electrónico... y un resumen que he escrito para explicar lo que significa todo esto en un lenguaje que cualquiera puede entender. Está encriptado. La contraseña es 'Nightingale', con N mayúscula.

Chen no hizo ningún movimiento para cogerla. —¿Y qué quieres a cambio?

—Que investigue. Que lo verifique. Que escriba la verdad —dijo Rivas—. No quiero dinero. No quiero fama. Quiero que mi nombre

no aparezca en ninguna parte. Si esta historia sale a la luz con mi huella digital, estoy acabado. Profesional y personalmente.

—Todos mis confidentes son anónimos hasta que deciden no serlo —dijo Chen, recitando lo que sonaba como un mantra profesional—. Si la historia es cierta y sólida, la protegeré. Si es basura, me olvidaré de su cara en cinco minutos. Y si es una trampa, si me está utilizando para alguna jugarreta corporativa, le encontraré. Y se arrepentirá.

La amenaza colgaba en el aire, fría y real.

—No es una trampa —aseguró Rivas.

Chen finalmente extendió la mano. Su mano era seca y firme. Rivas dejó caer la memoria USB en su palma. El contacto duró apenas un segundo. Tan pronto como Chen cerró los dedos sobre el dispositivo, lo guardó en el bolsillo de su gabardina.

—Recibirás un correo electrónico a tu cuenta anónima en las próximas cuarenta y ocho horas —dijo Chen—. Te diré si lo que tengo es algo o nada. Si es algo, te daré instrucciones. Si es nada, será la última vez que sepas de mí. Ahora, date la vuelta, camina hacia la salida de la calle 42 y no mires atrás.

Y sin más, David Chen se dio la vuelta y se mezcló con la corriente de viajeros que se dirigían hacia la zona de Metro-North, desapareciendo en la multitud con la misma facilidad con la que había aparecido.

Rivas se quedó inmóvil por un momento, el lugar donde había estado Chen ahora ocupado por una familia de turistas que discutían sobre un mapa. La memoria USB ya no estaba. La bomba había sido entregada. Sintió una extraña mezcla de terror y euforia. Había cruzado el Rubicón.

Siguiendo las instrucciones, se dio la vuelta y caminó, con paso deliberado y sin prisas, hacia las grandes puertas de cristal que daban a la calle 42. El aire de la tarde le golpeó la cara, fresco y cargado de los olores de los puestos de comida y los gases de los

autobuses. Se resistió al impulso abrumador de mirar por encima del hombro. Se obligó a seguir caminando, a convertirse en otra cara anónima en la acera de Manhattan.

Los dos días siguientes fueron los más largos de su vida. La espera de la decisión del Árbitro había sido una tortura, pero esto era diferente. Había cedido el control. El destino de su plan, y posiblemente de su vida, estaba ahora en manos de un periodista cínico que no le debía nada.

Intentó trabajar, pero las palabras en los documentos legales de sus otros casos se volvían borrosas. Cada vez que sonaba su teléfono, su corazón daba un vuelco. Revisaba la cuenta de correo anónima cada quince minutos, un tic nervioso que no podía controlar. La bandeja de entrada permanecía obstinadamente vacía.

Se obligó a mantener su rutina, a seguir las precauciones de seguridad de Marco. Variaba sus horarios, sus rutas, sus lugares para comer. Se sentía como un fugitivo, aunque no se había cometido ningún delito... todavía. La intrusión en su apartamento no se había repetido, pero la sensación de ser observado persistía, una picazón constante en la nuca.

La llamada de Marco llegó en la tarde del segundo día.

—Estoy fuera de tu edificio —dijo el investigador, sin preámbulos—. Baja. No hables por teléfono.

Rivas bajó las escaleras, con el corazón en un puño. Marco estaba aparcado al otro lado de la calle en su discreto sedán. Rivas cruzó y se metió en el asiento del pasajero.

—¿Qué pasa? —preguntó Rivas mientras Marco se incorporaba al tráfico.

—Quería decírtelo en persona. He puesto un par de rastreadores GPS de los baratos que tengo en tu coche y en el mío. Por si acaso. El mío ha estado limpio. Pero el tuyo...

Marco sacó su propio teléfono y le mostró una aplicación de mapas. Un punto rojo parpadeaba en la pantalla.

—Anoche, después de que aparcaras, tu coche fue de paseo. Sin ti.

Rivas miró la pantalla, incrédulo. El mapa mostraba una ruta que salía de su barrio en Washington Heights, cruzaba el puente George Washington hacia Nueva Jersey, se detenía durante unos treinta minutos en una zona industrial cerca de Teterboro y luego regresaba a un lugar a dos manzanas de donde Rivas lo había dejado.

—¿Qué coño...?

—Alguien tiene un duplicado de tu llave —dijo Marco—. O saben cómo puentear un coche moderno sin hacer saltar la alarma. Fueron a ese almacén, probablemente para instalar algo más sofisticado que mi rastreador de diez dólares. Un micrófono, probablemente. O para clonar tu teléfono a través del bluetooth del coche. Están dentro, Danny. Están dentro de tu coche, dentro de tu vida.

La noticia le cayó como un yunque. La paranoia ya no era paranoia; era una realidad documentada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rivas, sintiendo una oleada de impotencia.

—Nada —dijo Marco, con una calma exasperante—. No hacemos nada. No tocas el coche. No mencionas esto. Actúas como si no supieras nada. A partir de ahora, asumimos que cada palabra que dices cerca de tu coche o de tu teléfono está siendo grabada. Todas nuestras conversaciones importantes, en persona y en movimiento. Como ahora.

Regresaron a su barrio en silencio, la enormidad de la vigilancia de *Valerius* pesando sobre ellos. Marco le dejó a una manzana de su apartamento.

—Ten cuidado, Danny —fue todo lo que dijo antes de marcharse.

Esa noche, Rivas se sentó en la oscuridad de su apartamento, sintiéndose más solo que nunca. El enemigo no solo estaba a las

puertas; estaba en su garaje. La presión era casi insoportable. Su única esperanza, la delgada línea a la que se aferraba, era un periodista que ni siquiera conocía su verdadero nombre.

A la mañana siguiente, casi cuarenta y ocho horas después de la entrega en Grand Central, fue a la misma biblioteca de Brooklyn. Con las manos temblorosas, introdujo la contraseña en el ordenador público. Abrió el navegador, accedió a la cuenta de correo anónima.

Y allí estaba. Un nuevo mensaje. De David Chen.

El asunto era una sola palabra: "Algo".

Rivas abrió el correo. El cuerpo del mensaje era igualmente escueto, pero hizo que su corazón se acelerara con una mezcla de esperanza y terror.

"Verificado. El fantasma del protocolo existió. He encontrado a alguien que hablará, pero solo 'off the record'. Necesito más. Necesito la historia completa detrás del resumen que me diste. Necesito a la madre. Necesito al niño. Necesito todos los detalles sórdidos. Pero no puedo arriesgarme a otro encuentro público. Y no confío en el correo electrónico. He adjuntado un archivo. Es un programa de chat encriptado punto a punto. Instálalo. Estaré conectado esta noche a las 10 p.m. en punto. Nombre de usuario: Sentinel. Contraseña: Nightingale. No llegues tarde."

Adjunto había un pequeño archivo ejecutable. Rivas lo descargó en una nueva memoria USB que había comprado esa mañana.

Tenía una línea de comunicación. Chen no solo se había creído la historia, sino que la había verificado de forma independiente. El juego estaba en marcha.

Esa noche, a las 9:50 p.m., Rivas estaba en su despacho. Había desconectado el teléfono fijo. Su teléfono móvil estaba apagado y metido en el cajón más profundo de su escritorio. Las persianas estaban bajadas. Insertó la memoria USB en su ordenador portátil, instaló el programa de chat y, a las diez en punto, introdujo el nombre de usuario y la contraseña.

Una simple ventana de chat apareció en la pantalla. Durante un momento, no pasó nada. Luego, apareció una línea de texto.

<Sentinel>: Estás ahí. Bien. No tenemos mucho tiempo. Mis editores están nerviosos. Los abogados de *Valerius* son legendarios. Si vamos a publicar esto, necesitamos una bomba atómica, no un petardo. Estoy escuchando. Cuéntamelo todo. Desde el principio. Y no te dejes ni un solo detalle.

CAPÍTULO 21

La ventana de chat en la pantalla del ordenador portátil de Daniel Rivas era un portal a un mundo nuevo y peligroso. La luz azulada que emitía era lo único que iluminaba su despacho, sumiendo el resto de la habitación en una profunda oscuridad que parecía conspirar con los secretos que estaba a punto de revelar. El mensaje de David Chen flotaba en esa oscuridad, una demanda clara y directa: Cuéntamelo todo.

Rivas respiró hondo, el aire viciado de la oficina le llenó los pulmones. Durante años, su vida profesional se había regido por el privilegio abogado-cliente, por la confidencialidad, por las reglas sagradas que protegían la comunicación. Ahora, estaba a punto de destrozar esas reglas, de confiarle la vida de su caso y la suya propia a un seudónimo en una pantalla. Pero ya no había vuelta atrás.

Sus dedos se posaron sobre el teclado. El leve chasquido de las teclas era el único sonido en la habitación, un contrapunto a la furiosa tormenta que se había desatado en su interior.

<Veritas8877>: De acuerdo. Pero debe entender algo. Esto empezó con una madre y un hijo. No con datos. No con corporaciones.

Comenzó a escribir, no como un abogado redactando un memorando, sino como un narrador desentrañando una tragedia. Describió a Sofía Vargas, su llegada al despacho, su dignidad silenciosa, la foto arrugada de su hijo. Pintó una imagen vívida de

Mateo, no como una estadística, sino como un niño real: su asma, su amor por los superhéroes, la forma en que su madre hablaba de él en tiempo presente, como si todavía pudiera entrar corriendo por la puerta en cualquier momento.

Luego, pasó a la ley. Explicó, en el lenguaje más sencillo posible, la naturaleza insidiosa de la cláusula de arbitraje. La describió no como una herramienta legal, sino como un agujero negro, un lugar donde la justicia iba a morir en silencio, lejos de la vista del público. Explicó cómo estaba diseñada para desangrar económicamente a los demandantes, para aplastarlos con procedimientos interminables y costosos hasta que abandonaran.

<Sentinel>: Conozco los arbitrajes. Son mataderos legales. Siga.

La respuesta de Chen fue instantánea, casi impaciente. Rivas sintió que el periodista le empujaba, exigiéndole que fuera al grano. Pero Rivas sabía que el contexto era crucial. La historia de Sofía era el ancla emocional; sin ella, los datos eran solo números.

Continuó, detallando el inicio del caso, la primera y condescendiente oferta de *Valerius*, el nombramiento del Árbitro Pierce y las primeras escaramuzas. Describió el descubrimiento del documento anónimo y su corazonada de que era la clave.

<Veritas8877>: Había un nombre en ese documento. Un científico. El hombre que, según creo, diseñó Cardia-Sure. Dr. Aris Thorne.

Rivas describió la deposición de Thorne. Transcribió de memoria fragmentos del interrogatorio, la tensión palpable en la sala, la arrogancia inicial de Thorne, su creciente nerviosismo, el momento en que le mostró el documento y vio el pánico en sus ojos. Describió la intervención de Julian Croft, su fría y controlada furia, y la abrupta conclusión de la sesión.

<Sentinel>: Ha mencionado a Croft varias veces. ¿Quién es exactamente? ¿El abogado principal?

<Veritas8877>: Es mucho más que eso. Es el Director Jurídico Global de Valerius. El guardián. Su trabajo no es defender a la compañía en los tribunales. Su trabajo es asegurarse de que los casos como el de Sofía Vargas nunca lleguen a un tribunal. Es el arquitecto de la estrategia de arbitraje. Es el que entierra los secretos.

Chen tardó un poco más en responder esta vez. Rivas se imaginó al periodista al otro lado, tecleando furiosamente, tomando notas, conectando los puntos.

<Sentinel>: De acuerdo. Así que tiene a la madre afligida, al niño muerto, a la corporación malvada y al científico culpable. Es una buena historia. Pero no es suficiente. Necesito pruebas. Los datos que me dio son un buen comienzo. Mi fuente en la FDA confirmó que el "fantasma del protocolo" es real. Pero necesito vincularlo directamente a la muerte de Mateo Vargas. ¿Qué tiene?

Esta era la pregunta del millón de dólares. La pregunta que le había estado atormentando durante semanas.

<Veritas8877>: No tengo una prueba irrefutable. Todavía no. El informe de la autopsia no es concluyente. Dice "fallo cardíaco masivo de origen desconocido". Valerius argumenta que fue una anomalía congénita no detectada. Mi teoría, basada en los datos que usted tiene y en la reacción de Thorne, es que Mateo pertenecía a un subgrupo genético específico que reacciona de forma adversa a Cardia-Sure, provocando una arritmia fatal. El mismo subgrupo que fue "re-calibrado" en los ensayos clínicos.

<Sentinel>: ¿Puede probarlo?

<Veritas8877>: Estoy trabajando en ello. He contratado a un experto, un cardiólogo pediátrico. Está revisando todo. Pero Valerius está obstruyendo el proceso. Retrasan la entrega de documentos, presentan objeciones a cada solicitud. Y están jugando sucio.

Fue entonces cuando Rivas cruzó la última línea. Sabía que para que Chen se comprometiera de verdad, necesitaba entender el nivel de

riesgo, la brutalidad de la oposición. Le contó la moción de sanciones, la queja ante el Colegio de Abogados. Le contó la intrusión en su apartamento. Le contó el coche siendo manipulado y la certeza de que estaba bajo vigilancia constante. Y finalmente, con un nudo en la gargadura, le contó la visita de los abogados de Croft a su exmujer.

Se detuvo después de escribir eso último, sus dedos flotando sobre el teclado. Había puesto todas sus cartas sobre la mesa. Su carrera, su seguridad, su pasado... todo estaba ahora en manos de un extraño. El cursor parpadeó en la pantalla, un metrónomo silencioso marcando el paso de los segundos más largos de su vida.

La respuesta de Chen, cuando llegó, no fue la que esperaba.

<Sentinel>: ¿Por qué no me dijo que era abogado?

El corazón de Rivas se detuvo. Un sudor frío le recorrió la espalda. El juego había terminado. Le había pillado.

<Veritas8877>: No sé de qué me habla. Le dije que era un analista de datos.

<Sentinel>: No me tome por idiota. "Moción de sanciones", "queja ante el Colegio de Abogados", "privilegio abogado-cliente"... Habla como un abogado. Piensa como un abogado. Y la historia que me cuenta no es la de un analista de datos despedido. Es la de un abogado que está llevando el caso. El abogado de Sofía Vargas. Y está violando una orden de confidencialidad de un arbitraje al hablar conmigo.

Rivas cerró los ojos. La había cagado. En su afán por ser sincero, por transmitir la gravedad de la situación, había utilizado su propio lenguaje, la jerga que le era tan natural como respirar. Había revelado su mano.

<Veritas8877>: Si lo sabía, ¿por qué ha seguido hablando conmigo?

<Sentinel>: Porque su historia, si es cierta, es diez veces mejor ahora. Un abogado que arriesga su carrera, su licencia y su libertad para sacar a la luz la verdad... eso no es solo una historia sobre una corporación farmacéutica. Es una historia sobre la lucha por la justicia. Pero también me convierte a mí en cómplice de su desacato. Mis editores se volverán locos. Los abogados del periódico dimitirán en masa.

Un nuevo mensaje apareció antes de que Rivas pudiera responder.

<Sentinel>: Necesito una garantía. Necesito algo que me demuestre que no está loco o que no es un mentiroso desesperado. Necesito una prueba de que lo que me dice es real.

Rivas pensó a toda velocidad. ¿Qué podía darle? No podía enviarle la transcripción de la deposición, sería un suicidio. No podía darle el nombre de su experto. ¿Qué le quedaba? Solo le quedaba una cosa: la verdad. Su verdad.

<Veritas8877>: ¿Recuerda el caso de Robert Dunnigan? Hace cinco años. Se suicidó después de perder un juicio contra Valerius.

<Sentinel>: Lo recuerdo vagamente. Un antidepresivo, ¿verdad? Se alegaba que aumentaba las tendencias suicidas. El jurado no lo creyó.

<Veritas8877>: Yo era el abogado de Dunnigan.

El silencio en el chat se prolongó durante casi un minuto. Rivas podía imaginarse a Chen, buscando en los archivos de su periódico, escribiendo su nombre en un motor de búsqueda, conectando los puntos. *Daniel Rivas*. El abogado caído en desgracia. El hombre que se enfrentó a *Valerius* y perdió.

<Sentinel>: Joder.

Era una sola palabra, pero lo decía todo. Ahora la historia tenía un nuevo nivel de profundidad. Redención. Venganza. Una segunda oportunidad.

<Sentinel>: De acuerdo, Rivas. Ahora le creo. Y ahora entiendo por qué Croft va a por usted con todo lo que tiene. Esto no es solo un caso para él. Es un asunto pendiente.

<Veritas8877>: Exacto.

<Sentinel>: Bien. Esto es lo que vamos a hacer. Voy a empezar a escribir. Necesito que sea mi fuente interna. Necesito que me siga alimentando con información, pero tiene que ser más cuidadoso. No más jerga legal. Piense como un analista de datos. Necesito que me consiga una entrevista con la madre, con Sofía Vargas.

<Veritas8877>: Eso es imposible. No hablará con un periodista. Apenas confía en mí.

<Sentinel>: Pues encuentre la manera de convencerla. Sin ella, no hay corazón en la historia. Es solo una investigación corporativa. Con ella, es la portada. Y necesito hablar con su experto. De forma anónima. Una consulta de antecedentes. Quiero que me explique la ciencia en términos que mi abuela pueda entender.

<Veritas8877>: Lo intentaré.

<Sentinel>: No lo intente. Hágalo. Estoy arriesgando mi cuello por usted, Rivas. Más le vale que esto merezca la pena. Seguiremos comunicándonos a través de este chat. Misma hora, cada dos días. Esté preparado para responderme. Y por el amor de Dios, tenga cuidado. Si le pillan, no solo se hunde usted. Nos hunde a los dos.

Y con eso, la sesión terminó. El nombre de usuario "Sentinel" desapareció de la pantalla. La ventana de chat se quedó en blanco.

Rivas se reclinó en su silla, el cuerpo empapado en sudor, el corazón latiendo a mil por hora. Se sentía como si acabara de confesar sus pecados a un sacerdote invisible. Había conseguido un aliado. Un aliado poderoso, pero también exigente y peligroso. David Chen no era un salvador; era un catalizador. Iba a verter gasolina sobre el fuego que Rivas había iniciado, y ambos tendrían que rezar para no salir quemados.

Se levantó y fue hacia la ventana, apartando ligeramente una de las lamas de la persiana. Abajo, en la calle desierta, un sedán oscuro estaba aparcado al otro lado, sus luces apagadas. No había estado allí cuando llegó. No había nadie dentro, o al menos eso parecía. Pero Rivas sabía que le estaban observando. Siempre estaban observando.

Se apartó de la ventana, la sensación de vulnerabilidad más intensa que nunca. Ahora tenía un secreto más que proteger. Un secreto compartido que podía ser su salvación o su condena final. La guerra ya no era solo suya. Acababa de reclutar a su primer soldado.

CAPÍTULO 22

La noche después de su confesión a David Chen, Daniel Rivas no durmió. Se sentó en la oscuridad de su salón, con un vaso de bourbon intacto sobre la mesa de café, escuchando los sonidos de la ciudad que nunca dormía. Pero los ruidos habituales —la sirena lejana, el zumbido del metro bajo tierra, el grito ocasional en la calle — se habían transformado. Ya no eran el telón de fondo de su vida; eran posibles amenazas. Cada coche que frenaba en la calle de abajo podría ser una vigilancia. Cada clic en la línea telefónica, una escucha. El sedán oscuro que había visto desde la ventana de su despacho era ahora un fantasma que se superponía a cada vehículo aparcado que veía.

La alianza con Chen, forjada en el anonimato de un chat encriptado, era una espada de doble filo. Le había dado un arma, una esperanza de llevar la lucha más allá de las paredes claustrofóbicas del arbitraje. Pero también le había impuesto una carga casi insoportable. Las exigencias del periodista resonaban en su cabeza, cada una más imposible que la anterior: *Necesito a la madre. Necesito a su experto.*

Chen no le había pedido simples presentaciones; le había pedido que convenciera a dos personas, que ya estaban asustadas y eran vulnerables, para que dieran un salto al vacío con él. Le pedía a Sofía Vargas, una mujer indocumentada que vivía en las sombras, que se pusiera bajo el foco más brillante y despiadado de todos: el de los medios de comunicación de Nueva York. Y le pedía a la Dra.

Evelyn Miller, una académica respetada cuya carrera dependía de la financiación para la investigación y de su reputación impecable, que se convirtiera en una fuente anónima contra una de las corporaciones más poderosas y vengativas del planeta.

Rivas se levantó y caminó hacia la ventana, mirando la extensión de luces parpadeantes de Washington Heights. Se sentía como un general al que le acababan de dar dos misiones suicidas. La primera, y la más delicada, era Sofía.

Sabía que no podía llamarla. No podía citarla en su despacho. Ambos lugares estaban contaminados por la vigilancia de *Valerius*. Necesitaba un terreno neutral, un lugar donde ella se sintiera segura y donde pudieran hablar sin temor a ser escuchados. Solo había un lugar que cumplía esos requisitos.

A la mañana siguiente, en lugar de dirigirse al sur, hacia el Bronx, Rivas cogió el tren 1 en dirección norte hasta la última parada, Van Cortlandt Park. Desde allí, caminó varias manzanas hacia el este, adentrándose en el barrio de Woodlawn, un enclave predominantemente irlandés conocido por sus pubs y por el vasto e histórico cementerio que le daba nombre. Pero Rivas no se dirigía al cementerio. Su destino era la iglesia de Santa Marta, una modesta parroquia católica de ladrillo rojo que atendía a la creciente comunidad hispana de la zona. Sabía por sus conversaciones con Sofía que era la iglesia a la que asistía, el único santuario en su precaria existencia.

Llegó media hora antes de la misa diaria de las nueve. La iglesia estaba casi vacía, fresca y silenciosa. El aire olía a cera de velas, incienso viejo y madera pulida. Se sentó en uno de los últimos bancos, sintiéndose extrañamente fuera de lugar. No era un hombre religioso. Los únicos santuarios que había conocido eran las bibliotecas de derecho y las salas de tribunal, y había perdido la fe en ambos.

Sofía llegó diez minutos después. Llevaba un vestido sencillo y un pañuelo cubriéndole el pelo. No le vio al principio. Caminó por el

pasillo central, hizo una genuflexión ante el altar y se arrodilló en uno de los bancos delanteros para rezar. Rivas la observó, sintiendo una punzada de culpa. Iba a profanar el único lugar donde ella encontraba paz con los problemas del mundo exterior.

Esperó a que terminara sus oraciones. Cuando se levantó y se dio la vuelta para marcharse, sus miradas se encontraron. Una expresión de sorpresa, seguida de una inmediata preocupación, cruzó su rostro. Ver a su abogado en su iglesia solo podía significar malas noticias. Rivas le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza y señaló un pequeño banco de piedra en un jardín lateral junto a la iglesia, un espacio resguardado con una estatua de San Francisco de Asís.

Ella asintió, entendiendo la necesidad de discreción, y salió por una puerta lateral. Rivas la siguió unos instantes después.

Se sentaron en el banco, el sol de la mañana filtrándose a través de las hojas de un viejo roble. El ruido del tráfico de la cercana avenida Katonah era un murmullo lejano.

—Señor Rivas —dijo ella, su voz apenas un susurro—. ¿Ha pasado algo? ¿Alguna noticia?

—No directamente del arbitraje —respondió él, eligiendo sus palabras con sumo cuidado—. Pero he estado explorando otras vías, otras formas de presionar a *Valerius*. Como le dije, el arbitraje está diseñado para favorecerles. Necesitamos encontrar una manera de nivelar el campo de juego.

Ella le escuchaba con atención, sus manos entrelazadas en su regazo, sus nudillos blancos.

—He encontrado a alguien —continuó Rivas—. Alguien que puede ayudarnos a contar la historia de Mateo. Una persona que puede hacer que el mundo escuche.

La desconfianza nubló inmediatamente sus ojos. —¿Qué clase de persona?

—Un periodista.

Sofía se puso rígida. La palabra pareció colgar en el aire entre ellos, cargada de connotaciones de explotación, de cámaras en la cara, de titulares sensacionalistas.

—No —dijo, tajante. Sacudió la cabeza—. No, señor Rivas. No hablaré con nadie. Le contraté a usted para que fuera mi voz. Solo a usted.

—Sofía, por favor, escúcheme —suplicó él, manteniendo la voz baja y calmada—. No es lo que está pensando. No se trata de un circo mediático. Es un periodista de investigación muy respetado. Uno de los mejores. Está investigando a *Valerius* por otras razones. Si le contamos lo que pasó con Mateo, de forma anónima al principio, podría ser la pieza que necesita para exponer lo que están haciendo.

—¿Anónima? ¿Cómo puede ser anónima la historia de mi hijo? Sabrán quién es. Sabrán quién soy yo. Vendrán a por mí.

Su miedo era palpable, una cosa viva y temblorosa. Rivas sabía que no solo temía a *Valerius*. Temía a Inmigración. Temía que cualquier tipo de atención pública la pusiera en el radar de las autoridades, que pudiera perderlo todo, el poco mundo que había construido para sí misma después de haber perdido ya lo más importante.

—Yo la protegeré —dijo él, aunque las palabras sonaron huecas incluso para sus propios oídos. ¿Cómo podía protegerla de un enemigo tan vasto y de un sistema tan indiferente?—. Nos aseguraremos de que su identidad esté protegida. Podemos referirnos a usted como "una madre del Bronx". No daremos ningún detalle que pueda identificarla.

—Pero querrán hablar conmigo. Me harán preguntas. Me harán revivirlo todo... otra vez.

—Sí, lo harán —admitió Rivas, sabiendo que mentirle sería un error fatal—. Será difícil. Doloroso. Pero piense en lo que podríamos conseguir. Si esta historia sale a la luz, *Valerius* ya no podrá esconderse en el secreto del arbitraje. La presión pública será inmensa. Se verán obligados a responder. Y quizás... quizás otras

familias, otras madres que han pasado por lo mismo, encontrarán el valor para hablar. Su voz podría ser la primera de muchas.

Vio la lucha en su rostro. La batalla entre su instinto de autoconservación y su abrumador deseo de que la muerte de Mateo significara algo, de que no fuera simplemente una "anomalía estadística" borrada de los registros de una corporación.

Para ganarse su confianza, Rivas supo que tenía que darle algo a cambio. Tenía que mostrarle su propia vulnerabilidad.

—Sofía —dijo, y su voz bajó de tono, volviéndose más personal—. Hace cinco años, yo representé a otro cliente contra *Valerius*. Un buen hombre llamado Robert Dunnigan. Le prometí que conseguiría justicia para él y su familia. Le dije que confiara en mí. Y perdí. El sistema me aplastó. Y dos semanas después, él se quitó la vida.

Era la primera vez que verbalizaba su culpa de forma tan directa a alguien que no fuera Marco o su terapeuta. Una lágrima silenciosa rodó por la mejilla de Sofía. No era una lágrima de pena por él, sino de comprensión. Vio que él no era solo un abogado; era un compañero en el club de los agraviados por *Valerius*.

—No dejaré que eso vuelva a pasar —continuó Rivas, su voz cargada de una emoción que rara vez se permitía mostrar—. Esta vez es diferente. Con Mateo, es diferente. No me rendiré. Pero no puedo hacerlo solo. Necesito su ayuda. Necesito su fuerza.

Se quedaron en silencio durante un largo rato. Sofía miró la estatua de San Francisco, luego el cielo azul pálido, como si buscara una señal. Finalmente, sus ojos se posaron de nuevo en Rivas.

—Si hablo —dijo, su voz apenas audible pero firme—, será sin cámaras. Sin mi nombre. Y usted tiene que estar allí. En cada momento. No hablaré con él a solas.

Un inmenso alivio inundó a Rivas, tan poderoso que casi le hizo sentirse mareado. —Estaré allí —prometió—. Cada segundo.

Había superado el primer obstáculo. Ahora venía el segundo, que podría ser aún más difícil.

Dejó a Sofía en la iglesia y se dirigió al centro. Necesitaba un teléfono público, un anacronismo en la era de los smartphones, pero una necesidad para la llamada que estaba a punto de hacer. Encontró una cabina telefónica que aún funcionaba en una esquina mugrienta cerca de Penn Station, un dinosaurio de metal y cristal que olía a orina. Introdujo una moneda y marcó el número de la oficina de la Dra. Evelyn Miller en el hospital Mount Sinai.

La voz de su asistente fue cortés y eficiente. Rivas no dio su nombre.

—Necesito hablar con la Dra. Miller, por favor. Es un asunto personal y urgente.

—La doctora está entre pacientes. ¿Puedo tomar un mensaje?

—Dígale que es sobre el "caso pediátrico del Bronx" que está revisando. Es importante.

Hubo una pausa. Rivas sabía que la Dra. Miller le habría dado instrucciones a su asistente sobre cómo manejar sus llamadas. El "caso pediátrico del Bronx" era su código.

—Espere un momento, por favor.

La espera fue tensa. Rivas observaba a la gente pasar, sintiéndose absurdamente expuesto en la cabina de cristal. Finalmente, la voz nítida y profesional de la Dra. Miller llegó a la línea.

—¿Quién es?

—Soy yo, doctora —dijo Rivas, manteniendo la voz baja—. Perdón por la llamada, pero esto no podía esperar a un correo electrónico.

—Aprecio la discreción. ¿Qué ocurre? He estado revisando los archivos que me envió. Es un rompecabezas. La falta de datos de *Valerius* es... frustrante.

—Esa es una de las razones por las que llamo. He encontrado a alguien que está muy interesado en la falta de datos de *Valerius*. Un periodista de investigación del *New* York *Sentinel*.

El silencio al otro lado de la línea fue glacial. Cuando la Dra. Miller habló, su tono había perdido toda su calidez.

—Absolutamente no. Señor Rivas, soy una científica, no una activista. Mi credibilidad se basa en datos revisados por pares y en la objetividad. Hablar con la prensa, incluso de forma anónima, es un suicidio profesional. Si *Valerius* se enterara, me pondrían en una lista negra. Ninguna compañía farmacéutica volvería a financiar mi investigación.

—Doctora, lo entiendo perfectamente —dijo Rivas, tratando de mantenerla en la línea—. Y no le pediría esto si no fuera absolutamente crucial. Este periodista, David Chen, es de la vieja escuela. Es discreto y protege a sus fuentes. Ya ha verificado de forma independiente que *Valerius* ocultó datos problemáticos durante los ensayos clínicos. Lo que necesita es que alguien le explique la ciencia. Que le explique por qué esos datos ocultos son tan importantes. Una consulta de antecedentes. Totalmente anónima. Nunca sabrá su nombre. Nunca se citará a "una fuente del Mount Sinai".

—El riesgo es demasiado alto.

—¿Y qué hay del riesgo de no hacer nada? —presionó Rivas, su voz se cargó de urgencia—. Usted misma vio los informes. Vio el electrocardiograma de Mateo. Sabe, como yo, que algo no cuadra. *Valerius* cuenta con que la gente como usted, la gente buena y ética, tenga demasiado miedo para hablar. Así es como ganan.

Hubo otra larga pausa. Rivas podía oír la débil respiración de la doctora. Podía imaginársela en su despacho, rodeada de sus diplomas y premios, sopesando toda una vida de trabajo contra el imperativo moral de esa única llamada telefónica.

—Si yo hiciera esto —dijo finalmente, y el "si" era una puerta que se abría una rendija—, tendría que ser bajo mis términos. Una única llamada. Usando un software de encriptación de voz. Él no haría preguntas sobre mí. Solo sobre la ciencia. Y si en algún momento me siento incómoda, cuelgo. Fin de la historia.

Era más de lo que Rivas se había atrevido a esperar. —Es todo lo que pido, doctora. Gracias.

Colgó el teléfono sintiendo que había corrido un maratón. Había conseguido las dos piezas que Chen le había exigido. Dos piezas frágiles y reacias, pero eran un comienzo.

Esa noche, a las diez en punto, estaba de nuevo frente a su ordenador portátil, con el programa de chat abierto. La conexión se estableció puntualmente.

<Sentinel>: Informe.

Rivas tecleó, resumiendo los acontecimientos de los dos últimos días.

<Veritas8877>: He hablado con la madre. Ha aceptado hablar con usted. Bajo condiciones estrictas: sin cámaras, sin su nombre, y yo tengo que estar presente. También he hablado con mi experto. Acepta una única llamada anónima con usted para discutir la ciencia.

La pausa antes de la respuesta de Chen fue más larga de lo habitual. Rivas se preguntó si estaría decepcionado con las condiciones, si las consideraría demasiado restrictivas.

<Sentinel>: Es mejor de lo que esperaba. La gente asustada es gente creíble. Fija la reunión con la madre para dentro de dos días. Un lugar tranquilo y discreto. Envíame la hora y el lugar a través de un nuevo correo anónimo. Para la llamada con el experto, te enviaré un enlace a un servicio de VoIP encriptado. Se lo reenvías. La llamada será mañana por la noche.

<Veritas8877>: Entendido.

<Sentinel>: Una cosa más, Rivas. He estado investigando a Julian Croft. Es más que un simple abogado. Es un operador. Tiene conexiones políticas profundas y una reputación de usar tácticas de tierra quemada. La gente que se cruza con él tiende a tener mala suerte. Accidentes. Auditorías fiscales. Problemas que surgen de la nada.

El mensaje era una advertencia clara. Chen no solo estaba construyendo un caso contra *Valerius*; estaba perfilando a su enemigo.

<Sentinel>: El artículo está tomando forma. Pero nos falta la pistola humeante. La prueba que conecte directamente el encubrimiento de los datos con la muerte del niño. Sigue cavando, Rivas. Necesito que me encuentres esa pistola.

La sesión terminó. Rivas se quedó mirando la pantalla en blanco. *Sigue cavando*. Era fácil decirlo para Chen. Rivas sentía que estaba cavando su propia tumba. Pero por primera vez, tenía la sensación de que podría encontrar algo más que oscuridad en el fondo. Podría encontrar la verdad.

CAPÍTULO 23

La noche siguiente, el despacho de Daniel Rivas se transformó en un centro de mando clandestino. A las nueve y media, había corrido las persianas, comprobado la cerradura dos veces y puesto su teléfono móvil, envuelto en papel de aluminio por una ráfaga de paranoia, en el cajón más bajo de su archivador. El único dispositivo electrónico activo era su ordenador portátil, que zumbaba silenciosamente sobre el escritorio. Siguiendo las instrucciones de David Chen, había descargado el software de VoIP encriptado, un programa de aspecto espartano que prometía una comunicación segura y anónima.

Había pasado la tarde preparando a la Dra. Evelyn Miller para la llamada, aunque "preparando" era un término generoso. Su conversación, mantenida a través de otra llamada desde un teléfono público, había sido breve y tensa. Ella había reiterado sus condiciones con la precisión de un cirujano: solo hablaría de la ciencia, no especularía, y colgaría al menor indicio de que se intentaba averiguar su identidad. Rivas le había asegurado que entendía y le había enviado el enlace encriptado. Ahora, todo lo que podía hacer era esperar y rezar para que no se echara atrás en el último momento.

A las diez en punto, la pantalla de su portátil cobró vida. Una notificación le informó de que dos usuarios se habían conectado al canal de comunicación seguro. Uno era "Sentinel". El otro, un

identificador alfanumérico aleatorio que Rivas supuso que pertenecía a la Dra. Miller. No había vídeo, solo una interfaz de audio.

—¿Veritas? —La voz de Chen, distorsionada digitalmente para enmascarar sus características únicas, sonó a través de los altavoces del portátil. Era plana, metálica, desprovista de emoción.

—Estoy aquí —respondió Rivas, su propio micrófono alterando su voz de forma similar.

—¿Está nuestra experta en la línea?

Hubo un momento de silencio. Rivas contuvo la respiración. Entonces, una tercera voz, igualmente computerizada pero reconociblemente femenina por su cadencia, habló.

—Estoy aquí. Me llamarán "Fuente Médica". Empecemos. Tengo poco tiempo.

La Dra. Miller sonaba tan tensa como un alambre de piano. Rivas podía imaginársela en su despacho del Mount Sinai o en el estudio de su casa, rodeada de la seguridad de su vida académica, sintiendo que cada palabra era un paso en un campo de minas.

—Gracias por su tiempo, Fuente Médica —dijo Chen, yendo directamente al grano—. He revisado un conjunto de datos anónimos relacionados con los ensayos clínicos de fase II de un medicamento cardiovascular. Los datos parecen mostrar la eliminación o "re-calibración" de los resultados de un subgrupo demográfico específico. ¿Puede explicar, en términos sencillos, por qué alguien haría eso?

—Hay razones legítimas y otras que no lo son —respondió la Dra. Miller, su voz era un flujo constante de información clínica—. Legítimamente, se puede excluir un subgrupo si se descubre que los datos fueron recogidos de forma incorrecta o si una variable externa no controlada los contaminó. Sin embargo, esto debe documentarse de forma transparente en el informe del ensayo. La razón ilegítima, y la más común en estos casos, es ocultar un resultado adverso. Si un subgrupo específico muestra una reacción negativa estadísticamente

significativa a un medicamento, su eliminación puede hacer que los resultados generales parezcan más seguros de lo que realmente son. Es una forma de fraude científico.

—Los datos que vi mencionaban "picos de troponina" e "irregularidades en el intervalo QT" en este subgrupo —dijo Chen.

—Ambos son indicadores extremadamente serios de estrés cardíaco —explicó la Dra. Miller, su tono se volvió más intenso, el de una profesora explicando un punto crucial—. La troponina es una proteína que se libera en la sangre cuando el músculo cardíaco sufre daños, como durante un infarto. Sus niveles elevados son una señal de alarma inequívoca. El intervalo QT es una medida de tiempo en un electrocardiograma que representa la fase de repolarización del corazón, básicamente, el tiempo que tarda el músculo cardíaco en recargarse entre latidos. Un intervalo QT prolongado puede llevar a arritmias peligrosas, incluyendo una condición llamada *Torsades de Pointes*, que puede degenerar en fibrilación ventricular y muerte súbita.

Rivas escuchaba, fascinado. La Dra. Miller estaba traduciendo los fríos números del informe anónimo en un lenguaje de vida o muerte. Estaba proporcionando el "porqué" científico que Chen necesitaba.

—El caso que estoy investigando —continuó Chen— involucra a un niño de ocho años que murió de un "fallo cardíaco masivo de origen desconocido" mientras tomaba este medicamento. Suponiendo, hipotéticamente, que este niño perteneciera a ese subgrupo genético, ¿podría el medicamento haber causado su muerte?

—Hipotéticamente —enfatizó la Dra. Miller, y Rivas pudo oír la cautela en su voz distorsionada—, si un niño con una predisposición genética subyacente, incluso una no detectada previamente, tomara un medicamento que prolonga el intervalo QT, podría desencadenar una arritmia fatal. Sería la tormenta perfecta. El medicamento no crearía la predisposición, pero actuaría como el detonante. Parecería una muerte súbita y natural, a menos que supieras exactamente qué buscar y tuvieras los datos de los ensayos clínicos para respaldar tu

sospecha. Sin esos datos, es casi imposible de probar. La ausencia de esos datos es, en sí misma, la prueba más condenatoria.

Chen guardó silencio por un momento, dejando que el peso de esa última frase se asentara.

—Una última pregunta, Fuente Médica. ¿Por qué un científico principal, el diseñador del medicamento, entraría en pánico si se le presentaran pruebas de este encubrimiento?

—Porque no podría alegar ignorancia —respondió ella al instante—. El científico principal de un proyecto de esta magnitud conoce cada punto de datos. Supervisa cada fase. Si los datos fueron manipulados, él lo sabía. Y si lo sabía y no hizo nada, no solo es culpable de fraude científico, sino que es cómplice de las consecuencias. Su carrera se acabaría. Y dependiendo de la jurisdicción y de las muertes resultantes, podría enfrentarse a cargos criminales.

Rivas sintió un escalofrío. La Dra. Miller acababa de describir, sin saberlo, el terror que había visto en los ojos de Aris Thorne.

—Gracias, doctora. Ha sido de gran ayuda —dijo Chen.

—He dicho lo que tenía que decir —respondió ella—. No volveré a hablar de esto. No me contacten de nuevo.

Y con un clic, el identificador alfanumérico desapareció de la pantalla. Se había ido.

—Lo tienes —dijo Rivas en el canal ahora silencioso.

—Sí —respondió la voz metálica de Chen—. Tengo la ciencia. Ahora necesito el corazón. ¿La reunión con la madre sigue en pie para mañana?

—Sí. Te he enviado los detalles como acordamos.

—Bien. Sé puntual, Rivas. Y asegúrate de que ella esté lista.

La conexión se cortó. Rivas se quedó mirando la pantalla en blanco, el silencio de la oficina ahora más profundo que antes. Había

superado una prueba. Pero la más importante aún estaba por llegar.

Al día siguiente, Rivas se reunió con Sofía en una pequeña cafetería familiar en Astoria, Queens. El lugar había sido elección de Marco, que lo había descrito como "el tipo de sitio donde nadie mira a nadie dos veces". Estaba lo suficientemente lejos de sus respectivos barrios como para ser seguro, pero era lo suficientemente anodino como para no llamar la atención. El aire olía a café fuerte y a pasteles griegos.

Rivas y Sofía se sentaron en un reservado en la parte de atrás, lejos de la ventana. Ella estaba visiblemente nerviosa, sus manos retorciendo una servilleta de papel hasta convertirla en una bola deshilachada. Rivas le había explicado lo que podía esperar, le había asegurado una y otra vez que él estaría allí para intervenir si las cosas se ponían demasiado difíciles.

David Chen llegó exactamente a la hora acordada. Llevaba unos vaqueros, un jersey y una chaqueta deportiva, un atuendo deliberadamente discreto. Cuando se acercó a su mesa, Rivas vio algo en él que no había visto en Grand Central: un atisbo de humanidad, una suavidad en los ojos que contradecía su reputación de perro de presa.

—Señora Vargas —dijo en un español casi perfecto, para sorpresa de Rivas—, soy David Chen. Gracias por aceptar hablar conmigo. Sé lo difícil que es esto.

Se sentó frente a ella, no frente a Rivas. Sacó una pequeña grabadora digital y un bloc de notas y los colocó sobre la mesa, pero no los encendió.

—No grabaré nada ni escribiré nada hasta que usted me dé permiso —dijo suavemente—. Y si en algún momento quiere parar, pararemos. Esto es su historia. Usted tiene el control. Daniel me ha explicado su situación. Entiendo sus miedos. Mi único objetivo aquí es entender lo que le pasó a su hijo.

Sofía miró a Rivas, quien le dio un leve asentimiento de ánimo. Ella respiró hondo y asintió a Chen.

El periodista no empezó con preguntas sobre el medicamento o los médicos. Empezó con una pregunta sencilla.

—Cuénteme cómo era Mateo.

Y con eso, el dique se rompió. Sofía empezó a hablar, al principio con vacilación, luego con una fluidez impulsada por el amor y el dolor. Describió a su hijo no como una víctima, sino como una fuerza de la naturaleza. Contó cómo le encantaban los sándwiches de queso a la plancha, pero solo si se los cortaban en triángulos. Cómo dibujaba superhéroes durante horas, creando sus propios personajes con poderes extraños y maravillosos. Contó cómo, a pesar de su asma, intentaba seguir el ritmo de los niños mayores en el parque, acabando siempre sin aliento pero con una sonrisa de oreja a oreja.

Chen escuchaba. No interrumpía. Solo asentía de vez en cuando, sus ojos nunca se apartaban de los de ella. Rivas vio el arte de un verdadero entrevistador en acción. Chen estaba construyendo una relación de confianza, permitiendo que Sofía guiara la conversación, que pintara el retrato de su hijo con sus propias palabras.

Solo cuando ella hizo una pausa, con los ojos llenos de lágrimas, él le hizo la siguiente pregunta.

—¿Cuándo se dio cuenta de que algo iba mal?

Sofía describió las últimas semanas de la vida de Mateo. Los mareos que él atribuía a jugar demasiado. La forma en que se quedaba sin aliento más fácilmente de lo normal. La visita al pediatra, que le diagnosticó una arritmia leve y le recetó Cardia-Sure como una medida "preventiva y segura". Recordó las palabras exactas del médico: "Es lo último del mercado, completamente seguro para los niños".

Luego, con la voz rota, describió la última noche. Mateo se había quejado de que su corazón "corría como un caballo". Se había despertado en mitad de la noche, gritando, antes de desplomarse.

Describió el pánico, la llamada al 911, los paramédicos trabajando frenéticamente en el suelo de su pequeño apartamento, el silencio ensordecedor en la sala de emergencias cuando el médico salió para darle la noticia.

Llegados a este punto, Sofía estaba sollozando abiertamente, un dolor silencioso y desgarrador que sacudía todo su cuerpo. Rivas le puso una mano en el hombro. Chen apagó la grabadora, que Rivas no se había dado cuenta de que había encendido.

—Es suficiente por hoy, señora Vargas —dijo Chen, su voz llena de una empatía que Rivas sabía que era genuina—. Tiene todo lo que necesito. Ha sido increíblemente valiente.

Esperaron a que Sofía se recompusiera. Rivas pidió un taxi para ella y le dio dinero para el viaje, asegurándose de que el conductor tuviera la dirección correcta. La vio marcharse, una figura frágil y solitaria subiendo a un taxi amarillo, y sintió el peso de la responsabilidad que tenía hacia ella más intensamente que nunca.

Cuando volvió a la cafetería, Chen estaba guardando sus cosas.

—Tiene un corazón de león —dijo el periodista, refiriéndose a Sofía —. Si el jurado pudiera oír lo que yo acabo de oír, el caso se acabaría en cinco minutos.

—Pero no hay jurado —le recordó Rivas.

—No. Pero pronto habrá millones de lectores —dijo Chen—. Tengo lo que necesito. La ciencia de su experta y el corazón de esa mujer. Puedo escribir una historia que hará mucho daño a *Valerius*. Una historia que les pondrá bajo un microscopio que no podrán soportar.

Rivas sintió una oleada de triunfo, pero fue efímera. Sabía lo que venía después.

—Pero... —dijo Rivas.

—Pero... —confirmó Chen, mirándole fijamente—. Sigue siendo una historia circunstancial. Tengo a la madre, tengo la ciencia sospechosa, tengo el encubrimiento de los datos. Puedo conectar los

puntos. Puedo insinuar. Puedo sugerir. Pero no puedo probar la intención. No puedo probar que un ejecutivo en una torre de cristal en Manhattan supiera que su medicamento era peligroso y decidiera venderlo de todos modos. Me falta la pistola humeante.

Se levantó, echándose la chaqueta al hombro.

—Voy a empezar a escribir. Mis editores me darán una semana, quizás dos, antes de que empiecen a presionar para publicar. Eso es todo el tiempo que tienes, Rivas. Encuéntrame esa prueba. Encuéntrame el documento, el correo electrónico, el testigo que demuestre que Julian Croft sabía del "fantasma del protocolo". Si me traes eso, no escribiremos una historia que les haga daño. Escribiremos una historia que los entierre.

Chen dejó un billete de veinte dólares sobre la mesa, asintió a Rivas y salió de la cafetería, dejando al abogado solo con la tarea más imposible de todas. Tenía dos semanas para encontrar la prueba que había estado buscando durante meses, una prueba que *Valerius* y Julian Croft habían hecho todo lo posible por asegurarse de que nunca viera la luz del día.

CAPÍTULO 24

Daniel Rivas salió de la cafetería de Astoria y se sumergió en el anónimo ajetreo de la avenida Steinway. El sol de la tarde proyectaba largas sombras que se extendían como dedos por la acera, y por primera vez, Rivas sintió que esas sombras le pertenecían a Julian Croft. Las palabras de David Chen resonaban en su cabeza, un ultimátum que era a la vez una sentencia y un salvavidas: Dos semanas. Encuéntrame la pistola humeante.

Dos semanas. Catorce días para lograr lo que no había podido conseguir en meses: penetrar la fortaleza legal de *Valerius Pharmaceuticals* y extraer una sola pieza de evidencia que Croft había enterrado bajo capas de privilegio legal, confidencialidad y pura intimidación. Era como pedirle que encontrara una aguja específica en un pajar del tamaño de Manhattan, con la complicación añadida de que el pajar estaba en llamas y rodeado de guardias armados.

Se sentía expuesto, vulnerable. Sabía que volver a su despacho o a su apartamento era inútil. Eran lugares contaminados. Necesitaba hablar con Marco, y necesitaba hacerlo en un lugar donde pudieran pensar sin la presión constante de la vigilancia. Sacó su teléfono móvil, pero se detuvo antes de marcar. El recordatorio de Marco sobre el coche y la posible clonación de su teléfono le heló la sangre. Usar su propio teléfono era como enviar una invitación a Croft para que escuchara sus planes.

Caminó sin rumbo durante varias manzanas, sumido en sus pensamientos, hasta que vio su salvación: una tienda de electrónica barata. Entró y, pagando en efectivo, compró el teléfono de prepago más simple que tenían. Salió de la tienda, caminó otras dos manzanas para asegurarse de que no le seguían, se metió en la boca de una estación de metro y, en la relativa privacidad del andén subterráneo, activó el teléfono. Marcó el número de Marco.

—Habla —respondió la voz del investigador, sin preámbulos.

—Soy yo. Teléfono nuevo —dijo Rivas—. Necesitamos vernos. Ahora.

—¿Dónde estás?

—Astoria.

—No te muevas de ahí. Coge el tren R en dirección a Manhattan. Bájate en la parada de la calle 57 y la Séptima Avenida. Sal por la esquina noroeste, junto al Carnegie Hall. Camina hacia el norte por la Séptima. Te encontraré. Y tira ese teléfono en cuanto cuelgues.

Rivas hizo exactamente lo que le dijo. Partió la tarjeta SIM, tiró las dos mitades en una papelera y el cuerpo del teléfono en otra a la entrada del metro. El viaje en tren fue una tortura. Cada pasajero que le miraba, cada hombre de traje absorto en su teléfono, le parecía un posible agente de *Sabre Security*. La paranoia se había convertido en su estado natural.

Salió a la ruidosa grandeza de Midtown y comenzó a caminar hacia el norte, con el imponente Carnegie Hall a su espalda. Unos minutos después, el discreto sedán de Marco se detuvo a su lado. Rivas se subió rápidamente.

—Bonito paseo —dijo Marco, incorporándose al denso tráfico que se dirigía hacia Central Park—. ¿Qué ha pasado? Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Peor —respondió Rivas—. He visto el futuro. Y es un plazo de dos semanas.

Mientras Marco conducía sin un destino aparente, simplemente moviéndose con el flujo de la ciudad para evitar ser un blanco fácil, Rivas le contó todo. Le resumió la llamada con la Dra. Miller, la desgarradora entrevista con Sofía Vargas y, finalmente, el ultimátum de Chen.

—Quiere la prueba que demuestre que Croft sabía —concluyó Rivas —. El correo electrónico, el memorando, el testigo. La pistola humeante. Y si no se la consigo en dos semanas, publicará la historia que tiene. Será dañina para *Valerius*, sí. Pero no los destruirá. Y nos dejará a nosotros, y a Sofía, expuestos a la tormenta de mierda que desatarán.

Marco escuchó en silencio, sus nudillos blancos sobre el volante mientras procesaba la información. No era un hombre dado a las expresiones de pánico, pero Rivas vio una nueva tensión en la línea de su mandíbula.

—Dos semanas —repitió Marco, como si probara el peso de las palabras—. Es una locura. Es como pedirnos que escalemos su maldita torre de cristal con las manos desnudas.

—Lo sé. Pero es lo que tenemos. Así que la pregunta es: ¿cómo lo hacemos? ¿Cómo encontramos una prueba que está enterrada en el corazón de su sistema?

Comenzó la sesión de estrategia más desesperada de sus vidas. Descartaron las opciones obvias casi de inmediato.

—El descubrimiento legal está muerto —dijo Rivas, pensando en voz alta—. Mis solicitudes de documentos están empantanadas en objeciones. Incluso si presentara una moción para obligarles a entregar algo, tardarían meses en responder, y aun así, nos darían miles de páginas de basura irrelevante para ocultar la única que importa. El Árbitro Pierce no va a ayudarnos. Me ha dejado claro que quiere mantener esto bajo control.

—¿Hackearles? —sugirió Marco, aunque su tono indicaba que ya sabía la respuesta.

—¿Estás de broma? —replicó Rivas—. Su seguridad informática probablemente hace que la del Pentágono parezca un juego de niños. Y aunque pudiéramos entrar, cualquier prueba obtenida ilegalmente sería inadmisible y nos llevaría directamente a la cárcel. No podemos arriesgarnos.

Dieron vueltas a Central Park, el paisaje de árboles otoñales contrastando con la fría y dura lógica de su conversación. Se estaban quedando sin opciones. La fortaleza era impenetrable.

—Entonces, nos estamos equivocando de enfoque —dijo Marco finalmente, su voz cortando el frustrado silencio—. Estamos intentando atravesar los muros. Es imposible. Tenemos que encontrar a alguien que ya esté dentro y que pueda abrirnos una puerta.

—Un informante —dijo Rivas, la idea a la vez obvia y aterradora.

—Exacto. Alguien con acceso. Alguien con conciencia. O, mejor aún, alguien con un rencor.

Empezaron a repasar la lista de posibles candidatos. Era deprimentemente corta.

—Los abogados del bufete de Croft son leales hasta la médula —dijo Rivas—. Están demasiado bien pagados y demasiado asustados de él como para traicionarle. Los ejecutivos de alto nivel de *Valerius* están implicados. No van a hundir su propio barco.

—¿Y la gente de nivel inferior? —preguntó Marco—. ¿Asistentes legales? ¿Personal de TI?

—Demasiado arriesgado para ellos, y probablemente no tienen acceso a lo que necesitamos. Croft no es estúpido. El tipo de documento que buscamos estaría en un servidor seguro con acceso muy restringido. Solo un puñado de personas podría verlo.

El círculo se iba cerrando, llevándoles a la única conclusión lógica, a la única persona que se encontraba en la intersección del conocimiento, la culpabilidad y el pánico.

—Thorne —dijo Rivas en voz baja.

—Thorne —repitió Marco, asintiendo—. El científico. El que se derrumbó en la deposición. Es nuestro hombre. No es un soldado corporativo. Es un académico en el fondo de su corazón. Un hombre que se preocupa por su reputación, por su legado. Y ahora mismo, debe de estar aterrorizado.

Habían encontrado su objetivo. Pero encontrarlo era la parte fácil. La pregunta era cómo llegar a él.

—No podemos simplemente acercarnos a él y pedirle que nos ayude —dijo Rivas—. Está rodeado por los abogados de Croft. Probablemente le tienen vigilado las veinticuatro horas del día. Si intentamos contactar con él, lo sabrán al instante y lo usarán en nuestra contra.

—Entonces no nos acercamos a él con una petición —dijo Marco, y Rivas pudo ver cómo la mente del ex-detective empezaba a trabajar, a buscar ángulos, a buscar debilidades—. Nos acercamos a él con una palanca. Necesitamos encontrar algo en su vida, algo que no tenga nada que ver con *Valerius*, que podamos usar para presionarle. Algo que le asuste más que Julian Croft.

—¿Chantaje? —preguntó Rivas, el sabor de la palabra amargo en su boca.

—Prefiero llamarlo "creación de incentivos" —corrigió Marco con una sonrisa irónica—. Escucha, Danny, estamos en una pelea de navajas en un callejón. No podemos permitirnos el lujo de luchar según las reglas del marqués de Queensberry. Croft ya nos ha demostrado que no tiene límites. ¿Visitar a tu exmujer? Eso fue un mensaje. Nos dijo que todo está sobre la mesa. Bien, pues ahora todo está sobre la mesa para nosotros también.

Rivas odiaba la idea. Iba en contra de todo lo que le habían enseñado, de todo en lo que creía como abogado. Pero en el fondo, sabía que Marco tenía razón. Estaban en una guerra asimétrica. Jugar limpio era una receta para el desastre.

—De acuerdo —dijo Rivas, con una sensación de náusea—. ¿Qué hacemos?

—Tú te centras en el frente legal —ordenó Marco, asumiendo el papel de estratega de campo—. Sigue presentando escritos. Mantén la presión. Haz que parezca que tu única estrategia es la legal. Distráelos. Mientras tanto, yo me encargo de Thorne. Voy a hacer lo que mejor sé hacer: voy a investigar a ese hombre hasta los huesos. Voy a averiguar dónde come, dónde bebe, con quién habla, a quién le debe dinero, qué secretos esconde. Voy a encontrar una grieta en su armadura. Y cuando la encuentre, la usaremos para abrirle en canal.

Durante los días siguientes, Rivas y Marco ejecutaron su plan. Rivas se encerró en su despacho, redactando mociones y solicitudes de descubrimiento que sabía que serían denegadas, creando una cortina de humo de actividad legal. Mantuvo sus comunicaciones con Chen a través del chat encriptado, informándole de que estaba "trabajando en varias pistas prometedoras", una verdad a medias que mantenía al periodista a raya.

Mientras tanto, Marco desapareció en el mundo de la investigación privada. Usando viejos contactos y bases de datos a las que solo él tenía acceso, empezó a construir un perfil completo del Dr. Aris Thorne. Se sumergió en registros públicos, informes de crédito, escrituras de propiedad, artículos de prensa y publicaciones académicas.

La primera semana del plazo de Chen pasó volando, una cuenta atrás implacable que aumentaba la presión con cada día que pasaba. Marco le daba a Rivas informes diarios, reuniones rápidas y discretas en diferentes puntos de la ciudad.

Al principio, el perfil de Thorne era impecablemente aburrido. Un científico brillante y adicto al trabajo. Casado desde hacía treinta años con la misma mujer, una profesora de historia del arte. Dos hijos adultos, ambos con éxito. Vivía en una casa elegante pero no ostentosa en Greenwich, Connecticut. Conducía un Volvo. No tenía

deudas de juego conocidas, ni aventuras, ni vicios aparentes. Era un pilar de su comunidad.

—Este tipo es más limpio que un santo —se quejó Marco durante una reunión en el ferry de Staten Island, su voz ahogada por el viento—. O es el mejor del mundo escondiendo sus secretos.

—Sigue cavando, Marco —le instó Rivas, la propia frase de Chen resonando en sus oídos—. Tiene que haber algo. Nadie es perfecto.

Marco siguió cavando. Y en el noveno día del plazo, con solo cinco días restantes, encontró algo.

Se reunieron en su lugar habitual, el coche de Marco, esta vez aparcado con vistas al East River desde un mirador en Brooklyn Heights. Marco no dijo nada al principio. Simplemente le entregó a Rivas una tableta. En la pantalla, había un artículo de una pequeña publicación online de Connecticut dedicada a la filantropía local.

El artículo, fechado hacía seis meses, era un perfil de varias organizaciones benéficas. Uno de los párrafos mencionaba una pequeña clínica gratuita en Bridgeport que ofrecía atención médica a trabajadores inmigrantes sin papeles. El artículo elogiaba a la clínica por su trabajo y mencionaba a algunos de sus donantes y voluntarios clave. En la lista de voluntarios, en una breve mención, estaba el nombre de la "Dra. Anya Thorne".

—Anya Thorne —dijo Rivas, probando el nombre—. ¿Su mujer?

—Su hija —corrigió Marco—. Tiene veintiocho años. Es médico. Pediatra, para ser exactos. Se graduó en Yale. Podría estar trabajando en cualquier hospital de élite del país, ganando un dineral. En cambio, trabaja a tiempo completo en esa clínica de Bridgeport, atendiendo a los hijos de la gente que limpia las casas de sus vecinos de Greenwich.

Rivas sintió una chispa de interés. —Una idealista.

—Más que eso —dijo Marco, pasando a la siguiente pantalla. Era una página de una red social. Había una foto de una joven sonriente con

el pelo oscuro, de pie con el brazo alrededor de un niño hispano. La página estaba llena de publicaciones apasionadas sobre la reforma migratoria, la atención sanitaria universal y las críticas a las grandes farmacéuticas.

—"Big Pharma", como ella las llama —subrayó Marco—. Es una activista. Parece que ha dedicado su vida a luchar contra todo lo que su padre representa.

Rivas sintió que la chispa se convertía en una llama. Esto era más que una simple diferencia de opinión política. Era una fractura ideológica en el corazón de la familia Thorne.

—¿Crees que Thorne sabe de sus opiniones?

—Tiene que saberlo. Pero mira esto —dijo Marco, pasando a la última pieza del rompecabezas. Era un registro de donaciones de la clínica. La mayoría eran pequeñas cantidades. Pero había una donación anónima recurrente. Una donación muy grande. Cincuenta mil dólares cada trimestre.

—¿Thorne? —adivinó Rivas.

—Apuesto mi licencia a que sí —confirmó Marco—. Está financiando en secreto la clínica donde su hija trabaja para luchar contra gente como él. El hombre está en guerra consigo mismo. Su trabajo le ha hecho rico y famoso, pero su hija, la persona que probablemente más quiere en el mundo, desprecia todo lo que él hace.

Se quedaron en silencio, contemplando la implicación de lo que habían encontrado. No era un sórdido secreto de juego o una aventura extramatrimonial. Era algo mucho más profundo, mucho más potente. Era una vulnerabilidad moral.

—Es nuestra palanca —dijo Rivas, su mente corriendo a toda velocidad, trazando los siguientes pasos—. Aris Thorne puede tener miedo de Julian Croft. Pero apuesto a que tiene más miedo de perder el respeto de su hija.

Habían encontrado la grieta en la armadura del científico. Ahora, todo lo que tenían que hacer era averiguar cómo usarla para romperle. Y solo les quedaban cinco días.

CAPÍTULO 25

La vulnerabilidad moral del Dr. Aris Thorne era un arma de doble filo. Daniel Rivas y Marco lo supieron en el instante en que la descubrieron. Sentados en el coche con vistas a un East River gris y plomizo, la revelación sobre la hija de Thorne, Anya, y su clínica en Bridgeport, colgaba en el aire entre ellos, cargada de un potencial inmenso y de un peligro igualmente grande. Tenían su palanca, pero usarla de forma incorrecta podría hacer que se rompiera en sus manos, alertando a Croft y destruyendo su única oportunidad.

—No podemos simplemente amenazarle con contárselo a su hija —dijo Rivas, pensando en voz alta, el primer y más burdo enfoque descartado antes incluso de ser considerado plenamente—. Si lo hacemos, puede que simplemente se atrinchere. Podría confesárselo él mismo, controlar la narrativa. O peor aún, podría decírselo a Croft, y entonces sabrían exactamente cuál es nuestro ángulo de ataque. Perderíamos el elemento sorpresa.

—Estoy de acuerdo —asintió Marco, sus ojos fijos en el lejano vaivén de un ferry—. Un chantaje directo es torpe. Y le convierte a él en una víctima. Necesitamos que sienta que la amenaza no viene de nosotros, sino de la situación en la que él mismo se ha metido. La amenaza tiene que parecer... impersonal. Inevitable.

La cuenta atrás de David Chen era un metrónomo silencioso en la mente de Rivas. Cinco días. Ciento veinte horas para diseñar y ejecutar una operación psicológica contra un hombre al que no

podían contactar directamente, que estaba bajo la vigilancia constante del enemigo.

—Tenemos que separar las dos cosas —dijo Rivas, las piezas empezando a encajar en su mente—. Nuestra lucha es con Thorne el científico de *Valerius*. La palanca es Thorne el padre de Anya. No podemos dejar que vea que la misma mano que le ataca en el arbitraje es la que amenaza su vida personal. El ataque a su frente personal tiene que parecer que viene de otro lugar.

—Una tercera parte anónima —comprendió Marco al instante, su mente de detective siguiendo el rastro—. Hacemos que reciba una advertencia. Una que conecte el dinero que dona a la clínica con el litigio de *Valerius*.

El plan comenzó a tomar forma, una delicada pieza de relojería construida sobre la base de la psicología del miedo. No enviarían una amenaza a Thorne. Enviarían una advertencia a la clínica de su hija.

—Tiene que ser sutil —insistió Rivas, su cerebro de abogado analizando cada posible consecuencia legal—. Nada que pueda ser interpretado como una amenaza o extorsión. Tiene que sonar como un aviso, una filtración bienintencionada.

Pasaron la siguiente hora en el coche, con el motor apagado, convirtiendo el interior del sedán en una sala de guerra. Redactaron el mensaje mentalmente, puliendo cada palabra.

—Tiene que ser una carta física —dijo Marco—. Un correo electrónico es demasiado fácil de rastrear, incluso uno anónimo. Una carta, dejada en el lugar correcto, es un fantasma.

—¿Y el contenido? —preguntó Rivas.

—Algo que asuste a un consejo de administración, no a un matón —respondió Marco—. Lenguaje corporativo. Legalista.

Finalmente, dieron con el texto. Una nota anónima, impresa en un papel normal, sin huellas dactilares, dirigida no a Anya Thorne, sino al "Director Ejecutivo" de la clínica de Bridgeport. El texto sería:

"A quien corresponda,

Como simpatizante de su valiosa labor, me siento en la obligación de advertirles de un riesgo potencial para su organización. Ha llegado a mi conocimiento que una parte significativa de sus donaciones anónimas podría ser rastreada hasta fondos derivados de Valerius Pharmaceuticals. Como sabrán, Valerius es actualmente objeto de un litigio confidencial de alto riesgo. Existe la posibilidad de que, en el curso del descubrimiento de pruebas de dicho litigio, las finanzas de sus donantes sean objeto de escrutinio. Si se estableciera un vínculo financiero, por indirecto que sea, entre su clínica y Valerius, su organización podría verse involuntariamente implicada, poniendo en peligro su reputación y, potencialmente, su estatus de exención de impuestos. Les insto a que consulten con su asesor legal y tomen las precauciones adecuadas para proteger a su organización."

Era perfecto. No había ninguna amenaza. No había ninguna exigencia. Solo una "advertencia" llena de términos como "riesgo potencial", "escrutinio" y "precauciones adecuadas". Era el tipo de carta que haría que cualquier director de una organización sin ánimo de lucro entrara en pánico y convocara una reunión de emergencia del consejo. Y sabían que la primera persona a la que el director llamaría, después de su abogado, sería la Dra. Anya Thorne, la principal recaudadora de fondos y la cara pública de la clínica. Y Anya, al enterarse de que el dinero de "Big Pharma" podría estar contaminando su trabajo, se enfrentaría a su padre.

—La reacción en cadena —dijo Rivas en voz baja—. La carta asusta al director. El director asusta a Anya. Y Anya se enfrenta a Thorne. La presión no vendrá de nosotros, vendrá de la persona que más le importa en el mundo.

—Y cuando lo haga —añadió Marco—, Thorne se dará cuenta de que el "litigio confidencial de alto riesgo" solo puede ser el suyo. El nuestro. Sabrá que usted es el único que podría tener un interés en investigar sus finanzas. No podrá llamar a Croft, porque eso sería admitir que ha estado financiando en secreto a un grupo activista

anti-farmacéuticas. Estará atrapado. Su único movimiento será contactarle a usted para averiguar qué sabe y cómo pararlo.

Habían encontrado su jugada. Era arriesgada, indirecta y dependía de una compleja serie de reacciones emocionales. Pero era la única que tenían.

La ejecución recayó en Marco. Esa misma noche, condujo hasta Bridgeport, Connecticut. No fue a la clínica. En su lugar, fue a la oficina de correos principal de la ciudad. Con guantes, metió la nota impresa en un sobre normal y la depositó en un buzón público. La carta no llevaba remitente. El matasellos de Bridgeport le daría un aire de autenticidad local. Con un poco de suerte, llegaría a la clínica en uno o dos días.

Ahora, solo podían esperar.

Los dos días siguientes fueron los más tensos de la vida de Rivas. El plazo de Chen se cernía sobre él. Tenía tres días. Setenta y dos horas. Cada llamada telefónica le hacía dar un respingo. Cada correo electrónico que llegaba a su bandeja de entrada era una fuente potencial de pánico o de alivio. Mantuvo su farsa de actividad legal, intercambiando correos electrónicos inútiles con los abogados de *Valerius*, manteniendo las apariencias.

En su sesión de chat programada con Chen, Rivas fue deliberadamente vago.

<Veritas8877>: Estoy cerca de algo. Una fuente potencial. Pero es delicado. Necesito más tiempo.

La respuesta de Chen fue cortante.

<Sentinel>: El tiempo es un lujo que no tiene. Mis editores quieren publicar lo que tenemos al final de la semana. Con o sin su pistola humeante. La presión sobre este asunto está aumentando aquí.

Rivas sabía lo que eso significaba. El equipo legal del *Sentinel* probablemente estaba revisando cada palabra del borrador de Chen,

y el periódico estaba sopesando el riesgo de una demanda multimillonaria contra la recompensa de una exclusiva de primera plana.

La mañana del duodécimo día, con solo cuarenta y ocho horas en el reloj, Rivas estaba sentado en su despacho, mirando fijamente la pantalla de su ordenador, cuando sonó el teléfono. No su teléfono móvil, ni la línea principal de la oficina. Sonó el teléfono de prepago que había comprado para contactar con Marco, el que se suponía que era para emergencias de un solo uso y que había decidido conservar, por si acaso.

Lo sacó de su cajón, con el corazón martilleándole en el pecho. El número era desconocido.

Contestó, su garganta repentinamente seca. —¿Sí?

—¿Es usted el abogado Rivas?

La voz era de un hombre, culta, tensa y distorsionada, como si hablara a través de un modulador de voz barato o con un pañuelo sobre el auricular. Pero debajo de la distorsión, Rivas reconoció la cadencia, el timbre. Era Aris Thorne.

—Depende de quién pregunte —respondió Rivas, su mente corriendo para ponerse al día. Había funcionado. El cebo había sido mordido.

—No tenemos mucho tiempo —dijo la voz distorsionada—. Sé lo que está haciendo. Sé que está detrás de la carta que recibió la clínica.

—No sé de qué me habla —dijo Rivas, manteniendo la negación plausible.

—No me tome por estúpido, Rivas —siseó Thorne, y por primera vez, la fría fachada científica se resquebrajó, revelando el pánico que había debajo—. Ese "litigio confidencial" solo puede ser uno. Quiere algo de mí. Deje a mi hija fuera de esto. Ella no tiene nada que ver.

—Su hija es una mujer admirable, doctor. Dedicada a una causa en la que cree. Sería una pena que su reputación se viera empañada por la revelación de que su benefactor más generoso es un alto

ejecutivo de la misma industria que ella denuncia. Imagínese los titulares.

El silencio al otro lado de la línea fue pesado y largo. Rivas había acertado. Había tocado el nervio más expuesto de Thorne.

—¿Qué quiere? —preguntó finalmente Thorne, su voz apenas un susurro.

—Quiero la verdad —dijo Rivas, su tono se volvió duro como el acero —. Quiero el informe original que escribió sobre el Proyecto Nightingale. El que Croft le hizo enterrar. Quiero el rastro de papel que demuestre que la cúpula de *Valerius* sabía que Cardia-Sure era peligroso para un cierto grupo de pacientes y decidió lanzarlo al mercado de todos modos.

—No puedo hacer eso. Me destruirían. Croft me destruiría.

—Croft le destruirá de todos modos, doctor. ¿Cree que le es leal? Usted es un cabo suelto. En el momento en que deje de serle útil, le cortará. Le usará como chivo expiatorio para salvar a la compañía. Yo, por otro lado, le estoy ofreciendo una salida. Una oportunidad de limpiar su conciencia.

—¿Qué salida? ¿La cárcel?

—No. Le estoy ofreciendo un trato. Si me da lo que necesito, me aseguraré de que el periodista con el que estoy trabajando le presente como la fuente que, atormentada por su conciencia, decidió hacer lo correcto. Un héroe, no un villano. Y usaré esa misma información para negociar un acuerdo con la fiscalía para usted. Inmunidad total o parcial a cambio de su testimonio. Puedo hacer eso. Croft no lo hará.

Rivas estaba improvisando, jugando con las esperanzas y los miedos del hombre. Sabía que era una promesa que sería increíblemente difícil de cumplir, pero en ese momento, era la única moneda que tenía.

Hubo otra larga pausa. Rivas podía oír la respiración agitada de Thorne a través de la distorsión.

—No puedo reunirme con usted. Me están vigilando.

—No tiene que hacerlo —dijo Rivas, su plan B encajando en su sitio —. ¿Sabe dónde está la Capilla de San Pablo, en Broadway, frente al World Trade Center?

—Sí.

—Dentro, en el lado izquierdo, hay una exposición sobre su historia, sobre cómo sobrevivió al 11-S. Detrás de uno de los paneles de exhibición, hay un pequeño hueco en la pared. Deje allí una memoria USB con los archivos. Mañana al mediodía. La capilla estará llena de turistas. Nadie se fijará en usted.

Era un punto de entrega ciego, sacado directamente de una novela de espías. Pero en su situación, la teatralidad era una necesidad.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted? —preguntó Thorne, su voz llena de desesperación.

—No lo sabe —respondió Rivas con una sinceridad brutal—. Pero sabe que no puede confiar en Julian Croft. Yo le ofrezco una oportunidad. Él le ofrece la aniquilación garantizada. La elección es suya, doctor. Tiene hasta mañana al mediodía para decidir qué clase de hombre quiere ser.

Y con eso, Rivas colgó.

Apagó el teléfono de prepago y lo dejó sobre el escritorio. Su mano temblaba. Su camisa estaba pegada a su espalda por el sudor frío. Había hecho su jugada. Había puesto toda su fe, y el destino de su caso, en la conciencia de un hombre acorralado.

Ahora solo le quedaba esperar. Y las próximas veinticuatro horas serían las más largas de de toda su vida.

CAPÍTULO 26

Las veinticuatro horas que siguieron a la llamada de Aris Thorne se estiraron hasta el infinito, un purgatorio de ansiedad y cafeína. Para Daniel Rivas, el tiempo perdió su flujo normal y se descompuso en una serie de momentos de alta tensión, cada tic-tac del reloj un golpe de martillo contra sus nervios. No durmió. El sueño era un lujo que su mente, acelerada y en estado de alerta máxima, no le permitía. En su lugar, pasó la noche deambulando por su apartamento como un animal enjaulado, revisando cada sombra, sobresaltándose con cada crujido del viejo edificio.

La pregunta que le torturaba no era si Thorne aparecería, sino de qué lado caería la moneda de su conciencia. ¿Se presentaría como un hombre que buscaba la redención o como un peón asustado que ejecutaba una trampa ideada por Julian Croft? Rivas repasó la conversación una y otra vez, analizando cada matiz en la voz distorsionada de Thorne. Había oído pánico, sí, pero también una profunda fatiga, la extenuación de un hombre que llevaba demasiado tiempo viviendo con una mentira. Era en esa fatiga donde Rivas había depositado toda su esperanza.

A las ocho de la mañana, llamó a Marco desde un nuevo teléfono de prepago, el tercero en una semana. Su conversación fue breve y precisa, el lenguaje de dos soldados preparándose para una incursión en territorio enemigo.

—Hoy es el día —dijo Rivas—. Mediodía. Capilla de San Pablo.

—Lo sé. He estado pensando en la logística —respondió Marco, su voz era la calma en el centro del huracán de Rivas—. Es un buen lugar. Lleno de gente, múltiples entradas y salidas. Pero eso también lo hace peligroso. Si Croft sabe de esto, podría tener gente por todas partes.

—¿Cuál es el plan?

—Tú vas a entrar solo. Tienes que hacerlo. Eres la cara de la operación. Yo seré tus ojos en el exterior. Estaré al otro lado de Broadway, en el Zuccotti Park. Tendré una vista clara de la entrada principal de la capilla y de la calle. Si veo algo que no me gusta —un coche que da demasiadas vueltas, el mismo tipo con auriculares pasando más de una vez—, te enviaré un mensaje de texto. Una sola palabra: "Fuera". Si lo recibes, te levantas, sales por la puerta lateral que da a la calle Fulton y desapareces en la estación de metro del World Trade Center. No corras. No mires atrás. Simplemente, desaparece.

—Entendido —dijo Rivas.

—Y Danny... —añadió Marco, y su tono se volvió inusualmente serio —. Si Thorne no aparece, o si es una trampa, se acabó. Nos retiramos. Olvidamos todo el asunto de la pistola humeante y dejamos que Chen publique lo que tiene. No podemos arriesgarnos a un segundo intento. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo —mintió Rivas, aunque en su fuero interno sabía que ya había pasado el punto de poder retirarse.

Pasó el resto de la mañana en un estado de limbo. Se vistió no como un abogado, sino como un turista, con unos vaqueros, zapatillas cómodas y una chaqueta discreta con múltiples bolsillos. A las once, salió de su apartamento y comenzó el largo viaje en metro hacia el sur, un descenso deliberado al corazón financiero de la ciudad, el territorio de su enemigo.

Salió a la superficie en la estación de Fulton Street, el aire repentinamente cargado con la energía frenética del Lower

Manhattan. A su alrededor, el distrito financiero bullía de actividad. Banqueros con trajes caros hablaban por teléfono mientras caminaban a toda prisa, grupos de turistas seguían a sus guías con la mirada perdida en la cima de los rascacielos y el ruido del tráfico era una cacofonía constante. [Imagen del exterior de la Capilla de San Pablo en Nueva York] En medio de todo ese caos de acero y cristal, la Capilla de San Pablo se erigía como un anacronismo, un sobreviviente silencioso.

Construida en 1766, la pequeña iglesia de piedra oscura parecía un abuelo cansado rodeado de sus nietos gigantes y ruidosos. Su cementerio, con lápidas desgastadas por los siglos, era un oasis de quietud en mitad del epicentro del capitalismo mundial. Rivas sabía su historia. Era el edificio público más antiguo de uso continuo en la ciudad de Nueva York. George Washington había rezado allí. Y, más recientemente, se había convertido en un santuario improvisado para los trabajadores de rescate después de los ataques del 11 de septiembre, un faro de humanidad que se mantuvo milagrosamente intacto mientras las torres gemelas se derrumbaban a solo una manzana de distancia.

Era el lugar perfecto para un acto de traición o de redención.

Rivas comprobó la hora. Las 11:45. Tenía quince minutos. En lugar de entrar directamente, comenzó a caminar por el perímetro de la iglesia, sus sentidos agudizados al máximo. Analizaba cada rostro en la multitud, cada vehículo aparcado. Su teléfono permanecía en silencio en su bolsillo. No había ninguna advertencia de Marco.

A las 11:55, subió los escalones de piedra y entró en la capilla.

El contraste con el exterior fue inmediato y sobrecogedor. El ruido de la ciudad se desvaneció, reemplazado por un silencio reverente, solo roto por el murmullo ocasional de los visitantes y el suave eco de sus pasos sobre el suelo de piedra. La luz se filtraba a través de los altos ventanales de vidrio claro, iluminando un interior sorprendentemente luminoso y aireado, pintado en tonos pastel de

rosa, azul y crema. No era una catedral oscura y gótica; se sentía más como un elegante salón de baile del siglo XVIII.

Rivas se quitó una gorra de béisbol que había llevado como parte de su disfraz de turista y avanzó por el pasillo central. Varios grupos de visitantes estaban repartidos por la nave, admirando la arquitectura, leyendo las placas históricas o sentados en silencio en los bancos de madera. Rivas se movió entre ellos, tratando de parecer uno más.

Localizó su objetivo en el lado izquierdo de la capilla: la exposición "Unwavering Spirit", un homenaje al papel de la iglesia como refugio durante los nueve meses posteriores al 11-S. Había paneles con fotografías, vitrinas con objetos dejados por los rescatistas y catres donde los bomberos y la policía habían dormido durante unos minutos preciosos antes de volver a la "pila" de escombros.

Rivas se detuvo frente a uno de los paneles, fingiendo leer el texto. Su corazón latía con fuerza contra sus costillas. Estaba a solo unos metros del punto de entrega. Con la mirada, escrutó la exposición, buscando el hueco del que le había hablado a Thorne, un detalle que se había inventado basándose en fotos que había visto en internet, rezando para que existiera alguna imperfección similar en la pared. Vio lo que buscaba: un lugar donde un gran panel de plexiglás estaba montado a unos centímetros de la pared original de yeso, creando un espacio estrecho y oscuro.

Comprobó la hora de nuevo. 12:00 en punto. El momento había llegado.

Con un movimiento deliberado, se agachó, como si quisiera ver más de cerca un objeto en la parte inferior de la vitrina. Su cuerpo bloqueaba la vista de los demás visitantes. Su mano, temblando ligeramente, se deslizó por detrás del panel, en el hueco polvoriento.

Sus dedos rozaron la pared fría y áspera. Durante un segundo de pánico, no sintió nada. *Es una trampa*, pensó su cerebro. *No ha venido. O peor, la gente de Croft ya lo ha cogido.*

Entonces, sus dedos rozaron algo pequeño, liso y rectangular. Plástico.

Se cerraron sobre el objeto. Una memoria USB. Era real. Estaba allí.

La retiró lentamente, ocultándola en la palma de su mano. Se incorporó, su rostro una máscara de calma estudiada. No miró a su alrededor para ver si alguien le observaba. Simplemente, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida, con un paso ni demasiado rápido ni demasiado lento.

La memoria USB en su bolsillo se sentía a la vez insignificante y tan pesada como un lingote de oro. Contenía la pistola humeante o la bala destinada a su propia cabeza. No había forma de saberlo hasta que la conectara a un ordenador.

Salió de la capilla y volvió a la cegadora luz del día y al estruendo de Broadway. Su teléfono seguía en silencio. Marco no había visto nada. La entrega se había realizado sin problemas. O al menos, eso parecía. Rivas sabía que la parte más peligrosa acababa de empezar. Ahora tenía que transportar el paquete fuera de la zona de peligro.

Caminó hacia el norte, alejándose del World Trade Center. En su mente, repasaba las instrucciones de Marco: "Desaparece en la estación de metro". Pero algo le detuvo. Una punzada de instinto, la misma que le había servido tan bien en los tribunales. Era demasiado obvio. Si le estaban siguiendo, esperarían que se metiera bajo tierra.

En lugar de eso, en la esquina de Broadway y Chambers Street, hizo algo inesperado. Levantó la mano y paró un taxi. Un acto tan normal en Nueva York que era el escondite perfecto a plena vista.

—El Cloisters Museum, por favor —le dijo al taxista, nombrando el museo de arte medieval situado en el extremo norte de Manhattan, lo más lejos posible de donde estaba.

Mientras el taxi se abría paso con dificultad por el tráfico de la ciudad, Rivas miraba por la ventanilla trasera, buscando el sedán oscuro, la cara familiar, cualquier cosa fuera de lo normal. No vio

nada. Pero eso no significaba que no estuvieran allí. Los agentes de *Sabre Security* eran profesionales. No cometerían errores de aficionado.

El viaje en taxi fue una agonía de cuarenta y cinco minutos. Con cada semáforo en rojo, Rivas sentía una oleada de pánico. Finalmente, el taxi le dejó frente a la entrada del museo en Fort Tryon Park. No entró. En su lugar, caminó por el parque durante diez minutos antes de salir por el otro lado, cerca de la estación de metro de Dyckman Street. Solo entonces se sintió lo suficientemente seguro como para volver al subsuelo. Cogió el tren A, pero no en dirección a su apartamento, sino de vuelta al centro. Se bajó en Columbus Circle, caminó otras diez manzanas y finalmente cogió un tercer tren que le llevó al Bronx.

Era una ruta tortuosa, paranoica y probablemente excesiva. Pero cuando finalmente llegó a su despacho, dos horas después de haber salido de la capilla, estaba razonablemente seguro de que no le habían seguido.

Cerró la puerta con llave, corrió las persianas y sacó la memoria USB de su bolsillo. La miró durante un largo momento. El destino de tantas cosas —el caso, la memoria de Mateo, su propia carrera, quizás incluso su vida— residía en ese pequeño trozo de tecnología.

Había comprado un ordenador portátil de segunda mano esa misma mañana, pagando en efectivo. Un dispositivo "limpio", sin conexión a internet, que planeaba destruir después de usarlo. Lo encendió y, con una mano que ya no temblaba, insertó la memoria USB.

Apareció una única carpeta en el escritorio. El nombre de la carpeta era "Nightingale".

Rivas sintió un escalofrío. Abrió la carpeta. Dentro, había docenas de archivos. Documentos de Word, archivos PDF, hojas de cálculo de Excel.

Abrió el primer archivo. Era un documento de Word titulado "Informe Preliminar - Proyecto Nightingale - Fase II". Empezó a leer.

Era el informe original de Thorne, denso, lleno de jerga científica, pero inconfundible. Detallaba las anomalías, los picos de troponina, la prolongación del intervalo QT en un subgrupo específico. Era la prueba de que Thorne sabía.

Luego, abrió otro archivo. Un PDF. Era un escaneo de un memorando interno, escrito en papel con el membrete de *Valerius*. El memorando estaba dirigido a Julian Croft. El autor era Aris Thorne. Y el asunto era: "URGENTE: Implicaciones de los hallazgos del Proyecto Nightingale".

Rivas leyó el cuerpo del memorando, su corazón latiendo con fuerza. En él, Thorne expresaba su "grave preocupación" por los datos y recomendaba "pausar el ensayo clínico para una investigación más a fondo sobre la seguridad del compuesto en la población afectada".

Era la prueba de que Croft sabía.

Finalmente, abrió el último archivo que vio en la lista. Era otro PDF, otro escaneo. Esta vez, era la respuesta de Croft a Thorne. El mensaje era breve, brutal y absolutamente condenatorio.

"Aris,

Aprecio tu diligencia, pero tu recomendación es inaceptable. Los retrasos en esta fase nos costarían cientos de millones y nos harían perder la ventaja competitiva. El consejo de administración no lo tolerará. Tus preocupaciones sobre un subgrupo estadísticamente insignificante se han tenido en cuenta. El equipo de datos "re-calibrará" los resultados *para eliminar los valores atípicos. Tu informe original será archivado. Procede según el calendario establecido. Considera este asunto cerrado."*

J.C."

Rivas se reclinó en su silla, el aire saliendo de sus pulmones en un largo y tembloroso siseo. Lo tenía. No era solo una pistola humeante. Era un arsenal. Tenía el informe, la advertencia de Thorne y la orden directa de Julian Croft de enterrar la verdad.

El plazo de Chen terminaba al día siguiente. Y Daniel Rivas acababa de conseguir la bomba atómica que el periodista le había pedido.

CAPÍTULO 27

El triunfo es un veneno de acción lenta. En el silencio polvoriento de su despacho del Bronx, Daniel Rivas sintió cómo la primera oleada de euforia le recorría las venas, una droga potente y adictiva. Durante un instante, el mundo se contrajo hasta reducirse a la pantalla brillante del ordenador portátil y a las palabras en blanco y negro del memorando de Julian Croft. "Considera este asunto cerrado." Eran las palabras de un hombre que se creía un dios, un hombre que movía los hilos de la vida y la muerte desde una torre de cristal, convencido de su propia impunidad. Y Rivas tenía esas palabras. Las poseía.

Se reclinó en su silla, el cuero gastado crujió en protesta, y por primera vez en cinco años, se permitió sentir el peso de una victoria real. No era la satisfacción ambigua de una mediación exitosa sobre un gnomo de jardín, ni la pequeña victoria táctica de una deposición. Era la certeza absoluta, sísmica, de que tenía a su enemigo. Tenía el arma, la munición y las huellas dactilares de Croft por todo el gatillo.

Pero la euforia es efímera. Pronto, fue reemplazada por una segunda oleada, mucho más fría y traicionera: el miedo.

El miedo a lo que acababa de conseguir. La memoria USB que tenía en la mano no era solo una prueba; era un artefacto radiactivo. Cada segundo que pasaba en su posesión era un riesgo. Croft no era un hombre que aceptara la derrota. Era un hombre que, al verse acorralado, no se limitaría a luchar; intentaría quemar el mundo a su

alrededor. Y ahora mismo, Rivas estaba en el centro de ese incendio inminente.

La paranoia, que se había convertido en su compañera constante, volvió con una fuerza renovada. Se levantó de un salto y fue hacia la persiana, abriendo una rendija de apenas un milímetro. La calle de abajo parecía tranquila, pero sabía que era una ilusión. Si Thorne había sido capaz de contactarle, a pesar de la vigilancia, significaba que la red de Croft no era omnipotente. Pero si Thorne había sido descubierto, si su acto de traición había sido detectado, entonces la gente de *Sabre Security* no tardaría en conectar los puntos. Y todos los puntos llevaban a él.

Tenía que actuar. Rápido.

Su primer movimiento fue la duplicación. Copió el contenido de la carpeta "Nightingale" en otras dos memorias USB que había comprado para la ocasión. Una de ellas la metió en el bolsillo de su chaqueta. La otra, junto con la original de Thorne, la guardó en un pequeño sobre acolchado.

Luego, se ocupó del ordenador portátil. Usando un programa de borrado seguro que había instalado previamente, eliminó cualquier rastro de los archivos. No era suficiente. Abrió la carcasa del portátil barato con un destornillador, sacó el disco duro y lo golpeó repetidamente con un martillo que guardaba en una caja de herramientas hasta que la placa metálica se abolló y se partió. Metió los restos destrozados del disco duro y el resto del portátil en dos bolsas de basura separadas.

El siguiente paso era contactar a sus dos únicos aliados. Empezó por el más importante en ese momento. Usando su último teléfono de prepago, envió un mensaje de texto a Marco.

"Lo tengo. Plan B en marcha. Necesito verte. Lugar de siempre. Una hora."

"Lugar de siempre" era el aparcamiento de un supermercado abierto 24 horas en Yonkers, un lugar anónimo y siempre concurrido que

habían designado como punto de encuentro de emergencia.

A continuación, tenía que contactar con Chen. Tenía que hacerlo antes de la sesión de chat programada para esa noche. El plazo del periodista terminaba mañana. Cada hora contaba. Se dirigió a la biblioteca pública de un barrio cercano, un lugar que no había usado antes. Desde uno de los ordenadores anónimos, accedió a la cuenta de correo "veritas8877" y envió un mensaje a David Chen.

"Asunto: Terremoto.

Necesitamos hablar. De inmediato. No puedo esperar a esta noche. Conéctese al canal seguro en quince minutos. Es urgente."

Esperó, con el corazón en la garganta, a que pasaran los quince minutos más largos de su vida. Refrescaba la página del chat encriptado cada treinta segundos. Finalmente, a los diecisiete minutos, el indicador de estado cambió. "Sentinel" estaba en línea.

<Sentinel>: Más le vale que esto sea bueno, Rivas. He tenido que salir de una reunión de planificación editorial.

Rivas tecleó, sus dedos volando sobre el teclado.

<Veritas8877>: Lo es. La tengo. La pistola humeante. No, la bomba atómica.

Hubo una pausa. Rivas podía imaginarse el escepticismo de Chen, su incredulidad.

<Sentinel>: Defina "bomba atómica".

<Veritas8877>: Tengo el informe original de Thorne sobre el Proyecto Nightingale. Tengo un memorando de Thorne a Croft advirtiéndole explícitamente de los peligros. Y tengo la respuesta de Croft a Thorne, ordenándole enterrar el informe y falsificar los datos. Por escrito. Firmado "J.C.".

El silencio en el chat fue tan profundo que Rivas pensó que la conexión se había perdido. Pasó casi un minuto entero. Luego, llegó

la respuesta de Chen, y esta vez, no había rastro de cinismo. Solo una palabra.

<Sentinel>: Dónde.

No era una pregunta. Era una orden.

<Veritas8877>: En mi poder. Es demasiado sensible para enviarlo digitalmente. Cualquier transferencia podría ser interceptada. Necesitamos un nuevo punto de entrega. Ciego. Como el último, pero más seguro.

<Sentinel>: De acuerdo. Piense. Rápido.

La mente de Rivas corrió, repasando las lecciones de espionaje de Marco. Necesitaban un lugar con un alto volumen de objetos intercambiados anónimamente, un sistema con sus propias reglas que pudieran explotar.

<Veritas8877>: La Biblioteca Pública de nuevo. Pero no una reunión. El sistema de consigna. La sucursal principal, la de la Quinta Avenida. Tienen taquillas de autoservicio para guardar las pertenencias. Dejaré la memoria USB en una de ellas. Le enviaré el número de la taquilla y el código de acceso. Usted va y lo recoge. No hay interacción. No hay riesgo de que nos vean juntos.

<Sentinel>: Me gusta. Es limpio. ¿Cuándo?

<Veritas8877>: Hoy. A las cuatro de la tarde. Le enviaré los detalles a las 3:55 p.m. desde un correo anónimo. Tenga a alguien listo para entrar en cuanto reciba el mensaje. La ventana de oportunidad será pequeña.

<Sentinel>: Estaremos listos. Rivas... si esto es lo que dice que es, va a cambiarlo todo. No solo para Valerius, sino para toda la industria. Prepárese. La tormenta que se avecina va a ser monumental.

La conexión se cortó. Rivas borró el historial del navegador, cerró la sesión y salió de la biblioteca, sintiendo el peso de la historia sobre sus hombros.

Condujo hasta Yonkers, con la paranoia como copiloto. El coche de Marco ya estaba allí, aparcado en la última fila del vasto aparcamiento. Rivas aparcó a su lado. No salieron de sus vehículos. Hablaron a través de las ventanillas bajadas, como dos traficantes cerrando un trato.

Rivas le pasó a Marco el sobre acolchado que contenía dos de las memorias USB.

—Aquí está. El original y una copia. Guárdalas en un lugar seguro. Muy seguro. Un lugar del que solo tú sepas. Una caja de seguridad con un nombre falso. Lo que sea. Si algo me pasa a mí, o a la copia que le voy a dar a Chen, estas son nuestra única póliza de seguro.

Marco cogió el sobre, su rostro serio. No hizo preguntas sobre el contenido. Simplemente asintió. —¿Cuál es el plan?

Rivas se lo explicó. La consigna de la biblioteca. La entrega a Chen. Marco escuchó atentamente.

—Es arriesgado —dijo finalmente—. La Biblioteca Pública es un punto caliente de vigilancia. Federales, policía de Nueva York... todo el mundo tiene ojos allí. Y si Croft sospecha algo, ese será uno de los primeros lugares que vigilará.

—Es el único plan que tenemos. Necesito que hagas lo mismo que en San Pablo. Sé mis ojos. Pero esta vez, desde dentro. Entra en la biblioteca antes que yo. Siéntate en la Sala de Lectura Rose, en el nivel superior. Tendrás una vista panorámica de la entrada principal y de la zona de las taquillas. Si ves algo fuera de lugar, el mismo mensaje: "Fuera".

—Entendido. ¿Y tú?

—Yo entraré a las 3:50 p.m. Haré la entrega y saldré. Después, desaparezco. Me iré a un motel anónimo fuera de la ciudad y esperaré a que la historia se publique.

—Bien. Ten cuidado, Danny. Ahora estás jugando en las grandes ligas. Estos tipos no envían citaciones. Envían problemas.

Con eso, Marco se marchó. Rivas se quedó solo en el aparcamiento, con una memoria USB en el bolsillo y el destino de su caso pendiendo de un hilo.

A las tres y media, estaba de nuevo en Manhattan, moviéndose entre la multitud con una sensación de irrealidad. La ciudad a su alrededor seguía su ritmo frenético, ajena al drama que estaba a punto de desarrollarse en el corazón de una de sus instituciones más veneradas.

Entró en la Biblioteca Pública de la Quinta Avenida a las 3:50 en punto, pasando junto a los famosos leones de piedra, Paciencia y Fortaleza. [Imagen de la entrada principal de la Biblioteca Pública de Nueva York] El interior era un hervidero de actividad. Turistas, estudiantes e investigadores llenaban el cavernoso vestíbulo de mármol. Rivas se dirigió directamente a la zona de consignas, una hilera de taquillas metálicas.

Eligió una al azar, la número 237. Introdujo la memoria USB, cerró la puerta y programó un código de cuatro dígitos simple y aleatorio: 1-2-3-4.

Luego, se dirigió a la sección de ordenadores públicos, se conectó a una nueva cuenta de correo anónima y, a las 3:55 p.m. en punto, envió el mensaje a Chen.

"Asunto: Entrega.

Taquilla 237. Código 1234. Tiene una hora."

No esperó respuesta. Cerró la sesión y se dirigió hacia la salida. Su teléfono no había sonado. Marco no había enviado ninguna advertencia. Todo parecía limpio.

Mientras salía del edificio y bajaba las majestuosas escaleras, se permitió una fugaz mirada hacia la Sala de Lectura del piso superior. No podía ver a Marco, pero sabía que estaba allí, vigilando.

La parte más difícil había terminado. La prueba estaba en camino.

Pasó las siguientes horas en un estado de limbo autoimpuesto. Siguiendo su plan, cogió un tren de Metro-North desde Grand Central y se dirigió al norte, adentrándose en el condado de Westchester. Se bajó en una parada al azar, Tarrytown, y encontró un motel de carretera anodino. Pagó en efectivo por una habitación en la parte de atrás.

La habitación era pequeña, impersonal y olía a desinfectante. Rivas cerró la puerta, echó la cadena y se sentó en el borde de la cama. No había nada que hacer más que esperar.

Encendió la vieja televisión de tubo, pasando los canales sin ver nada. Cada informe de noticias le hacía contener la respiración. ¿Sería este? ¿Habría una "noticia de última hora"? Pero solo había las historias habituales: política, deportes, el tiempo.

Las horas se arrastraban. La tarde dio paso a la noche. Rivas no comió. No podía. Su estómago era un nudo de nervios.

A las diez de la noche, su último teléfono de prepago, el que había usado para contactar a Marco, vibró sobre la mesilla de noche. Era un mensaje de Chen. Rivas lo había configurado para que la sesión de chat se abriera automáticamente a la hora programada, por si acaso. Se abalanzó sobre el ordenador portátil que había traído, el segundo dispositivo "limpio", y se conectó.

La ventana de chat estaba abierta. Y había un mensaje de Sentinel.

<Sentinel>: Lo tenemos. Es real. Joder, es más real de lo que imaginaba.

Un suspiro de alivio, tan profundo que le dolió, se escapó de los labios de Rivas.

<Veritas8877>: ¿Y ahora qué?

<Sentinel>: Ahora, desatamos el infierno. La historia está escrita. Acabo de entregarle esto al editor jefe y al abogado principal del periódico. Están en una sala de conferencias ahora mismo. La publicación está programada para salir en la edición digital a las 6:00

a.m. mañana por la mañana. Será la historia de portada en la edición impresa.

<Veritas8877>: ¿Están seguros de que publicarán? ¿No se asustarán?

<Sentinel>: No después de ver esto. Esto no es solo una exclusiva. Es un deber público. Y desde un punto de vista puramente capitalista, va a vender millones de periódicos. No hay forma de que no lo publiquen.

<Veritas8877>: ¿Qué debo hacer?

<Sentinel>: Desaparezca, Rivas. De verdad. Apague su teléfono. No hable con nadie. A partir de las 6:00 a.m., su nombre no será anónimo para la gente de Valerius. Aunque yo no lo publique, sabrán que usted es la única fuente posible. Y vendrán a por usted con todo lo que tienen. Encuentre un agujero y métase en él durante las próximas 48 horas. Deje que la tormenta pase por encima de usted.

<Veritas8877>: Entendido.

<Sentinel>: Una cosa más. Buen trabajo, abogado. Ha hecho algo que importa.

Y con eso, la conexión se cortó por última vez.

Rivas cerró el ordenador. Se tumbó en la cama del motel, vestido, y miró el techo con manchas de humedad. La guerra silenciosa había terminado. Mañana, al amanecer, comenzaría la guerra abierta. Y él sería el objetivo número uno. Por primera vez en muchos años, Daniel Rivas no sabía si vería el final del día siguiente. Pero mientras yacía en la oscuridad, escuchando el zumbido del neón del motel, sintió algo que no había sentido en mucho tiempo: una extraña y peligrosa sensación de paz.

CAPÍTULO 28

El amanecer del decimocuarto día llegó sin fanfarria, una franja de luz gris y sucia que se filtraba a través de las finas cortinas del motel de Tarrytown. Daniel Rivas estaba despierto para recibirlo. Había pasado la noche en un duermevela febril, un estado de semiinconsciencia en el que los rostros de Julian Croft, Aris Thorne y Sofía Vargas se arremolinaban en una danza macabra. A las 5:45 a.m., se rindió. Se levantó de la cama, con la ropa arrugada y los músculos agarrotados, y se dirigió al pequeño escritorio donde descansaba su último ordenador portátil "limpio".

Encendió la máquina, el zumbido del ventilador un sonido atronador en el silencio de la habitación. Conectó el dispositivo a la inestable red Wi-Fi del motel. Sus dedos se cernieron sobre el teclado, temblando ligeramente. Sabía que estaba a punto de encender la mecha. No había vuelta atrás.

Navegó hasta la página de inicio del *New York Sentinel*. Durante un minuto, la página mostró las noticias de la noche anterior. Rivas actualizó la página. Nada. Volvió a actualizar. A las 6:00 a.m. en punto, la página parpadeó y se recargó. Y el mundo de Rivas, y el de *Valerius Pharmaceuticals*, cambiaron para siempre.

La historia ocupaba toda la parte superior de la página de inicio, por encima del pliegue digital. No era solo un titular; era una declaración de guerra.

BOMBA EN LA INDUSTRIA FARMACÉUTICA: DOCUMENTOS INTERNOS REVELAN QUE UN MEDICAMENTO ESTRELLA DE VALERIUS, CARDIA-SURE, ESTÁ VINCULADO A MUERTES INFANTILES OCULTAS

Debajo, una foto de un frasco de pastillas de Cardia-Sure, profesionalmente iluminada para parecer a la vez inocua y siniestra. Y junto a ella, una foto borrosa y granulada, claramente tomada de una instantánea familiar, de un niño sonriente con un hueco en los dientes: Mateo Vargas. [Imagen de un frasco de pastillas y una foto de un niño sonriente]

Rivas hizo clic en el artículo. La prosa de David Chen era un bisturí, afilada, precisa y despiadada. No había hipérboles, solo una acumulación metódica de hechos que, juntos, pintaban un retrato de una negligencia corporativa tan profunda que rozaba la sociopatía.

El artículo comenzaba con Sofía. Chen, fiel a su promesa, no usó su nombre real, refiriéndose a ella solo como "Sofía M., una madre inmigrante del Bronx". Pero contó su historia con una empatía devastadora, describiendo la vida y la risa de Mateo, la repentina enfermedad y el terror de su última noche. Era el ancla emocional, el corazón palpitante de la historia que Chen había prometido.

Luego, el artículo pasaba a la ciencia. Citando a una "fuente médica de alto nivel con experiencia en cardiología pediátrica", Chen explicaba en términos sencillos el concepto del intervalo QT, los picos de troponina y la teoría de la "tormenta perfecta" en niños con predisposiciones genéticas. La explicación de la Dra. Miller, ahora inmortalizada en la letra impresa, era clara, autoritaria y aterradora.

Y entonces, Chen soltó la bomba.

"Según documentos internos confidenciales obtenidos por el Sentinel, los científicos de Valerius, dirigidos por el diseñador principal de Cardia-Sure, el Dr. Aris Thorne, estaban al tanto de estos riesgos mortales ya en la fase II de los ensayos clínicos. Un informe interno, cuyo nombre en clave era 'Proyecto Nightingale',

detallaba 'anomalías cardíacas graves' en un subgrupo de participantes del ensayo."

"Pero en lugar de detener los ensayos, los ejecutivos de Valerius tomaron una decisión diferente. En un memorando fechado el 12 de agosto de 2019, el Director Jurídico Global de Valerius, Julian Croft, ordenó directamente al Dr. Thorne que enterrara el informe y 're-calibrara' los datos para eliminar los resultados negativos."

"'Los retrasos en esta fase nos costarían cientos de millones', escribió Croft en el memorando, obtenido por este periódico. 'Considera este asunto cerrado.'"

Rivas leyó las citas, sus propias palabras ahora validadas y publicadas para que el mundo las viera. Chen había publicado extractos escaneados de los propios memorandos, las iniciales "J.C." claramente visibles al final de la directiva. Era irrefutable.

El resto del artículo detallaba el laberinto del arbitraje obligatorio, describiéndolo como un "sistema judicial en la sombra" diseñado para proteger a las corporaciones de la responsabilidad pública. Aunque no nombraba a Rivas, se refería a una "fuente legal cercana al caso de Sofía M." que había luchado contra el muro de secretismo de *Valerius*. Para el público, era una figura anónima. Para Julian Croft, sería el equivalente a una confesión firmada.

Rivas terminó de leer y cerró el ordenador portátil. Se levantó y caminó hacia la ventana, sintiendo una extraña calma. Había desatado al Kraken. Ahora solo podía observar cómo las olas golpeaban la orilla.

A sesenta kilómetros al sur, en su ático de Park Avenue, Julian Croft se despertó, como siempre, a las 6:05 a.m. Su rutina era tan inmutable como las leyes de la física. Ducha fría. Café expreso. Y treinta minutos con las noticias financieras antes de que su chófer llegara a las siete.

Pero esa mañana, la rutina se hizo añicos. Su teléfono, que normalmente permanecía en silencio hasta las ocho, empezó a vibrar

furiosamente sobre su mesilla de noche a las 6:15 a.m. Era una llamada del jefe de relaciones públicas de *Valerius*. Croft la ignoró. Cinco segundos después, volvió a llamar. Croft contestó, irritado por la interrupción.

—¿Qué?

—Julian... tienes que ver el *New York Sentinel*. Ahora mismo.

La voz del hombre estaba al borde del pánico. Croft, con un nudo de hielo formándose en su estómago, abrió su tableta y navegó hasta la página del periódico.

Vio el titular. Vio la foto del niño. Vio su propio nombre. Y vio la cita de su memorando, una frase que había escrito hacía años, convencido de que nunca vería la luz del día.

Durante un largo momento, Julian Croft no se movió. Se quedó sentado en el borde de su cama de dos mil dólares, con la tableta en la mano, mientras el mundo que había construido con tanto cuidado, un mundo de control, poder y secreto, se derrumbaba a su alrededor en tiempo real. La rabia, cuando llegó, no fue caliente y explosiva. Fue fría, blanca y asesina. Era la rabia de un emperador cuya fortaleza había sido violada no por un ejército, sino por un solo traidor.

Se levantó, se vistió con una velocidad mecánica y, para cuando su chófer llegó, ya estaba en el teléfono, ladrando órdenes.

—Quiero una reunión de emergencia del equipo de crisis en una hora. Todos. Legales, relaciones públicas, lobbyistas. Consígueme al CEO. Despiértale si es necesario —le dijo a su asistente.

—Llama a Kroll y a Sabre Security. Quiero un informe completo sobre la vigilancia a Rivas. Quiero saber con quién ha hablado, dónde ha estado, con quién ha respirado. Si no lo encuentran, están despedidos —le ordenó al jefe de seguridad.

—Prepara un comunicado de prensa. Negación total. El artículo es ficción. Los documentos son falsificados o robados. Presentaremos

una demanda por difamación contra el *Sentinel* por diez mil millones de dólares antes del mediodía. Y prepara una moción de emergencia para el Árbitro Pierce. Acusaremos a Rivas de desacato criminal. Queremos que le metan en la cárcel. Hoy —le espetó a su segundo al mando en el departamento legal.

Cuando llegó a la reluciente torre de cristal de la sede de *Valerius* en Manhattan, el caos ya se había apoderado de ella. Los teléfonos sonaban sin parar. Los empleados se arremolinaban en los pasillos, susurrando y mirando las pantallas de sus ordenadores. En el vestíbulo, un enjambre de periodistas y cámaras de televisión ya se había congregado, retenidos por la seguridad del edificio. En el parqué de la Bolsa de Nueva York, las acciones de VPH, que habían cerrado el día anterior a 250 dólares, se desplomaron en las operaciones previas a la apertura, perdiendo un treinta por ciento de su valor en menos de una hora. Miles de millones de dólares de capitalización de mercado, evaporados por un solo artículo de periódico.

Croft atravesó el caos como un tiburón, su rostro una máscara impasible de furia controlada. La guerra había comenzado. Y Julian Croft planeaba no tomar prisioneros.

En Tarrytown, Rivas observaba cómo se desarrollaba la tormenta desde la seguridad anónima de su habitación de motel. Las noticias de la mañana estaban dominadas por la historia. Todos los principales canales de noticias la habían recogido, citando al *Sentinel*. Expertos legales y médicos eran entrevistados, expresando su conmoción e indignación. Los políticos, oliendo sangre y una oportunidad, ya estaban pidiendo audiencias en el Congreso. El hashtag #ValeriusMataNiños era tendencia mundial en las redes sociales.

A mediodía, vio la rueda de prensa de Croft. De pie en un podio, flanqueado por un equipo de abogados de aspecto severo, Croft era la imagen de la indignación corporativa. Negó categóricamente todas las acusaciones, calificando el artículo de "un ataque malicioso y sin fundamento" basado en "documentos robados y probablemente

manipulados". Anunció la demanda masiva contra el *Sentinel* y prometió que la compañía "utilizaría todos los recursos legales a su disposición para llevar a los responsables ante la justicia".

Entonces, en un momento que hizo que a Rivas se le helara la sangre, Croft se apartó de sus notas preparadas y miró directamente a la cámara principal. Su mirada era intensa, un láser de puro odio.

—A la fuente cobarde que se esconde detrás de estas mentiras, que ha violado órdenes judiciales y ha puesto en peligro la salud de millones de pacientes que dependen de nuestros medicamentos, le digo esto —dijo, su voz baja y amenazante—. Le encontraremos. No importa dónde se esconda. Y se enfrentará a toda la fuerza de la ley. No descansaremos hasta que esté entre rejas.

No era una amenaza corporativa. Era una promesa personal. Rivas apagó la televisión. La habitación de motel, que se había sentido como un refugio, de repente se sintió como una trampa. La guerra había llegado a un nuevo nivel. Ya no se trataba de un caso legal. Se había convertido en una cacería humana. Y él era la presa.

Siguiendo el consejo de Chen, se sumergió aún más en el anonimato. Destruyó el ordenador portátil, rompiendo el disco duro y tirando las piezas en diferentes contenedores de basura por toda la ciudad. Hizo lo mismo con su último teléfono de prepago. Ahora estaba completamente a oscuras, sin comunicación con Marco, Chen o Sofía. Estaba solo, un fantasma en la máquina, esperando que la primera oleada de la tormenta pasara.

Esa tarde, llegó la noticia que había estado esperando y temiendo. Un mensajero del tribunal entregó un aviso a su despacho vacío en el Bronx. El Árbitro J. F. Pierce, citando la "publicación no autorizada de materiales confidenciales del arbitraje", había emitido una orden suspendiendo los procedimientos indefinidamente. Además, había programado una audiencia de emergencia en tres días para "determinar el origen de la filtración y considerar posibles sanciones por desacato contra la parte demandante y su abogado, Daniel Rivas".

Era una daga de doble filo. La suspensión le daba a Rivas un respiro de la presión del arbitraje, pero la audiencia por desacato era una guillotina que pendía sobre su cuello. Pierce, humillado públicamente, iba a buscar un chivo expiatorio. Y solo había un candidato.

Rivas leyó la noticia en un periódico que compró en una tienda. Se sentó en un banco del parque con vistas al río Hudson, el sol de la tarde proyectando largas sombras. La historia estaba en la portada, no solo del *Sentinel*, sino de casi todos los periódicos de la ciudad. Era el tema de conversación de la gente que pasaba a su lado. Se había convertido en parte del tejido de la ciudad, una historia de David contra Goliat que había capturado la imaginación del público.

Se dio cuenta de que había ganado la batalla por la opinión pública. Pero la guerra por su propia supervivencia acababa de empezar. Croft había desatado a sus perros de caza. El sistema legal, encarnado por el Árbitro Pierce, estaba a punto de volverse en su contra. Y él estaba solo, sin teléfono, sin aliados, con un nombre que ahora era sinónimo de traición para el establishment legal.

Mientras el sol se ponía sobre el Hudson, pintando el cielo de tonos naranjas y morados, Daniel Rivas se enfrentó a la cruda realidad. Había sacado la verdad a la luz, pero al hacerlo, se había convertido en el hombre más buscado de Nueva York.

CAPÍTULO 29

El exilio tiene su propia geografía, una cartografía del anonimato trazada en moteles de carretera, comensales grasientos y el flujo constante de las autopistas interestatales. Durante las cuarenta y ocho horas que siguieron a la publicación del artículo del Sentinel, Daniel Rivas se convirtió en un maestro de esa geografía. Su mundo, que antes se definía por los contornos de los distritos judiciales de Nueva York, se había reducido a una serie de habitaciones idénticas y sin alma, cada una con la misma colcha de poliéster raída, el mismo olor a desinfectante y la misma televisión atornillada a la pared que escupía imágenes de la tormenta que él había desatado.

Se había convertido en un fantasma, un consumidor voraz de noticias sobre una cacería humana en la que él era la presa. Vio su propio nombre parpadear en la parte inferior de la pantalla en los noticieros de veinticuatro horas, junto a las palabras "abogado renegado", "fuente fugitiva" y "desacato al tribunal". Vio a analistas legales, hombres y mujeres con los que una vez había compartido un trago en los bares cercanos al juzgado, debatir su ética y especular sobre su inminente arresto con una gravedad hipócrita.

Se movía constantemente. Del motel de Tarrytown a otro en las afueras de Danbury, Connecticut. Luego, cruzó de nuevo la frontera estatal hacia un decrépito motel junto a la I-87, al norte de la ciudad. Pagaba en efectivo, usaba nombres falsos sacados de las novelas de bolsillo que compraba en las paradas de descanso y

nunca se quedaba en un mismo lugar más de una noche. Cada mañana, antes del amanecer, se iba, dejando atrás una cama sin hacer y la vaga impresión de un hombre que nunca había estado allí.

La soledad era un compañero constante, una presencia física en el asiento del pasajero de su coche. Estaba completamente a oscuras, tal como Chen le había aconsejado. Sin teléfono. Sin ordenador. Sin contacto con el mundo exterior más allá de los periódicos que compraba y las noticias que veía. No sabía nada de Marco. No sabía nada de Sofía. La incertidumbre sobre su seguridad era una tortura de bajo nivel, un zumbido constante de ansiedad bajo la superficie de su miedo agudo y personal.

La mañana del segundo día, con la audiencia por desacato programada para el día siguiente, Rivas se despertó en su habitación de motel cerca de Newburgh y supo que no podía seguir huyendo. La huida era una estrategia de supervivencia, no de victoria. Esconderse le mantenía fuera de la cárcel por el momento, pero también le marginaba, permitiendo que la narrativa de Croft —la del abogado deshonesto y la fuente poco fiable— se afianzara. Julian Croft y el Árbitro Pierce estaban construyendo una jaula legal a su alrededor, y él se estaba escondiendo voluntariamente mientras ellos cerraban la puerta.

Tenía que volver a la partida. Y para eso, necesitaba a su alfil. Necesitaba a Marco.

Puso en marcha el protocolo de emergencia que habían diseñado para una situación como esta. Condujo hacia el sur, de vuelta hacia la ciudad, pero evitó las carreteras principales. Tomó una ruta serpenteante a través de pequeñas ciudades del valle del Hudson, cambiando de dirección al azar, observando constantemente su espejo retrovisor. Cerca de la ciudad de White Plains, entró en un gran centro comercial. Dejó su coche en el vasto aparcamiento, un vehículo anónimo entre miles, y caminó hasta una tienda de electrónica.

Compró otro teléfono de prepago, el más barato que tenían. La transacción en efectivo fue impersonal, rápida. No activó el teléfono allí. En su lugar, cogió un autobús local, un viaje lento y traqueteante que le llevó a la estación de tren de la ciudad. Se sentó en el andén, un hombre más esperando el tren a Manhattan, y solo entonces encendió el teléfono.

Marcó el número de Marco. Sonó tres veces. Rivas sintió una punzada de pánico. ¿Y si Marco también se había escondido? ¿Y si le habían pillado?

—Sí —respondió finalmente la voz de Marco. Sonaba cansado.

—Soy yo —dijo Rivas—. Estoy en White Plains.

—Lo sé —respondió Marco, y la afirmación hizo que a Rivas se le helara la sangre.

—¿Cómo que lo sabes?

—Porque te he estado siguiendo durante la última hora —dijo Marco —. Desde que saliste del centro comercial. Buen trabajo con el autobús. Me lo has puesto difícil. El coche gris al otro lado de la calle. No mires.

Rivas resistió el impulso de girar la cabeza. Se sintió como un aficionado, un idiota jugando a ser espía mientras el profesional le observaba desde las sombras. —¿Estás solo?

—Sí. Pero no podemos arriesgarnos a hablar aquí. El enemigo es bueno, Danny. Muy bueno. Te están buscando con todo. Coge el próximo tren a Grand Central. No te sientes en el vagón silencioso. Siéntate en un vagón concurrido. Yo cogeré el mismo tren, pero estaré en otro vagón. Cuando llegues a Grand Central, no salgas de la estación. Ve a la zona de restauración, en el nivel inferior. Compra una botella de agua y siéntate en una de las mesas comunes del centro. Te encontraré.

La línea quedó en silencio. Rivas siguió las instrucciones al pie de la letra. Tiró el teléfono, cogió el tren y se sumergió en la masa

anónima de viajeros. El viaje a la ciudad fue un ejercicio de control. Se obligó a leer un periódico, a parecer aburrido, normal, mientras su mente repasaba todas las formas en que esto podría ser una trampa.

En Grand Central, el caos familiar de la estación le pareció a la vez reconfortante y amenazador. Bajó al comedor, un espacio ruidoso y abarrotado que olía a una docena de cocinas diferentes. [Imagen del comedor de Grand Central Terminal] Compró su botella de agua y encontró un sitio en una larga mesa comunal, frente a un grupo de turistas que discutían sobre un mapa.

Cinco minutos después, Marco se deslizó en el asiento de enfrente, colocando una bandeja con un café sobre la mesa. No se miraron directamente. Hablaron en voz baja, sus voces un murmullo perdido en el estruendo general.

—Estás en la cima de la lista de los más buscados de Julian Croft —comenzó Marco, sin preámbulos, mientras desenvolvía un azucarillo —. Sabre Security tiene a un equipo de veinte personas dedicadas exclusivamente a encontrarte. Están usando rastreadores de matrículas, analizando imágenes de cámaras de seguridad de toda la región triestatal con software de reconocimiento facial. Están triangulando las torres de telefonía móvil cerca de tus últimas ubicaciones conocidas. Esto no es una simple vigilancia, Danny. Es una operación de contrainteligencia en toda regla.

—¿Cómo has conseguido seguirme tú? —preguntó Rivas.

—Porque yo no soy una corporación. No pienso como un algoritmo. Pensé como tú. Sabía que te esconderías, pero también sabía que no podrías permanecer desconectado para siempre. Sabía que necesitarías contactar conmigo. Así que en lugar de buscarte a ti, busqué los puntos de contacto. He estado vigilando tiendas de electrónica y puntos de venta de teléfonos de prepago en un radio de cien kilómetros de la ciudad. Tuve suerte.

Rivas asintió, impresionado y aleccionado. —¿Y Sofía?

—Está a salvo —dijo Marco—. La saqué de su apartamento la misma mañana que se publicó el artículo. Antes de que nadie supiera qué estaba pasando. Está con unas monjas en un convento de Queens. Un lugar que ni siquiera sale en los mapas. Nadie la encontrará allí. Está aterrorizada, por supuesto. Pero también está... orgullosa. Vio la foto de Mateo en el periódico. Dice que ahora todo el mundo sabe que su hijo existió.

Un peso se levantó del pecho de Rivas. La seguridad de Sofía era lo más importante.

—¿Y el frente legal? —preguntó Rivas—. La audiencia de mañana.

—Es un circo. Pierce está furioso. Croft le está presionando para que emita una orden de arresto contra ti por desacato. La demanda contra el *Sentinel* es real. Han contratado a uno de los bufetes de difamación más caros del país. Están intentando obligar a Chen a revelar su fuente.

—¿Aguantará?

—Chen es de la vieja escuela. Antes se comería las uñas que revelar una fuente —dijo Marco—. El periódico le está respaldando. Por ahora. Pero la presión es inmensa.

Rivas procesó la información. Estaba acorralado por todos lados. Los cazadores privados, el sistema legal, todo el peso del imperio de Croft se cernía sobre él.

—Pero —dijo Marco, y la única palabra cambió la atmósfera de la conversación—, algo ha cambiado. La publicación de la historia ha despertado a un gigante dormido.

—¿De qué hablas?

—Anoche, recibí una llamada. De un viejo amigo, un agente del FBI con el que trabajé en un caso de crimen organizado hace años. Me dijo que había mucho movimiento en Foley Square.

Rivas se irguió. Foley Square. El hogar del Tribunal del Distrito de los Estados Unidos para el Distrito Sur de Nueva York. La oficina del

fiscal federal. El organismo encargado de perseguir los delitos federales más graves, incluido el fraude corporativo.

—Me dijo —continuó Marco, bajando aún más la voz— que la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos ha abierto una investigación criminal formal sobre *Valerius Pharmaceuticals*. El artículo del *Sentinel* les dio la base que necesitaban. Y están construyendo un caso. Pero les falta una cosa. Les falta un testigo interno. Alguien que pueda autentificar los documentos. Alguien que pueda guiarles a través del laberinto.

—Thorne —susurró Rivas.

—Exacto. Pero Thorne se ha evaporado. Sus abogados dicen que está "indispuesto por motivos médicos". Nadie puede llegar a él. Así que los federales están buscando una alternativa. Y solo hay una persona que lo sabe todo.

Rivas sintió un escalofrío. —A mí.

—Quieren hablar contigo, Danny —confirmó Marco—. No es una oferta de inmunidad. No todavía. Es demasiado pronto para eso. Lo llaman una "sesión de información". Quieren que les cuentes todo lo que sabes, extraoficialmente. Quieren ver si eres un testigo creíble. Quieren saber si tienes más pruebas de las que se publicaron. La mujer que dirige la investigación es una Fiscal Federal Auxiliar llamada Alisha Singh. Dicen que es dura, inteligente y que odia a los delincuentes de cuello blanco más que a nada en el mundo.

Una nueva puerta se había abierto. Una puerta increíblemente peligrosa. Si hablaba con los federales, se estaría poniendo en su radar, no solo como testigo, sino también como posible cómplice en la filtración. Pero si no lo hacía, perdía su única oportunidad de conseguir un aliado lo suficientemente poderoso como para enfrentarse a Croft.

—¿Cómo les contacto?

—No lo haces tú. Ellos te contactan a ti —dijo Marco—. Mi amigo del FBI me dio el protocolo. Tienes que presentarte en la audiencia por

desacato de mañana. Es el único lugar donde saben que estarás. Tienes que entrar en esa sala. Alisha Singh estará allí, sentada entre el público, observando. Si decides que quieres hablar, después de la audiencia, en lugar de salir del edificio, tienes que ir al baño de hombres del tercer piso. Y esperar.

El plan era audaz y arriesgado. Suponía caminar directamente hacia la boca del lobo, enfrentarse a la furia de Pierce y a la mirada asesina de Croft, todo ello para tener la oportunidad de una conversación clandestina en un baño con una fiscal federal.

Se quedaron en silencio, el peso de la decisión llenando el espacio entre ellos. Huir ya no era una opción. La única pregunta era cómo luchar.

—Tengo que ir —dijo Rivas finalmente, la decisión solidificándose en su mente—. Si no me presento, Pierce emitirá la orden de arresto. Me convertiré en un fugitivo oficial. Perderé toda credibilidad. Es mi única jugada. Tengo que entrar en esa sala y enfrentarme a ellos.

Marco asintió lentamente, una expresión de sombrío respeto en su rostro. —Sabía que dirías eso. Pero entiende lo que estás haciendo. Estás entrando en una habitación donde todos, excepto quizás la fiscal que no conoces, quieren cortarte la cabeza. Croft te querrá en la cárcel por venganza. Pierce te querrá en la cárcel para salvar su propia reputación.

—Lo sé. Pero por primera vez, no estaré luchando solo en la oscuridad —dijo Rivas, pensando en los millones de personas que habían leído la historia, en la indignación pública, en el gigante dormido de Foley Square que empezaba a despertar—. La verdad está ahí fuera ahora. Y eso lo cambia todo.

Terminaron su conversación. Marco le dio a Rivas un nuevo teléfono de prepago, una corbata limpia que había traído y las llaves de un apartamento seguro en el East Village, propiedad de un antiguo cliente suyo que estaba fuera del país.

—Ve allí esta noche. Nadie sabe de ese sitio —dijo Marco—. Dúchate. Ponte un traje. Duerme un poco si puedes. Mañana vas a la guerra. Asegúrate de parecer un soldado, no una víctima.

Rivas cogió las llaves. Se separaron sin más palabras, dos hombres que habían llegado a entenderse más allá de la necesidad de hablar.

Mientras caminaba por las calles de Manhattan hacia el apartamento seguro, Rivas sintió que el miedo que le había atenazado durante los últimos días empezaba a ser reemplazado por algo diferente: una resolución fría y afilada. Había pasado de ser la presa a ser el cebo. Iba a caminar hacia la trampa de Pierce y Croft a la vista de todos, con la esperanza de que un depredador aún mayor, el gobierno federal, estuviera observando desde los árboles, listo para saltar. Era la apuesta más grande de su vida. Y la haría a la mañana siguiente, a las diez en punto.

CAPÍTULO 30

La noche antes de la batalla, un soldado no busca el sueño, busca la claridad. El apartamento seguro del East Village, cortesía de Marco, se convirtió en el monasterio de Daniel Rivas. Era un espacio anónimo, prestado, decorado con el minimalismo impersonal de alguien que viaja mucho, pero para Rivas, era un santuario. Por primera vez en días, el miedo a una puerta derribada o a una sombra en la ventana retrocedió, reemplazado por la concentración pura y afilada que precede a un enfrentamiento decisivo.

Se duchó, el agua caliente eliminando el hedor a miedo y a moteles baratos de su piel. Se puso el único traje bueno que le quedaba, el Canali que había sido su armadura en una vida anterior. La corbata limpia que Marco le había dado se sentía extraña contra su cuello, un vestigio de una normalidad que ya no existía. Se miró en el espejo del baño y vio a un extraño. Sus ojos estaban hundidos, rodeados de ojeras oscuras, pero en su interior ardía una luz fría que no había visto en años. Era la mirada de un hombre que lo había perdido todo y, por lo tanto, no tenía nada que perder.

No pasó la noche revisando códigos legales ni precedentes. Esas eran las herramientas de una guerra que ya no estaba luchando. En su lugar, se sentó a la mesa de la cocina con un bloc de notas legal y un bolígrafo, y se centró en un solo tema: Julian Croft.

La revelación en Grand Central, la confirmación de que la Fiscalía Federal estaba investigando, había cambiado el cálculo por completo. La audiencia de mañana ante el Árbitro Pierce ya no era el

final del juego; era el comienzo de uno nuevo y mucho más grande. Pierce y Croft pensaban que él era la presa que caminaba hacia su trampa. No entendían que Rivas se había convertido en el cazador, utilizando su propia audiencia por desacato como cebo para atraer a un depredador mucho mayor.

Su objetivo ya no era ganar el arbitraje. Ganar el arbitraje solo significaría dinero para Sofía, un resultado justo pero limitado, enterrado bajo el velo del secreto. Su objetivo ya no era *Valerius Pharmaceuticals*. Una corporación era una hidra; se le podía cortar una cabeza, obligarla a pagar una multa masiva, pero siempre crecería una nueva. La bestia sobreviviría.

Su objetivo ahora era el hombre. Julian Croft.

La estrategia que Rivas esbozó en el bloc de notas era audaz, imprudente y posiblemente suicida. No iba a defenderse de la acusación de desacato. Iba a darle la vuelta. Iba a utilizar la plataforma que Pierce le estaba dando para poner a Julian Croft en el banquillo de los acusados. No podía interrogarle directamente, no todavía. Pero podía hablar *de* él. Podía tejer una narrativa ante el Árbitro, una narrativa diseñada no para convencer al parcial Pierce, sino para ser escuchada por la única persona en esa sala que realmente importaba: la Fiscal Federal Auxiliar Alisha Singh.

Su defensa contra el desacato sería simple: la verdad. Admitiría haber sido la fuente del artículo del *Sentinel*. Pero lo enmarcaría no como un acto de desacato a la orden del Árbitro, sino como un acto de necesidad moral, un deber de alertar al público sobre un peligro inminente cuando el sistema legal diseñado para hacerlo —el arbitraje— había demostrado ser corrupto e ineficaz.

Luego, pasaría al ataque. Detallaría, con una precisión meticulosa, la campaña de intimidación y obstrucción orquestada por Julian Croft. Hablaría de la intrusión en su apartamento, de la manipulación de su coche, de la vigilancia de *Sabre Security*. Y, en el momento culminante, hablaría de la visita de los abogados de Croft a su

exmujer, un acto de crueldad calculado diseñado no para ganar un caso, sino para destruir a un hombre.

Cada palabra, cada acusación, estaría dirigida a la grabadora del tribunal, creando un registro oficial. Cada frase estaría diseñada para captar el interés de una fiscal federal que buscaba un caso sólido. Estaba convirtiendo su propia ejecución en una audición.

Trabajó durante horas, perfeccionando su declaración, anticipando las objeciones de los abogados de Croft, las reprimendas de Pierce. No escribió un guion. Eso sería demasiado rígido. En su lugar, creó una hoja de ruta, una serie de puntos clave que le guiarían a través de la tormenta que estaba a punto de desatar.

Finalmente, agotado, se tumbó en el sofá, pero no durmió. En la oscuridad, visualizó la sala de audiencias. Vio el rostro furioso de Pierce, la sonrisa condescendiente de Croft. Y vio un rostro que no conocía, el de Alisha Singh, observándole desde el fondo de la sala, juzgando cada palabra, sopesando cada movimiento. En su mente, Rivas ensayó la escena una y otra vez, un actor preparándose para el papel de su vida.

La mañana llegó, gris y húmeda, el cielo de Manhattan del color del acero bruñido. Rivas se anudó la corbata, sus movimientos seguros y deliberados. Se encontró con Marco en una cafetería a dos manzanas del edificio donde se celebraría la audiencia, un rascacielos anónimo de Midtown que albergaba varias firmas de arbitraje.

—¿Listo? —preguntó Marco, deslizando una taza de café sobre la mesa.

—Tan listo como se puede estar —respondió Rivas.

—Hay un enjambre de medios de comunicación fuera. Cámaras, periodistas... parece el estreno de una película. Croft ha conseguido convertir esto en un circo mediático para humillarte públicamente.

—Bien —dijo Rivas, para sorpresa de Marco—. Que miren. Que todo el mundo mire.

Repasaron el plan por última vez. Marco no entraría. Su trabajo era vigilar el perímetro, ser los ojos de Rivas en la calle, por si acaso Croft tenía planeado algo más que una humillación legal.

A las 9:45 a.m., Rivas se levantó. Se ajustó la chaqueta.

—Gracias por todo, Marco —dijo, la simple frase cargada con el peso de todo por lo que habían pasado.

—Aún no hemos terminado —replicó el ex-policía—. Ve a darles una paliza, Danny.

Rivas salió de la cafetería y caminó la última manzana. En cuanto dobló la esquina, el rugido le golpeó. Un muro de cámaras, micrófonos y reporteros que gritaban su nombre se interponía entre él y la entrada del edificio. [Imagen de un enjambre de medios de comunicación]

"¡Señor Rivas! ¿Filtró usted los documentos?"
"¿Se arrepiente de sus acciones?"
"¿Qué le dice a las familias de las víctimas?"
Ignoró las preguntas, abriéndose paso entre la multitud con la ayuda de dos guardias de seguridad del edificio que habían salido a su encuentro. Los flashes de las cámaras eran como ráfagas de magnesio, cegadores y constantes. Mantuvo la cabeza alta, su expresión neutral, una máscara de calma que ocultaba el furioso latido de su corazón.

Una vez dentro del vestíbulo de mármol, el ruido se desvaneció, reemplazado por un silencio tenso. El aire estaba cargado de electricidad. Se registró en el mostrador de seguridad, su nombre ahora infame, y cogió el ascensor hasta el piso cuarenta y dos.

El viaje hacia arriba fue un ascenso a través del purgatorio. Cuando las puertas se abrieron, se encontró en una recepción silenciosa y lujosa, decorada en tonos de gris y caoba. Una secretaria, con una expresión de desaprobación helada, le indicó que entrara en la sala de conferencias al final del pasillo.

Rivas respiró hondo y empujó la pesada puerta de madera.

La habitación era exactamente como la había imaginado, solo que más fría, más intimidante. Era una sala de juntas corporativa, dominada por una larga mesa de caoba pulida que reflejaba las luces empotradas del techo como un estanque oscuro. A un lado, un ventanal del suelo al techo ofrecía una vista panorámica de Manhattan, un recordatorio del poder y el dinero que impregnaban ese lugar.

En la cabecera de la mesa, en una silla de cuero de respaldo alto que parecía un trono, se sentaba el Árbitro J. F. Pierce. Su rostro, normalmente impasible, estaba tenso por una furia apenas contenida. A su derecha, en una pequeña mesa, un taquígrafo judicial tenía los dedos preparados sobre su máquina.

A la derecha de la mesa principal, estaba el equipo de *Valerius*. Cuatro abogados, todos con trajes caros y rostros sombríos. Y en el centro de ellos, Julian Croft.

Croft levantó la vista cuando Rivas entró. Sus ojos se encontraron a través de la sala, y en la mirada de Croft, Rivas no vio rabia. Vio algo mucho peor: un regocijo frío, la satisfacción de un depredador que ve a su presa caminar directamente hacia la trampa. Croft le dedicó una sonrisa diminuta, casi imperceptible, una contracción de los labios que decía: *Estás acabado.*

Rivas desvió la mirada de Croft y la dirigió hacia el pequeño grupo de sillas reservadas para el público, contra la pared del fondo. Había media docena de personas. Periodistas, probablemente. Y entonces la vio.

Era una mujer de unos treinta y tantos años, de ascendencia del sur de Asia, vestida con un traje de chaqueta oscuro y funcional. Tenía el pelo negro recogido en un moño severo y unas gafas de montura fina. No estaba tomando notas. No estaba susurrando a sus vecinos. Simplemente estaba sentada, con las manos cruzadas en el regazo, observando la escena con una inteligencia tranquila e intensa. Sus ojos se encontraron con los de Rivas por una fracción de segundo, y

en ellos no había ni juicio ni simpatía. Solo una evaluación fría y profesional. Alisha Singh. Estaba allí. El cebo había sido visto.

Rivas caminó hacia el lado izquierdo de la mesa, el lugar designado para la parte demandante. El asiento estaba vacío. Sofía no estaba allí, y él se alegraba de ello. No necesitaba ser testigo de esto. Rivas dejó su maletín, que contenía solo un bloc de notas y un bolígrafo, y se sentó.

El silencio en la sala era absoluto, un vacío a punto de implosionar.

Pierce carraspeó, el sonido amplificado por la acústica de la sala. Cogió su mazo, un gesto puramente teatral en un entorno de arbitraje, y lo golpeó contra un bloque de madera. El golpe seco resonó como un disparo.

—Esta audiencia de emergencia ha sido convocada —comenzó Pierce, su voz era un témpano de hielo— para abordar la flagrante violación de la orden de confidencialidad de este tribunal por parte del abogado de la demandante, Daniel Rivas. Las normas que rigen este procedimiento son claras. La filtración de documentos y testimonios confidenciales a la prensa constituye un acto de desacato directo. Señor Rivas, ¿está preparado para explicar por qué no debería recomendar que se le acuse formalmente y se le revoque su licencia para ejercer la abogacía?

Rivas se puso de pie lentamente. Sintió la mirada de todos en la sala sobre él. La de Pierce, llena de ira. La de Croft, llena de desprecio. Y la de Alisha Singh, llena de una curiosidad analítica.

Se acercó a la mesa, colocando las palmas de las manos sobre la fría superficie de madera. No miró a Pierce. Miró directamente a Julian Croft.

—Señor Árbitro —comenzó, su voz clara y firme, llenando el silencio de la sala—. Estoy aquí hoy para hablar de la verdad. Y de lo que sucede cuando un hombre, un solo hombre, decide que está por encima de ella.

El juego había comenzado.

CAPÍTULO 31

Las palabras de Daniel Rivas cayeron en el silencio de la sala de juntas con el peso de una piedra en un estanque helado, rompiendo la superficie y enviando ondas de choque que se extendieron hasta el último rincón. Por un instante, nadie se movió. La declaración, dirigida no al Árbitro sino a través de él, directamente a Julian Croft, era una declaración de guerra tan abierta y descarada que dejó a la sala sin aliento.

El primero en reaccionar fue el abogado principal de Croft, un hombre mayor llamado Elias Vance, cuya reputación se basaba en aplastar a sus oponentes bajo el peso de objeciones procesales. Se puso de pie de un salto, su silla de cuero chirrió en protesta.

—¡Objeción! —su voz, normalmente un barítono suave y persuasivo, era un graznido de indignación—. Señor Árbitro, esto es un ultraje. El señor Rivas не está aquí para dar discursos filosóficos. Está aquí para responder a una acusación de desacato. Exijo que se le ordene ceñirse a la cuestión que nos ocupa.

El Árbitro Pierce, cuyo rostro había pasado del rojo furioso al púrpura, golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo que los vasos de agua temblaran. —¡Objeción ha lugar! Señor Rivas, está en una posición muy precaria. Le aconsejo que no me ponga a prueba. Responda a la pregunta. ¿Por qué no debería declararle en desacato?

Rivas no se inmutó. No apartó la mirada de Julian Croft, que le observaba con una diversión gélida, como un entomólogo examinando a un insecto particularmente ruidoso antes de aplastarlo.

—Estoy respondiendo a la pregunta, señor Árbitro —dijo Rivas, su voz era la calma en el ojo del huracán—. Porque para entender el acto, primero debe entender el contexto. No se puede entender mi decisión de contactar con el *New York Sentinel* sin entender la campaña sistemática de fraude, intimidación y obstrucción a la justicia que ha viciado este procedimiento desde su inicio.

—¡Objeción! —gritó Vance de nuevo—. ¡Argumentativo! ¡El señor Rivas está haciendo acusaciones infundadas y calumniosas para desviar la atención de su propia mala conducta!

—Señor Vance, siéntese —ordenó Pierce, aunque su advertencia iba dirigida a Rivas—. Le daré una última oportunidad, señor Rivas. Hable de sus acciones, no de las de los demás.

—Mis acciones son una consecuencia directa de las suyas —dijo Rivas, y esta vez, se giró para dirigirse a Pierce, aunque su cuerpo permaneció orientado hacia Croft, un sutil acto de desafío—. Este arbitraje, señor Árbitro, se basa en la premisa de la buena fe y la revelación honesta de pruebas. Un principio que la parte demandada, bajo la dirección del señor Croft, ha violado repetida y deliberadamente.

Rivas levantó una mano, deteniendo la inevitable objeción de Vance. —Permítame ser claro y directo, para que no haya duda. Sí, yo fui la fuente de la historia del *New York Sentinel*.

Una oleada de murmullos recorrió la pequeña sección del público. Los periodistas garabatearon furiosamente en sus blocs. En el fondo de la sala, Alisha Singh permaneció inmóvil, sus ojos fijos en Rivas, su expresión indescifrable. La admisión no era una sorpresa, pero oírla en voz alta, en un registro oficial, lo cambiaba todo.

Croft sonrió. Una sonrisa diminuta y satisfecha. Había conseguido su confesión. En su mente, el juego había terminado.

—Ahí lo tiene —interrumpió Vance, dirigiéndose a Pierce con un gesto teatral—. Lo admite. Admite haber violado su orden directa. No hay nada más que discutir.

—Al contrario, señor Vance. Es ahora cuando empezamos a discutir —replicó Rivas, su voz se cargó de una nueva intensidad—. No violé una orden judicial. Cumplí con un deber superior. El deber de un abogado, cuando se enfrenta a pruebas de que un producto puede estar matando a niños y que el sistema legal está siendo manipulado para ocultarlo, es hacer sonar la alarma. Este procedimiento, esta sala, se había convertido en un instrumento de encubrimiento. Mi cliente, la señora Sofía Vargas, no tenía ninguna posibilidad de obtener un juicio justo aquí. El campo de juego no estaba nivelado; estaba inclinado verticalmente. Mi única opción para buscar la verdadera justicia era sacarla de las sombras de esta sala y llevarla a la luz del escrutinio público.

—¡Usted no es el guardián de la justicia pública, señor Rivas! —tronó Pierce—. ¡Yo soy el árbitro de este caso! ¡Usted usurpó mi autoridad!

—Con el debido respeto, señor Árbitro, no se puede usurpar una autoridad que ya ha sido comprometida —dijo Rivas, y la calculada falta de respeto de la afirmación hizo que la sala contuviera la respiración—. Y fue comprometida por las acciones del señor Croft.

Rivas cogió su bloc de notas. No lo leyó. Lo usó como un accesorio, un punto de anclaje para la tormenta que estaba a punto de desatar.

—Hablemos de las acciones que me llevaron a creer que este arbitraje era una farsa. Hablemos de la campaña de intimidación que el señor Croft lanzó contra mí, no para defender a su cliente, sino para obstruir el descubrimiento de la verdad. Una campaña que comenzó poco después de que aceptara este caso.

Se giró ligeramente, reconociendo por primera vez la presencia del taquígrafo. Quería asegurarse de que cada palabra quedara

registrada.

—Comenzó de forma sutil. Una intrusión en mi apartamento. No fue un robo. Nada de valor fue sustraído. Pero mis archivos, mis notas sobre este caso, fueron meticulosamente revisados. Fue un mensaje: *Podemos llegar a ti. No estás a salvo.*

Vance se puso de pie. —¡Objeción! Esto es irrelevante y no está probado. El señor Rivas está paranoico.

—Siéntese, señor Vance. Dejaré que hable —dijo Pierce, pero su mirada a Rivas era una advertencia. Estaba dándole cuerda a Rivas, esperando que se ahorcara con ella.

Rivas continuó, su voz un martillo metódico. —Luego, la vigilancia se intensificó. Mi coche fue manipulado en mitad de la noche. Se instalaron dispositivos de escucha. Cada uno de mis movimientos era rastreado. Mis conversaciones, monitorizadas. Era una operación diseñada para intimidar, para desestabilizar, para hacerme sentir que el poder de *Valerius* era omnipotente.

Mientras hablaba, Rivas observaba a Alisha Singh. Vio un cambio sutil en su postura. Se inclinó ligeramente hacia delante. Las palabras "vigilancia" e "instalación de dispositivos de escucha" no eran solo tácticas de litigio agresivo; eran posibles delitos federales. Estaba hablando su idioma.

Croft permanecía impasible, pero Rivas notó que sus dedos tamborileaban silenciosamente sobre la superficie pulida de la mesa. Era el único signo de su agitación.

—Pero estas tácticas, aunque ilegales y poco éticas, no fueron suficientes para el señor Croft —continuó Rivas, su voz bajó un tono, volviéndose más personal, más peligrosa—. Cuando se dio cuenta de que no iba a abandonar el caso, decidió cruzar una línea que separa el litigio de la crueldad pura. Decidió atacar no solo mi vida profesional, sino también mi pasado personal.

Rivas hizo una pausa, dejando que el peso de sus palabras llenara la sala. Luego, se giró y miró directamente a Croft, sus miradas se

encontraron y se aferraron como dos imanes.

—El señor Croft envió a dos de sus abogados, dos matones con títulos de derecho, a la casa de mi exmujer.

Otro murmullo recorrió la sala. Esta acusación era diferente. No era sobre espionaje corporativo; era sobre acoso personal. Era sucia.

—La interrogaron durante más de una hora —dijo Rivas, cada palabra cayendo como una gota de ácido—. Le hicieron preguntas sobre nuestro matrimonio. Sobre mis hábitos. Sobre mi estado mental después de que perdiera el caso Dunnigan hace cinco años. No buscaban pruebas relevantes para este caso. Buscaban mugre. Buscaban dolor. Buscaban un arma para usar contra mí. Fue un acto de intimidación de testigos y de acoso diseñado con un solo propósito: aterrorizar a una mujer inocente para enviarme un mensaje. El mensaje era claro: *No hay líneas que no cruzaremos. No hay nadie en tu vida que no podamos tocar.*

Vance estaba de pie de nuevo, su rostro congestionado. —¡Esto es un circo! ¡El señor Rivas está inventando estas fantasías escandalosas! ¡No hay ni una pizca de prueba!

—Pídale al señor Croft que lo niegue bajo juramento —replicó Rivas, su voz resonando en la sala—. Pídale que jure, aquí y ahora, que no autorizó esa visita.

Todas las miradas se volvieron hacia Julian Croft. Su sonrisa había desaparecido. Sus ojos eran dos esquirlas de hielo. No se movió. No dijo nada. La negativa a negar era, en sí misma, una forma de confesión.

Rivas se volvió de nuevo hacia el Árbitro. —Fue en ese momento, señor Árbitro, cuando supe que este procedimiento había dejado de ser un arbitraje. Se había convertido en una guerra de desgaste librada por un hombre que cree que las reglas no se aplican a él. Fue en ese momento cuando supe que mi cliente nunca obtendría justicia dentro de estas cuatro paredes. Y fue en ese momento

cuando tomé la decisión de que la verdad, toda la verdad, tenía que salir a la luz, sin importar el coste personal para mí.

Se detuvo, dejando que su argumento se asentara. Había admitido el desacato, pero lo había justificado como el único recurso de un hombre que luchaba contra un sistema corrupto. Había pintado un cuadro de acoso e intimidación que, si era cierto, constituía una serie de delitos graves. Y se lo había servido en bandeja de plata a la fiscal federal que estaba sentada en el fondo de la sala.

Pierce se reclinó en su silla, claramente desconcertado. La audiencia se le había ido de las manos. Esperaba una simple ejecución procesal de Rivas, y en su lugar, Rivas había detonado una bomba en mitad de su sala de conferencias.

—Señor Rivas —dijo Pierce, su voz ahora teñida de una incertidumbre que no había estado allí antes—. Sus acusaciones son extremadamente graves. Pero, como ha señalado el señor Vance, no ha presentado ninguna prueba que las respalde. Son simplemente... su palabra.

—Lo sé —dijo Rivas, con una calma que enfureció a sus oponentes —. Pero no he terminado. Porque la campaña de intimidación del señor Croft no fue su único fraude en este caso. Ni siquiera fue el más importante.

Rivas se acercó a su maletín y sacó un único documento. Lo colocó sobre la mesa. Era una copia de la "Cláusula de Arbitraje Obligatorio" que Sofía Vargas había firmado.

—El verdadero fraude, el pecado original del que se derivan todos los demás, está aquí mismo —dijo, golpeando el papel con el dedo —. Este documento. Esta cláusula. Se presentó a mi cliente, una inmigrante con un conocimiento limitado del inglés y del sistema legal estadounidense, como un simple formulario de consentimiento. Pero no es un formulario de consentimiento. Es una renuncia a sus derechos constitucionales. El derecho a un juicio por jurado. El derecho a un proceso público. El derecho a la apelación. Y fue diseñado por el señor Croft y su equipo con el único propósito de

asegurarse de que historias como la de Mateo Vargas nunca fueran escuchadas.

Se giró hacia Alisha Singh, su mirada barriendo la sala hasta encontrar la de ella.

—Esto, señor Árbitro, no es solo un asunto contractual. Es un asunto de derechos civiles. Es un sistema diseñado para silenciar a los más vulnerables en beneficio de los más poderosos. La filtración de la que se me acusa no fue un acto de desacato. Fue un acto de desafío contra un sistema fraudulento, orquestado por un hombre que ha demostrado repetidamente, a través de sus acciones, que no tiene ningún respeto por la ley que juró defender.

Rivas volvió a su asiento. La sala quedó en un silencio atónito. Había hecho mucho más que defenderse. Había acusado a Croft de múltiples delitos, había puesto en duda la legitimidad de todo el procedimiento de arbitraje y había presentado su caso no al Árbitro, sino al tribunal de la opinión pública y, más importante aún, a la Fiscalía Federal.

Julian Croft se inclinó y le susurró algo a Elias Vance. Vance asintió y se puso de pie, su compostura recuperada.

—Señor Árbitro, el señor Rivas ha ofrecido un monólogo ciertamente dramático y lleno de falsedades. Pero no ha ofrecido ninguna defensa legal a la acusación de desacato. Simplemente ha admitido su culpabilidad y ha intentado culpar a los demás de sus propias acciones. Solicitamos que ponga fin a esta farsa, que declare al señor Rivas en desacato y que remita este asunto a las autoridades pertinentes para que se le procese con todo el peso de la ley.

Pierce miró de Vance a Rivas, su rostro un conflicto de ira y confusión. La audiencia se había convertido en un campo de minas.

—Señor Rivas, ¿tiene algo más que añadir en su defensa? —preguntó, casi con la esperanza de que dijera que no.

Rivas se puso de pie por última vez.

—Sí, señor Árbitro. Tengo una cosa más que añadir —dijo, su voz tranquila pero resonante—. Solicito la oportunidad de demostrar mis acusaciones. Solicito el derecho a llamar a un testigo para que testifique sobre la campaña de intimidación del señor Croft y el fraude que ha viciado este procedimiento.

Pierce le miró, incrédulo. —¿Qué testigo?

Rivas se giró, su mirada se clavó en el hombre sentado en el centro de la mesa de la defensa, el hombre que creía haber ganado.

—Llamo a declarar a Julian Croft.

CAPÍTULO 32

Si la declaración anterior de Daniel Rivas había sido una piedra en un estanque helado, su última frase fue una granada. La solicitud de llamar a Julian Croft a declarar detonó en la quietud de la sala de juntas, y el caos que siguió fue instantáneo y atronador.

Elias Vance se levantó de su silla con tal violencia que esta se tambaleó y casi cae hacia atrás. Su rostro, normalmente un lienzo de estudiada compostura, era una máscara de furia lívida.

—¡Absurdo! ¡Esto es un abuso procesal sin precedentes! —bramó, su voz perdiendo su pulido barniz y volviéndose estridente—. ¡El señor Rivas está convirtiendo esta audiencia en una farsa! ¡Una cacería de brujas! ¡El señor Croft no es un testigo en este asunto!

El Árbitro Pierce, que parecía haber envejecido diez años en los últimos diez minutos, golpeó su mazo repetidamente, el sonido seco y agudo apenas audible por encima de las protestas de Vance.

—¡Orden! ¡Orden en esta sala! —gritó Pierce, su autoridad desmoronándose visiblemente—. Señor Rivas, esta es una audiencia sobre *su* posible desacato. El señor Croft no está siendo juzgado aquí. Su solicitud es improcedente y está fuera de lugar. Denegada.

Pero Rivas no se sentó. Permaneció de pie, una figura solitaria y desafiante en su lado de la mesa. Esperó a que el eco de la negativa de Pierce se apagara.

—Con el debido respeto, señor Árbitro, se equivoca —dijo Rivas, su voz tranquila contrastando con el alboroto—. La conducta del señor Croft no es solo relevante para esta audiencia; es el corazón de la misma. Mi defensa se basa en la doctrina de la necesidad. Argumento que mis acciones, aunque extraordinarias, fueron la única opción ética y legal que me quedaba ante una campaña ilegal de obstrucción a la justicia orquestada directamente por el señor Croft. ¿Cómo puedo presentar esa defensa sin interrogar al hombre que la orquestó?

Se giró, su mirada barriendo la sala hasta posarse de nuevo en la impasible Fiscal Federal Auxiliar, Alisha Singh.

—Argumentar que el testimonio del señor Croft es irrelevante —continuó Rivas, hablando ahora tanto para Singh como para Pierce— es como decir que no se puede interrogar al jefe de la mafia en el juicio de un subordinado que afirma haber actuado bajo sus órdenes. Es absurdo.

Vance se rió, una risa seca y sin humor. —¿Está comparando al Director Jurídico de una de las corporaciones más respetadas del mundo con un jefe de la mafia? Señor Árbitro, la desesperación del señor Rivas le ha hecho perder el juicio.

—La desesperación no, señor Vance. La claridad —corrigió Rivas—. La claridad que se obtiene cuando un adversario deja de comportarse como un abogado y empieza a comportarse como un matón.

Pierce se masajeó las sienes, atrapado en un fuego cruzado que no había previsto. Por un lado, su instinto y su sesgo le decían que pusiera fin a la insurrección de Rivas de inmediato. Por otro, Rivas había planteado un argumento procesal astuto. Negarle el derecho a presentar una defensa completa, por muy escandalosa que pareciera, podría ser motivo de apelación. Y lo que era más importante, hacerlo delante de una fiscal federal que estaba observando cada uno de sus movimientos podría parecer que estaba protegiendo a Croft. Pierce, el árbitro cuyo procedimiento

confidencial había explotado en la portada de todos los periódicos, no podía permitirse el lujo de parecer parcial.

Mientras Pierce dudaba, ocurrió algo inesperado. Julian Croft levantó una mano, un gesto pequeño y elegante que silenció a su propio abogado. Todos los ojos se volvieron hacia él.

Croft se reclinó en su silla, una expresión de aburrimiento condescendente en su rostro. Miró a Rivas como si fuera un problema matemático particularmente simple pero tedioso.

—Señor Árbitro —dijo Croft, su voz era suave como la seda, pero con un filo de acero—. Quizás deberíamos complacer al señor Rivas.

Elias Vance se giró para mirar a su cliente, con una expresión de pura incredulidad. —Julian, ¿qué estás haciendo?

Croft ignoró a su abogado. Sus ojos estaban fijos en Rivas. —Es evidente que el señor Rivas ha construido un elaborado universo de fantasía en el que él es un cruzado heroico y yo soy el villano de una película barata. Ha hecho acusaciones muy graves. Francamente, difamatorias. Aunque esta no es la plataforma adecuada, no tengo nada que ocultar. De hecho, acojo con agrado la oportunidad de desmontar estas ficciones bajo juramento, aquí y ahora, para que este tribunal pueda ver de una vez por todas la clase de hombre desesperado y sin escrúpulos con el que estamos tratando.

Era una jugada de poder brillante. Arrogante, arriesgada, pero brillante. Al aceptar testificar, Croft proyectaba una imagen de total confianza y transparencia. Se presentaba no como un acusado, sino como una víctima de calumnias, ansioso por limpiar su nombre. Estaba llamando el farol de Rivas, convencido de que este no tenía cartas. Y, al mismo tiempo, le estaba arrebatando el control de la situación a Pierce, convirtiéndose en el maestro de ceremonias de su propia ejecución.

Vance parecía que iba a sufrir un aneurisma. Pierce parecía confundido, su guion cuidadosamente preparado había sido arrojado por la ventana. Rivas, sin embargo, sintió una oleada de adrenalina.

La arrogancia de Croft era exactamente con lo que había contado. El mayor defecto de los hombres que se creen invencibles es que nunca imaginan que pueden ser derrotados.

—Muy bien —dijo Pierce, claramente contrariado por haber perdido el control de su propia audiencia—. Si el señor Croft desea testificar voluntariamente, no seré yo quien se lo impida. Señor Croft, por favor, póngase de pie y preste juramento.

El taquígrafo se acercó a Croft, que se puso de pie con una gracia fluida. Puso la mano sobre una Biblia que parecía haber salido de la nada y recitó el juramento con una sinceridad impecable, su voz resonando con una falsa piedad. Luego, en lugar de sentarse en un estrado de testigos que no existía, simplemente volvió a su silla en la mesa principal.

—Señor Rivas —dijo Pierce con un suspiro de resignación—. Puede proceder. Pero le advierto que mantendré este interrogatorio con una correa muy, muy corta. Váyase por las ramas una sola vez y se acabó.

Rivas asintió. Se acercó a la mesa, su mente un torbellino de estrategias y contrataques. Había conseguido lo que quería, pero ahora venía la parte más difícil. Tenía que interrogar al hombre que le había superado en todas las ocasiones anteriores, un maestro de la evasión y la manipulación, y tenía que hacerlo bajo la mirada hostil del árbitro y con la fiscal federal juzgando cada pregunta.

No empezó con el Proyecto Nightingale. Eso sería mostrar su mejor carta demasiado pronto. Tenía que construir su caso ladrillo a ladrillo. Tenía que establecer un patrón de conducta.

—Señor Croft —comenzó, su voz era tranquila, conversacional—. Usted es el Director Jurídico Global de *Valerius Pharmaceuticals*, ¿correcto?

—Lo soy —respondió Croft, su tono igualmente tranquilo.

—Y en esa capacidad, usted es el responsable último de supervisar todos los litigios en los que la compañía está involucrada, incluyendo

este arbitraje.

—Correcto.

—¿Conoce usted una empresa de seguridad privada llamada *Sabre Security Solutions*?

La pregunta pareció pillar a Vance por sorpresa, pero Croft no parpadeó. —El nombre me resulta familiar. *Valerius*, como cualquier corporación de nuestro tamaño, contrata a varias empresas externas para una variedad de servicios, incluyendo la seguridad.

—¿Incluyendo la vigilancia de los abogados de la parte contraria?

Vance se puso de pie. —¡Objeción! El señor Rivas está asumiendo hechos no probados.

—Lo reformularé —dijo Rivas antes de que Pierce pudiera pronunciarse—. Señor Croft, ¿contrató, directa o indirectamente, a *Sabre Security* para que me pusiera bajo vigilancia a mí o a mis asociados en relación con este caso?

Croft sonrió, una sonrisa delgada y sin humor. —Señor Rivas, los protocolos de seguridad que empleamos para proteger a nuestra compañía de amenazas externas son, comprensiblemente, confidenciales. Pero permítame ser claro: *Valerius* siempre opera dentro de los límites de la ley.

Era una no-respuesta perfecta. Ni lo admitía ni lo negaba. Rivas sabía que no iba a conseguir que admitiera nada. El objetivo no era obtener una confesión. El objetivo era hacerle mentir en el registro.

—Así que su respuesta es no, ¿no contrató a nadie para que me siguiera, manipulara mi coche o pusiera micrófonos en mi vida? —presionó Rivas.

—Mi respuesta es que su pregunta es paranoica y ofensiva. Y no, no autoricé ninguna actividad ilegal —dijo Croft, eligiendo sus palabras con la precisión de un cirujano.

Actividad ilegal. Esa era la clave. Croft estaba creando una negación plausible. Podía argumentar más tarde que la vigilancia en sí misma no era ilegal, solo la forma en que se llevaba a cabo.

Rivas decidió pasar a la siguiente capa.

—Señor Croft, ¿conoce a una mujer llamada Helen Croft?

El nombre de su propia esposa, la exmujer de Rivas, colgó en el aire. La temperatura en la sala pareció bajar varios grados. Vance se puso de pie, su rostro enrojecido.

—¡Objeción! ¡Señor Árbitro, esto es intolerable! ¡El señor Rivas está arrastrando a miembros de la familia del señor Croft a esto! ¡Es acoso!

—Señor Rivas, ¿adónde va con esto? —preguntó Pierce, su voz era una advertencia.

—A la cuestión de la intimidación de testigos, señor Árbitro. Un tema directamente relevante para mi defensa —respondió Rivas con calma. Luego, se volvió hacia Croft, cuya expresión se había vuelto tan dura como el mármol—. Señor Croft, ¿autorizó usted a dos abogados de su bufete externo, la firma de Elias Vance, a visitar a la señora Helen Croft en su casa de Connecticut y a interrogarla sobre mí?

Croft miró a Vance, una mirada fugaz pero llena de significado. Luego, se volvió hacia Rivas.

—Mi equipo legal toma todas las medidas necesarias y apropiadas para preparar nuestra defensa. Si eso incluye entrevistar a personas con conocimiento de los antecedentes y el carácter de la parte contraria, entonces sí, es una práctica de litigio estándar.

—¿Es una práctica estándar aterrorizar a una mujer que no tiene ninguna relación con el caso? ¿Hacerle preguntas sobre un divorcio que ocurrió hace casi una década? ¿Sobre el suicidio de uno de mis antiguos clientes? ¿Qué relevancia probatoria tiene eso, señor Croft, aparte de servir como una amenaza velada?

—Yo no caracterizaría la entrevista como "aterrorizar" —dijo Croft con frialdad—. Y en cuanto a la relevancia, dado su comportamiento errático y sus tácticas poco ortodoxas en este caso, su estado mental es, lamentablemente, muy relevante.

Era una estocada brillante y cruel. Croft había conseguido darle la vuelta a la acusación, pintando la visita a Helen no como un acto de intimidación, sino como una diligencia debida y necesaria ante un abogado inestable.

Rivas sintió una oleada de rabia, pero la reprimió. Perder los estribos era exactamente lo que Croft quería. Mantuvo su voz fría, metódica.

—Así que está testificando, bajo juramento, que la visita a mi exmujer fue una parte legítima de su estrategia de descubrimiento de pruebas y no un intento de intimidarme para que abandonara el caso.

—Absolutamente —dijo Croft, sin dudarlo.

Otra mentira en el registro, pensó Rivas. Estaba construyendo su caso, no para Pierce, sino para la mujer silenciosa del fondo de la sala. Le estaba mostrando a Alisha Singh el patrón de negación, la red de evasiones.

Ahora, era el momento de acercarse al corazón del asunto. Era el momento de hablar del pecado original.

—Hablemos del Proyecto Nightingale, señor Croft.

Si Rivas esperaba una reacción de pánico, se sintió decepcionado. El control de Croft era absoluto. Su expresión no cambió. El único movimiento fue el de Elias Vance, que se agitó en su silla como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

—No reconozco ese nombre —dijo Croft con una facilidad que helaba la sangre.

—¿No lo reconoce? —presionó Rivas—. ¿El nombre en clave de un informe interno crucial relacionado con los ensayos clínicos de fase

II de Cardia-Sure, el medicamento en el centro de este litigio? ¿Un informe escrito por su científico estrella, el Dr. Aris Thorne?

—Recibimos miles de informes, señor Rivas. No puedo recordar cada nombre en clave poético que se le ocurre a nuestro departamento de I+D.

—Permítame refrescarle la memoria. El informe detallaba "anomalías cardíacas graves" en un subgrupo de pacientes. Recomendaba detener los ensayos. ¿Le suena de algo ahora?

—Me suena a la clase de ficción sensacionalista que leyó en el artículo del *Sentinel* —replicó Croft, con una sonrisa condescendiente.

—Le estoy preguntando por los hechos que ocurrieron años antes del artículo, señor Croft. Le pregunto si recibió un memorando del Dr. Thorne el 12 de agosto de 2019, advirtiéndole de estos peligros.

—¡Objeción! —dijo Vance—. El señor Rivas está intentando introducir el contenido de un documento robado y no autentificado cuya discusión ha sido prohibida por este tribunal.

—¡Ha lugar! —falló Pierce al instante—. Señor Rivas, se está acercando peligrosamente a la línea. Céntrese en la cuestión del desacato.

—¡Esto es la cuestión del desacato! —replicó Rivas, su voz se elevó por primera vez—. Mi defensa es que la filtración fue necesaria porque el señor Croft cometió un fraude. Un fraude que comenzó con el entierro de ese informe. Su conocimiento de ese informe es el hecho central.

Pierce parecía a punto de estallar. Pero antes de que pudiera hablar, Croft volvió a levantar la mano.

—Permítale que pregunte, señor Árbitro —dijo Croft, su confianza era absoluta—. Quiero que esto quede registrado.

Se giró hacia Rivas, sus ojos eran dos pozos oscuros y sin fondo. —Señor Rivas, para que quede absolutamente claro, y bajo la pena de

perjurio: niego categóricamente haber recibido nunca un informe o un memorando del Dr. Thorne, o de cualquier otra persona, que sugiriera que Cardia-Sure no era seguro. Niego categóricamente haber ordenado nunca al Dr. Thorne, o a cualquier otra persona, que manipulara o enterrara datos de un ensayo clínico. La historia del *Sentinel* es una fabricación de principio a fin, basada en documentos que son, en el mejor de los casos, falsificaciones. ¿Está claro?

La negación fue total, inequívoca y absoluta. Fue una mentira tan audaz, tan completa, que Rivas casi sintió una pizca de admiración por su pura desfachatez. Croft acababa de cometer perjurio delante de un árbitro, de su propio equipo legal y, lo más importante, de una fiscal federal. Acababa de subirse al patíbulo y se había puesto la soga al cuello.

Rivas hizo una pausa, dejando que la mentira colgara en el aire, que se asentara, que se solidificara en el registro del taquígrafo.

Luego, se acercó a su maletín.

—Entonces, señor Croft —dijo Rivas, su voz era apenas un susurro que, sin embargo, se apoderó de toda la sala—. Supongo que tendrá una explicación para esto.

Y del maletín, sacó no uno, sino dos objetos.

El primero era una copia impresa del memorando de Croft a Thorne, la pistola humeante. Lo deslizó sobre la mesa, justo fuera del alcance de Croft, como un jugador de póker revelando su mano ganadora.

Y el segundo, que colocó sobre la mesa con un suave clic, era un pequeño reproductor de audio digital.

CAPÍTULO 33

El tiempo en la sala de juntas pareció fracturarse. Por un instante eterno, los dos objetos sobre la mesa de Daniel Rivas —el papel y el plástico— se convirtieron en el centro del universo. El memorando impreso era la acusación, fría y documentada. El pequeño reproductor de audio digital, sin embargo, era algo más. Era un misterio, una amenaza latente cuyo poder residía en lo desconocido.

La compostura de Julian Croft, esa máscara de arrogancia glacial que había mantenido durante todo el procedimiento, finalmente mostró una fisura. No fue un gesto grandilocuente. Fue un tic casi imperceptible en el músculo de su mandíbula, un endurecimiento de la línea de su boca. Sus ojos, antes llenos de un desdén divertido, ahora estaban fijos en el reproductor de audio, y por primera vez, Rivas vio en ellos no arrogancia, sino el destello helado del cálculo de un hombre que se da cuenta de que ha subestimado fatalmente a su oponente.

Elias Vance, sintiendo el cambio sísmico en su cliente, fue el primero en hablar, su voz un intento desesperado de construir un cortafuegos legal alrededor de la catástrofe que se avecinaba.

—¡Objeción! —dijo, su voz más aguda de lo habitual—. ¡El señor Rivas está introduciendo "pruebas" sorpresa que no han sido presentadas! ¡No tenemos ni idea de qué son estos objetos! ¡Son inadmisibles! ¡Esto es un teatro!

El Árbitro Pierce se aferró a la objeción como un hombre que se ahoga a una balsa. —¡Objeción ha lugar! Señor Rivas, retire esos objetos de la mesa inmediatamente. Le advertí que mantendría una correa corta. Acaba de romperla. Esta farsa ha terminado.

Pero Rivas no se movió. Ignoró a Pierce. Sus ojos estaban clavados en Croft, manteniendo la presión, sabiendo que el verdadero juicio ya no estaba en manos del árbitro.

—No son pruebas para este arbitraje, señor Árbitro —dijo Rivas, su voz resonando en la repentina quietud—. Son pruebas para mi defensa contra la acusación de desacato. Pruebas que demuestran la validez de mi creencia de que este procedimiento estaba corrompido. El señor Croft acaba de jurar, bajo pena de perjurio, que la historia del *Sentinel* era una "fabricación de principio a fin, basada en documentos que son, en el mejor de los casos, falsificaciones".

Rivas señaló el memorando impreso sobre la mesa. —Este documento, señor Árbitro, es una copia del memorando original que el señor Croft le envió al Dr. Aris Thorne. La "pistola humeante" que el *Sentinel* citó.

—¡Falsificado! —espetó Vance.

—Y este reproductor de audio —continuó Rivas, su voz bajó, volviéndose íntima y mortal, como si compartiera un secreto con toda la sala— contiene la prueba de que no lo es.

Hizo una pausa, asegurándose de que tenía la atención de todos, especialmente la de Alisha Singh, que ahora estaba inclinada hacia delante en su asiento, su neutralidad profesional reemplazada por una concentración depredadora.

—Contiene una grabación —explicó Rivas—. Una grabación de una conversación telefónica que tuve hace unos días. En un lado de la línea, estoy yo. Y en el otro... está la fuente que me entregó este memorando. La misma fuente que confirmó la existencia del Proyecto Nightingale. Una fuente que, en esa llamada, admite

inequívocamente la autenticidad de los documentos y el encubrimiento.

La sangre pareció drenarse del rostro de Elias Vance. La implicación era monstruosa. Si Rivas tenía al informante en una grabación, el caso estaba perdido.

—¡Una grabación ilegal! —logró decir Vance, su voz temblorosa de rabia—. ¡Nueva York es un estado de consentimiento de una sola parte, pero...!

—Pero la llamada no se realizó ni se recibió en Nueva York —le atajó Rivas con calma, revelando que había previsto esa objeción—. Y la fuente sabía que la conversación podía ser escuchada por terceros. No hay ningún problema de admisibilidad. Pero, por supuesto, no tenemos que debatir eso, ¿verdad? Porque el señor Croft ya nos ha asegurado que todo es una fabricación. Así que, sin duda, no tendrá ningún problema en que todos escuchemos la voz de este supuesto "fabricante".

La trampa estaba perfectamente cerrada. Si Croft se oponía a que se reprodujera la grabación, parecería que tenía algo que ocultar, contradiciendo su audaz declaración de transparencia. Si permitía que se reprodujera, estaría autorizando la detonación de la bomba que Rivas había colocado bajo su silla.

Julian Croft se quedó helado. Miró a Vance, y en esa mirada, Rivas vio el pánico por primera vez. El emperador se había dado cuenta de que no solo estaba desnudo, sino que estaba de pie en un patíbulo.

—Señor Árbitro... —comenzó Vance, pero su voz se apagó. No había ninguna objeción legal que pudiera salvarles.

Rivas no esperó el permiso de Pierce. Con un movimiento deliberado, alargó el dedo y apretó el botón de reproducción.

Un siseo de estática llenó la sala de juntas, seguido por el sonido de una voz distorsionada y robótica, la misma que Rivas había escuchado en el teléfono de prepago. Era el sonido inconfundible del modulador de voz de Aris Thorne.

VOZ DISTORSIONADA (THORNE): *...sé lo que está haciendo. Sé que está detrás de la carta que recibió la clínica.*

VOZ DE RIVAS: *No sé de qué me habla.*

VOZ DISTORSIONADA (THORNE): *No me tome por estúpido, Rivas. Ese "litigio confidencial" solo puede ser uno. Quiere algo de mí. Deje a mi hija fuera de esto. Ella no tiene nada que ver.*

En la mesa de la defensa, el color desapareció por completo del rostro de Julian Croft. El sonido de la voz de su científico estrella, aunque distorsionada, era una traición tan profunda, tan absoluta, que pareció robarle el aire de los pulmones. Elias Vance se quedó boquiabierto, mirando a su cliente como si acabara de confesar un asesinato.

Rivas dejó que la grabación continuara.

Claro, y de nuevo te pido disculpas por los fallos anteriores. Entiendo perfectamente tu frustración. Mi sistema estaba experimentando un error técnico que ya ha sido solucionado.

Aquí tienes el final completo del **Capítulo 33** desde el punto que seleccionaste, directamente en el chat, como has pedido.

VOZ DE RIVAS: *Quiero la verdad. Quiero el informe original que escribió sobre el Proyecto Nightingale. El que Croft le hizo enterrar.*

VOZ DISTORSIONADA (THORNE): *No puedo hacer eso. Me destruirían. Croft me destruiría.*

VOZ DE RIVAS: *Croft le destruirá de todos modos, doctor. ¿Cree que le es leal? Usted es un cabo suelto. En el momento en que deje de serle útil, le cortará.*

—¡Apague eso! ¡Apáguelo ahora mismo! —la voz de Pierce era un chillido agudo, el sonido de un hombre cuya autoridad se había evaporado por completo.

Rivas apretó el botón de pausa. El silencio que se produjo fue más ensordecedor que el audio.

Se levantó, cogió la copia impresa del memorando y el reproductor de audio, y caminó lentamente hacia el taquígrafo.

—Quisiera que se admitan estas dos piezas como Prueba de la Defensa Número Uno y Número Dos en esta audiencia de desacato —dijo, su voz era clara y resonante—. La Prueba Número Uno es el memorando del 12 de agosto de 2019, que demuestra que el señor Croft cometió fraude y obstrucción a la justicia. La Prueba Número Dos es la grabación que prueba que el documento es auténtico y que el testigo principal de *Valerius*, el Dr. Aris Thorne, fue la fuente de la filtración, corroborando así mi defensa de necesidad.

Se giró para enfrentarse a la sala.

—El señor Croft no solo ha mentido a este tribunal. Ha cometido perjurio. Lo ha hecho con una arrogancia nacida de la creencia de que está por encima de la ley. He violado una orden de confidencialidad, sí. Y estoy preparado para enfrentarme a las consecuencias. Pero lo hice para exponer un crimen mucho mayor. Un crimen que ha costado la vida de un niño y que ha corrompido el propio sistema de justicia que se supone que debe protegernos.

Miró a Julian Croft, que estaba sentado inmóvil, su rostro una máscara de cera. La partida de ajedrez había terminado. Era jaque mate.

—Su turno, señor Croft —dijo Rivas en voz baja.

En ese preciso instante, antes de que nadie más pudiera hablar o moverse, la puerta del fondo de la sala de juntas se abrió. Un hombre joven con un traje mal ajustado, que Rivas reconoció como uno de los asociados junior que había visto con Alisha Singh, se acercó a ella y le susurró algo al oído.

Alisha Singh asintió. No había ninguna sonrisa de triunfo en su rostro. Solo una expresión de sombría determinación. Se puso de pie. Su movimiento fue tranquilo, pero atrajo la atención de todos en la sala. Era como si el verdadero poder acabara de revelarse.

Se dirigió no a Pierce, ni a Rivas, sino a Elias Vance.

—Señor Vance —dijo, su voz era tranquila pero con una autoridad que llenaba la sala—, mi nombre es Alisha Singh. Soy la Fiscal Federal Auxiliar que dirige la investigación criminal sobre *Valerius Pharmaceuticals*. Le sugiero que aconseje a su cliente que no diga ni una palabra más. Y le sugiero que ambos permanezcan en esta sala. Unos agentes del FBI querrán hablar con ustedes. Inmediatamente.

Se giró hacia el Árbitro Pierce, que la miraba con una mezcla de miedo y resentimiento.

—En cuanto a este procedimiento —continuó Singh—, la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos lo considera ahora una escena del crimen activa, en la que se han cometido perjurio y obstrucción a la justicia. Solicitaremos que se suspenda indefinidamente y que todas las pruebas y transcripciones, incluyendo la grabación que acaba de presentar el señor Rivas, nos sean entregadas.

No esperó respuesta. Se giró hacia Rivas. Sus miradas se encontraron a través de la sala. Le dio un asentimiento casi imperceptible, un gesto que decía: *Bien hecho. Ahora empieza mi trabajo.*

Luego, Alisha Singh se dio la vuelta y salió de la sala, dejando tras de sí un silencio devastador.

La audiencia había terminado. El arbitraje estaba muerto. La guerra privada de Daniel Rivas acababa de convertirse en un asunto federal.

El Árbitro Pierce, pálido y tembloroso, murmuró algo sobre un "receso indefinido" y prácticamente huyó de la sala. Los periodistas se arremolinaron, gritando preguntas, pero nadie les prestó atención.

Rivas observó cómo dos hombres y una mujer, vestidos con trajes oscuros y con un aire de propósito tranquilo, entraban en la sala y se acercaban a la mesa de la defensa. Agentes del FBI. Se pararon detrás de Julian Croft, que no se había movido. Seguía sentado en su silla, mirando al vacío, la encarnación de un poder que se había derrumbado por completo.

Rivas recogió su maletín. Su trabajo aquí había terminado. Se giró y caminó hacia la puerta, pasando junto a la escena de la rendición sin una segunda mirada.

Al salir al pasillo, vio a Marco apoyado en la pared de enfrente, con una pequeña sonrisa en su rostro.

—Buen trabajo en la sala, abogado —dijo Marco en voz baja—. Ha sido todo un espectáculo.

—Aún no ha terminado —respondió Rivas, el peso de los acontecimientos empezando a caer sobre él.

—No. Pero el final del principio acaba de terminar.

Rivas asintió. Recordó las instrucciones de Marco, el protocolo del FBI. La reunión en el baño del tercer piso.

—Tengo que ir a un sitio —dijo Rivas.

—Lo sé —dijo Marco—. Te cubriré la espalda.

Mientras Rivas se dirigía hacia las escaleras, sabía que había ganado más que un caso. Había recuperado algo que creía haber perdido para siempre hacía cinco años, en otra sala, contra el mismo hombre. Había recuperado su alma. Y ahora, tenía que averiguar qué iba a hacer con ella.

CAPÍTULO 34

El baño de hombres del tercer piso era un espacio anónimo, un no-lugar diseñado para el tránsito y el olvido. Olía a lejía y a un desinfectante con aroma a pino que no lograba enmascarar del todo el olor subyacente de la desesperación burocrática. Las baldosas de cerámica blanca, agrietadas en algunos sitios, reflejaban la dura luz fluorescente del techo, creando un resplandor clínico que hacía que todo pareciera más crudo, más expuesto. Era el confesionario perfecto para una era sin dioses.

Daniel Rivas entró y la puerta se cerró detrás de él con un suspiro neumático, amortiguando el lejano eco del caos del pasillo. Se miró en el espejo que había sobre la fila de lavabos. El hombre que le devolvió la mirada era un extraño familiar. Tenía los mismos ojos cansados, la misma sombra de barba incipiente, pero había algo diferente en su postura. La resolución que había sentido en la sala de juntas no había desaparecido, pero ahora estaba atemperada por una nueva capa de incertidumbre. Había ganado la batalla, pero la guerra, su guerra personal, acababa de entrar en una nueva y peligrosa fase.

Abrió el grifo, el agua fría corrió sobre sus manos. El simple acto físico le sirvió de ancla. Se secó las manos con una toalla de papel, el sonido áspero y rasposo llenó el silencio. No había nadie más allí. Según el protocolo de Marco, tenía que esperar.

Se apoyó contra la pared de azulejos fríos, junto a las cabinas, posicionándose para tener una vista clara de la puerta pero sin estar

directamente frente a ella. Cruzó los brazos, un gesto tanto de paciencia como de autoprotección. La adrenalina que le había sostenido durante el interrogatorio a Croft empezaba a desvanecerse, dejando tras de sí un profundo agotamiento. Pero sabía que no podía permitirse bajar la guardia. La parte más difícil, la negociación de su propia supervivencia, estaba a punto de comenzar.

Esperó. Pasó un minuto. Luego otro. Oyó pasos en el pasillo, pero pasaron de largo. El zumbido de la iluminación fluorescente era el único sonido. Empezó a preguntarse si se había equivocado, si había malinterpretado el asentimiento de Alisha Singh, si todo era una trampa.

Entonces, la puerta se abrió.

No fue un agente del FBI con traje oscuro. Fue la propia Alisha Singh. Entró con una confianza tranquila que parecía fuera de lugar en un baño de hombres. No mostró ninguna duda. Cerró la puerta detrás de ella y, con un movimiento rápido y practicado, giró el pequeño pestillo de la cerradura. El clic metálico resonó en el espacio confinado. Ahora estaban solos. Y encerrados.

Era más menuda de lo que parecía sentada, pero su presencia llenaba la habitación. Llevaba un traje de pantalón gris marengo que era funcional y elegante. Su pelo oscuro estaba recogido en un moño severo, y sus ojos marrones, grandes e inteligentes, le evaluaron sin parpadear. No había rastro de la observadora pasiva que había sido en la sala de juntas. Esta era la depredadora en su territorio.

—Señor Rivas —dijo, su voz era tranquila, controlada, pero con un timbre de autoridad que no admitía discusión. No le tendió la mano —. Tiene usted una habilidad especial para crear caos.

—Mi intención era exponer la verdad, fiscal —respondió él, su tono igualmente medido.

—La verdad y el caos a menudo viajan de la mano —replicó ella. Se movió por la pequeña habitación, no nerviosamente, sino como un general inspeccionando un campo de batalla. Se detuvo a unos metros de él, manteniendo una distancia profesional—. Lo que hizo ahí dentro fue espectacularmente imprudente, posiblemente ilegal y, desde mi punto de vista, increíblemente útil.

—Me alegro de haber podido servir de ayuda.

Una leve sonrisa, tan rápida que casi fue una ilusión, cruzó sus labios. —No se confunda, señor Rivas. No le estoy felicitando. Le estoy evaluando. Ahora mismo, usted es para mí un enigma. Podría ser el testigo estrella que desmantele una de las mayores conspiraciones de fraude corporativo de la década. O podría ser un abogado renegado que ha violado tantas normas éticas y legales que cualquier caso que toque quedaría contaminado sin remedio. Mi trabajo es averiguar cuál de los dos es.

Se apoyó en el borde de los lavabos, cruzando los brazos. La postura era casual, pero sus ojos eran intensos.

—Así que vamos a dejar las cosas claras desde el principio —continuó—. Esta conversación es extraoficial. Lo que se llama una "sesión de información". No le estoy ofreciendo inmunidad. No le estoy haciendo ninguna promesa. Simplemente estoy escuchando. Y usted, por su parte, va a contarme todo. Desde el principio. Y no me refiero a la versión dramática y editada que le dio al Árbitro Pierce. Quiero la versión sin adornos. Quiero saber cada línea que ha cruzado, cada regla que ha doblado y cada ley que ha roto para llegar hasta aquí. Su futuro, señor Rivas, depende enteramente de su sinceridad en los próximos diez minutos. ¿Entendido?

Rivas asintió. —Entendido.

Y así, en el extraño santuario de un baño público, Daniel Rivas comenzó a confesar. Le contó todo, empezando por la llegada de Sofía Vargas a su despacho. Le habló de la cláusula de arbitraje, del documento anónimo, de su primer encuentro con Marco. Le detalló la campaña de intimidación de Croft: la intrusión, la vigilancia, la

visita a Helen. No omitió nada, ni siquiera los detalles más sórdidos o los que le hacían quedar peor.

Luego, le contó el plan para conseguir la pistola humeante. Le habló de David Chen y del *Sentinel*, de su alias "Veritas8877", de la entrega en Grand Central. Le contó cómo él y Marco habían descubierto la vulnerabilidad de Thorne a través de su hija, la carta anónima a la clínica, la llamada telefónica con la voz distorsionada.

Mientras hablaba, Alisha Singh escuchaba. No le interrumpió. Su rostro era una máscara de neutralidad profesional, pero Rivas podía ver la intensidad en sus ojos, podía sentir cómo su mente de fiscal procesaba cada dato, evaluando la legalidad, buscando debilidades, construyendo una línea de tiempo.

Cuando Rivas finalmente terminó, el relato de meses de lucha condensado en un monólogo febril de diez minutos, se hizo un silencio. Singh se quedó mirando un punto en la pared de azulejos, su mente trabajando a toda velocidad.

—Así que ha admitido haber grabado subrepticiamente a un testigo, haber conspirado con un investigador privado para coaccionar a ese testigo usando a su familia como palanca, y haber filtrado conscientemente materiales confidenciales de un arbitraje a la prensa —resumió ella, su voz era plana, una simple enumeración de posibles cargos—. Y todo esto mientras estaba bajo la vigilancia de una empresa de seguridad que probablemente estaba infringiendo media docena de leyes federales de escuchas telefónicas. Es usted un desastre andante, señor Rivas.

—Hice lo que tenía que hacer para que la verdad saliera a la luz — dijo él, su voz era firme.

—Ah, la verdad —dijo Singh, y esta vez su sonrisa fue un poco más evidente, aunque teñida de cinismo—. La verdad es una cosa maravillosa, pero en mi mundo, no es nada sin pruebas admisibles y testigos creíbles. Usted acaba de darme un tesoro de pruebas. Pero también me ha dado un testigo principal —usted mismo— que podría ser fácilmente desacreditado en un juicio como un vigilante

vengativo con un desprecio por la ley. La defensa de Croft le haría pedazos en el estrado.

Se enderezó, alejándose de los lavabos. —Sin embargo... tiene algo que yo quiero. Más que nada en este momento.

—¿El qué? —preguntó Rivas.

—Usted tiene a Aris Thorne.

La afirmación le pilló por sorpresa. —¿Qué quiere decir? Yo no tengo a Thorne.

—No físicamente —corrigió ella—. Pero tiene su confianza. O, al menos, lo que queda de ella. Él se arriesgó por usted. Le entregó los documentos que hundirán a la compañía a la que dedicó su vida. Ahora mismo, Thorne está escondido en algún lugar, aterrorizado. Sus propios abogados no pueden contactar con él. Croft le quiere muerto, en sentido figurado y quizás literal. Y mi gente no puede encontrarle. Pero creo que usted sí puede. Creo que si usted le tiende la mano, él podría responder.

Ahora Rivas entendía el juego. No se trataba solo de su testimonio. Se trataba de usarle como cebo para pescar un pez más grande.

—¿Qué es lo que quiere de él? —preguntó Rivas.

—Quiero que sea mi testigo estrella —dijo Singh, su voz se cargó de una nueva intensidad—. Quiero que se siente ante un gran jurado federal y que les cuente, bajo juramento y con un acuerdo de inmunidad total, exactamente cómo Julian Croft le ordenó manipular los datos. Quiero que autentifique cada documento. Quiero que sea la voz de la ciencia que explique al jurado cómo las decisiones tomadas en una sala de juntas de Manhattan llevaron a la muerte de niños. Con su testimonio, no solo imputaremos a Croft; imputaremos a toda la cúpula de *Valerius Pharmaceuticals* por fraude, conspiración y, si puedo conseguirlo, por homicidio involuntario.

El alcance de la ambición de Singh era impresionante. No quería una simple victoria. Quería aniquilarles.

—¿Y dónde encajo yo en todo esto? —preguntó Rivas—. ¿Qué pasa con la audiencia de desacato? Pierce me va a crucificar.

—El Árbitro Pierce es la menor de sus preocupaciones ahora mismo —dijo Singh con desdén—. Su pequeña audiencia de arbitraje acaba de ser eclipsada por una investigación federal. Le aseguro que el señor Pierce recibirá una llamada muy persuasiva de mi jefe en la que se le "sugerirá" que posponga cualquier acción contra usted indefinidamente, a la espera del resultado de nuestra investigación.

Se acercó a él, su mirada se clavó en la suya. —Aquí está el trato que le ofrezco, señor Rivas. Extraoficialmente, por supuesto. Ayúdeme a conseguir a Thorne. Sea el intermediario. Convénzale de que cooperar con mi oficina es su única salvación. Si me lo entrega, si su testimonio es tan bueno como creo que será, entonces yo, a cambio, me aseguraré de que la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos no presente ningún cargo contra usted por sus... métodos creativos.

—¿Y el Colegio de Abogados? Croft no retirará esa queja. Me inhabilitarán.

—El Colegio de Abogados es un animal político —respondió Singh—. Si usted es el abogado que ayudó a derribar a Julian Croft y a limpiar una de las mayores farmacéuticas del mundo, créame, encontrarán una manera de darle una reprimenda en lugar de una ejecución. Se convertirá en una especie de héroe popular. Incómodo, pero héroe al fin y al cabo.

Era una oferta tentadora. Una salida. No era una limpieza total de su nombre, pero era una oportunidad de sobrevivir, de seguir ejerciendo la abogacía. Pero todo dependía de Aris Thorne.

—No sé si puedo encontrarle —dijo Rivas con sinceridad—. No tengo forma de contactar con él.

—Invéntela —dijo Singh, su tono se volvió duro de nuevo—. Usted fue lo suficientemente inteligente como para acorralarle. Sea lo suficientemente inteligente como para encontrarle. Piense como él.

¿A dónde iría un hombre rico y asustado para esconderse del mundo? No a un motel de carretera. Iría a un lugar donde su dinero pudiera comprarle el anonimato y la seguridad.

Le entregó una tarjeta de visita. Tenía su nombre, su título y un número de teléfono móvil.

—Ese es mi número personal. No se lo dé a nadie. Cuando tenga a Thorne listo para hablar, llámeme a ese número. Y solo a ese número. Tiene setenta y dos horas, señor Rivas. Tres días. Si no he sabido de usted para entonces, este trato desaparece. Y usted volverá a ser un simple sospechoso en mi investigación.

Desbloqueó la puerta del baño. Antes de salir, se giró para mirarle una última vez.

—Una cosa más —dijo—. Lo que le hizo a Croft en esa sala... usar su propia arrogancia en su contra, llevarle a cometer perjurio... Fue una de las mejores jugadas de abogado que he visto en mucho tiempo. Sería una pena que un talento así se desperdiciara. No me decepcione.

Y con eso, Alisha Singh salió, dejando a Daniel Rivas solo en el silencio del baño, con una tarjeta de visita en la mano y el peso de una misión imposible sobre sus hombros. Tenía setenta y dos horas para encontrar a un fantasma y convencerle de que se enfrentara a sus demonios. Su propia redención dependía de ello.

CAPÍTULO 35

Setenta y dos horas. El número resonaba en la mente de Daniel Rivas como el tic-tac de una bomba de relojería. Salió del edificio federal y se sumergió en la cacofonía de Foley Square, pero el ruido de la ciudad no pudo ahogar las palabras de Alisha Singh. Tres días para encontrar a un fantasma. Tres días para asegurar su propia redención o enfrentarse a la aniquilación.

Marco le estaba esperando al otro lado de la calle, apoyado en la pared de un quiosco de prensa cerrado, fingiendo leer un periódico. Su presencia era una isla de calma en el mar de ansiedad de Rivas. Cuando Rivas se acercó, Marco dobló el periódico y cayó a su lado, caminando en sincronía hacia el norte, alejándose de los imponentes pilares de los juzgados.

—Pareces un hombre que acaba de hacer un pacto con el diablo —dijo Marco en voz baja, sin mirarle.

—Peor —respondió Rivas—. Hice un pacto con el gobierno federal. Y la letra pequeña es encontrar a Aris Thorne en menos de tres días.

Mientras caminaban, Rivas le relató la conversación del baño, cada detalle del ultimátum de Singh. Le habló de la oferta extraoficial, la promesa de protección contra los cargos de desacato y la queja del Colegio de Abogados, todo ello condicionado a una única y monumental tarea: entregar a Thorne.

Marco escuchó sin interrumpir, su rostro una máscara de concentración. Cuando Rivas terminó, doblaron la esquina hacia una

calle más tranquila, lejos de las miradas curiosas.

—Setenta y dos horas —dijo Marco, probando el peso del plazo—. Es una locura. Es menos que un fin de semana largo. Croft tiene a un ejército de matones de Sabre Security buscándole para silenciarle. El FBI tiene a cientos de agentes buscándole para que testifique. Y nosotros somos dos tipos con un sedán abollado y recursos limitados. Las probabilidades no están a nuestro favor.

—Lo sé —dijo Rivas, la enormidad de la tarea amenazando con aplastarle—. Pero Singh me dio una pista. Dijo que pensara como Thorne. Un hombre rico y asustado no se esconde en un motel de carretera. Va a un lugar donde su dinero pueda comprarle el anonimato y la seguridad.

Se detuvieron junto a un pequeño parque, un trozo de verdor ignorado en medio del hormigón. Se sentaron en un banco, dos hombres de negocios en apariencia, discutiendo en voz baja una fusión hostil.

—El dinero deja un rastro —dijo Marco, su mente de detective ya en marcha—. Thorne puede ser un científico brillante, pero dudo que sea un experto en evasión. Probablemente ha cometido errores. Errores financieros. Tenemos que encontrar ese rastro.

—¿Por dónde empezamos? —preguntado Rivas.

—Empezamos por lo que sabemos —dijo Marco, sacando un pequeño cuaderno y un bolígrafo de su chaqueta—. Thorne es rico. ¿Cómo de rico? Necesito acceder a sus finanzas. Informes de crédito, cuentas bancarias, movimientos de tarjetas de crédito. Legalmente, necesitaríamos una orden judicial, que no tenemos. Pero tengo un par de viejos amigos en el sector financiero que me deben favores. Tipos que pueden mirar discretamente en los sistemas sin hacer saltar las alarmas. Es arriesgado para ellos, pero por una buena botella de whisky, puede que se arriesguen.

—Mientras haces eso, ¿qué hago yo?

—Tú haces lo que Singh te dijo: piensas como Thorne —respondió Marco—. Sumérgete en su vida. No en la del científico, sino en la del hombre. Ya sabemos de su hija, de su vulnerabilidad moral. ¿Qué más hay? ¿Tiene aficiones? ¿Pertenece a clubes? ¿Tiene una casa de vacaciones? ¿Un lugar al que iría para pensar, para escapar?

Se separaron con un plan. Marco se dirigiría a un bar tranquilo de Midtown para hacer sus llamadas discretas. Rivas iría al apartamento seguro del East Village y se convertiría, a efectos prácticos, en Aris Thorne.

El apartamento era un santuario de anonimato. Rivas se encerró y, usando un ordenador portátil "limpio" y una conexión a internet segura que Marco había preparado, comenzó su inmersión profunda. Dejó de lado los artículos científicos de Thorne y buscó perfiles en revistas, entrevistas antiguas, menciones en las páginas sociales de Greenwich.

Descubrió a un hombre de gustos refinados y solitarios. Thorne era un ávido coleccionista de relojes antiguos, un miembro de varias sociedades relojeras exclusivas. Era un aficionado a la música clásica, con donaciones regulares a la Filarmónica de Nueva York. Pero lo que más llamó la atención de Rivas fue su pasión por la navegación a vela.

Encontró un artículo en una revista de yates de lujo sobre el velero de Thorne, un Hinckley de 48 pies llamado *"The Double Helix"*. El artículo lo describía como un marinero consumado que a menudo realizaba viajes en solitario por la costa de Nueva Inglaterra durante el verano. Le gustaba la soledad del océano, el desafío de enfrentarse a los elementos.

¿A dónde iría un marinero para esconderse?, se preguntó Rivas. No a su propio barco; sería el primer lugar donde buscarían. Pero quizás a un lugar relacionado con el mar. Un lugar tranquilo, fuera de temporada.

La primera pista de Marco llegó esa misma tarde, a través de un mensaje de texto encriptado.

"Actividad financiera detenida. Todas sus tarjetas de crédito y cuentas bancarias principales están congeladas. No las ha tocado desde el día de la audiencia. O es muy inteligente o alguien le ha aconsejado bien."

Era un revés. Thorne no estaba cometiendo los errores de aficionado que esperaban. Estaba operando fuera de la red.

—Tiene que tener dinero en efectivo —dijo Rivas en voz alta a la habitación vacía—. O acceso a una cuenta que no esté a su nombre.

La segunda llamada de Marco llegó horas después, bien entrada la noche. Rivas estaba rodeado de notas y diagramas, tratando de trazar un perfil psicológico del científico fugitivo.

—Lo tengo —dijo Marco, su voz era un susurro excitado a través del teléfono—. Mi contacto encontró algo. Una cuenta secundaria. Una sociedad de responsabilidad limitada llamada 'A.A. Scientific Ventures'. Parece una cuenta de inversión, pero ha habido una retirada reciente. Una muy grande. Doscientos cincuenta mil dólares. En efectivo. Retirados el día después de la publicación del artículo del *Sentinel*.

—¿A.A.? —preguntó Rivas—. ¿Aris y...?

—Anya —terminó Marco—. La cuenta está a nombre de ambos, padre e hija. Probablemente la creó para ella, para sus inversiones, pero mantuvo su nombre en ella. Es su fondo de emergencia.

Ahora tenían el rastro. Doscientos cincuenta mil dólares en efectivo le compraban a un hombre mucho anonimato. Pero, ¿dónde?

—Sigue cavando, Marco. ¿Hay algo más? ¿Algún otro movimiento?

—Sí. Un pequeño cargo recurrente. Mil doscientos dólares al mes. A una empresa llamada 'Safe Harbor Storage' en Stamford, Connecticut.

Un almacén. Interesante, pero probablemente un callejón sin salida.

—Espera —dijo Rivas, una idea empezando a formarse—. "Safe Harbor". Puerto seguro. Es un nombre común, pero... ¿y si no es una coincidencia? Stamford está en la costa. ¿No es donde Thorne tenía amarrado su velero?

Hubo una pausa mientras Marco tecleaba en su propio ordenador. —Sí. El Stamford Yacht Club. El almacén está a menos de dos kilómetros del club.

—No es un simple almacén, Marco —dijo Rivas, la excitación creciendo en su voz—. Es su base de operaciones. ¿Qué guarda un marinero en un almacén cerca de su barco? Equipo, quizás. Pero ¿y si guarda algo más? Un coche de repuesto. Un vehículo no registrado a su nombre. Un coche fantasma.

—Es una posibilidad —admitió Marco, su tono ahora igual de excitado—. Un coche fantasma y un cuarto de millón en efectivo. Podría estar en cualquier parte.

—No en cualquier parte —insistió Rivas—. Piénsalo. Es un hombre metódico. Un científico. Y un marinero. Los marineros aman la costa. No se escondería en las montañas o en el desierto. Se quedaría cerca del agua. Un lugar fuera de temporada, tranquilo, donde nadie le conozca. Un lugar donde pueda ver el océano y pensar.

Rivas volvió a sus notas, sus ojos escaneando las entrevistas, buscando cualquier mención a lugares favoritos. Y entonces lo vio. Una pequeña entrevista en una revista de antiguos alumnos de Yale. Le preguntaban por su lugar favorito para relajarse fuera de la ciudad.

Su respuesta: "Hay un pequeño rincón de paraíso en el extremo de Long Island. Un lugar llamado Montauk. Especialmente en otoño, cuando las multitudes se han ido. El sonido de las olas en la orilla rocosa... es el único lugar donde mi mente realmente se calla."

—Montauk —dijo Rivas al teléfono—. Marco, se ha ido a Montauk.

El silencio al otro lado de la línea fue pensativo. —Es el fin del mundo. Un lugar perfecto para desaparecer en esta época del año.

Hay docenas de hoteles y moteles que cierran por la temporada. Podría haberse colado en uno. O podría estar alojado en un alquiler de lujo bajo un nombre falso.

—Singh dijo que iría a un lugar donde su dinero pudiera comprarle seguridad —recordó Rivas—. No un motelucho. Algo exclusivo. Algo con privacidad.

—Hay un lugar así —dijo Marco lentamente—. El Montauk Manor. Un viejo hotel histórico en una colina que domina todo. Parece un castillo. Muchas de las habitaciones son apartamentos privados, condominios. Se pueden alquilar a corto plazo. Es el tipo de lugar donde un hombre con una maleta llena de efectivo podría registrarse como 'Sr. Smith' y nadie haría preguntas mientras la cuenta estuviera pagada.

Habían encontrado su objetivo. Tenían un lugar, un nombre y una teoría. Pero era solo eso: una teoría. Necesitaban confirmación. Y solo les quedaban cuarenta y ocho horas.

—Salgo para allá —dijo Marco—. Estaré en Montauk antes del amanecer. Haré un reconocimiento. Veré si puedo localizar un coche que no encaje, hablaré con el personal... discretamente.

—No, Marco. Vamos los dos —dijo Rivas, la decisión tomada en un instante—. Esto es demasiado importante. Si está allí, yo soy el único que puede hablar con él. No podemos arriesgarnos a asustarle.

—Es peligroso, Danny. Si nos equivocamos, perdemos un día entero. Si acertamos, te estás metiendo en la guarida del león sin saber si te está esperando con un acuerdo de paz o con una escopeta.

—Es un riesgo que tengo que correr —dijo Rivas, mirando el reloj de la pared. El tiempo corría. Cada segundo que pasaba, el trato de Alisha Singh estaba más cerca de expirar—. Nos vemos en el aparcamiento de Stamford en noventa minutos. Coge el coche fantasma. Yo cogeré el mío. Conduciremos por separado.

Colgó antes de que Marco pudiera protestar. La caza había comenzado. Se movió por el apartamento seguro, recogiendo sus pocas pertenencias. Se puso una chaqueta, cogió las llaves de su coche y se detuvo un momento ante la puerta. Iba a conducir hacia el este, hacia el amanecer, hacia el fin de la tierra, en busca de un hombre que era a la vez su única esperanza y su mayor peligro. La redención, se dio cuenta, no se encontraba en la seguridad de una sala de juntas. Se encontraba en la carretera, en la oscuridad, a 130 kilómetros por hora.

CAPÍTULO 36

La Long Island Expressway a las tres de la madrugada es una cinta de asfalto desierta, un río de hormigón que fluye a través de un paisaje de oscuridad suburbana. Para Daniel Rivas, era un túnel del tiempo, cada milla que pasaba una cuenta atrás hacia la confrontación o el fracaso. Conducía su sedán anónimo con una concentración feroz, las luces de los escasos camiones que pasaban eran destellos fugaces en su espejo retrovisor. Unos kilómetros más adelante, apenas visible, las luces traseras rojas del coche fantasma de Marco eran su único faro, un recordatorio de que no estaba completamente solo en esta cacería desesperada.

Se encontraron en el aparcamiento de un área de servicio en Stamford, un lugar anónimo iluminado por el resplandor anaranjado de las farolas. La reunión fue breve, la conversación funcional, el tipo de intercambio que tienen los hombres que entienden la gravedad de su misión sin necesidad de adornos. Marco le entregó a Rivas un auricular inalámbrico y un pequeño walkie-talkie.

—Mantendremos la comunicación por radio —dijo Marco—. Los teléfonos son un riesgo. Mantén el auricular puesto. Hablaremos solo cuando sea necesario. Si ves algo, cualquier cosa, me lo dices. Si yo veo algo, te lo diré. Si nos separamos en Montauk, nuestro punto de encuentro de emergencia es el faro. Al amanecer.

Asintieron, un gesto seco y cargado de significado, y se pusieron en marcha en sus vehículos separados.

El viaje de casi tres horas fue un ejercicio de tensión controlada. Mientras los suburbios de Long Island daban paso a los tramos más rurales y oscuros de los Hamptons, Rivas sintió un cambio en el aire. La opresión de la ciudad fue reemplazada por la vasta e indiferente oscuridad del Océano Atlántico, cuyo olor salado empezaba a filtrarse en el coche.

Llegaron a Montauk justo cuando el primer atisbo de luz violácea comenzaba a teñir el horizonte oriental. El pueblo dormía. En verano, estas calles estarían abarrotadas de surfistas y turistas, pero ahora, en la quietud del otoño, Montauk había vuelto a su estado natural: un escarpado y solitario puesto de avanzada en el fin del mundo.

Pasaron junto a los moteles cerrados, sus letreros de neón apagados, y subieron la colina hacia su objetivo. [Imagen del Montauk Manor con vistas al océano] El Montauk Manor apareció de repente, recortado contra el cielo del amanecer como un castillo Tudor sacado de un sueño febril. Era una estructura imponente, casi ominosa, su grandeza un marcado contraste con el paisaje salvaje que lo rodeaba.

—Estoy en posición —la voz de Marco crepitó en el auricular de Rivas, sacándole de su ensimismamiento—. Aparcado en un mirador con vistas a la entrada principal y al aparcamiento. Tú rodea el edificio. Busca el coche.

—¿Qué coche estamos buscando exactamente? —preguntó Rivas.

—No lo sabemos. Esa es la parte difícil —respondió Marco—. Pero busca algo que no encaje. Un sedán de lujo con matrícula de Connecticut. Algo demasiado caro o demasiado nuevo para un trabajador local fuera de temporada. Y busca señales de vida. Una luz encendida. Una cortina moviéndose.

Rivas condujo lentamente por el perímetro del vasto aparcamiento del hotel. La mayoría de los coches estaban cubiertos de una fina capa de rocío salado. Vio todoterrenos, coches familiares, un par de

coches de alquiler. Nada destacaba. Dio una segunda vuelta, más despacio esta vez, sus ojos escrutando cada vehículo.

Y entonces lo vio.

En la esquina más alejada del aparcamiento, parcialmente oculto por un gran seto, había un Audi A8 de color negro. Estaba impecablemente limpio, sin rastro de la sal marina que cubría a los demás. La matrícula era de Connecticut. Pero lo que hizo que el corazón de Rivas se acelerara fue la pegatina del parabrisas: un pequeño emblema del Stamford Yacht Club.

—Marco, creo que lo tengo —dijo Rivas en voz baja por la radio—. Un Audi A8 negro. Matrícula de Connecticut. Pegatina del club de yates de Stamford.

—Buen trabajo —respondió Marco—. Es una posibilidad muy fuerte. Ahora viene la parte difícil. Tenemos que confirmar que es él. El vestíbulo principal acaba de abrir. La cafetería empezará a servir en treinta minutos. Es tu turno.

Rivas aparcó su coche lejos del Audi, en el lado opuesto del aparcamiento. Se quitó la chaqueta, se arregló la camisa y salió del coche. Mientras caminaba hacia la imponente entrada del hotel, se sintió peligrosamente expuesto. El sol de la mañana se elevaba ahora sobre el océano, bañando el edificio con una luz dorada y nítida.

El vestíbulo del Montauk Manor era un eco de una grandeza pasada. Techos altos con vigas de madera, una enorme chimenea de piedra y muebles de época que habían visto mejores días. Un único recepcionista, un joven con aspecto de estar aburrido, estaba detrás del mostrador.

Rivas se acercó con una sonrisa ensayada, la de un hombre de negocios que llega temprano para una reunión.

—Buenos días —dijo—. Se supone que tengo que reunirme con un colega, el señor Smith. ¿Sabe si ya ha bajado?

El recepcionista tecleó perezosamente en su ordenador. —Tenemos tres "Smith" registrados, señor. ¿Un nombre de pila?

—John —improvisó Rivas.

El recepcionista sacudió la cabeza. —No hay ningún John Smith. Tenemos un Robert, un David y un Paul.

Era un callejón sin salida. Rivas sabía que presionar más levantaría sospechas. —Quizás me equivoqué de hora —dijo, manteniendo la sonrisa—. Tomaré un café mientras espero.

Se dirigió a la pequeña cafetería que había junto al vestíbulo. Se sentó en una mesa con vistas al aparcamiento, fingiendo leer las noticias en su teléfono mientras observaba discretamente el Audi negro. Pidió un café que no quería y esperó.

Pasó una hora. El sol subía más alto en el cielo. Unos pocos huéspedes pasaron por el vestíbulo, jubilados y parejas que disfrutaban de la tranquilidad de la temporada baja. Ninguno era Aris Thorne. Rivas empezó a sentir una punzada de duda. ¿Se habían equivocado? ¿Habían perdido un tiempo precioso persiguiendo una corazonada?

—Danny, tenemos compañía —la voz de Marco en su auricular fue repentina y tensa, haciendo que Rivas casi derramara su café.

—¿Qué ves?

—Un sedán negro. Un Lincoln. Acaba de subir por la carretera de acceso. No tiene matrícula delantera. Cristales tintados. Se mueve despacio. Demasiado despacio.

Rivas sintió una oleada de hielo en el estómago. *Sabre Security*. Tenían que ser ellos. Le habían encontrado. O peor, habían encontrado a Thorne.

—Está aparcando cerca del Audi —informó Marco—. Dos hombres van a salir. Trajes. Gafas de sol. El típico look de matón corporativo.

Rivas miró por la ventana. Vio a los dos hombres salir del Lincoln. Eran exactamente como Marco los había descrito: grandes, imponentes, moviéndose con una eficiencia depredadora. No se dirigieron a la entrada del hotel. Se dirigieron directamente al Audi A8 negro. Uno de ellos sacó un pequeño dispositivo de su bolsillo y lo apuntó al coche.

—Están usando un escáner de radiofrecuencia —susurró Marco—. Buscando micrófonos. O quizás un rastreador GPS. Mierda, Danny. No están aquí por ti. Están aquí para recoger a Thorne. Croft le está sacando de aquí.

La ventana de oportunidad se estaba cerrando a una velocidad aterradora. Si esos hombres llegaban a Thorne antes que él, el juego se acababa. El científico desaparecería para siempre en el gulag corporativo de Croft, y Rivas se quedaría solo para enfrentarse a la ira de Alisha Singh.

—Tengo que llegar a él primero —dijo Rivas, su mente corriendo a toda velocidad—. ¿En qué habitación está?

—No lo sabemos. Y no puedes volver a preguntar en recepción.

Rivas miró a los hombres del aparcamiento. Estaban terminando su barrido del coche. Pronto, entrarían en el hotel. Tenía segundos, no minutos.

Se levantó, dejando un billete sobre la mesa, y salió de la cafetería, pero no se dirigió a la salida. Se dirigió de nuevo al mostrador de recepción. El mismo joven aburrido levantó la vista.

Rivas no sonrió esta time. Su rostro era una máscara de urgencia.

—Acabo de recibir un mensaje —dijo, hablando rápido—. Mi colega. Ha habido una emergencia familiar. Tiene que irse de inmediato. Es el señor... —Rivas hizo una pausa, fingiendo buscar en su memoria— ...el que conduce el Audi A8 negro ahí fuera. Me ha pedido que le diga al personal que no limpien su habitación todavía, que volverá a por sus cosas más tarde.

El recepcionista miró por la ventana, hacia el Audi negro que los hombres de Sabre estaban inspeccionando. La urgencia en la voz de Rivas y la mención específica del coche parecieron convencerle. Volvió a su ordenador.

—Ah, sí. El señor Peterson de la suite 314 —dijo el recepcionista—. Le transmitiré el mensaje.

Suite 314. Rivas tenía su objetivo.

—Gracias —dijo, y se dio la vuelta antes de que el recepcionista pudiera hacer más preguntas.

No se dirigió a los ascensores; sería demasiado obvio. Buscó la señal de las escaleras de servicio. La encontró al final de un pasillo lateral. Mientras se dirigía hacia allí, oyó las voces de los hombres de Sabre Security entrando en el vestíbulo.

—Tenemos que hablar con el señor Peterson de la suite 314 —dijo una de las voces, una voz grave y sin emoción—. Su jefe nos envía.

Rivas no esperó a oír más. Abrió la puerta de las escaleras y empezó a subir los escalones de dos en dos, su corazón latiendo con la fuerza de un martillo. La carrera hacia Aris Thorne había comenzado. Y tenía una ventaja de apenas treinta segundos.

CAPÍTULO 37

La puerta del hueco de la escalera se abrió con un violento estruendo y Daniel Rivas irrumpió en el pasillo del tercer piso del Montauk Manor. Se detuvo un instante, agachado, con el corazón martilleándole en la garganta y los pulmones ardiendo por la carrera. El pasillo era un túnel de silencio y lujo discreto. Una gruesa alfombra con motivos florales ahogaba el sonido de sus pasos, las paredes estaban revestidas de un papel pintado de seda color crema y los apliques de latón pulido proyectaban un brillo suave y cálido. Era el escenario de una paz elegante, una paz que Rivas estaba a punto de hacer añicos.

A su izquierda, vio las puertas ornamentadas del ascensor. El indicador luminoso mostraba que la cabina estaba ascendiendo: 1... 2... No tenía tiempo.

—Estoy en el tercer piso —jadeó en el micrófono de su auricular—. Se dirigen hacia aquí. ¿Ves algo?

—Nada en el exterior —respondió la voz tensa de Marco—. El Lincoln sigue aparcado. Están operando dentro. Date prisa, Danny.

Rivas escrutó las placas de las puertas. 308, 310, 312... La suite 314 estaba al final del pasillo, en la esquina, la habitación más grande y con las mejores vistas, el tipo de lugar que un hombre como Thorne elegiría para su exilio autoimpuesto. Corrió por el pasillo, sus zapatillas de deporte silenciosas sobre la alfombra. Cada segundo se

sentía como una hora. Esperaba oír el *ding* del ascensor en cualquier momento.

Llegó a la puerta de la suite 314. Era una imponente puerta de madera oscura con un pesado picaporte de latón. Sin dudarlo, golpeó con el puño cerrado, no con la educación de un visitante, sino con la urgencia de un hombre que huye de un incendio.

—¡Doctor Thorne! —llamó en voz baja pero intensa, su boca cerca de la madera—. ¡Doctor Thorne, soy Daniel Rivas! ¡Tenemos que hablar!

Silencio. Desde el interior de la suite no llegó ningún sonido. Rivas se arriesgó a mirar por encima del hombro. Las puertas del ascensor seguían cerradas.

Volvió a golpear, más fuerte esta vez. —¡Thorne, sé que está ahí! ¡No he venido a hacerle daño! ¡He venido a ayudarle! ¡Los hombres que suben por el ascensor no son sus amigos!

Un leve sonido llegó desde el interior, el roce de un zapato en el suelo. Estaba allí. Y estaba escuchando.

—¡Fueron enviados por Croft! —presionó Rivas, su voz un siseo urgente—. ¿De verdad cree que le envía un equipo de rescate, doctor? Piénselo. Usted es el único que puede implicarle. No le están evacuando. Le están conteniendo. Le van a hacer desaparecer.

El *ding* del ascensor al llegar al tercer piso fue el sonido más ominoso que Rivas había oído en su vida. Las puertas metálicas se abrieron con un suave susurro.

—¡Están aquí! —la voz de Marco sonó en su oído, confirmando lo inevitable.

Rivas se apartó de la puerta de Thorne y se pegó a la pared, justo fuera de la línea de visión del ascensor. Oyó las voces graves de los dos hombres de Sabre Security, sus pasos pesados y decididos sobre la alfombra mientras se dirigían por el pasillo.

No tenía escapatoria. Estaba atrapado entre la puerta cerrada de Thorne y los dos matones de Croft. En un acto de pura desesperación, se volvió hacia la puerta y jugó su última carta, la única que le quedaba.

—¡Anya! —gritó, su voz resonando en el silencioso pasillo—. ¡Se trata de Anya, doctor! ¡Croft lo sabe todo! ¡Sabe de la clínica! ¡Si deja que estos hombres le cojan, la usarán a ella para controlarle!

Fue como si hubiera pronunciado una palabra mágica. Oyó el sonido de varios cerrojos girando a toda prisa. La puerta se abrió una rendija, lo suficiente para que Rivas se deslizara dentro. Se metió en la suite justo cuando los hombres de Sabre doblaban la esquina del pasillo. La puerta se cerró detrás de él con un golpe seco, y los cerrojos volvieron a girar.

Rivas se apoyó contra la puerta, sin aliento, con el corazón desbocado. La suite era enorme, un apartamento de lujo con ventanales que ofrecían una vista panorámica de ciento ochenta grados del Océano Atlántico. El sol de la mañana inundaba la habitación, haciendo que las partículas de polvo bailaran en el aire. Pero el lujo del lugar estaba en marcado contraste con el hombre que estaba de pie en medio de la sala.

Aris Thorne era un hombre deshecho. Llevaba los mismos pantalones caros y la misma camisa de cachemira que probablemente había llevado durante días. Estaban arrugados y manchados. Tenía una barba de varios días, canosa y descuidada, y sus ojos, inyectados en sangre y dilatados por el pánico, se movían nerviosamente por la habitación. En una mano sostenía un pesado atizador de la chimenea. La habitación, a pesar de su tamaño, se sentía como una jaula.

—¿Cómo sabe lo de mi hija? —preguntó Thorne, su voz era un graznido ronco. El atizador temblaba ligeramente en su mano.

—Porque he hecho mis deberes, doctor —dijo Rivas, levantando las manos lentamente para mostrar que no iba armado—. Y si yo pude averiguarlo, puede estar seguro de que Julian Croft también lo sabe.

Él no tiene reglas. Si cree que puede usar a Anya o la reputación de su clínica para silenciarle, lo hará sin dudarlo.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que ambos se sobresaltaran.

—Señor Peterson —dijo una voz grave y sin emoción desde el otro lado—. Somos de la seguridad del hotel. Hemos recibido un informe de un disturbio. Por favor, abra la puerta.

La mentira fue tan burda que resultó casi insultante. Thorne miró la puerta, luego a Rivas, su rostro una máscara de terror e indecisión.

—No son de la seguridad del hotel —dijo Rivas en voz baja—. Son de Sabre Security. Los mismos que me han estado siguiendo. Los mismos que probablemente le han estado vigilando a usted. Están aquí por orden de Croft.

Otro golpe, más fuerte esta vez. —¡Señor Peterson, abra la puerta ahora!

Rivas sabía que tenía muy poco tiempo para hacer su jugada. Tenía que ofrecerle a Thorne una alternativa a la aniquilación que le esperaba al otro lado de la puerta.

—Hay una salida, doctor —dijo, acercándose un paso, manteniendo su voz calmada y persuasiva—. Una única salida. Pero tiene que confiar en mí.

—¿Confiar en usted? —se burló Thorne, una risa histérica escapando de sus labios—. ¡Usted es el que empezó todo esto! ¡Usted me acorraló!

—Yo le ofrecí la oportunidad de hacer lo correcto —corrigió Rivas—. Y usted la tomó. Entregó esos documentos porque en el fondo sabía que era lo único que podía hacer. Ahora tiene que terminar lo que empezó.

Otro golpe en la puerta, esta vez con el peso de un hombro. La madera crujió.

—¿Qué salida? —preguntó Thorne, sus ojos se movían entre Rivas y la puerta que se astillaba.

—El gobierno federal —dijo Rivas—. La Oficina del Fiscal de los Estados Unidos para el Distrito Sur de Nueva York ha abierto una investigación criminal sobre *Valerius*. Ya tienen los documentos. Tienen la historia. Lo único que les falta es un testigo que pueda unir todas las piezas. Les falta usted.

La expresión de Thorne se transformó del miedo a la incredulidad. —¿El FBI?

—La fiscal que dirige el caso se llama Alisha Singh. Es dura, es inteligente y quiere a Croft. Me ha hecho una oferta, y ahora se la extiendo a usted. Si acepta cooperar, si testifica ante un gran jurado, le ofrecerá un acuerdo de inmunidad total. Sin cárcel. Sin cargos. Protección de testigos para usted y su familia si es necesario. Es su única oportunidad de salir de esto con vida y con su alma intacta.

Un golpe ensordecedor en la puerta hizo que un trozo de madera saltara cerca de la cerradura. Ya no estaban llamando. Estaban entrando.

—¡No tengo tiempo para esto! —gritó Thorne, el pánico se apoderó de él por completo.

—¡Tiene que decidirse, doctor! —insistió Rivas—. ¡Detrás de esa puerta está Julian Croft y una vida escondiéndose, siempre mirando por encima del hombro! ¡Conmigo está Alisha Singh y la oportunidad de ser el hombre que su hija cree que es! ¿Qué va a ser?

La mención de Anya le golpeó como un puñetazo. Thorne miró a Rivas, sus ojos llenos de una agonía insoportable. La elección era imposible: la aniquilación segura o una salvación improbable que requería un salto de fe aterrador.

La puerta volvió a temblar, esta vez la cerradura empezó a ceder.

—Hay otra salida —dijo Rivas de repente, una idea desesperada formándose en su mente—. ¡La terraza!

La suite de la esquina tenía una gran terraza que rodeaba la habitación. Corrió hacia las puertas de cristal, las abrió y salió al aire frío y salado del Atlántico. La vista era vertiginosa. Estaban en el ala este del edificio. A su derecha, la terraza continuaba, pero terminaba abruptamente. A su izquierda, se extendía a lo largo de la fachada norte.

—¡Marco! —gritó Rivas en su auricular—. ¡Estamos en la terraza, lado este! ¡Necesitamos una salida! ¡Ya!

—La terraza norte rodea el edificio hasta el ala oeste —respondió la voz de Marco, tranquila a pesar de la crisis—. Si podéis llegar allí, hay una escalera de incendios de hierro forjado al final del ala oeste. Es una estructura antigua. Puede que os lleve hasta abajo.

—¡Lo intentaremos! —dijo Rivas.

Se volvió hacia Thorne, que se había quedado paralizado en medio de la sala. La puerta del pasillo estaba a punto de reventar.

—¡Doctor Thorne, venga conmigo! ¡Ahora! ¡Es la única manera!

Rivas no esperó respuesta. Saltó la pequeña barandilla que separaba su terraza de la del apartamento contiguo, aterrizando con un golpe sordo. Se giró, esperando que Thorne le siguiera.

Pero el científico no se movió. Se quedó allí, atrapado entre dos terrores, incapaz de elegir.

Con un crujido final y un estruendo de madera rota, la puerta de la suite se abrió de golpe. Los dos hombres de Sabre Security irrumpieron en la habitación, sus ojos escaneando el espacio, buscando a su objetivo.

Vieron a Thorne de pie, indefenso, en medio de la sala. Y vieron a Rivas en la terraza de al lado, a solo unos metros de distancia.

—¡No! —gritó Rivas.

Uno de los hombres sonrió, una sonrisa fría y profesional, y empezó a caminar hacia Thorne. El otro se dirigió hacia la terraza, sacando

algo de su chaqueta. No era un arma. Era una jeringuilla.

En ese instante, Aris Thorne finalmente tomó una decisión. No fue una decisión nacida de la lógica o de la estrategia. Fue un acto de puro instinto paternal. Miró a Rivas, y en sus ojos, Rivas vio una extraña y trágica resolución. Luego, Thorne se giró, ignoró al hombre que se acercaba a él, y corrió.

Pero no corrió hacia Rivas.

Corrió directamente hacia el gran ventanal que daba al acantilado y al océano, tres pisos más abajo.

Con un grito que fue a la vez un rugido de desafío y un lamento de desesperación, Aris Thorne se lanzó de cabeza a través del cristal. El sonido del cristal al romperse fue como un disparo, un sonido agudo y final que pareció colgar en el aire salado de Montauk durante una eternidad antes de ser engullido por el rugido indiferente de las olas.

CAPÍTULO 38

El universo se contrajo hasta el sonido del cristal al romperse. Fue un estallido agudo, violento y sorprendentemente final que cortó el aire salado de Montauk. Durante un latido, un silencio antinatural se apoderó de la suite 314, un vacío sonoro donde antes había habido gritos y amenazas. Daniel Rivas, de pie en la terraza contigua, se quedó helado, la imagen del cuerpo de Aris Thorne atravesando el ventanal grabada a fuego en su retina.

El primero en romper el hechizo fue el hombre de Sabre Security que se había dirigido hacia la terraza. Se detuvo en seco, con la jeringuilla todavía en la mano, y se giró para mirar el enorme y dentado agujero en el cristal por el que su objetivo acababa de desaparecer. Su rostro, antes una máscara de fría profesionalidad, era ahora un lienzo de incredulidad y furia. Habían venido a contener a un hombre, no a presidir su suicidio.

Su compañero, que se había acercado a Thorne desde el interior, soltó una sarta de maldiciones. —¡Mierda! ¡Croft nos va a despellejar vivos!

El hombre de la jeringuilla se recuperó más rápido. Su misión había cambiado. El objetivo principal se había eliminado a sí mismo, pero el objetivo secundario, la causa de todo este desastre, estaba a solo unos metros, separado por una barandilla de hierro forjado. Se giró hacia Rivas, y en sus ojos ya no había profesionalidad, solo una rabia asesina.

—Tú —siseó.

Y empezó a correr hacia las puertas de la terraza.

El instinto de supervivencia de Rivas, aletargado por el shock, finalmente se activó. No había tiempo para el duelo o la culpa. Solo había tiempo para la huida.

—¡Marco, se ha suicidado! ¡Thorne ha saltado! —gritó en el auricular mientras se giraba y echaba a correr por la estrecha cornisa de la terraza.

—Lo he oído, Danny. El cristal... lo he oído desde aquí —respondió la voz tensa de Marco—. ¡Tienes que salir de ahí! ¡La escalera de incendios! ¡Ala oeste! ¡Muévete!

Rivas corría, el viento del Atlántico le azotaba la cara. Saltó la siguiente barandilla, aterrizando con torpeza en la terraza de otra suite vacía. Detrás de él, oyó el ruido sordo de su perseguidor saltando la barandilla, más pesado pero igual de rápido. La jeringuilla había desaparecido, pero Rivas no se hacía ilusiones. El hombre no necesitaba un sedante ahora. Solo necesitaba sus manos.

Llegó a la esquina del edificio, el viento aullaba a su alrededor. El ala norte se extendía ante él, una sucesión de terrazas idénticas. Siguió corriendo, sus pulmones ardiendo, el sonido de los pasos de su perseguidor un ritmo constante y amenazador a sus espaldas.

—Están llamando por radio —informó Marco, su voz era un murmullo urgente—. Piden refuerzos. Dicen que el objetivo secundario está huyendo a pie. Danny, no solo te persigue ese tipo. Van a sellar el edificio.

Rivas no miró atrás. Se concentró en el final del ala oeste, donde Marco había dicho que estaría la escalera de incendios. La vio, una frágil estructura de hierro negro oxidado que descendía por la fachada de ladrillo del hotel. Parecía tener cien años. Rezó para que aguantara su peso.

Llegó a la última terraza y se abalanzó sobre la barandilla de la escalera de incendios. El metal estaba frío y húmedo por la sal marina. Se balanceó sobre el borde y empezó a bajar, sus manos y pies buscando a tientas los peldaños resbaladizos.

Oyó un grito de rabia detrás de él. Su perseguidor había llegado a la escalera. Rivas se arriesgó a mirar hacia arriba y vio la silueta del hombre recortada contra el cielo azul brillante. El hombre no intentó seguirle por la escalera. En su lugar, sacó una pistola.

Rivas nunca había estado tan cerca de un arma de fuego. El cañón le pareció un túnel oscuro y sin fondo. Se aplastó contra la escalera, haciendo de su cuerpo un blanco lo más pequeño posible, y descendió a una velocidad suicida, sus manos raspadas y sangrando por el óxido.

No oyó un disparo. El hombre no podía arriesgarse a un disparo en los terrenos de un hotel de lujo. Sería imposible de encubrir. Pero sabía que el hombre estaría bajando por el interior del hotel, tratando de cortarle el paso en la base.

Llegó a la plataforma del segundo piso y saltó el último tramo, aterrizando con un golpe que le sacudió los dientes en un lecho de arbustos ornamentales en la parte trasera del hotel. Se puso en pie, cojeando, y echó a correr, adentrándose en los cuidados jardines.

—Estoy abajo. Lado oeste —jadeó en el micrófono.

—Te veo —dijo Marco—. Se dirigen hacia ti. El segundo hombre ha salido por una puerta de servicio. Te va a cortar el paso antes de que llegues al aparcamiento. Tienes que ir hacia el acantilado. ¡Hacia el sur!

Rivas cambió de dirección, corriendo a través de un césped perfectamente cortado hacia el borde del acantilado. El terreno descendía bruscamente hacia una playa rocosa, varias decenas de metros más abajo. No había escapatoria por allí.

—¿Marco? ¡Esto es un callejón sin salida!

—No lo es. Sigue corriendo hacia el sur, por el borde del césped. A unos cincuenta metros hay un viejo sendero de pescadores que baja a la playa. Es empinado, pero es tu única oportunidad. ¡Voy a tu encuentro!

Rivas vio el sendero, una cicatriz apenas visible en la hierba. Se lanzó por él sin dudarlo. El camino era poco más que una serie de escalones de tierra y raíces. Se deslizó y tropezó, agarrándose a las ramas para no caer de cabeza. Detrás de él, oyó a sus perseguidores gritándose el uno al otro. Estaban cerca.

Llegó a la playa rocosa, sus zapatos resbalando en las piedras cubiertas de algas. El rugido de las olas era ensordecedor. Miró a su alrededor, desesperado. ¿Dónde estaba Marco?

Entonces vio el coche fantasma. El sedán de Marco apareció de la nada, saliendo a toda velocidad de una pequeña carretera de acceso a la playa que Rivas no había visto. La puerta del pasajero se abrió de golpe mientras el coche aún estaba en movimiento.

—¡Entra! ¡Entra! ¡Entra! —gritó Marco.

Rivas corrió hacia el coche, el agua salada salpicándole las piernas. Saltó al asiento del pasajero justo cuando el primero de los hombres de Sabre llegaba a la playa, su rostro contorsionado por la rabia.

Marco pisó el acelerador. El coche patinó sobre las rocas y la arena antes de que los neumáticos encontraran tracción en la carretera de acceso. Salieron disparados de la playa y se incorporaron a la carretera principal, dejando atrás el Montauk Manor y a los dos hombres frustrados.

En el espejo retrovisor, Rivas vio el Lincoln negro aparecer en lo alto de la colina, iniciando la persecución.

—No nos hemos librado todavía —dijo Marco, su mirada fija en la carretera, sus manos firmes en el volante.

La persecución por las sinuosas carreteras de Montauk fue una pesadilla de alta velocidad. Marco conducía con una habilidad y una

audacia que Rivas nunca hubiera imaginado, tomando curvas cerradas, usando los caminos de tierra como atajos. El Lincoln, un vehículo más pesado, luchaba por mantener el ritmo, pero seguía allí, una mancha negra y tenaz en su espejo retrovisor.

—No podemos dejar que nos sigan fuera de aquí —dijo Marco—. Sabrán a dónde vamos.

Entonces, justo cuando salían del pueblo y se dirigían a la autopista, oyeron un sonido que hizo que a ambos se les helara la sangre: el aullido creciente de las sirenas de la policía.

—Mierda —masculló Rivas—. Alguien en el hotel debe de haber llamado por el cristal roto. O por el intento de secuestro.

—O Croft los ha llamado —dijo Marco—. Una llamada anónima sobre un coche a toda velocidad. Es la forma perfecta de detenernos sin ensuciarse las manos.

Las luces azules y rojas parpadearon en su espejo retrovisor, acercándose rápidamente. Delante de ellos, otra patrulla de policía apareció, bloqueando la carretera. Estaban atrapados.

—Se acabó —dijo Rivas, una sensación de derrota total se apoderó de él.

—Todavía no —dijo Marco. Con un movimiento brusco, giró el volante y metió el coche en el aparcamiento de la estación de tren de Montauk. Frenó bruscamente junto al andén. Un tren con destino a la ciudad estaba haciendo sonar su silbato, preparándose para partir.

—¡Vamos! —gritó Marco.

Salieron del coche y corrieron hacia el tren. Saltaron a bordo justo cuando las puertas empezaban a cerrarse, dejando su coche fantasma abandonado en el aparcamiento y a la policía local convergiendo en el lugar equivocado. Se metieron en el vagón, sin aliento, y se dejaron caer en los asientos mientras el tren se ponía en marcha lentamente, alejándose de Montauk.

Se quedaron en silencio durante un largo rato, el traqueteo rítmico del tren era el único sonido, mientras la adrenalina empezaba a disminuir. Vieron pasar el paisaje de Long Island, sintiéndose como fugitivos en su propio país.

—Lo hemos perdido todo, Marco —dijo Rivas finalmente, su voz era un susurro hueco—. Thorne está muerto. Era nuestro único testigo. El trato con Singh ha desaparecido. Croft ha ganado.

Marco miró por la ventana durante un rato antes de responder. —No lo sé, Danny. No estoy tan seguro.

—¿De qué hablas? ¡El hombre se tiró por una ventana! ¡Nuestro caso se fue con él!

—Sí, lo hizo —dijo Marco, girándose para mirar a Rivas—. Pero piensa en ello. ¿Por qué lo hizo? No fue solo pánico. Vi su cara. Y tú también. Viste la tuya. Cuando mencionaste a Anya, algo cambió.

Rivas recordó el último momento, la extraña resolución en los ojos de Thorne antes de correr hacia el ventanal. No era la mirada de un hombre que se rinde. Era la mirada de un hombre que hace un sacrificio.

—Estaba protegiéndola —dijo Rivas, la comprensión empezando a alborear—. Si le cogían, Croft le habría obligado a testificar contra mí, a mentir. Habría usado a Anya para controlarle. Habría destruido a su hija para salvarse a sí mismo.

—Exacto —dijo Marco—. Así que Thorne tomó la única salida que le dejaba el control. Se aseguró de que nunca pudiera ser usado como un arma contra su propia hija. Se silenció a sí mismo, permanentemente. Fue un acto de desesperación, sí. Pero también fue su último acto de rebelión. Y fue un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿Para quién?

—Para ti, Danny —dijo Marco, su mirada intensa—. Piénsalo. Justo antes de que los matones de Croft echaran la puerta abajo, él estaba a punto de tomar una decisión. Estaba sopesando tu oferta.

Y entonces, todo se fue al infierno. Pero los hombres como Thorne, los científicos metódicos, siempre tienen un plan de contingencia. Siempre tienen una copia de seguridad.

Rivas frunció el ceño, tratando de seguir el razonamiento de Marco. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que dudo mucho que la única copia de esos documentos estuviera en la memoria USB que te dio. Ese hombre era demasiado inteligente para eso. Tenía que haber otra copia. Un seguro de vida. Y su suicidio, ese acto final y dramático, no fue solo para proteger a Anya. Fue para asegurarse de que tú, y solo tú, supieras dónde encontrarla.

Una imagen fugaz apareció en la mente de Rivas. La suite de Thorne en el Montauk Manor. El caos. El atizador de la chimenea en su mano. La habitación. ¿Había visto algo? ¿Algo fuera de lugar?

Entonces, lo recordó. Fue un detalle insignificante, algo que su cerebro había registrado pero que no había procesado en el pánico del momento. En la elegante y minimalista mesa de centro de la suite, había solo tres objetos: una botella de whisky medio vacía, un vaso y un libro. Un libro de tapa dura, abierto por la mitad.

—El libro —dijo Rivas en voz baja, la memoria volviendo a él con una claridad repentina.

—¿Qué libro?

—Había un libro en la mesa de centro. Estaba abierto. No le di importancia, pero ahora... recuerdo la portada. Era un libro de poesía. *Hojas de hierba*, de Walt Whitman.

Marco le miró, sin entender. —¿Y?

—Y el velero de Thorne, Marco. ¿Recuerdas cómo se llamaba?

Marco frunció el ceño, buscando en su memoria. Y entonces, sus ojos se abrieron de par en par por la comprensión.

—*"The Double Helix"* —dijo Marco en voz baja—. La Doble Hélice.

—No —corrigió Rivas, una nueva y desesperada esperanza naciendo en su interior—. Ese era el nombre oficial. Pero en el artículo de la revista de yates... mencionaban que Thorne tenía un apodo para él. Un apodo que solo usaban sus amigos cercanos. Lo llamaban "El Bardo". Por su amor a la poesía.

Se miraron el uno al otro, la misma conclusión increíble formándose en sus mentes.

—No puede ser tan simple —dijo Marco.

—Es un científico brillante y un poeta aficionado. Es exactamente así de complicado y así de simple —dijo Rivas—. El seguro de vida no está en una caja de seguridad. No está en una cuenta suiza. Está en su barco. En el *Double Helix*. Escondido en una copia de *Hojas de hierba*.

El tren traqueteó, llevándolos de vuelta a la ciudad. La caza no había terminado. Acababa de cambiar de dirección. Su testigo estaba muerto, pero quizás les había dejado un último testamento. Un fantasma que aún podía hablar desde la tumba. Y ahora, tenían que llegar a él antes de que Croft se diera cuenta de que había un cabo suelto. Un cabo muy, muy grande.

CAPÍTULO 39

El tren de la línea de New Haven traqueteaba hacia el sur, un gusano de metal que se deslizaba a través de la oscuridad de los suburbios de Connecticut de vuelta hacia la jungla de neón de Nueva York. En el interior de uno de los vagones medio vacíos, Daniel Rivas y Marco estaban sentados uno frente al otro, el paisaje nocturno pasando como un borrón indiferente. La adrenalina del escape de Montauk se había desvanecido, dejando tras de sí una mezcla de agotamiento, dolor y una nueva y frágil brizna de esperanza. Una esperanza tan improbable que resultaba casi dolorosa.

—Stamford —dijo Rivas, rompiendo un largo silencio. La palabra flotó entre ellos, cargada de un peso inmenso—. Es nuestra última oportunidad.

Marco asintió, su rostro magullado y cansado bajo la luz fluorescente del vagón. —Croft es inteligente, Danny. Y tiene recursos ilimitados. Si nosotros hemos podido conectar los puntos hasta el velero de Thorne, su gente también puede. Puede que ya estén allí.

—Por eso no podemos ir directamente —respondió Rivas, su mente ya trabajando, trazando la estrategia—. No podemos coger un taxi desde la estación de tren hasta el club de yates. Sería como enviarles una invitación. Tenemos que desaparecer del mapa y acercarnos por un flanco que no esperen.

El reloj en la muñeca de Rivas era un recordatorio constante. El ultimátum de Alisha Singh no se había detenido. Les quedaban menos de veinticuatro horas. Tenían que moverse rápido, pero moverse de forma inteligente.

Desembarcaron no en Stamford, sino una parada antes, en Old Greenwich. La pequeña y adinerada ciudad dormía bajo un manto de silencio suburbano. Las calles estaban desiertas. Desde allí, Marco, usando una aplicación de viajes compartidos en un teléfono de prepago, pidió un coche. No al club de yates, sino a un bar abierto toda la noche en un barrio obrero de Stamford, a varios kilómetros del paseo marítimo.

El conductor, un hombre somnoliento que apenas les dirigió la palabra, les dejó en una calle mal iluminada que olía a cerveza rancia y a desesperación. Esperaron a que el coche se perdiera de vista antes de empezar a moverse.

—Bonito barrio para un paseo nocturno —murmuró Marco, mientras caminaban por las aceras agrietadas.

—Nadie buscaría a un abogado de Manhattan y a un investigador privado aquí —dijo Rivas—. Estamos fuera de contexto. Somos invisibles.

Caminaron durante casi una hora, un viaje tortuoso a través de la parte menos glamurosa de la ciudad, hasta que finalmente llegaron a las afueras del opulento enclave que era el Stamford Yacht Club. La temperatura había bajado, y una fina niebla empezaba a levantarse del Long Island Sound, envolviendo los muelles en un sudario fantasmal.

El club de yates estaba oscuro y cerrado. Un alto cercado de hierro forjado rodeaba el perímetro, rematado con puntas afiladas.

—No podemos entrar por la puerta principal —susurró Marco, señalando las cámaras de seguridad montadas en los pilares de ladrillo—. Si la gente de Croft está aquí, la estarán vigilando.

Se movieron a lo largo del cercado, manteniéndose en las sombras, hasta que encontraron lo que Marco estaba buscando: un tramo donde un viejo roble había crecido junto a la valla, sus gruesas ramas extendiéndose por encima.

—Como en los viejos tiempos —dijo Marco con una sonrisa irónica, y empezó a trepar al árbol con una agilidad que desmentía su corpulencia. Rivas le siguió, sintiendo el crujido de la corteza bajo sus manos, el olor a tierra húmeda y a hojas en descomposición. Desde lo alto del muro, contemplaron el puerto deportivo.

Cientos de veleros y yates de motor se mecían suavemente en sus amarres, sus mástiles como un bosque sin hojas contra el cielo nocturno. El único sonido era el suave chapoteo del agua contra los cascos y el lúgubre clangor de las drizas golpeando los mástiles. Era un cementerio de riqueza, silencioso y expectante.

—*The Double Helix* está en el muelle D, amarre 12 —susurró Rivas, que había memorizado el plano del club que encontró online—. Es uno de los muelles más alejados.

Saltaron al interior, aterrizando suavemente en el césped bien cuidado. Agachados, corrieron de sombra en sombra, moviéndose con un propósito silencioso a través del laberinto de embarcaderos. El aire era frío y pesado, y la niebla amortiguaba los sonidos, creando una atmósfera claustrofóbica.

Llegaron al muelle D. Era largo y estrecho, una pasarela de madera que se adentraba en la oscuridad del agua. Al final, apenas visible a través de la niebla, vieron la silueta elegante de un velero Hinckley. [Imagen de un velero Hinckley de 48 pies en un muelle por la noche]

—Quédate aquí —le dijo Rivas a Marco—. Sé mi vigía. Si ves algo, cualquier cosa, una luz, un movimiento, avísame.

Rivas caminó solo por el muelle, sus pasos sorprendentemente ruidosos sobre las tablas de madera. La sensación de vulnerabilidad era abrumadora. Cada sombra parecía ocultar una amenaza.

Llegó al velero. El nombre, *"The Double Helix"*, estaba pintado en letras doradas en la popa. La lona que cubría la bañera estaba bien sujeta. Todo parecía tranquilo, intacto. Sacó una pequeña ganzúa que Marco le había dado —una habilidad que Rivas nunca había pensado que necesitaría— y se puso a trabajar en la cerradura de la escotilla principal. Sus manos estaban torpes y frías, pero después de un minuto de tensión insoportable, oyó un suave clic.

Se deslizó al interior, cerrando la escotilla detrás de él. El interior del velero le sumió en una oscuridad casi total. Olía a teca pulida, a sal y a la leve fragancia del whisky caro. Usando la pequeña linterna de su teléfono, Rivas iluminó el espacio.

La cabina era la encarnación del gusto impecable de Thorne. Todo estaba en su sitio, ordenado y eficiente. Era el laboratorio de un científico y la biblioteca de un erudito, todo en uno. En una pared, había una pequeña estantería empotrada, llena de libros de ciencia, historia naval y, sí, poesía.

Su corazón se aceleró. Se acercó a la estantería, el haz de su linterna recorriendo los lomos de los libros. Vio a Keats, a Shelley, a Frost. Y entonces lo vio. Una hermosa edición encuadernada en cuero azul oscuro. Las palabras en el lomo brillaban bajo la luz: *Hojas de hierba. W. Whitman.*

Con manos temblorosas, sacó el libro. Era pesado, sustancial. Lo abrió.

Las primeras páginas eran normales. Pero al pasar al centro del libro, encontró lo que buscaba. Un rectángulo perfecto había sido cuidadosamente cortado en las páginas, creando un compartimento secreto. Y dentro, no había una, sino dos cosas.

La primera era una memoria USB, idéntica a la que Thorne le había dejado en la Capilla de San Pablo. La copia de seguridad.

La segunda era una carta. Una única hoja de papel de carta de alta calidad, doblada por la mitad. Estaba escrita a mano, con la letra

precisa y elegante de un científico. Estaba dirigida a "Mi querida Anya".

Rivas desdobló la carta. El haz de su linterna temblaba mientras leía.

"Mi querida Anya,

Si estás leyendo esto, significa que he fracasado. Significa que los monstruos que ayudé a crear finalmente me han devorado. Durante años, he vivido una mentira, atrapado entre el orgullo de mi trabajo y la vergüenza de sus consecuencias. He justificado mis acciones, diciéndome que el bien mayor superaba el daño colateral. Pero el daño colateral tenía un nombre. Se llamaba Mateo Vargas.

He traicionado todo lo que tú representas, todo lo que he intentado enseñarte. He traicionado la santidad de la ciencia y la simple decencia humana. No puedo deshacer el daño, pero puedo intentar detenerlo. La memoria USB que acompaña a esta carta contiene toda la verdad. Los datos sin manipular, los memorandos, las mentiras. Es la prueba del fraude de Julian Croft y de mi propia cobardía.

Le he entregado una copia de esto a un abogado llamado Daniel Rivas. Es un hombre imperfecto, pero creo que busca la justicia. Si algo me ocurre, confía en él. Dale esto. Es mi confesión. Mi último experimento. Una prueba para ver si una sola verdad puede, al final, pesar más que una montaña de mentiras.

Por favor, perdóname.

Te quiere siempre,
Papá."
Rivas se quedó inmóvil en la oscuridad, con la carta en la mano. Esto era más que una pistola humeante. Era el testamento de un hombre. Era la prueba, el motivo y la corroboración, todo en una sola hoja de papel. Era la voz de Aris Thorne hablando desde la tumba, una voz que ningún jurado podría ignorar.

—Danny... —la voz de Marco crepitó en su auricular, urgente y afilada—. Tenemos problemas. Dos hombres. Vienen por el muelle.

Rápido.

Rivas guardó la carta y la memoria USB en el bolsillo interior de su chaqueta. Apagó la linterna y se asomó por una de las portillas. A través de la niebla, vio dos siluetas oscuras que se acercaban por el muelle, moviéndose con una confianza depredadora. Eran los mismos hombres del Montauk Manor.

No había salida por la escotilla. Le estarían esperando.

Pensó a toda velocidad. El velero. Era su única arma.

Se deslizó hacia la popa del barco en la oscuridad total. Recordaba haber visto las gruesas amarras que sujetaban el barco al muelle. Con manos frenéticas, encontró el nudo de la amarra de estribor. Sus dedos, entumecidos por el frío y el miedo, lucharon con el grueso cabo. Finalmente, lo deshizo.

El barco se movió ligeramente, pivotando sobre la amarra de babor que aún lo sujetaba.

Oyó a los hombres llegar al barco. Uno de ellos saltó a bordo con un golpe sordo.

—No está aquí —dijo una voz.

—Revisa abajo —ordenó la otra.

Rivas oyó cómo se abría la escotilla. La luz de una potente linterna barrió la cabina. Se agachó en la bañera, detrás del timón, rezando para que no le vieran.

El primer hombre empezó a bajar a la cabina. Rivas sabía que tenía una única oportunidad.

Con todas sus fuerzas, empujó la botavara, el pesado mástil horizontal que sujetaba la vela mayor. La botavara, libre de sus ataduras, se balanceó con una fuerza silenciosa y brutal a través de la bañera en la oscuridad.

El hombre que estaba en la escotilla no la vio venir. La botavara le golpeó en el costado de la cabeza con un repugnante sonido sordo.

El hombre se desplomó sin un gemido, cayendo de cabeza por la escalera hacia la cabina.

El segundo hombre, que estaba en el muelle, gritó el nombre de su compañero. Se preparó para saltar a bordo.

Rivas no le dio la oportunidad. Corrió hacia la amarra de babor que aún sujetaba el barco. La desató. El velero, ahora libre, empezó a separarse lentamente del muelle, la brisa empujándolo hacia las aguas abiertas del puerto deportivo.

—¡Rivas! —gritó el hombre desde el muelle, su voz llena de rabia.

El hueco de agua oscura entre el barco y el muelle se ensanchaba. Un metro. Dos metros. El hombre no podía saltar.

Entonces, el hombre sacó su pistola. Esta vez, no había multitudes. No había testigos. Solo la niebla y la noche.

Rivas se agachó justo cuando sonó el primer disparo. El sonido fue ensordecedor en el silencio del puerto. Una bala astilló la madera del timón, a centímetros de su cabeza.

Otro disparo. Y otro.

De repente, desde el final del muelle, una luz brillante cegó al tirador. Y sonó un grito.

—¡Policía de Stamford! ¡Suelte el arma!

Marco. De alguna manera, Marco había conseguido hacer una llamada. Había creado la distracción definitiva.

El hombre de Sabre Security dudó, atrapado entre su objetivo que se alejaba y la llegada de la policía. Disparó una última vez, a la desesperada, hacia el velero, antes de darse la vuelta y echar a correr por el muelle, desapareciendo en la niebla.

Rivas se quedó en la cubierta del velero a la deriva, el corazón desbocado, mientras las luces azules y rojas de las patrullas de policía convergían en el club de yates. Estaba a salvo, por el momento. Tenía la prueba definitiva. Pero ahora era un hombre en

un velero robado, en medio de un tiroteo, con la policía de todo el estado dirigiéndose hacia él.

Cogió el walkie-talkie. —Marco, ¿estás bien?

—Estoy bien —respondió la voz de Marco, aunque sonaba sin aliento —. Hice una llamada anónima sobre intrusos en el club de yates hace diez minutos. Calculé que llegarían justo a tiempo para la fiesta. Pero ahora tienes que salir de ahí, Danny. Te están buscando a ti también.

Rivas miró a su alrededor. Estaba a la deriva en la oscuridad, las luces de la policía pintando la niebla de colores fantasmales. Tenía el testamento de Thorne en el bolsillo. Tenía el número de Alisha Singh memorizado. Y su tiempo se estaba acabando.

CAPÍTULO 40

Seis meses después, la nieve caía sobre Nueva York, un manto de silencio blanco que cubría la mugre de la ciudad y ofrecía una ilusión de pureza. Desde la ventana de su nuevo despacho en el piso diecisiete de un modesto edificio de oficinas del Bronx, Daniel Rivas observaba los copos arremolinarse contra el cristal. La vista no era la del skyline de Manhattan que una vez tuvo, sino un mosaico de tejados, depósitos de agua y el lejano serpenteo del puente de Triborough. Y, sin embargo, por primera vez en años, la vista le parecía suya.

El despacho era pequeño, funcional y olía a pintura fresca y a café. En la pared, enmarcado, no colgaba su título de Columbia Law, sino la primera página del *New York Sentinel* del día en que la historia de David Chen había estallado. El titular, **"BOMBA EN LA INDUSTRIA FARMACÉUTICA"**, le servía como un recordatorio diario.

La puerta se abrió y Marco entró sin llamar, como era su costumbre. Llevaba un abrigo grueso espolvoreado de nieve y sostenía dos vasos de cartón humeantes.

—Café del bueno, no la porquería que haces tú —dijo, colocando un vaso sobre el escritorio de Rivas—. Hace un frío del demonio ahí fuera.

—Gracias, Marco —respondió Rivas, cogiendo el vaso y sintiendo el calor a través del cartón—. ¿Alguna novedad?

—Acaba de salir en las noticias —dijo Marco, sentándose en la silla de los clientes y soplando el vapor de su café—. Julian Croft se ha declarado culpable.

Rivas se quedó inmóvil, con el vaso a medio camino de sus labios. Habían pasado meses de batallas legales, de mociones y de filtraciones estratégicas a la prensa por parte de la fiscalía. Pero oír esas palabras, la confirmación final de la rendición, le golpeó con una fuerza inesperada.

—¿Culpable de qué? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—De todo el paquete —explicó Marco, con una sonrisa de satisfacción—. Perjurio, obstrucción a la justicia, conspiración para cometer fraude... A cambio de su declaración, Alisha Singh ha retirado los cargos más graves contra el resto de la junta directiva de *Valerius*. Se ha conformado con el pez gordo. Croft se ha convertido en el chivo expiatorio para salvar lo que queda de la compañía. Le esperan entre quince y veinte años en una prisión federal. Elias Vance también ha sido inhabilitado de por vida por su papel en la intimidación de testigos.

Quince años. No era una vida entera, pero para un hombre como Croft, acostumbrado al poder y al lujo, era una sentencia de muerte. Rivas sintió una oleada de algo que no era exactamente alegría, sino una profunda y sombría sensación de cierre. La justicia, a veces, llegaba. Tarde, maltratada y con cicatrices, pero llegaba.

—¿Y *Valerius*? —preguntó Rivas.

—Se han librado de la acusación penal como corporación a cambio de una multa récord de cinco mil millones de dólares al Departamento de Justicia. Y lo que es más importante, se enfrentan a una demanda colectiva de miles de familias. Van a estar pagando por Cardia-Sure durante la próxima década. Su reputación está por los suelos.

Era el final. El imperio que Croft había construido para ser inexpugnable se había derrumbado desde dentro.

—¿Qué hay de la carta de Thorne? —preguntó Rivas.

—Singh la usó para conseguir la declaración de culpabilidad. Se la mostró a los nuevos abogados de Croft. Cuando vieron que tenían una confesión póstuma del científico jefe, supieron que cualquier juicio estaba perdido —dijo Marco—. Al final, el fantasma de Aris Thorne fue el que le dio el golpe de gracia.

Rivas asintió, una silenciosa muestra de respeto por el hombre que había tomado la única salida que le quedaba. Se había asegurado de que su último acto tuviera un significado.

Bebieron su café en un silencio cómodo, dos soldados repasando el final de una larga y brutal campaña.

—He hablado con Sofía esta mañana —dijo Marco, cambiando de tema.

—¿Cómo está? —preguntó Rivas.

—Mejor. Mucho mejor. Con el primer pago del acuerdo civil, se ha mudado a un apartamento decente en un barrio seguro. Ha conseguido sus papeles, gracias a la intervención de Singh. Y ha creado una fundación en nombre de Mateo. Una pequeña organización para ayudar a otras familias inmigrantes a navegar por el sistema legal cuando se enfrentan a las grandes corporaciones.

La noticia llenó a Rivas de un calor que el café no podía proporcionar. De toda la destrucción y el caos, algo bueno, algo duradero, había nacido.

—Dice que pases a verla cuando quieras —añadió Marco.

—Lo haré —dijo Rivas, y lo decía en serio.

Terminaron su café. Marco se levantó para marcharse.

—Ah, casi se me olvida —dijo, sacando un sobre arrugado de su bolsillo—. Esto llegó para ti. Del Colegio de Abogados.

Le entregó el sobre a Rivas. El corazón de este dio un vuelco. A pesar de las seguridades de Singh, la queja de Croft había seguido

su curso. El sobre contenía su futuro profesional.

Lo abrió con dedos temblorosos. Dentro, había una carta oficial. La leyó, sus ojos recorriendo el lenguaje formalista.

"...tras una revisión exhaustiva de las circunstancias atenuantes, incluyendo la cooperación posterior del señor Rivas con las autoridades federales y la naturaleza excepcional del caso, el comité disciplinario ha decidido imponer una sanción de reprimenda pública y una suspensión de seis meses de la práctica de la abogacía, *con efecto retroactivo..."*

Seis meses. Que ya habían pasado. Y una reprimenda pública, una mancha en su expediente, pero no una ejecución. Alisha Singh había cumplido su palabra. Era un héroe incómodo, tal como ella había predicho. Manchado, pero no destruido.

Le mostró la carta a Marco, que la leyó y soltó una carcajada.

—Bueno, abogado. Parece que vuelve a estar en el negocio.

—Parece que sí —dijo Rivas, una genuina sonrisa se extendió por su rostro por primera vez en mucho tiempo.

Después de que Marco se fuera, Rivas se quedó mirando por la ventana la nieve que caía. Su despacho ya no le parecía pequeño; le parecía lleno de posibilidades. En un cajón de su escritorio, tenía una pila de archivos. Eran casos modestos: una disputa de un inquilino contra un casero abusivo, un trabajador de la construcción al que se le había negado una indemnización, una mujer luchando contra su compañía de seguros. Eran los Davides de la ciudad, buscando a alguien que les ayudara a enfrentarse a sus Goliats.

Cogió el teléfono y marcó el número del primer archivo de la pila.

—Señora Rodríguez, habla Daniel Rivas. He revisado su caso. Y creo que puedo ayudarla.

Mientras empezaba a hablar, la nieve seguía cayendo, cubriendo la ciudad de Nueva York con una promesa de nuevos comienzos. La batalla contra *Valerius* había terminado. Su propia redención estaba

completa. Pero la lucha por la justicia, se dio cuenta, nunca terminaba. Y por primera vez en cinco largos años, Daniel Rivas estaba exactamente donde tenía que estar, listo para la siguiente pelea.